el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

El Partido Comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924)

Julio de 2022

7

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmatista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

**¡Lean, difundan, sostengan
la prensa internacional del partido!
¡Suscríbanse!**

el proletario -

Órgano del partido comunista internacional.

Precio del ejemplar: Europa : 1,5 € 3 FS; América latina: US\$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 2

«el programa comunista»

Revista teórica en lengua española

Precio del ejemplar: 3 € / 8 FS / £ 2 / 20 Krs. / América latina: US \$ 1,5 / USA et Cdn: US \$ 3

**Suplemento Venezuela a
«el programa comunista»**

Precio del ejemplar: Europa: 1 € / América del Norte: US \$ 1 / América Latina: US \$ 0,5

- Il comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 2 € £ 1,5; 5FS

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1,5 € £ 1,5; 3FS; 300 CFA

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: : 4 € £ 3; 8FS; 1'000 CFA.; América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 4

- Communist Program -

Revista teórica

Precio del ejemplar: : 4 € £ 3; 8FS; América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 3

- Proletarian -

Suplemento al «le prolétaire»

Precio del ejemplar: 1 € £ 1, 3 CHF

Los precios están indicados para la venta de un solo número. Para los suscripciones y los envíos postales, póngase en contacto con nosotros.

CORRESPONDENCIA

España: Apdo. Correos 27023 - 28080 Madrid

Italia: Il Comunista - C.P. 10835 - 20110 Milano

Francia: Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon Cedex 07

Suiza: Para contacto, escriba a la dirección de Lyon.

E-MAIL

elprogramacomunista@pcint.org

leproletaire@pcint.org

ilcomunista@pcint.org

proletarian@pcint.org

**El sitio Internet
del partido comunista internacional
www.pcint.org**

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

EDICIONES «EL PROGRAMA COMUNISTA»

Suplemento en español a la revista teórica del Partido Comunista Internacional, «programme communiste» no ISSN-0033-037 X. Acabado de imprimir en septiembre de 2022

- ÍNDICE -

• Introducción	3
PRIMERA PARTE	
• Naturaleza del fascismo	10
• Madura, la «contrarrevolución preventiva», a la sombra de la democracia	10
• Comienzo de la ofensiva fascista. Dos falsas tesis sobre el fascismo	12
• Curso real de la «escalada fascista»	13
• Fundación del Partido Comunista en Livorno. Necesidad histórica de la escisión	15
• Condiciones de la acción defensiva y ofensiva del proletariado	17
• El derrotismo socialista	19
• Hipocresía del maximalismo	20
• De las elecciones al cambio de gobierno	22
• Lucha del Partido Comunista por el encuadramiento militar de las masas	23
• Reanudación de la ofensiva fascista y pacto de pacificación	27
• Los «Arditi del Popolo»	29
• Problema práctico o lujo teórico	32
• El mes de la vergüenza	35
• Ninguna tregua	36
• Lucha en todos los frentes	37
• La segunda ola	39
• ¿Qué es pues el fascismo?	41
• Una vez más sobre el programa fascista	45
• ¡Viva el gobierno fuerte de la revolución!	46
SEGUNDA PARTE	
• Del otoño de 1921 al verano de 1922	49
• Inconsistencia y traición socialistas	61
• Hacia la huelga de agosto	66
TERCERA PARTE	
• Hacia el «poder»	71
• El año 1924	77

El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924)

Que los jóvenes militantes saquen de los hechos del pasado y del presente no solo la confirmación de la doctrina marxista, sino la llama que deberá transformar el arma luminosa de la crítica en la filosa crítica de las armas.

*(Informe a la Reunión General del Partido en Florencia –
del 30 de abril al 1° de mayo de 1967)*

Introducción

El informe presentado en la reunión general de Florencia (30/4-1/5/1967) y que constituye el contenido de este opúsculo «no busca presentar ante los compañeros la interpretación que del fenómeno **fascismo** ha dado y da la Izquierda sobre el plano teórico», tal y como se afirma en él desde el principio. En lugar de ello se busca documentar cómo el Partido Comunista de Italia, bajo la dirección de la Izquierda, afrontó política y prácticamente la ofensiva fascista que se desarrolló en Italia desde 1921 hasta 1924.

A la interpretación del fenómeno «fascismo» por parte de la Izquierda - que hoy no podemos limitarnos a definir simplemente como «Izquierda» o como «Izquierda italiana» dado que esta terminología ha sido utilizada por varias corrientes oportunistas de las maneras más diversas y contradictorias, sino que llamamos Izquierda Comunista de Italia para remachar la misma visión internacionalista de la cual descendía la definición del Partido Comunista de Italia - es necesario referirse sobre todo a ella en este periodo en el cual, por parte de todas las corrientes oportunistas, se insiste en hacer pasar el fascismo como expresión de una visión y de una cultura política pre-democrática e incluso pre-capitalista.

Para nuestra corriente el fascismo ha sido y es la expresión más madura de la fase imperialista del desarrollo del capitalismo; es un método de gobierno del poder burgués del cual la clase dominante «se servirá cada vez que el otro, el democrático, a pesar de sus aparentes lisonjas, sus promesas igualitarias, su labor corruptora sobre los estratos superiores del proletariado, no logra su fin, en forma más dúctil y larvada, de asegurar su dominio de clase».

La fase del moderno imperialismo –tercera fase histórica del desarrollo del capitalismo en los principales países, después de la primera fase revolucionaria y la segunda fase progresiva y reformista- está caracterizada por la «concentración monopolística de la economía, por el surgimiento de los sindicatos y de los trust capitalistas, por las grandes planificaciones dirigidas por los centros estatales», como remachábamos en el «Tracciato di impostazione» de 1946 (1).

Siguiendo perfectamente la impostación dada por Lenin en su «Imperialismo, fase superior del capitalismo», en el «Tracciato» esta fase se sintetiza así: «La economía burguesa se transforma y pierde los caracteres del liberalismo clásico, por el cual cada patrón de cada empresa era autónomo en sus elecciones económicas y en sus relaciones de cambio. Interviene una disciplina cada vez más estricta de la producción y de la distribución; los índices económicos no resultan ya del libre juego de la competencia sino en primer lugar de la influencia de asociaciones entre capitalistas; después, de órganos de concentración bancaria y financiera, y, finalmente, del Estado de manera directa. El Estado político, que en la acepción marxista ha sido

siempre el comité de intereses de la clase burguesa y que siempre los ha tutelado como órgano de gobierno y de policía, se convierte cada vez más en un órgano de control y además de gestión de la economía.

«Esta concentración de atribuciones económicas en las manos del estado burgués puede ser entendida por un avivamiento de la economía privada a escala colectiva sólo si se ignora voluntariamente que el estado contemporáneo manifiesta los intereses de una minoría y que cualquier estatización desarrollada en los límites de las formas mercantiles conduce a una concentración capitalista que refuerza y no debilita el carácter capitalista de la economía. El desarrollo político de los partidos de la clase burguesa en esta fase contemporánea, como fue establecido claramente por Lenin en la crítica del imperialismo moderno, conduce a formas de opresión más estrictas y sus manifestaciones tuvieron lugar con la llegada de los regímenes que se definen totalitarios y fascistas (2). Estos regímenes constituyen el tipo político más moderno de la sociedad burguesa y van difundiendo a través de un proceso que se vuelve cada vez más claro en todo el mundo. Un aspecto concomitante a esta concentración política consiste en el absoluto predominio de pocos grandísimos estados en detrimento de la autonomía de los estados medios y menores».

El fascismo, esta tercera fase capitalista, ha sido interpretado por el estalinismo y por sus múltiples variantes como si fuese una vuelta atrás de la historia, un intento de restauración precapitalista contra el cual estaba más que justificada la lucha y la guerra para restaurar la modernidad y las formas políticas típicas de la democracia. Pero antes del estalinismo, ya Gramsci había teorizado el fascismo tanto como un movimiento de «regresión histórica» como un movimiento «independiente» de las clases medias empujadas a hacer «su revolución» (3).

En realidad el movimiento fascista, antes de transformarse en partido de gobierno y de llevar a cabo un método de gobierno que respondiese en lo inmediato al peligro para el poder burgués que representó el movimiento proletario revolucionario, se organizó y se desarrolló gracias al apoyo político y material de la Con-

(1) Cfr. *Elementos de orientación marxista*, en italiano *Tracciato di impostazione*, publicado en la revista del partido comunista internacionalista *Prometeo*, año I, nº 1, julio 1946.

(2) Este régimen, este método de gobierno - como escribíamos al principio del mismo informe - se llame fascismo o nazismo, asuma las formas más provinciales y atrasadas del falangismo o paternalistas del corporativismo de Salazar, o aquella verdaderamente primitiva y basta del golpe de estado militar, como en Grecia, en Argentina.

(3) Ver, más adelante, el capítulo *El inicio de la ofensiva y dos tesis fallidas sobre el fascismo*.

federación General de la Industria.

El fascismo nació urbano, en Milán y comenzó a radicarse en las regiones más industrializadas de Italia, el famoso «triángulo industrial» Milán-Turín-Génova; pero, para extenderse como movimiento y para desarrollar su verdadero papel de movimiento pequeño burgués antiproletario, encontró más sencillo atacar en un primer momento a los proletarios del campo aprovechando su aislamiento y es por esta función antiproletaria contra los braceros y los obreros agrícolas que los fascistas fueron también apoyados por los capitalistas agrarios y los latifundistas.

En un segundo tiempo las escuadras fascistas llevaron el ataque a los proletarios de las ciudades industriales, a sus sedes y a las sedes de sus periódicos, es decir allí donde los proletarios, más organizados, podían oponer una fuerte resistencia como en efecto sucedió; y todo esto bajo la protección del Estado central y de las fuerzas del orden.

Desde el surgimiento del movimiento fascista en 1919, la Izquierda comunista siguió con mucha atención este movimiento, como hizo por otra parte con el movimiento dannunziano, que en seguida se fusionó con el fascismo, y tuvo muy claro que el fascismo conquistó una posición dominante en la política italiana gracias «a tres factores principales: el Estado, la gran burguesía y las clases medias», como afirmó Amadeo Bordiga en el «Informe del PCd'I sobre el fascismo al Vº Congreso de la Internacional Comunista de noviembre de 1922» (4).

El primero de estos factores es, por lo tanto, el **Estado**.

En el «Informe» citado se puede leer: «En Italia el aparato estatal ha tenido un papel importante en la fundación del fascismo. Las noticias sobre las crisis sucesivas del gobierno burgués han hecho surgir la idea de que la burguesía tenía un aparato estatal tan inestable que, para abatirlo, bastaría un simple golpe de mano. Las cosas no han sucedido así. La burguesía ha podido construir su organización fascista precisamente en la medida en la cual su aparato estatal se reforzaba.

«Durante el periodo de la inmediata postguerra, el aparato estatal atravesaba una crisis, cuya causa manifiesta era la desmovilización; todos los elementos que hasta entonces participaban en la guerra fueron lanzados bruscamente al mercado de trabajo, y en este momento crítico la máquina estatal que, hasta entonces, se ocupaba de procurar cualquier suerte de medios auxiliares contra el enemigo externo, debía transformarse en un aparato de defensa del poder contra la revolución interna. Se trataba para la burguesía de un problema gigantesco. Esta no podía resolverlo ni desde el punto de vista técnico, ni desde el militar mediante una lucha abierta contra el proletariado: debía resolverlo desde el punto de vista político. En este periodo nacen los primeros gobiernos postbélicos de izquierda; en este periodo llega al poder la corriente política de Nitti y de Giolitti. Precisamente esta política ha permitido al fascismo asegurarse la sucesiva victoria. Hacía falta, antes que nada, hacer concesiones al proletariado; en el momento en

el que el aparato estatal tenía necesidad de consolidarse, entra en escena el fascismo; es pura demagogia cuando este critica a los gobiernos de izquierda postbélicos y les acusa de cobardía ante los revolucionarios. En realidad los fascistas son deudores de la posibilidad de su victoria ante las concesiones de la política democrática de los primeros ministerios de la postguerra» (5).

Con las concesiones a la clase obrera, como la desmovilización, el régimen político, la amnistía para los desertores - ¡que eran reivindicaciones del Partido Socialista! - el Estado buscaba ganar tiempo para reconstruir su aparato sobre bases más sólidas; al mismo tiempo creaba la Guardia Real para la seguridad pública, dependiente del ministerio del Interior, prácticamente un segundo ejército, en la que confluyeron muchísimos elementos del ejército desmovilizados, y con autoridad superior a la de los Carabineros. Y los reformistas del Partido Socialista no comprendieron que la burguesía, con esta desmovilización, estaba poniendo a punto la organización de las fuerzas contrarrevolucionarias, legales e ilegales, con el fin de liquidar el movimiento obrero. También frente a las ocupaciones de las fábricas por parte de los grupos obreros armados, el gobierno burgués supo aplicar una política de espera, prometiendo al proletariado una ley sobre el control obrero de la producción (nunca aplicada, naturalmente) y atrayendo a la trampa a los jefes traidores de la Confederación General del Trabajo. Pero para comprender mejor en qué consistía el apoyo del Estado a las escuadras fascistas que atacaban a los proletarios, leamos otro párrafo del Informe de Bordiga sobre el fascismo:

«Después de los ministerios Nitti, Giolitti y Bonomi viene el gobierno Facta. Este sirvió para enmascarar la total libertad de acción del fascismo en su avance

(4) Cfr. el *Informe del PCI sobre el Fascismo al IVº Congreso de la IC*, 16 de nov. de 1922, en *Correspondencia Internacional*, nº 36 del 22 de diciembre de 1922, traducido al castellano en *El programa comunista* nº 52, octubre 2015, pp.15 y sigs.

(5) Del mismo *Informe del PCI sobre el Fascismo...*, citado.

(6) El verdadero plan de avance territorial tuvo su punto de partida en Bolonia, donde, en otoño de 1920, se había instalado una administración socialista, oportunidad que aprovecharon las fuerzas rojas de combate para una gran movilización. Hay incidentes durante el consejo municipal, hay provocaciones desde el exterior; en los bancos de la minoría burguesa, probablemente con ayuda del exterior, se producen disparos, y es la ocasión para el primer gran golpe fascista. La reacción fascista se desata con destrozos e incendios y los líderes proletarios son fusilados; con la ayuda del poder del Estado, los fascistas se apoderan de la ciudad y comienza el terror en toda Italia. El asalto fascista, protegido por el ejército, la policía, los carabinieri y la Guardia Regia, al ayuntamiento de Bolonia, puso de manifiesto el miedo y la ineptitud de los dirigentes socialistas que no tuvieron ni la voluntad ni la fuerza de prepararse militarmente, ni de preparar al partido, para el enfrentamiento armado con los fascistas. A partir de los sucesos del

territorial» (6). Durante la huelga de agosto de 1922, estallaron serias luchas entre los fascistas y los obreros (los fascistas abiertamente apoyados por el gobierno). Podemos citar el ejemplo de Bari, donde una semana entera de enfrentamientos no bastó para vencer a los obreros que se habían atrincherado en sus casas de la ciudad vieja y se defendían con las armas en la mano pese a la toma de posiciones de las fuerzas fascistas. Los fascistas debieron retirarse, dejando sobre el terreno a muchos de ellos. ¿Y qué hizo el gobierno Facta? Por la noche hizo circundar con miles de soldados, centenares de carabinieri y de Guardias reales la ciudad vieja, ordenando el asedio. Desde el puerto un torpedero bombardeó las casas; ametralladoras, carros armados y fusiles entraron en acción. Los obreros, sorprendidos mientras dormían, fueron derrotados; la Cámara del trabajo ocupada. Exactamente así actuó el Estado. Cuando se veía que el fascismo debía retirarse frente a los obreros, el poder estatal intervenía disparando sobre los obreros que se defendían, arrestando y condenando a los obreros cuyo único delito era defenderse, mientras los fascistas, que habían cometido sin lugar a dudas delitos comunes, eran absueltos sistemáticamente « (7).

El segundo factor es la **gran burguesía**. «Los capitalistas de la industria, de la banca, del comercio y los grandes propietarios de tierras, tienen interés natural en que se funda una organización de combate que apoye su ofensiva contra los trabajadores»; no hay mucho más que decir. Es obvio que la gran burguesía hace de todo, utiliza cualquier medio para destruir un movimiento obrero que está demostrando tener la voluntad y la capacidad de arrebatarle el poder.

En la industria la ofensiva capitalista explota directamente la situación económica. Con la crisis aumenta la desocupación; una parte de la clase obrera es despedida y, obviamente, los capitalistas echan de las fábricas a los obreros más empeñados en la actividad sindical y a los extremistas; pero la crisis económica sirve a los capitalistas también como pretexto para reducir los salarios y para inducir la disciplina de fábrica. Y para tener más fuerza a la hora de afrontar la fuerza obrera organizada, los industriales se asocian en una organización de clase que de hecho dirige la ofensiva capitalista contra el conjunto de la clase obrera, guiando la acción de cada ramo particular de la industria. No convenía a la burguesía industrial de las grandes ciudades en su lucha contra la clase obrera, usar de golpe el máximo de violencia; era fácil prever por parte de los obreros, dados todos los factores objetivos y subjetivos presentes en la situación, una dura y organizada resistencia y el paso de la lucha de defensa inmediata a la lucha política más general, por ello los industriales preferían que el espíritu de lucha y la fuerza de clase del proletariado fuesen dirigidos a luchas de carácter esencialmente sindical, ámbito este donde los capitalistas tenían fácil la victoria porque la crisis económica era muy profunda y la desocupación aumentaba continuamente. Las luchas económicas del proletariado habrían podido vencer, pero tendrían que haber roto los límites de la lucha sindical

para dar lugar a la lucha política y revolucionaria. Este salto de calidad podía tener lugar pero sólo con la presencia de un partido de clase revolucionario sólidamente dirigido e influyente en amplios estratos del proletariado, cosa que el Partido Socialista Italiano no era de ninguna manera. Por lo tanto, «El periodo de los grandes éxitos de la organización sindical italiana en la lucha por la mejora de las condiciones de trabajo cedió el puesto a un nuevo periodo en el cual las huelgas fueron huelgas defensivas y los sindicatos sufrieron una derrota tras otra» (8).

El tercer factor, las **clases medias**, no es menos importante en la génesis del poder fascista. El Estado, debiéndose consolidar en el poder después del caos dejado por la guerra y debiendo afrontar un movimiento proletario sobre el terreno de la lucha revolucionaria, el terreno en el cual se organizaba para responder también con las armas en la mano a los golpes que sufría, tenía necesidad de crear en paralelo una organización reaccionaria ilegal. Pero ¿de dónde sacar los elementos para esta organización?

«Hacia falta atraer elementos diferentes de aquellos que la clase alta dominante podía proporcionar desde sus filas. Se obtuvieron dirigiéndose a los estratos de las clases medias que ya hemos citado, y atrayéndoles con la defensa de sus intereses. Esto es lo que el fascismo trató de hacer y que, hace falta reconocerlo, resultó exitoso. Obtuvo partisanos en los estratos más cercanos al proletariado, como entre los insatisfechos de la guerra, entre todos los pequeño-burgueses, semi-burgueses, tenderos y mercaderes y, sobre todo, entre los elementos intelectuales de la juventud burguesa que, adhiriéndose al fascismo, encontraron la energía para redimirse moralmente y vestirse con la toga de la lucha contra el movimiento proletario y acabar en el patriotismo y en el imperalismo más exaltado. Estos elementos aportaron al fascismo un número notable de adherentes que le permi-

(n. 6 cont.) :

Palacio Accursio de Bolonia, escribe R. del Carria en su «Proletari senza rivoluzione» (Savelli editore, vol. III, p. 175), se extendió por toda Italia la percepción de que «el socialismo es un gran coloso con pies de barro que un puñado de personas armadas y decididas puede derribar». En realidad, los fascistas, y las fuerzas armadas del Estado, sólo encontrarían una efectiva resistencia armada proletaria por parte de los proletarios espontáneamente organizados y de los comunistas del jovencísimo Partido Comunista de Italia, una resistencia que no era suficiente para dar la vuelta a la situación general ya muy comprometida por el largo y capilar trabajo de conciliación entre las clases llevado a cabo por las fuerzas reformistas; La prueba de que el reformismo y el maximalismo mismo - revolucionarismo de palabra, reformismo de hecho- no sólo no condujeron al movimiento proletario a la emancipación de la explotación capitalista, sino que aprovecharon su fuerza poniéndolo a merced de la represión legal e ilegal de las fuerzas burguesas.

(7) Del mismo *Informe del PCI sobre el Fascismo...*, citado.

(8) id.

tieron organizarse militarmente» (9).

De hecho el Partido Socialista Italiano no llegó a comprender nunca el significado y la importancia del movimiento fascista; erró completamente en la valoración del fenómeno «fascismo», considerándolo marginal respecto a las fuerzas burguesas determinantes cuya aspereza y brutalidad podían ser vencidas a través del uso de la legalidad democrática y de las fuerzas del orden constituido. La larga tradición democrática y reformista —junto con las palabras clásicas y revolucionarias usadas en los periódicos y en el parlamento— había transformado la actitud antagonista característica del socialismo marxista en actitud conciliadora que intoxicaba no tanto a la derecha de Turati como a todo el grupo parlamentario y a toda la dirección de la CGL, desviando el movimiento proletario de su perspectiva histórica clasista y revolucionaria por los meandros de la actividad democrática y parlamentaria.

El partido socialista italiano no fue capaz de aprovechar la ocasión que la primera postguerra presentó al movimiento proletario y a su lucha de clase porque se había desviado desde hacía tiempo del camino marxista justo; y el intento que las corrientes maximalistas hicieron por dar de nuevo al partido proletario honor y prestigio incluso a nivel internacional (basándose en la actitud de oposición a la guerra, coronada con la adhesión formal a la Internacional Comunista), no tuvo otro resultado que el de impedir que el proletariado se preparase organizativa y militarmente para afrontar los ataques que la burguesía dominante, por la crisis y en la convulsión provocada por la guerra, actuaba contra las huelgas y las manifestaciones obreras. La inteligencia del poder burgués se demostró a la altura de la tarea de conservación social, haciéndose percibir como debilitada por la crisis postbélica y «esperando los acontecimientos», mientras los socialistas obtenían una tras otra victorias electorales conquistando muchísimos ayuntamientos.

A propósito de la adhesión del Partido Socialista Italiano a la Tercera Internacional, es particularmente significativo lo que escribió al respecto Trotsky en su «Terrorismo y Comunismo» (junio de 1920, a la vez del IIº Congreso de la Internacional Comunista). Esto se lee sobre el PSI en relación a su oportunismo y a su posicionamiento frente a la guerra imperialista:

«El partido italiano, que se adhirió a la IIIº Internacional, no está en absoluto exento del kautskismo. Por lo que respecta a sus jefes, gran parte de ellos enarbolan la bandera de la Internacional sólo en razón de sus funciones y porque están constreñidos a ello por la base. En 1.945 fue incomparablemente más fácil para el Partido Socialista Italiano que para los otros partidos europeos conservar una posición de oposición sobre la cuestión de la guerra, porque Italia entró en guerra nueve meses después que los otros países, y también y sobre todo porque la situación internacional había creado en este país un potente reagrupamiento burgués (los gliottiani, en el sentido más extenso del término) que permaneció hasta el último momento hostil a la entrada de Italia en la guerra. Estas circunstancias permitieron al Partido Socialista Italiano refutar

al gobierno sin una profunda crisis interna los créditos de guerra y, en general, permanecer fuera del bloque intervencionista. Pero por esto, incontestablemente, se retrasó la depuración interna del partido. Entrando en la Tercera Internacional, el Partido Socialista Italiano tolera en su seno aún hoy a Turati y sus secuaces. Esta reagrupación extremadamente larga [...] representa un oportunismo sin duda menos pedante, menos dogmático, más declamatorio y lírico, pero no deja de ser un oportunismo de los más nefastos, un kautskismo romantizado. Para velar la actitud conciliadora adoptada hacia los grupos kautskistas, longuettistas, turatianos, se declara en general que en los países en cuestión no ha sonado aún la hora de la acción revolucionaria. Pero esta manera de exponer la cuestión es totalmente falsa. Nadie, en efecto, exige a los socialistas que aspiren al comunismo que fije la toma revolucionaria del poder para los próximos meses o semanas. Pero lo que la Tercera Internacional exige de sus miembros es que reconozcan no con palabras sino con los actos, que la humanidad civilizada ha entrado en una época revolucionaria, que todos los países capitalistas marchan hacia inmensos trastornos y hacia la abierta guerra de clase, y que la tarea de los representantes revolucionarios del proletariado consiste en preparar, para esta guerra inevitable que se aproxima, el armamento ideológico indispensable y los puntos de apoyo organizativos.» (10)

Las palabras de Trotsky son clarísimas y no podían sino subrayar las mismas consideraciones de la corriente de izquierda del Partido Socialista Italiano. Las tareas del partido de clase, reafirma Trotsky, consisten en **preparar para la abierta e inevitable guerra de clase «el armamento ideológico indispensable y los puntos de apoyo organizativos»**. Y para poder desarrollar plenamente estas tareas la corriente de izquierda del PSI preparó la escisión y la contemporánea fundación del «Partido Comunista de Italia, sección de la Internacional Comunista» en Livorno en enero de 1921.

Lo que ni los reformistas ni los maximalistas comprendieron fue que la dinámica de la lucha de clase que la burguesía conduce contra la clase proletaria revela un hecho demostrado por la historia, que solo los marxistas auténticos podían y pueden comprender teniéndolo en cuenta en su propia actividad revolucionaria: el régimen democrático si bien funciona como formidable válvula de escape de la presión social ejercida por el proletariado durante los periodos de crisis no impide por ello a la misma clase burguesa dominante utilizar los medios de la represión y de la violencia (también «ilegal») para defender los intereses del capitalismo. Así se ve claramente la verdadera finalidad del Estado burgués: *«defender los intereses del capitalismo con todos los medios: con la distracción enmascarada de la democracia con el suplemen-*

(9) Ibidem.

(10) Cfr. L. Trotsky, *Terrorismo y comunismo*, Textos del marxismo revolucionario, abril 2015 (también disponible en el sitio del partido www.pcint.org).

to de la represión armada cuando el primero no basta para frenar cualquier movimiento que quiera atentar contra el propio Estado» (11).

A partir de cuanto precede, es evidente que el partido de clase, para ser tal y responder plenamente a sus tareas en las situaciones dadas, no debe tener sólo un potente armamento ideológico —como el partido bolchevique demostró antes, durante y después de la revolución— sino también una organización homogénea disciplinada y capaz de llevar a cabo las diversas directivas en todos sus aspectos, en el terreno político como en el sindical, en el campo social como en el estrictamente organizativo y, tanto más, en el militar. Y también que está fuera de toda duda que, en el periodo revolucionario, abierto con la guerra imperialista y con la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia, en cada país, el partido comunista debe dotarse también de una estructura ilegal propia y proceder a un encuadramiento militar. Por otro lado, los proletarios y el partido proletario deben afrontar no sólo la represión de las múltiples fuerzas del Estado, sino también los ataques de las fuerzas reaccionarias armadas, como las Guardias Blancas en Rusia, las escuadras fascistas en Italia y los camisas pardas en Alemania, ataques siempre bien protegidos por las fuerzas armadas del Estado.

Contra las falsas acusaciones lanzadas por el estalinismo a la dirección de Izquierda del Partido de Italia relativas a no haber sabido afrontar y contrarrestar al fascismo en la fase inicial de su actividad política y militar, en el informe que sigue está ampliamente demostrado como, en lugar de esto, fue precisamente la Izquierda, que dirigía el PC de I en sus dos primeros años de vida, la que aseguró al partido no sólo bases teóricas, programáticas, de principio y políticas en perfecta línea con los dictados del marxismo y con la línea dada por la misma Internacional Comunista en su congreso de 1920, sino también bases organizativas adecuadas a las graves tareas a las cuales el partido estaba llamado, caracterizadas por la asunción de una disciplina política que no tenía, salvo en casos excepcionales, necesidad de ser socorrida por formalismos extremos como lo fue, después, el verdadero terrorismo ideológico puesto en práctica por el estalinismo.

El encuadramiento militar del partido, del cual era evidente su necesidad y su urgencia, no podría sino ser precedido por el encuadramiento político sin el cual las fuerzas del partido nunca hubieran sido homogéneas a la hora de poner en práctica las líneas tácticas definidas centralmente en sus acciones generales y locales. Por otro lado, como enseña el marxismo, los criterios de organización no son nunca neutros: si no responden a una orgánica y homogénea organización gracias a la cual se obtiene una disciplina política y, **por lo tanto** organizativa, responden a impostaciones formalistas y artificiosas a través de las cuales se hace descender la disciplina política de una disciplina organizativa vuelta prioritaria.

En el capítulo titulado: «Lucha del partido comunista por el encuadramiento militar de las masas», se lee:

«Sin embargo, no era suficiente con limpiar el terreno de las ideologías pacifistas, plañideras y capituladoras del reformismo y el maximalismo. No bastaba con inculcar a las masas y a los militantes comunistas el sentimiento de la necesidad de defenderse en el mismo terreno que propone el adversario e incluso, de que la situación se torne favorable, o cada vez que la ocasión se presentase en el curso de la misma lucha «defensiva», pasar a la contra-ofensiva. No bastaba con hacer penetrar en el espíritu de los jóvenes militantes de la clase obrera la convicción de que sólo el Partido Comunista podía dar a la defensa y al ataque el encuadramiento necesario, fuera de todas las combinaciones electorales equívocas y de la falsa «unidad» con el reformismo. Todo esto no era sino una premisa (indispensable, además) a la preparación de un enfrentamiento general y disciplinado de las fuerzas obreras y de la contrarrevolución burguesa».

ladoras del reformismo y el maximalismo. No bastaba con inculcar a las masas y a los militantes comunistas el sentimiento de la necesidad de defenderse en el mismo terreno que propone el adversario e incluso, de que la situación se torne favorable, o cada vez que la ocasión se presentase en el curso de la misma lucha «defensiva», pasar a la contra-ofensiva. No bastaba con hacer penetrar en el espíritu de los jóvenes militantes de la clase obrera la convicción de que sólo el Partido Comunista podía dar a la defensa y al ataque el encuadramiento necesario, fuera de todas las combinaciones electorales equívocas y de la falsa «unidad» con el reformismo. Todo esto no era sino una premisa (indispensable, además) a la preparación de un enfrentamiento general y disciplinado de las fuerzas obreras y de la contrarrevolución burguesa».

Dicho en síntesis, estos eran los objetivos más urgentes que el PC de I se ponía en la preparación indispensable para la guerra de clase que la clase dominante burguesa ya conducía contra el proletariado desde hacía tiempo, pero contra la cual el proletariado se encontraba aún falto de preparación, dividido, aislado, aún ilusionado con que bastase un «empujón electoral» o una gran huelga para poder vencer a la reacción fascista.

Y un poco más adelante: *«No se puede separar el problema militar de la defensa y del ataque del problema político: el primero depende del segundo, y es este último el que traza al otro su vía y le indica su objetivo. No se defiende, y mucho menos se ataca, de la misma manera si se tiene como fin la defensa de la democracia violada o si, por el contrario, se tiene como fin su aniquilación; no se opone a la formación del enemigo una formación eficaz y unitaria propia si no se sabe previamente a cuál de los dos objetivos se mira, y si, en la misma formación de batalla existen faltas de certeza y dudas, preconceptos y limitaciones acerca del desarrollo ulterior de la lucha. La claridad de la línea política, y si queremos usar un término más adaptado al problema específico, **estratégica**, es condición de la acción **práctica**, o si se prefiere, de la **táctica**, y esta es la premisa de la eficiencia y de la solidez de la **organización**».*

*«También aquí se debía ir **contracorriente**, y construir **ex novo**, liquidando el peso de las tradiciones más negativas - a efectos de la centralización, de la disciplina y de la organicidad del movimiento - del viejo partido socialista. No se podía **ni se debía**, sobre todo al inicio, desalentar las acciones individuales e incluso las iniciativas periféricas: eran una **sana** manifestación del espíritu de lucha de los militantes y de los proletarios comunes: pero hacía falta preparar el terreno para su absorción en el cuadro de una disciplina **unitaria**, y por lo tanto **central**»*

El gran objetivo era *«crear la propia red militar **independiente** para que fuese el alma, el cerebro y la espina dorsal, la guía política y material, de la revancha del proletariado»,* y para lograrlo se sabía que era

(11) Vid. el artículo de A. Bordiga titulado *Il Fascismo*, publicado en «Il Comunista», de 17 de noviembre de 1921.

necesario desembarazarse de las pesadas actitudes del vivir democrático y civil tanto en el interior como en el exterior de las organizaciones militantes, liberando las energías combativas que el proletariado había acumulado en el tiempo, durante largo tiempo desviadas sobre el terreno de la democracia, de la paz social y del mito de una unidad que en realidad le paralizaba; *«era necesario construir metódicamente un aparato, un encuadramiento que obedeciese a una precisa disciplina de partido y estuviese inspirado en todos sus movimientos por una directiva única»*.

La insistencia en tal objetivo y en la política general del encuadramiento militar no se debía tanto a la cuestión, central para el Partido Comunista, de la preparación revolucionaria del Partido y del proletariado de la cual el encuadramiento militar era parte integrante, sino a la necesidad de distinguirse netamente tanto de la derecha y de los reformistas del PSI, de los cuales los comunistas se habían escindido verticalmente en enero de 1921, como de las iniciativas extra-partidos de formaciones militares que tenían la ambición de ser las únicas en contraponerse militarmente a la violencia de las escuadras fascistas. Es el caso en particular de los «Arditi del popolo», organización formada por ex combatientes de la Primera Guerra Mundial que como fin tenía el retorno a la «normalidad», es decir, a la legalidad, por lo tanto a la paz social, a través de la actividad y la acción de la organización, formada por ex soldados patriotas que ponían al servicio de dicha legalidad su propia experiencia militar, su propio heroísmo, su propia dedicación a la patria, ayer defendida sobre el terreno de la guerra mundial y hoy defendida de la violencia de las escuadras fascistas, pero también de los «rojos subversivos». Los «Arditi del popolo» intentaban monopolizar las acciones militares - consideradas necesarias dado el caos subsiguiente al fin de la guerra - con las cuales contrastar las agresiones violentas de los fascistas contra el «pueblo trabajador», contra las sedes de sus organizaciones (ligas, cámaras del trabajo, sedes de periódicos y de partidos) y por ello lograban las simpatías y captaban prosélitos también en las filas proletarias. El Partido Comunista que, como finalidad no tiene ciertamente el «retorno a la legalidad burguesa», sino la revolución proletaria, la conquista del poder político a través de la insurrección, la instauración de la dictadura del proletariado ejercida por el mismo Partido, en el cuadro de la revolución mundial como por otra parte está escrito con letras imborrables en las Tesis de la Internacional Comunista, no estaba dispuesto de ninguna manera a poner en discusión su propia independencia no sólo teórica y política sino organizativa: sus propios militantes y sus propios simpatizantes en cualquier actividad y situación no debían seguir sino la disciplina del partido, sus directivas y su encuadramiento: en el campo político como en el sindical y tanto más en el militar.

De hecho, la actividad de carácter militar que se refería a la organización de la respuesta a la violencia sobre el mismo terreno del ataque fascista, tenía nece-

sariamente un encuadramiento técnico-organizativo que respondía a un encuadramiento político general vital: el de pasar de la defensa del poder burgués, sea legal o ilegal, al ataque al poder burgués. Formaba parte, de hecho, de la compleja preparación revolucionaria por parte tanto del partido y de sus militantes como del proletariado en general.

El experimento de los «Arditi del popolo», precisamente por el hecho de basarse sobre valores políticos y sentimentales del todo contradictorios pero en cualquier caso todos igualmente reconducibles a la conservación burguesa, fue una experiencia que se atomizó rápidamente quitando claridad y energías a las masas proletarias con el fin de desviarlas de los objetivos, de los métodos y de los medios **de clase**, los únicos que tenían y tendrán la posibilidad de desarrollar hasta el final el desarrollo de la lucha de clase y revolucionaria.

La acción intoxicadora llevada a cabo durante décadas por el reformismo, el pacifismo, el legalismo, logró dificultar y en parte paralizar el movimiento de clase del proletariado; las corrientes marxistas auténticas, en la época llamadas «de izquierda», no lograron constituir en el tiempo necesario los partidos de clase según las indicaciones de la Internacional Comunista, tiempos necesarios para una preparación revolucionaria «a la bolchevique», capaz de aprovechar las ocasiones favorables que la historia de la lucha de clase daba al proletariado europeo justo después del fin de la guerra. En Italia primero, en Alemania después, el reformismo **cerró la calle** a la revolución proletaria, preparando el terreno social a las clases burguesas para que encontrasen la solución a la quiebra económica y de la gestión gubernamental de la postguerra: el fascismo, y después el nazismo, fueron la «solución burguesa» por excelencia que llevó a la burguesía a obtener el mejor resultado desde el punto de vista de la defensa de los intereses capitalistas de clase generales: máxima centralización del poder político y máxima disciplina social fundada sobre la colaboración entre las clases integrando en el Estado también a las «organizaciones proletarias» - naturalmente después de haber destruido todas las organizaciones proletarias **de clase** y reprimido sistemáticamente a los estratos proletarios más organizados y combativos. Sin la obra «preventiva» del reformismo, de la socialdemocracia, de debilitar «desde dentro» al proletariado, el enfrentamiento de clase, también sobre el terreno militar, no habría dado fácilmente la victoria a las fuerzas de la conservación burguesa. La derrota del proletariado - y del partido de clase - legible en las cesiones cada vez más vistosas de la Internacional Comunista en el enfrentamiento con el oportunismo, de la nueva teoría del socialismo en un solo país a la participación en la segunda guerra imperialista en los ejércitos regulares y en las formaciones partisanas - es una derrota histórica que podrá ser superada y transformada en victoria solo sacando todas las lecciones programáticas, políticas, tácticas y organizativas que la historia de ayer obliga a sacar sobre todos los frentes de lucha, sobre todas las cuestiones centrales como la que se desarrolla en este opúsculo.

Primera Parte

Un excelente comunista que jamás se dejó llevar por las fatales sugerencias del oportunismo anti-fascista, y que estuvo en primera línea en la lucha del proletariado italiano contra las bandas de Mussolini de la época «romántica» y pseudo-revolucionaria del movimiento fascista de Italia, solía bromear diciendo que «el peor producto del fascismo ha sido el anti-fascismo»; chiste irónico que no entienden los que promulgan una democracia reformadora, pacifista y progresista que, pese a los constantes golpes que les asesta la realidad capitalista, viven todo el tiempo en una nube de insípidas ensoñaciones. Pero esta broma encierra una profunda verdad. Para quien comprende al menos un poquito el marxismo, su significado no es difícil de entender. Significa en pocas palabras que la importancia histórica del fascismo ha sido mucho menor de lo que se piensa comúnmente; contraria a la del antifascismo que ha sido mucho más duradera y **más funesta desde el punto de vista de los intereses del proletariado revolucionario y del comunismo**. Aquellos que hoy no son capaces de comprender esta verdad, nada han comprendido del marxismo revolucionario; incluso, sin ser tan ambiciosos, ni siquiera de lo que pasa en **su propia época**.

En efecto, el movimiento fascista como tal, no cumplió más que una función limitada: salvar a las burguesías europeas de una espantosa bancarrota económica y política, primero la de Italia y luego la de Alemania, y la de otras naciones de menor importancia mundial como España, en una época y bajo circunstancias bien precisas, esto es, dentro de la crisis general que sufrieron estos países durante la primera postguerra. Con esto no queremos decir que estas victorias burguesas, ese triunfo abrumador de las fuerzas de la conservación capitalista, no influyeran en la derrota de la Internacional de 1919 y de la revolución europea y mundial, deseada no sólo por Lenin, sino por todos los comunistas; o que luego nada tuvieran que ver con el estallido de una **segunda** guerra imperialista, eso sería negar la evidencia. Solamente hay que hacerse **dos** preguntas: **¿cómo ocurrió entonces la victoria burguesa, representada por la llegada al poder de los partidos nazis y fascistas? y, más importante aún, ¿cómo es que un cuarto de siglo después de la caída de los poderes fascistas, que siempre han intentado hacer pasar como un obstáculo al triunfo del proletariado, el Capital sigue detentando el poder en forma totalitaria, a favor de los intereses exclusivos de la burguesía?** Basta con hacerse estas dos preguntas para percibir el sentido del chiste arriba citado: la burguesía italiana, y luego la burguesía alemana y un cierto número de burguesías menores han podido con-

vencer al proletariado y arrastrar también a las clases medias que el capitalismo oprime también; y en lugar de tener frente a ellas a un proletariado comunista experimentado, han encontrado a un proletariado mayoritariamente «anti-fascista» que no supo replicar con su violencia de clase a la violencia capitalista, y de paso tomar el poder.

No es el proletariado italiano o alemán, etc. los únicos que deben ser cuestionados - de todas maneras ellos solos no podían hacer la historia del siglo Veinte -, sino a todo el proletariado europeo y mundial por estas derrotas. Pero más allá de esto, si el capitalismo domina todavía es porque aún este proletariado no logra reivindicar su propia dictadura revolucionaria frente a él, y sufre la misma influencia política que ya lo llevó al precipicio en los años 21-33, como consecuencia de su obstinada adhesión a las aparentes concesiones económico-sociales que esperaba de la forma democrática, y que se imaginaba que estas podrían ser abolidas por un poder fascista declarado. En otros términos, veinticinco años después de la caída de los regímenes de Hitler y Mussolini, los proletarios del mundo son mucho más «anti-fascistas» (anti-franquistas, anti-gaullistas, anti... es grande la lista de políticos burgueses que pueden ser reportados) que **comunistas revolucionarios**. A esto se resume la situación. A pesar de la ridícula jactancia de la democracia socializante, hasta tanto el proletariado no sufra una profunda transformación de esta mentalidad política, la lucha anti-capitalista se mantendrá estancada.

No las vamos a examinar en detalle, pero es evidente que hay razones profundas para que este estado de ánimo del proletariado - igualmente cargado de prejuicios - persista. Nos toca pues derrumbar estos prejuicios y estas razones, dando a conocer las grandes luchas proletarias del pasado, algo que los partidos oportunistas, a punta de demagogia y realizando esfuerzos colosales, buscan sepultar bajo el silencio o hacer simplemente inaccesible a la masa obrera. Es por esta razón que el informe que vamos a ofrecer sobre «**el Partido Comunista de Italia frente a la ofensiva fascista**» (informe presentado en una reunión general de partido), tiene un gran interés político - y no solamente «cultural», para utilizar la insoportable jerga burguesa moderna. Este informe demuestra palmariamente, sobre la base de hechos y textos escritos, algunas viejas verdades que hoy han sido abandonadas: el verdadero zacatecas del proletariado italiano no ha sido tanto el movimiento fascista, sino la socialdemocracia que frente a la violencia de los «camisas negras» no supo hacer otra cosa que reclamar respeto por la legalidad. El fascismo mismo no triunfó únicamente por medio de la violencia, sino

también gracias a una demagogia reformista a la cual los socialistas de la II^o Internacional habían acostumbrado demasiado al proletariado. En fin, al contrario de los oportunistas que mentían descaradamente sobre su supuesta lucha, la única fuerza en el mundo que puede reclamar haberse enfrentado al fascismo, armas en la mano y bajo una férrea dirección política, guiando una lucha exclusivamente proletaria, liberada de toda influencia burguesa y oportunista, ha sido el Partido Comunista de Italia, que en ese momento se encontraba en manos de nuestra corriente. Fue, para decirlo brevemente, la única sección que se rebeló contra las excesivas concesiones que la dirigencia de la Internacional comunista daba al anti-fascismo de tipo democrático (concesiones que desgraciadamente llevarán para siempre la firma del malogrado Zinoviev), y, que haya denunciado el peligro oportunista que estas significaban para el movimiento comunista; la única que condujo también una lucha coherente, perseverante, llena de abnegación, incluso contra los miserables «camisas negras» del fascismo italiano. Si fue vencida, esto no dependió de un partido revolucionario cumpliendo todas sus tareas, sino de circunstancias mucho más poderosas que no dependían de su voluntad. Pero al menos nuestra corriente no fue liquidada políticamente, al contrario de todos los demás partidos comunistas del mundo que desgraciadamente cayeron al final en una defensa simple y pura de la democracia.

Esto no es casual. Ya que sólo su forma marxista y revolucionaria de dirigir y conducir una lucha de vida o muerte contra el movimiento fascista le evitó, entre 1939-45, sucumbir a la guerra imperialista, es decir, traicionar de manera irreparable al internacionalismo proletario; traición que durante décadas influyó negativamente en las tentativas del proletariado europeo y mundial de organizarse en partido comunista internacional, condición indispensable para la victoria contra el Capital, al cual el anti-fascismo le ha asegurado una larga supervivencia.

Naturaleza del fascismo

Según nuestras tesis de partido, el fascismo constituye un método de gobierno al que apela la burguesía cada vez que las masas, radicalizadas por la crisis del capitalismo, no se dejan ya engañar por las fórmulas mentirosas de libertad, igualdad, democracia, y se muestran decididas a tomar el poder. Por tanto, el fascismo no es un tumor patológico, un germen extraño al régimen burgués, o peor, un retorno al régimen que precedió el triunfo de los «principios sagrados» de la revolución francesa. Es uno de los métodos de gobierno que puede utilizar la burguesía cada vez que el método democrático no logra asegurar ya su dominación de clase, a pesar de su influencia corruptora en las capas superiores del proletariado y de todas sus campañas por la igualdad. Cualesquiera sean las formas - provincialistas o atrasadas como las falanges españolas, paternalistas como el corporativismo de Salazar, o la forma primitiva y grosera de golpe de Estado militar como en Grecia en 1967 -, sustancialmente no son diferentes.

mo de Salazar, o la forma primitiva y grosera de golpe de Estado militar como en Grecia en 1967 -, sustancialmente no son diferentes.

Según nuestras tesis de partido, el fascismo constituye un método de gobierno al que apela la burguesía cada vez que las masas, radicalizadas por la crisis del capitalismo, no se dejan ya engañar por las fórmulas mentirosas de libertad, igualdad, democracia, y se muestran decididas a tomar el poder. Por tanto, el fascismo no es un tumor patológico, un germen extraño al régimen burgués, o peor, un retorno al régimen que precedió el triunfo de los «principios sagrados» de la revolución francesa. Es uno de los métodos de gobierno que puede utilizar la burguesía cada vez que el método democrático no logra asegurar ya su dominación de clase, a pesar de su influencia corruptora en las capas superiores del proletariado y de todas sus campañas por la igualdad. Cualesquiera sean las formas - provincialistas o atrasadas como las falanges españolas, paternalistas como el corporativismo de Salazar, o la forma primitiva y grosera de golpe de Estado militar como en Grecia en 1967 -, sustancialmente no son diferentes.

Quiere decir que lo que perseguimos con el presente informe (1) es, primero, mostrar que los hechos históricos de aquellos lejanos años han probado la perfecta confluencia de todas las fuerzas políticas burguesas, tanto democráticas como fascistas, en la defensa de su dictadura de clase, y, segundo, hacer transparente la oposición existente entre la actitud del joven Partido Comunista de Italia de la época y el sabotaje reformista de las luchas, frecuentemente heroicas, del proletariado, los gemidos de preocupación de los maximalistas llamando a la «pacificación», al «retorno al orden y al derecho» y otras infamias parecidas. El Partido Comunista fue efectivamente la única fuerza que planteó audazmente la cuestión del fascismo en su verdadera significación, llamando a los proletarios revolucionarios a aceptar el desafío lanzado por los burgueses y a responder a la violencia con la violencia, a la lucha armada con la lucha armada, a defenderse preparando la ofensiva tan pronto las condiciones se tornaran favorables. En la situación de 1920-22, a pesar de que nada estaba a su favor, la clase obrera de Italia bajó a la calle a pelear con entusiasmo renovado, y a cada demostración de fuerza, fue el Partido Comunista quien la acompañó, señalando claramente que el enemigo a derrotar era el conjunto de fuerzas burguesas concentradas en el aparato de represión y de explotación y sus tres pilares fundamentales, a saber, la **democracia**, el **fascismo** y el **reformismo**.

(1) Este informe fue presentado en la reunión general del Partido realizada en Florencia del 20 de abril al 1^o de mayo de 1967. Publicado en «Il Programma comunista», n^o 16.

Madura, la «contrarrevolución preventiva», a la sombra de la democracia

Después de la primera gran guerra, la burguesía italiana tuvo que enfrentar a la gran ola de huelgas y de agitaciones que sacudieron a Italia. Pero superar este obstáculo no se debió a la aparición de los camisas negras de Mussolini, sino al Estado democrático apoyado por la burguesía internacional. Si luego de esta amenaza procede una desmovilización de la clase obrera, en nada tuvieron que ver las fuerzas «ilegales» del fascismo, los motivos hay que buscarlos en los métodos perfectamente legales con los cuales la burguesía italiana, desde la constitución del Reino, siempre había obtenido óptimos resultados; además, en caso de necesidad sus fuerzas estatales estaban admirablemente entrenadas para cambiar hacia métodos violentos, y no hacían ningún esfuerzo por ocultarlos.

Durante los años 1919-20, los proletarios lucharon en las calles, dentro de las fábricas y hasta en los campos, chocando **primero** con las fuerzas armadas regulares de la democracia que respondieron con plomo fundido. El Estado disponía ya de una fuerza compuesta por carabineros, policías y soldados (¡hasta la marina y la aviación intervendrán en ciertos casos!), pero, aún con refuerzos, demostró ser insuficiente en la posguerra. Por eso Nitti creó una fuerza especial que permitió no sólo reforzar todavía más al Estado, sino encuadrar toda aquella masa de desechos que deja toda guerra, armándoles para vomitar todo su odio y frustración de fracasados sobre los obreros y los campesinos. Es bajo las balas de las democráticas fuerzas del orden, a comienzos de 1919, que caerán los obreros, y esta es la prueba de que la primera ola de represión anti-proletaria la cual fue decisiva, vino de un gobierno (mejor dicho, una serie de gobiernos) de obediencia estrictamente democrático-liberal o, como se diría hoy en día, «progresistas». Ese gobierno preveía el apoyo que plenamente y sin fallas le iban a dar los jefes sindicales y los reformistas del Partido Socialista de Italia, contando de paso con la mansedumbre de los maximalistas; es en perfecta lógica burguesa que la represión democrática estuviese combinada con toda una demagogia de «medidas de prevención social» (precio político del pan, planes de reforma agraria y control sobre la industria), incluyendo por encima de todo el llamado habitual a votar, siempre tan eficaz para adormecer a las masas; así, vemos sucederse elecciones generales en 1919, elecciones municipales y regionales un año más tarde, y nuevamente elecciones generales de 1921. Nitti y Giolitti se alternarían en el poder, esperando cederlo al ex-socialista Bonomi, tal como se produjo después que las elecciones de mayo de 1921. Un documento de Partido, en 1923, nos recuerda que el primero había elevado a 65 mil el contingente de carabineros o guardias civiles, a 35 mil los agentes aduaneros, y a 45 mil las fuerzas especiales o guardias reales, refor-

zando la red de espionaje interior. El segundo había puesto en primera línea al ejército durante los eventos de Ancona. Sus papeles estaban perfectamente en regla con la democracia, y a mucha razón hoy se les consideran los padres de la República italiana. ¿No está el escudo de la democracia ornamentado a la vez con la tarjeta del voto y el fusil?

El proletariado se batió con una energía infinita. Pero, mientras que las fuerzas represivas del Estado restablecían poco a poco el orden, recuperando el control de una situación que en momentos parecía desesperada para la burguesía, los «éxitos» (se podría decir incluso los triunfos) electorales obtenidos por el proletariado, desviaban las preciosas energías de la lucha armada para dispersarlas en las batallas legales, despertando en los obreros la ilusión de que luego de haber sufrido tan terrible hemorragia, la victoria de su clase estaba cercana y el poder al alcance de su mano. En realidad, es precisamente respondiendo al llamado del electoralismo parlamentario que la clase obrera de Italia, material y moralmente desarmada, se expuso a los golpes de su adversario.

En 1920, el proletariado se encontraba a la defensiva frente a un enemigo consciente de haberle arrancado de las manos las armas de la victoria. En septiembre de ese mismo año, cuando las fábricas fueron ocupadas, Giolitti no tuvo necesidad de recurrir a la fuerza, método que no le repugnaba para nada, ya que en el curso de su larga carrera lo había utilizado con el más perfecto cinismo (2). Sabía, en efecto, que ni la CGT ni el PS iban a correr el peligro de llevar el movimiento hasta las trincheras, y que lo más probable es que buscarían lanzarse el uno al otro la responsabilidad para no dirigirlo.

Un comunicado firmado por estas dos organizaciones, publicado a comienzos de septiembre, amenazaba con «*el control de las empresas, para llegar a la gestión colectiva y a la socialización de toda forma de producción*»; pero esta amenaza sometida a una condición no perseguía otro fin que el de tranquilizar a la burguesía: «*si los patronos se obstinan o el gobierno viola su neutralidad, seguro que no llegaremos a una solución satisfactoria para ambas partes*». El gobierno agarra el ramo de olivo que tan oportunamente le habían tendido y se decide por la «neutralidad»; en lugar de lanzar las fuerzas del orden al asalto de las fábricas ocupadas, promete ejercer él mismo por medio del Estado el «control de la producción», previendo sin mucho esfuerzo que la clase obrera, cederá por asfixia; ya estaba extenuada por dos años de sangrientas luchas,

(2) El historiador Gaetano Savemini, socialista para entonces, había llamado a Giolitti «ministro de la mafia» por su habilidad para aprovechar los recursos de la democracia reformista y socializante, mientras que utilizaba a las mafias locales – especialmente en el Sur – para controlar administraciones comunales dóciles y falsificar las elecciones a su favor, sin excluir la violencia abierta de los «mazzieri» (alguaciles) con el fin de intimidar a los obreros agrícolas.

privada de dirección y orientación que la llevara hacia la toma del poder, encerrada en los estrechos límites de la empresa, e impedida de salir de estas por su misma dirigencia política y sindical. Incluso sus dirigentes, deseosos de lograr un acuerdo tendente a mejorar las relaciones obrero-patronales, ya se frotaban las manos ante las perspectivas de elecciones administrativas...

La batalla final no tendrá lugar (tampoco el... control de la producción, promesa lanzada solo para calmar los ánimos) ya que los que debían **atacar** fueron impedidos por los malos pastores y por el Estado, que desde la torre de su «neutralidad» esperó con toda tranquilidad a que los trabajadores depusieran las armas. No hubo ni siquiera una de esas derrotas en el terreno de la lucha de clase franca y directa que dejan profundas huellas en el proletariado y producen los gérmenes de la siguiente insurrección y victoria revolucionarias. No pudo haber peor demostración de impotencia que **esta derrota sin combate**, la más humillante de todas.

Es durante la terrible ola de reflujo, que vino después del movimiento de ocupación de fábricas, que, entonces y solo entonces, las bandas fascistas entraron en escena. Obviamente que frente a un proletariado vencido que no iba a volver a luchar inmediatamente, estas no buscaron sino impedir que volviera a alzarse. Pero comprendieron muy bien que el proletariado no iba a perder inmediatamente su combatividad y espíritu de sacrificio (y el desarrollo de los acontecimientos lo confirmará) y que los problemas a los que la clase dominante era incapaz de darles solución, volverán a plantearse con mucha más fuerza y urgencia que nunca.

Luego de la muy eficaz represión democrática «ordinaria», era necesario lo que se llama una «contrarrevolución preventiva». Esta acontecerá y será favorecida, respaldada y legalizada por los autores de la «estabilización» del régimen en 1921-22, es decir, el Estado, los partidos de la democracia burguesa y el reformismo.

Comienzo de la ofensiva fascista. Dos falsas tesis sobre el fascismo

Precediendo a las elecciones administrativas de octubre, la ocupación de las fábricas cesa en la segunda quincena de septiembre de 1920. Los dos años de ofensiva de las escuadras fascistas comenzarán, en realidad, en noviembre en Boloña (3): el 4, los escuadrones de Mussolini lanzan el asalto a la Bolsa de Trabajo; el 21, ocurren los eventos del palacio de Accursio en esa misma ciudad (4). Con esto se confirma que el movimiento nace en una zona agrícola y, desde sus comienzos, presentará la fisionomía y la composición social que lo distinguirá durante toda su «escalada» contra las fortalezas proletarias: escuadrones volantes reclutados en pequeñas ciudades de provincia y dentro de las franjas de una pequeña bur-

guesía famélica y desequilibrada o, mejor todavía, en capas sociales situadas por debajo de la pequeña burguesía: mercenarios, antiguos miembros de la expedición del Fiume y ex-representantes del arditismo (5) de guerra, elementos depauperados de la clase media, pequeños intelectuales en búsqueda de gloria y de prebendas, etc... Desplazándose de una localidad a otra con gran «habilidad de maniobra», facilitada no por la genial táctica y estrategia de sus jefes, sino por la solidaridad automática del Estado, este movimiento siempre tuvo por objetivo las ciudadelas obreras (Bolsas del Trabajo, sedes de partidos y sindicatos, círculos proletarios, cooperativas, etc...) y chocaba con un solo enemigo: los obreros organizados de las ciudades y campos; pero siempre pudo contar con la benevolente neutralidad del Estado, y muchas veces hasta con su apoyo total.

El hecho de que la **ofensiva** anti-proletaria armada e «ilegal» haya partido de una zona agrícola, y que sus promotores hayan salido esencialmente de las clases medias, ha llevado en apariencia (pero solo en apariencia) a dos interpretaciones, ora distintas, ora entremezcladas, pero igual de falsas la una como la otra. Según la primera, el fascismo significaba un retorno a los métodos clásicos de la reacción precapitalista impuesta por los propietarios terratenientes de tipo feudal a la fracción «progresista» de la burguesía encarnada por los industriales; para la segunda, el fascismo era una tentativa tan acertada como extrema de las capas medias organizando una revolución según su ideología particular y con fines de independencia.

(3) Es esto lo que explicará el representante del P.C. de Italia que defendía entonces las posiciones de la Izquierda, en el IV° Congreso de la I.C.

(4) El veintiuno de noviembre de 1920, los fascistas tomarán por asalto el Palacio de la Municipalidad en el cual venía de instalarse la nueva administración socialista triunfalmente elegida. En la refriega que siguió hubo 9 muertos y 100 heridos. Estos incidentes marcan el comienzo de las expediciones punitivas contra las... plazas fuertes del proletariado, es decir, según la estúpida concepción de los reformistas... las municipalidades locales (¡!).

(5) Los «Arditi» (trad.: «valientes, intrépidos») eran grupos de asalto del ejército regular apertrechados con puñales y granadas de mano.

(6) L'«Ordine Nuovo», fracción del Partido Socialista con una concepción idealista y obrerista que seguirá a la fracción abstencionista en el nuevo partido después de la escisión de Livorno. Implantada en Turín, y dirigida por Gramsci y Togliatti que más tarde se convertirán en los espantapájaros de Moscú contra la Izquierda que había fundado el partido.

(7) Esta incompreensión de Gramsci, de un enunciado fundamental del marxismo aparece netamente en sus escritos en el siguiente pasaje: «Desde un punto de vista constitucional, ¿qué queremos decir cuando afirmamos que los poderes públicos ejecutivo, legislativo y judicial no están separados ni son independientes unos de otros, sino reunidos en un solo poder, el poder ejecutivo». ¡Cómo si la noción de «dictadura de una clase» fuera de orden... constitucional, y no social e histórica!

En el campo proletario, estas dos interpretaciones han hecho estragos cuyas consecuencias hemos venido arrastrando hasta hoy. En aquella época no sólo se las podía leer en la prensa burguesa «de izquierda» o en la prensa reformista, sino también en las páginas de «Ordine Nuovo» (6), especialmente bajo la pluma de Gramsci que ya incluso dentro del joven Partido Comunista de 1921 tenía dificultades para comprender que el poder de Estado es **siempre**, cualquiera sea la forma que este tome, un órgano de la dictadura de clase de la burguesía (7).

Dos citas de Gramsci bastarán para ilustrar los dos aspectos arriba mencionados de la **interpretación no marxista del fascismo**. La primera afirma que:

«Gracias al declive del Partido Socialista luego de la ocupación de las fábricas, y bajo el empuje del Estado Mayor que ya la había utilizado durante la guerra, la pequeña burguesía ha reconstituido militarmente sus cuadros y se ha organizado a escala nacional con la rapidez del rayo. Simple juguete en manos de este Estado Mayor y de las fuerzas más retrógradas del gobierno, la pequeña burguesía urbana se alió a los propietarios terratenientes y, mandada por estos, destruyó las organizaciones campesinas»

(«Ordine Nuovo», 2 de Octubre de 1921).

La segunda, dice lo siguiente:

«La burguesía industrial ha sido incapaz de frenar al movimiento obrero, tan incapaz de controlar a este movimiento como al movimiento revolucionario en los campos. Es por ello por lo que la consigna del fascismo luego de la ocupación de las fábricas ha sido la siguiente: los rurales deben controlar a la burguesía urbana que no ha mostrado mano dura con los obreros... Anticapitalistas en su origen, luego ligadas al capital, aunque no completamente absorbidas por éste, las clases rurales son aquellas que han organizado el Estado en los diferentes países poniendo en su actividad reaccionaria toda la ferocidad y el despiadado espíritu de decisión que siempre las ha caracterizado». Termina Gramsci diciendo que «Con el fascismo, asistimos a un fenómeno de regresión histórica»

(Discurso del 16/05/1925 ante la Cámara de Diputados).

La Izquierda marxista refutó teóricamente esta doble tesis exponiendo que hablar de «gordos agraristas» significaba dar una noción metafísica y que esta pretendida «categoría» estaba compuesta por propietarios de grandes empresas agrícolas capitalistas por una parte, y por la otra, por propietarios terratenientes absentistas que sólo una sociología híbrida podía considerar como «barones feudales». Mostró también que los primeros pertenecen por derecho a la clase burguesa dominante y que, desde entonces, los segundos se han integrado cual furgón

de cola al mecanismo capitalista, ambos viviendo en perfecta simbiosis. Igualmente desestimó toda existencia autónoma y toda capacidad de iniciativa política y social de la pequeña y mediana burguesía: ¿es necesario recordar lo que dice Marx en «Las luchas de clases en Francia» y en el «Dieciocho de Brumario»?

Fuera de toda consideración teórica, las dos tesis en cuestión han sido desmentidas tanto por los hechos de 1919-24 como por sus **precedentes** históricos. En lo que atañe a los precedentes, la gran burguesía «progresista» (tanto agraria como industrial), desde comienzos de siglo se ha mostrado «abierta con respecto a las organizaciones obreras dirigidas por los reformistas». Halagando al «pueblo», reformadora, giolittiana en suma, se ha mantenido firme en el timón del Estado democrático-burgués, combinando halagos y violencia. Durante los años cruciales inmediatamente después de la guerra, no hizo más que llevar a la perfección el arte sutil del mando. En lo que concierne a descifrar los hechos, los de los años de la ofensiva fascista (1919-24), son tan fáciles como un diagrama, pero tendremos que resumirlos antes de entrar de lleno al tema de la lucha del joven Partido Comunista de aquellos duros años, motivo principal de este largo informe.

Curso real de la «escalada fascista»

Si bien, como ya hemos visto, la ofensiva fascista comenzó a finales de 1920 en las zonas rurales del Norte, el fascismo como movimiento organizado data de 1919 y nace **en las ciudades**, o mejor dicho, en la metrópolis lombarda, corazón de las altas finanzas, de la gran industria y del gran comercio, y no en lo profundo de la labranza todavía bárbara, u otras nuevas Vandeas. Es en Turín que se encuentra el centro que, en 1915, movilizó la joven pequeña burguesía intervencionista en favor y al servicio del gran Capital, y es también en Turín donde nace el reformismo obrero.

El fascismo no sólo fue parido, sino amamantado por el gran capital; pero, aprovechando la experiencia política de los que lo apadrinaron, nace con un programa que no prevé únicamente el uso de la violencia (esta violencia tardará en manifestarse y no lo hará sino de manera esporádica y bajo formas «no autorizadas»), sino también y sobre todo **de reformas**. Si para ser «progresista» fuera suficiente reclamar reformas anti-clericales, abogar por la abolición del Senado o declararse contra la realeza, entonces desde su nacimiento el fascismo estuvo a la vanguardia de todo progresismo, incluso mucho más avanzado que el de los «comunistas» italianos de hoy, pues bien sabía que este era el medio para atraer no sólo a una fracción de la aristocracia obrera, sino a los pequeños burgueses insatisfechos y a los «intelectuales», que sepan expresar las aspiraciones de estos últimos quienes, lejos de movilizarse y organi-

zarse por «sí mismos», siempre se ven movilizados y organizados **por otros**.

El fascismo nace, pues, en las ciudades, pero rápidamente se extiende a la provincia y conquista a los «rurales». ¿En qué zonas? Precisamente en las zonas de agricultura capitalista bien definida tales como el valle bajo del Pô, la Emilia y la Romagna, que durante más de cincuenta años fueron el teatro de luchas de los obreros agrícolas, es decir, de asalariados puros, por consiguiente reprimidos en forma feroz por parte de un patronato plenamente burgués y completamente limpio de toda huella «feudal». En sus orígenes, **el fascismo no existe** en las pretendidas tierras de elección de los «barones feudales», como la Italia meridional, y si bien es allí que nace y se esparce rápidamente, es solo en zonas como Apulia, donde las relaciones de producción ya eran relaciones modernas y antagónicas entre capital y trabajo asalariado, y donde las relaciones sociales se basaban en este antagonismo. La gran burguesía industrial y la gran burguesía terrateniente se apoyan mutuamente a la hora de organizarse; preparadas, tanto una como la otra, para utilizar la violencia o jugar la carta del «progresismo», e igualmente prontas a dividirse hábilmente el trabajo para mejor defender el patrimonio común. ¡Así que por ninguna parte aparecen los famosos «agraristas» controlando a los industriales urbanos!

De las zonas capitalistas del Norte, la ofensiva fascista (que hay que diferenciarla del movimiento en sí) se determina por razones puramente tácticas; su verdadero objetivo estratégico son las grandes aglomeraciones proletarias, particularmente las del triángulo industrial Lombardía-Liguria-Piamonte, y naturalmente la capital del Reino. La «escalada» hacia estos objetivos no parte solamente de las zonas obreras menos defendidas, campos donde el proletariado se encuentra disperso, pequeñas aldeas de provincia donde es más fácil movilizar la chusma pequeño-burguesa para realizar operaciones-relámpago arriesgadas, o en zonas donde es relativamente fácil poner a las diferentes categorías que componen el campesinado unas contra otras. Es así como en la región de Ferrara, los fascistas comenzaron desde 1920 a ocupar y repartir las tierras, buena táctica para romper la peligrosa alianza entre pequeños labradores o aparceros y obreros agrícolas; las zonas en que las concentraciones obreras no estaban defendidas y donde los asalariados eran reyes cuando salían en tropel, vulnerables cuando se convertían en ciudadanos diseminados y aislados; y, por último en zonas donde el freno del reformismo a la Prampolini, «milanés» para más señas, hacía contrapeso al vigoroso empuje de los obreros agrícolas. En todas estas regiones, la burguesía cuenta matar dos pájaros de un tiro; tiene una memoria de elefante; sabe lo peligroso que puede ser el proletariado agrícola como enemigo y sabe cómo inquieta a los grandes terratenientes su espíritu de rebelión. Es por ello que ataca sin piedad a su adversario de clase en campo raso para regresar cargado de laureles y barrer en las ciudades a su enemigo implantado en las fábricas y los barrios obreros.

Cobarde como siempre, la burguesía italiana no se atreve a atacar prematuramente los fortines proletarios como son los barrios obreros de las grandes metrópolis industriales, ni siquiera los barrios populares (pero de fuerte población obrera) de la burguesísima ciudad de Roma. Lograr esto le tomará dos años, no sin antes haber organizado la retirada, vendar las tremendas heridas y comenzar a contar sus muertos. Desde Emilia y Romagna, así como de la Baja Lombardía, le costará mucho ganar el Sur, el Norte y el Noroeste. Si puede desatarse en la Toscana, provincia combativa incluso en el campo, es porque esta región representa también una reserva casi inagotable de pequeños burgueses desclasados y carreristas. Penetrará en La Marca, Umbría, Lacio, siempre con el mismo objetivo: los círculos obreros, las Bolsas del Trabajo, las sedes del Partido Comunista, e incluso, aunque en menor medida, del Partido Socialista, la redacción de periódicos proletarios, los militantes aislados. Y es a la caída de las principales plazas fuertes del proletariado que Mussolini recibirá como regalo su «Marcha sobre Roma»... en coche-cama; y es entonces que **todas** las fracciones de la burguesía lo proveerán de sub-secretarios de Estado y de ministros.

Detrás de todas estas maniobras envolventes, es la contra-revolución gran-capitalista la que avanza; haciendo de los pequeños burgueses su escudo, arremete contra su único enemigo: las organizaciones obreras.

Las ciudades y localidades son invadidas o tomadas por asalto unas tras otras: Ferrara cae el 20 de diciembre de 1920, Módena el 24 de enero de 1921, Trieste el 8 de Febrero (el periódico «Laboratore» es destruido); al final de febrero, le toca a Minervino, Murga y Bari; el 27-29, Florencia, donde Espartaco Lavagnini, militante comunista y dirigente sindical es asesinado; el 1° de Marzo, en Empoli; el 4, Siena; el 22-26, Perugia y Terni; el 31, Lucca; el 2 de Abril, Reggio; el 12, Prato, Foiano del Quinia y Arezzo; el 19, Parma; el 20, Mantua; el 22-23, Placencia; el 2 de mayo, Pisa; el 5, Nápoles. Mientras arden las Bolsas del Trabajo, las sedes de los sindicatos, las redacciones de periódicos y las sedes de los partidos obreros, y los obreros y los campesinos se baten como leones, infligiendo al enemigo pérdidas superiores a las suyas, en otras palabras, mientras toda la península es puesta a sangre y fuego y las clases se enfrentan en un duelo a muerte, se escucha una vez más el pregón: **¡a las urnas!** Del arsenal de la democracia, Giolitti viene a sacar el as de la manga: las elecciones políticas.

Luego de esto, ¿se podrá seguir sosteniendo que la «reacción agraria» forzó la mano al «progresismo democrático» de los industriales, apoyándose en los «elementos más retrógrados, puestos a la cabeza del Estado? En realidad, a la cabeza del Estado encontramos a la democracia reformista de Giolitti; es **ella**, la que durante las elecciones administrativas de 1920, hizo bloque con los fascistas; es **ella** la que, en los conflictos entre camisas negras y obre-

ros, interviene siempre para que los primeros triunfen. Luego de la masacre de Ferrara, es Giolitti el que ordena «desarmar» a la provincia de Emilia; policías y carabinieri recogen una gran cosecha de armas escondidas en las casas donde viven obreros y campesinos, sin jamás allanar casa alguna de los fascistas. En Florencia, durante tres días de batallas bastante violentas, no serán los camisas negras, sino las divisiones blindadas del ejército y la gendarmería los que destruyan la resistencia heroica de los proletarios del barrio de los Scandicci. En Empoli, en Signa y en Prato, ciudades resueltas a batirse hasta el final, cómodamente los fascistas consiguen asilo en los cuarteles. En Pisa, es el comandante de la división el que ordena derribar el portal de la Bolsa del Trabajo que los obreros se negaban a abrir. Por su parte, la magistratura no pronuncia más que condenas contra la Izquierda.

Agotados después de dos años de tempestad, dejados sin defensa por el Partido Socialista, solos contra la coalición burguesa, los obreros se baten con una audacia «increíble». Tomados por sorpresa en Boloña, contraatacan en Ferrara, en Modena, en Florencia. En Apulia, los obreros agrícolas levantan cordones y barricadas contra los viejos policías de Giolitti e hijos y nietos transformados en camisas negras. Luego de la fundación del Partido Comunista en Livorno en enero de 1921, las organizaciones militares de las juventudes comunistas no se conforman ya con acciones defensivas; ahora atacan. Los obreros no cuentan ya la cantidad de muertos en sus filas, pero los burgueses al hacer sus cálculos constatan que, al contrario de lo que esperaban, la situación se presenta muy mal. Es ahora o nunca el momento de hacer una pausa, para adormecer al adversario y reorganizar sus fuerzas; las elecciones vienen como anillo al dedo.

Más claro el agua; se trata de algo muy diferente a un «retorno al régimen anterior a la revolución burguesa y sus sagrados principios». Y el significado de los acontecimientos que venimos de reconstituir desde el comienzo, su desenvolvimiento real se encuentra no en la oposición entre la «democracia industrial progresista» y la «reacción agraria feudal», mucho menos de la «revolución de la pequeña burguesía», sino en la oposición entre **dictadura de la burguesía** y **dictadura del proletariado**, dilema planteado internacionalmente por el fin de la guerra y escrito en letras de fuego en la realidad histórica.

Fundación del Partido Comunista en Livorno Necesidad histórica de la escisión

Los acontecimientos arriba evocados forman el telón de fondo de la escisión que se produjo en enero de 1921, en el seno del viejo Partido Socialista. De esta operación quirúrgica reclamada desde hacía tiempo por la Izquierda, surge el joven Partido Comunista armado de un programa, convergiendo en todas las

cuestiones fundamentales con el de los bolcheviques.

Este joven partido no tiene duda alguna acerca de la naturaleza de la democracia:

«Las relaciones de producción actuales, proclama, son protegidas por el poder burgués cuyo sistema representativo se fundamenta en la democracia, que constituye un órgano de defensa de los intereses de la clase capitalista» (Programa de Livorno, punto 2).

Menos dudas aún tiene de que la ofensiva armada del fascismo constituye simplemente la manifestación más evidente del «dilema insuperable» planteado por la guerra y la paz burguesas a los «proletarios de Italia y del mundo entero: o dictadura de la burguesía, o dictadura del proletariado». Inmediatamente después de su fundación proclama:

«Trabajadores, quien busca convencerlos de tomar otras vías y hacerles ver que la destrucción del Estado burgués no es el único camino para salvar a tantas víctimas del capitalismo, quien quiere desarmarlos moral y materialmente proponiéndoles acciones pacíficas, mientras que manifiestamente la burguesía se prepara para la lucha armada y la ofensiva contra vosotros; quien les habla así traiciona consciente o inconscientemente la causa proletaria y no es más que un lacayo de la contrarrevolución» (Mensaje a la manifestación del 20 de febrero de 1921).

La Izquierda marxista italiana de hecho no había **sufrido**, sino **buscado** la escisión por razones tanto teóricas como prácticas. En efecto, en el período en el cual se desata la reacción burguesa, estaba más claro que nunca que la unidad del Partido Socialista, defendida a capa y espada por los maximalistas (Serrati), significaba en los hechos una capitulación frente a la derecha de Turati. Semejante unidad no podía sino privar a los proletarios que combatían ferozmente en las calles de toda dirección consciente, energética y centralizada. Esta farsa de **unidad** abierta o encubierta con los reformistas, representaba el grillete atado a los pies de un proletariado indómito, arriesgando su vida en una lucha desigual, no sólo contra las fuerzas «irregulares» del fascismo, sino contra las fuerzas regulares del Estado democrático. Había que romper esa unidad, para que esta resistencia proletaria desesperada continuara y, llegado el momento, su contra-ofensiva triunfara.

En esta operación, la Izquierda no veía interés alguno en pelear por esta o aquella municipalidad (incluso la de Boloña, tradicionalmente «roja»), puesto que a todas las luces allí no estaba puesta en juego la gran batalla de clase que había comenzado. Al contrario, luego de los eventos del Palacio de Accursio en Boloña, el órgano de la fracción comunista del PSI, «Il Comunista», en su número del 5 de diciembre de 1920, sacaba la lección de los hechos:

«Los sucesos de Boloña en que la burguesía adoptó una actitud resueltamente agresiva tanto de la parte de sus organizaciones legales como

ilegales... pueden ser explotados (y lo son sin duda alguna) en favor de la tesis unitaria: 'estamos siendo atacados, cerremos filas para defendernos'. Semejante interpretación, más elocuente tras la lección que vienen de darnos, es completamente errónea, incluso absurda. La unidad del partido existe aún; esta ha sido total durante la campaña electoral, y sin embargo la clase obrera no ha logrado defenderse. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que la unidad formal puede ser un frente único de conquistas electorales; no lo es para la acción defensiva y menos aún para la ofensiva. El partido constituido y arrastrado a acciones pacíficas tradicionales se muestra entonces completamente inepto cuando este estadio es superado y la situación lo pone frente a otras necesidades. Otras son las enseñanzas, ya que el hecho de que coexistan en un mismo partido una tendencia de izquierda y otra de derecha significa la muerte de este partido. Cuando tengamos un Partido compacto y homogéneo, capaz de acciones violentas tanto defensivas como ofensivas; capaz de preparar moral y materialmente estas acciones, todos plenamente de acuerdo y bien conscientes para evitar las sorpresas o las retiradas a destiempo; bajo esas circunstancias puede que perdamos algunas municipalidades (por ejemplo, la de Boloña) porque allí éramos pocos, o, si no las perdemos, podríamos conservarlas por la fuerza, y si no las obtenemos por vía electoral, entonces vendrá el día en que las recuperaremos con los mismos medios que han utilizado los fascistas para arrancárnoslas, dándonos una lección que no deberemos desaprovechar».

La brutal evidencia de los hechos, así como las razones de principio, precipitaba la escisión que la Izquierda reclamaba desde 1919 y se retardó por la lentitud de los otros grupos que se adhieren al Partido Comunista en tomar consciencia de esta necesidad. Bajo el manto de la unidad que defendía el maximalismo (partidarios de las barricadas, pero sólo en palabras), el reformismo estaba libre para atar de manos y pies a la clase obrera para luego apuñalarla en tierno acuerdo con la policía y los fascistas. Luego de haber desarrollado las **razones de principio**, que estaban en el origen de la constitución del Partido Comunista de Italia, el informe de la fracción comunista en el Congreso de Livorno pasaba a los argumentos prácticos sobre la base de la sangrienta experiencia de los dos años precedentes:

«Los comunistas tienen por función mostrar a las masas que la revolución es inevitable. Es con esta base y por medio de una preparación moral y material, que pueden y deben acumular condiciones que aumenten las posibilidades de victoria del proletariado, puesto que con un partido de clase listo para dirigir y técnicamente preparado a todas las exigencias de la lucha revolucionaria, este último adquirirá el temple necesario. Al contrario, los reformistas y social-demó-

cratas dicen a las masas que la revolución se puede evitar; que, incluso, la revolución es imposible. Las dejan sin preparación ante la crisis que ellos han sido incapaces de evitar; y cuando esta estalle, por su culpa el proletariado no sólo se encontrará inerme ante la burguesía, sino que ellos mismos aportarán su apoyo a las fuerzas burguesas.

«¿Cuál es la función de un partido en cuyo seno los revolucionarios están mezclados con los reformistas? La función de retardar toda preparación revolucionaria seria y paralizar la acción de la Izquierda mientras que la derecha se desarrolla en óptimas condiciones, condiciones que no consistían en elaborar reformas que la historia circunstancial hacían imposibles de conquistar, sino en oponer a las tendencias revolucionarias una resistencia pasiva que pasará a ser activa cuando sea necesario».

Mientras que el fascismo se desataba contra los obreros, gozando de la complicidad de la democracia y del reformismo, los social-demócratas y maximalistas se lamentaban de la «violación de la legalidad» y la «perturbación del orden», implorando al Estado tutelar defender la primera y restablecer el segundo. Pero el Partido Comunista que llevaba a cabo con energía su dura tarea de auto-organización, mientras recibía sin cesar los golpes del adversario, por el contrario, aceptaba el desafío de la coalición burguesa: en febrero, la sede de su periódico «Il Lavoratore» era atacada y destruida, y los comunistas de la ciudad caían prisioneros uno a uno. Edmondo Peloso era deportado «sin motivo» al islote de Santo Estefano. Ersilio Ambrogio era citado a los tribunales de derecho común por homicida a causa de los eventos de Cecina. Espartaco Lavagnini caía en Florencia bajo las balas fascistas. Centenares de oscuros proletarios caían golpeados por la muerte en las calles o atrapados por las garras de la «equitativa» justicia monárquica. El 2 de marzo, el Partido Comunista lanzaba a la clase obrera un llamado a la lucha. **Podía** hacerlo, luego de la ruptura con los reformistas, ya que en la acción de partido nada se oponía a su doctrina. Hacerlo era su deber, para sostener y echar adelante la voluntad de lucha del proletariado, y este deber lo llevaba a cabo contra todos:

Llamado contra la reacción fascista

«¡Comaradas!

«En la trágica situación actual, el Partido Comunista tiene el deber de dirigirse a vosotros.

«En numerosas regiones y ciudades de Italia, los sangrientos choques entre el proletariado y las fuerzas regulares e irregulares de la burguesía se suceden y multiplican. Entre tantas víctimas conocidas o anónimas, el Partido Comunista nota la pérdida de uno de sus mejores militantes, Espartaco Lavagnini, caído en Florencia cumpliendo tareas de responsabilidad frente a la clase obrera y su partido. A su memoria, y a la de todos

los proletarios caídos en la lucha, los comunistas saludan a los hombres cuya fe y acción han estado más que comprobadas.

«Los acontecimientos que se precipitan muestran que el proletariado revolucionario no cede a los golpes de la reacción desencadenada por la burguesía y su gobierno desde hace algunos meses con sus bandas armadas que atacan a los trabajadores que aspiran a su emancipación como clase. Desde la Apulia roja, desde la Florencia proletaria, desde tantos otros centros nos llegan noticias que muestran que, pese a la inferioridad en cuanto a medios y organización, el proletariado ha sabido responder a los ataques, defenderse y golpear a los que lo golpean.

«La inferioridad del proletariado - de qué vale disimularla - se debe a la insuficiencia organizativa; sólo el método comunista puede aportarla, pero esta organización no debe pasar por alto la lucha contra los antiguos jefes y sus métodos ya superados de acción pacífica. Los golpes que la burguesía le propina deben convencer a las masas de que es necesario abandonar las peligrosas ilusiones reformistas y desembarazarse de aquellos que predicán una paz social que históricamente ya no es posible.

«Fiel a la doctrina y a la táctica de la Internacional de Moscú, el Partido Comunista ha llamado a las fuerzas conscientes del proletariado de Italia a unirse y darse la preparación y la organización que hasta ahora les ha faltado y que no ha existido más que en la demagogia reformista. No predica apaciguar los ánimos ni la renuncia a la violencia, y dice claramente a los obreros que no pueden contentarse con las armas de la propaganda, la persuasión o la legalidad democrática, sino que también deben utilizar armas reales y no metafísicas. Proclama con entusiasmo su solidaridad con los obreros que han respondido a la ofensiva de los blancos devolviendo los golpes, y los pone en guardia contra los jefes que reculan frente a sus responsabilidades y que propagan la estúpida guía de una lucha social civilizada y caballeresca, sembrando el derrotismo en las masas y alentando a la reacción: son los peores enemigos del proletariado, y no le falta razón al adversario cuando se ríe de sus idioteces.

«La consigna del Partido Comunista es la de aceptar la lucha en el terreno que la burguesía ha escogido y al cual ha sido arrastrado por la crisis económica que la consume. Es responder a la preparación con la preparación, a la organización con la organización, a la disciplina con la disciplina, a la fuerza con la fuerza y a las armas con las armas.

No puede haber mejor preparación que esta para la ofensiva que un día, como epílogo de las luchas actuales, el proletariado deberá sin fallas lanzar contra el poder burgués».

Es sobre estas bases que se constituirá la orga-

nización militar del Partido cuyas directivas, al menos por ahora, estimulan y refuerzan la lucha de los oscuros militantes de la clase obrera. Debido a la persistente influencia del socialismo legalista y pacifista en las masas, el partido no ignora, ni esconde a los obreros, las dificultades que quedan por superar para dar una dirección política y una organización unitaria a la acción espontánea y vigorosa de las masas. No encontramos un átomo de demagogia en su llamado, sino una severa exhortación - que ya los comunistas se disponían a poner en marcha - a responder a una reacción burguesa, implacable y sin clemencia, legal e ilegal a la vez, por medios opuestos a los de la época reformista del Partido. El manifiesto continúa así:

«La acción y preparación deben ser cada vez más efectivas y sistemáticas, y la demagogia debe cesar. En la situación actual, para que la respuesta proletaria a los ataques adversos tome el carácter de una acción general y coordinada, la única capaz de asegurarnos la victoria, hay que reconocer que todavía queda mucho por hacer. Para esta acción general, el proletariado no tendrá más remedio que recurrir a las mismas formas de acción que las que frecuentemente se adoptan, pero que en el estado actual de las cosas, quedarían total o parcialmente en manos de organismos políticos y económicos cuyos métodos y estructura no pueden conducir sino a nuevas decepciones, no dejando otra alternativa que la de detenerlas o abandonarlas en su acción (esta previsión se cumplirá muchas veces, ndr). Y así será, hasta tanto los reformistas sigan usurpando los puestos de dirección en las organizaciones que encuadran a las masas.

«En una perspectiva semejante, a menos que la situación no deje otra posibilidad, el Partido Comunista no emprenderá ningún movimiento general que exija ponerse en contacto con semejantes elementos. Al estado actual, el Partido Comunista afirma que no se debe aceptar a escala nacional ninguna acción común con aquellos cuyos métodos no pueden sino conducir al desastre. Si es necesario que esta acción se haga conjuntamente, el Partido Comunista hará lo que tenga a su alcance para que el proletariado no sea traicionado en los momentos cruciales de la lucha, vigilando estrictamente a los adversarios de la revolución.

«Por tanto, hoy, el Partido Comunista da a sus militantes la consigna de resistir localmente en todos los frentes a los ataques fascistas, de reivindicar los métodos revolucionarios, de denunciar el derrotismo de los social-demócratas que los proletarios menos conscientes, por debilidad o por error, y frente al peligro, pueden considerar como posibles aliados.

«Que la línea de conducta a seguir sea la misma o que se vuelva más radical, el centro del partido sabe que esta será respetada por los comunistas, del primero al último, fieles a sus mártires y

conscientes de su responsabilidad ante la Internacional revolucionaria de Moscú en Italia.

«¡Viva el comunismo! ¡Viva la revolución mundial!

«El Partido Comunista de Italia. La Federación de Juventudes comunistas de Italia»

Condiciones de la acción defensiva y ofensiva del proletariado

Era la primera vez que durante esta atormentada posguerra los proletarios italianos oían un lenguaje tan directo, tan abierto, tan estimulante y valiente. En el manifiesto arriba citado aparecen dos temas que en los meses siguientes serán recordados constantemente. 1) El Partido dice a los proletarios y a sí mismo: estamos a la defensiva desgraciadamente no porque lo hemos querido así, sino porque las circunstancias, que son siempre independientes de nuestra voluntad, nos lo han impuesto. **Debemos** defendernos por **nosotros mismos**, ya que, **salvo nosotros mismos**, nadie vendrá en nuestra ayuda. Si **podemos** defendernos nosotros mismos, a condición de bajar al terreno escogido por la burguesía, el único donde puede decidirse la suerte de la revolución, en fin, a condición también de estar listos desde ahora (y lo más pronto posible) a pasar nosotros mismos a la ofensiva, a condición de batirnos a fondo. 2) Tenemos contra nosotros, además de las bandas irregulares del fascismo, a las fuerzas regulares represivas del Estado. Ni unas ni otras serían suficientes contra el formidable impulso del proletariado, incluso mal armado como lo está hoy en día, si este impulso no estuviese precisamente frenado por el cobarde apego de los reformistas a la legalidad y la estúpida ilusión de los maximalistas con la pretendida «unidad». Jamás venceremos, ni siquiera en el terreno puramente defensivo, si no nos desembarazamos de esta doble influencia nefasta que paraliza todos nuestros esfuerzos prácticos. Estos son los temas centrales que el Partido trata sin descanso de hacer entrar en la cabeza de los magníficos obreros agrícolas e industriales de la Italia de 1921; muy combativos en el ataque como en la defensa, pero, desgraciadamente, demasiado habituados a oír a los reformistas desde hacía mucho tiempo, cantarles la canción de la legalidad y la paz social, y a representarse la democracia como una institución situada por encima de los conflictos de clase. Para evitar el desastre, y organizar a los cuadros militares necesarios, era necesario que estos temas fueran continuamente recordados en el seno del joven Partido Comunista.

El Partido Comunista de Italia ya tenía sus perseguidos y mártires, así como a los que todos olvidan, a los anarquistas, a cuya combatividad el Partido rendía siempre homenaje, aunque condenaba su ideología. En menor medida lo hizo igualmente con los otros partidos de composición obrera, pero el Partido de Livorno sabía que la lucha comportaba riesgos (la de

perder militantes, pero también la de perder la... brújula) y no sólo se abstuvo de unirse al coro de lloronas del reformismo, sino que puso en guardia contra ellas a proletarios y militantes. No menos se abstuvo de esperar del Estado ayuda alguna contra el fascismo; no iba a mendigar piedad alguna a su «justicia», justicia burguesa que los comunistas se proponen destruir y no restablecer. Es así como en un artículo titulado «Contra la reacción», aparecido tanto en el «Ordine Nuovo» (26/3/1921) como en los demás órganos del Partido, la central escribía:

«Movámonos, sí; trabajemos, sí, para hacer llegar a los camaradas nuestros que más se han sacrificado, la ayuda por todo lo que sus dirigentes han aportado al movimiento de masas. Pero evitemos el error de considerar la acción que busca este objetivo como si estuviera alejada del resto de nuestra acción tal como lo exige la situación actual, y que las causas profundas lo quieren así. Es una ilusión creer que se pueda empujar a la clase dominante y su gobierno a regresar a un régimen normal donde se respeten las libertades individuales y colectivas. No está en nuestros planes empujar al adversario al respeto de la ley, de su ley. Ello significaría reforzar la ilusión contra-revolucionaria según la cual la legalidad burguesa favorece la lucha de emancipación de las masas. Si aceptamos por poco que sea la unión en la acción con estos movimientos en que su teoría y táctica están fundadas en este error central, arruinaremos todo el efecto de nuestra propaganda entre las masas y caeremos en un fatal equívoco: creer que si la burguesía permaneciera en los límites de su propia legalidad, nosotros deberíamos hacer lo mismo. Esto querría decir que consideramos la perpetuación constitucional actual como envidiable, lo que significa ignorar que, según la crítica marxista, la libertad que este régimen pretende conceder no es más que una impostura y un subterfugio de la conservación social.

«En la boca de los comunistas, no se deben escuchar ninguna de las estereotipadas y ridículas frases sobre la opinión, los derechos del individuo y otras sandeces propias de la democracia burguesa y al oportunismo supuestamente socialista. Igualmente se debe evitar estimular en los elementos influenciados por nuestros primos-hermanos sindicalistas y anarquistas la tendencia a abusar del lenguaje pequeño-burgués, pensando que son unos verdaderos extremistas. Los comunistas se sitúan en un terreno completamente diferente. Saben perfectamente que un retorno a la legalidad burguesa tradicional es imposible. Afirmar que la historia ha planteado un dilema universal: o la dictadura abierta de la contra-revolución, o la victoria de la dictadura revolucionaria del proletariado. No se fija como finalidad la tarea de abrir una nueva época de relaciones políticas y jurídicas «normales» (absurdidad que sólo significa el restablecimiento pacífi-

co de la dominación y los privilegios capitalistas), sino la de favorecer el pasaje a la época del poder revolucionario del proletariado. Los comunistas no dicen a la burguesía: ¡cuidado, si no regresas a la legalidad, haremos la revolución para restablecerla! Al contrario, proponen destruir el poder burgués por medio de la acción revolucionaria. Aquel que espera permanecer en el terreno de la lucha pacífica, tal como los socialdemócratas, jamás será nuestro aliado.

«Para luchar contra la reacción, no tenemos más remedio que organizarnos para vencerla, luchando contra ella sin excluir ningún medio. A fin de que golpee en forma más certera y profunda el corazón del enemigo, hay que hacer que nuestra acción sea independiente de la aprobación o no del poder burgués. Toda la cuestión del método revolucionario está allí. No estamos de acuerdo con los social-demócratas que creen poder evitar violar la legalidad burguesa, tampoco con los libertarios quienes se imaginan que luego de la destrucción del antiguo sistema, ya no es necesario organizar un nuevo poder, una nueva organización disciplinada, un nuevo ejército e incluso una nueva policía contra la clase burguesa.

«El problema de las víctimas políticas y de la lucha contra la reacción no tiene un carácter accidental y negativo; este se relaciona con el problema general y positivo de la acción contra el estado actual de cosas. Aquellos que piensan que podemos un día marchar agarrados de la mano con los social-demócratas, lo plantean de manera contra-revolucionaria, y el hecho de creerse en el extremo opuesto, en política eso no cambiará nada.

«El Partido Comunista lucha contra la reacción por que lucha contra el poder burgués, aun cuando este último no salga de sus funciones legales. Dirige esta lucha orientando en ese sentido la consciencia y las fuerzas del proletariado. Si acepta situarse en el terreno de la ilegalidad y la violencia, no es porque la burguesía lo ha planteado, sino porque es el único terreno que le interesa escoger al proletariado para acelerar la disolución de toda legalidad burguesa, y para no atarse las manos, de hecho».

Este era el primero de los dos temas de los que hablamos arriba. Veremos como el segundo será desarrollado, mientras el Partido organizaba su aparato ilegal, contra todos aquellos, reformistas o maximalistas, que pocos meses después firmarían el innoble pacto de pacificación con el Estado y las escuadras fascistas, alianza que algunos lamentaban, porque no comprendían que la misma debilitaba la fortaleza del proletariado, y que habría inoculado en él el veneno del derrotismo.

Los actuales historiadores (¡tan buenos que son!) han terminado por reconocer la obra realizada desde su nacimiento por el Partido bajo la dirección de la

Izquierda en el dominio de la organización y la disciplina, pero continúan lamentando que haya rechazado como la peste la alianza con el reformismo, el maximalismo y la democracia. Es natural de su parte, ya que para ellos lo que había que salvar no era la posibilidad de la reanudación revolucionaria del proletariado, sino al contrario la **democracia**. Son los descendientes de aquellos mismos que firmaron los pactos de pacificación y, en consecuencia, la desmovilización del proletariado; son incapaces de comprender que la tarea del partido era precisamente la de enterrar la democracia así como a su hijo legítimo, el fascismo, en lugar de darles oxígeno, y si comprendieran, retrocederían con horror delante de semejantes intenciones.

El derrotismo socialista

Mientras que el Partido Comunista daba las directivas arriba recordadas, el Partido Socialista se desenmascaraba y se mostraba tal como siempre hemos afirmado: un factor de derrotismo en el seno de la clase obrera.

La derecha de Turati, de la cual la mayoría maximalista no hubiera querido separarse y que ahora más que nunca piensa que debe hacerlo, fiel a su tradición, promovía la paz social, el retorno a los métodos «civilizados» de lucha, es decir la coexistencia pacífica entre partidos políticos, y la renuncia por parte del proletariado a la violencia aunque fuese puramente defensiva: el reformismo siempre ha dicho lo mismo, aun separándose de Turati no iba a actuar de manera diferente. No porque hubiera condescendido teóricamente la violencia a la manera de Tolstoi; como dirá el Partido:

«El socialdemócrata, el socialpacifista no está en contra de la violencia en general. Al contrario reconoce en ella una función histórica y social; sólo que para él es legítima, si es el poder del Estado quien la utiliza, pero cuando es el proletariado que se sirve de ella para defenderse, cesa de serlo puesto que ya no es una iniciativa legal, una iniciativa de Estado». Luego, para la socialdemocracia «la formación del Estado democrático y parlamentario ha cerrado la época de luchas violentas entre particulares, entre grupos y entre clases, el Estado está precisamente allí para reprimir estas iniciativas violentas como acciones anti-sociales. No le toca a los proletarios defenderse, sino a... Giolitti. La derecha es, pues, coherente consigo misma cuando invita a los proletarios a renunciar a la lucha y al Estado a utilizar la fuerza contra los fascistas... que igual financia, apoya o deja hacer. Es coherente consigo misma cuando insiste a sus adversarios de que firmen los pactos de pacificación, presta a actuar si estuviera en el poder (¡y por poco lo consigue!) como lo han hecho los Noske y los Scheidemann en Alemania, es decir, desatar la violencia legal del Estado contra los únicos que han reivindicado

do el empleo de la violencia de clase para derribar la dominación burguesa, los comunistas, en suma».

Pero los maximalistas que detentaban la dirección del Partido Socialista ¿no habían ellos proclamado en Boloña que «el proletariado deberá recurrir a la violencia», no sólo para «conquistar el poder», su fin supremo, y para «consolidar las conquistas de la revolución», sino también «para defenderse de la violencia burguesa», su fin inmediato? ¿No habían declarado adherirse a la III^o Internacional sobre la base de las tesis de su Primer Congreso que anteponían sin embargo la solución revolucionaria a la solución socialdemócrata, reformista y parlamentaria? ¿En Moscú, después de Livorno, no insistían constantemente para que se rectificara la escisión sobrevenida y les abriesen las puertas del Komintern? Sin duda, pero es allí precisamente donde reside la función específica del centrismo:

«Acercarse al programa de la Izquierda, hacerlo suyo bajo las formas más estruendosas y demagógicas con el fin de encerrar al movimiento de masas, para entregarlo un día (y ese día llegó) a las garras de la derecha, del reformismo declarado que, entre sus virtudes tiene al menos la de la coherencia y la de saber esperar su momento dejando actuar a sus aliados centristas, incluso cuando los toma por cabeza de turco de cara a la galería ».

Hipocresía del maximalismo

La ofensiva fascista puso a prueba la sinceridad del lenguaje «barricadista» de los maximalistas y confirmó la exactitud de la apreciación de los comunistas que los acusaban de servir de cabeza de playa y cobertura de la derecha socialista. En efecto, apenas comienzan las violencias «ilegales», enseguida el Partido Socialista (no sólo la derecha, sino todo el partido, comenzando por la dirección maximalista) se puso a proclamar en las columnas de su órgano «Avanti!», el retorno al orden, a la «normalización» de la vida política y social, y, por supuesto, la renuncia de los proletarios a la lucha violenta. En agosto, firmará el pacto de pacificación con los fascistas, en perfecta coherencia con toda esta propaganda... maltusiana. Ya en otras circunstancias, ahora que el conflicto social evolucionaba hacia un enfrentamiento abierto, el maximalismo había defendido argumentos, aparentemente válidos, disimulando en forma jesuítica su cobarde voluntad de ceder a los primeros signos de la tempestad; ¡era necesaria una preparación adecuada! ¡No había que caer en la trampa, emprendiendo acciones generales sin estar preparados! La acción individual debía ceder el paso a la acción general y colectiva, etc., etc... A partir de entonces, incluso ese tipo de argumentos había sido dejado de lado; el maximalismo declaraba ahora sin ambigüedades que no había que hacer uso de

la violencia, ni siquiera para defenderse, y lo proclamaba en momentos en que los jóvenes proletarios sacrificaban su vida por las Bolsas del Trabajo, las redacciones de los periódicos y las sedes de sus partidos. No es por azar que en las elecciones de mayo de 1921, el PSI agregó la hoz y el martillo a su emblema: en las calles, disparábamos, mientras que «el partido de los trabajadores» ¡invitaba a sus militantes a sentarse en las mesas de las bibliotecas populares! Mientras que en las calles nos defendíamos, e incluso atacábamos cuando era posible, el partido que pretendía encarnar los intereses del proletariado, sembraba la desconfianza hacia esta combatividad espontánea e inflexible, ¡a la que condena y se desolidariza!

Poniendo en evidencia la «contradicción» (puramente aparente, además) entre las proclamaciones oficiales del maximalismo y las invitaciones indignas para que el proletariado, luego de haber sido golpeado en la mejilla derecha, tienda la izquierda a sus enemigos, el partido fustiga lo que en los hechos aparece claramente como un verdadero derrotismo:

«¿No estamos ya, pues, en un período de revolución mundial que será testigo del estallido de la lucha suprema entre proletariado y burguesía por el poder? ¿Ha dejado de ser verdad que la burguesía sólo saldrá del poder mediante la lucha armada, y que sin esta jamás renunciará por sí misma a la violencia organizada? ¿Todo esto ha dejado de ser cierto, justamente cuando el fascismo ha demostrado claramente lo contrario? ¿Ya no estamos situados delante del dilema: dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado, justamente cuando la burguesía proclama audazmente su cínica voluntad de dominación y anula todas las concesiones, todos los acuerdos políticos y económicos establecidos entre los poderes constituidos y la clase trabajadora?»

«Observemos que los maximalistas no plantean una cuestión contingente de cuál es la táctica a seguir. Por ejemplo, no dicen que en este momento el proletariado debe limitarse a una preparación prudente, evitando usar sus fuerzas en acciones inmediatas. En la situación actual, tales argumentos ya pueden ser vistos como signos de derrotismo, puesto que los hechos de los últimos meses han demostrado que más el proletariado evita los choques, más la reacción burguesa se enardece. Pero los renegados maximalistas hacen y dicen peor aún, puesto que dan como directiva definitiva a las masas la de renunciar a la violencia tanto hoy como mañana, haciendo además todo el esfuerzo por arrastrarlas al terreno de la lucha pacífica...»

«Se podría objetar que el momento de la violencia revolucionaria llegará, pero teorizando este argumento del «momento decisivo», el defensor de la unidad entre socialismo y comunismo no haría sino confirmar una cosa: nuestros pseudo-revolucionarios son peores todavía que los reformistas auténticos quienes al menos son sinceros

condenando los métodos violentos y proponiendo claramente a las masas otros medios de acción. La explosión de violencia revolucionaria viene precedida necesariamente de una serie de choques episódicos. La tarea del Partido revolucionario durante este período es la de preparar y organizar a las fuerzas proletarias, cosa que es imposible si llamamos a renunciar a la violencia, fundamental medio de acción que exige prepararse técnicamente, razón por la cual no basta proclamar la necesidad final, como lo hacen en este momento los jefes del Partido Socialista que parecen retroceder en la medida que su programa anterior se realiza en los hechos. ¿Ha dejado entonces de ser cierto que la guerra imperialista debe transformarse en guerra revolucionaria de clase? En la época en que sí lo proclamaban, de hecho no lo pensaban, puesto que ahora descubren que hay que hacer la guerra de clase no con las armas con las cuales, durante cuatro años, los proletarios se mataron entre sí, sino con armas «civilizadas»!

«¡Mientras que la burguesía utiliza en la lucha interior las mismas armas de la guerra contra el extranjero, los maximalistas llaman al desarme, aun cuando este hecho confirma la doctrina que hasta ayer defendían! Frente a esta situación, nuestro primer deber es atacar a fondo a los saboteadores de la revolución: la preparación revolucionaria que incumbe a nuestro partido va a la par con la liquidación de las últimas huellas de su influencia. La rápida disgregación del Partido social-demócrata será el mejor índice del aumento de la energía revolucionaria del proletariado italiano» («Un partido en descomposición», «Il Comunista», 10/03/1921).

La derecha es contrarrevolucionaria y no vacila en decirlo. El centro también es contrarrevolucionario, lo que lo diferencia de la derecha es su hipocresía, y el fenómeno no sólo se verifica en Italia, sino en todos los países; no es algo subjetivo sino objetivo, es decir, que no depende de las intenciones de los individuos. En respuesta al artículo arriba citado, Serrati respondió en el «Avanti!» oponiendo «la acción preparada metódicamente» preconizada por los comunistas y por el mismo Serrati que la defendía, a las reacciones desordenadas «a cada tiro de revolver» que según él preconizaban los comunistas. Y para disimular la partida precipitada de su partido frente al ataque enemigo, denunciaba estas acciones como «voluntaristas». El argumento era insidioso y la respuesta del Partido Comunista fue rápidamente publicada bajo el título de «Serenidad mixtificadora» del 16/3/21:

«Serrati acusa a los demás de voluntarismo, pero el más voluntarista de todos es él sin darse cuenta. Si existe alguna afirmación que no sea determinista ni marxista esta sería la de atribuir, como lo hace Serrati, la falta de preparación revolucionaria a los defectos particulares del pue-

blo italiano: ¡menuda manera humorística de comprender la preparación revolucionaria!

«El Partido debería suspender el empleo de la violencia proletaria hasta tanto no se sienta en capacidad de desencadenar una acción general y coordinada; mientras tanto, debería oponerse a todo conflicto entre las fuerzas proletarias y las fuerzas burguesas, desautorizarlas y condenarlas, por la simple razón de que sólo se trata de violencia «individual». ¿Por qué no impedir incluso que semejantes conflictos se produzcan?»

«Nuestra concepción es completamente opuesta: el partido comunista basa toda su acción en el hecho de que las condiciones para el choque final entre las clases existen ya en el período histórico actual y que éste ya ha comenzado. La finalidad del partido es la de ejercer su propia influencia en esta lucha, que está determinada por las condiciones históricas, para organizarla, es decir, para dar más eficacia a la rebelión proletaria. No utiliza su capacidad de iniciativa para lanzar asaltos aislados, hasta tanto no le sea posible coordinarlos en un movimiento general con esperanzas de éxito. En los conflictos locales y ocasionales que se producen, cuida de no dejarse arrastrar a volcar todas sus fuerzas en situaciones desfavorables, pero también se preocupa de no perder terreno en el trabajo de preparación ya efectuado, tomando en cuenta igualmente el coeficiente de la psicología colectiva. Se esfuerza por dar la impresión a las masas de que su renuncia a iniciativas revolucionarias es un elemento de fuerza y no de debilidad, reforzando en ellas la convicción de que, llegado el momento, se apelará a los medios revolucionarios, ¡sin tener que descalificarlos! Esta es la diferencia entre nuestra concepción y la de los socialistas, incluyendo la teorización jesuítica de Serrati.

«En la situación de estos últimos días, los socialistas no han dicho a las masas, como Serrati: «Preparémonos, pero evitemos los choques en este momento». Renegando de todas sus declaraciones precedentes, han dicho claramente: «Vean lo terrible que es el uso de la violencia, la guerrilla civil. El avance del proletariado debe seguir otras vías». No son los socialistas los que han desencadenado la ofensiva fascista, por supuesto; pero su crimen reside en desarmar a las masas, pensando que así van a impedir el ataque, precisamente porque ellos mismos creen tontamente que lo habían provocado. La insidiosa fórmula de Serrati no es menos derrotista. Equivale a una retirada ilimitada que no puede sino hacer perder toda fuerza moral y material a los revolucionarios, arriesgar e incluso hacer imposible esta preparación revolucionaria que Serrati pretendía garantizar; «preparación» significa en los hechos entrenamiento y hábito para interpretar correctamente los hechos, y no por negación pasiva de la realidad ni espera fatalista, cosa o bien imposible o bien exclusivamente favorable al enemigo.

Aquí es cuestión de voluntarismo negativo, pero no de la negación del voluntarismo. Eso sería utilizar la influencia positiva de que se dispone en favor del adversario.

«En los hechos, nuestra actitud es netamente diferente a la que Serrati y los suyos defienden y han adoptado. Aun cuando nuestra única superioridad sobre los socialistas se limitaba al hecho de habernos abstenido del vil lenguaje que han tenido ellos; basta con eso para probar la superioridad de nuestro método sobre el suyo. Pero ha habido también una diferencia en los actos. Hemos dicho claramente que era indispensable responder a la violencia conservadora con los mismos medios, aun si la poca preparación material y moral del proletariado nos impedía tomar iniciativas mayores con el fin de no caer en la aventura o más bien para no sucumbir a la inevitable traición de los reformistas. Aun cuando nos habíamos limitado a proclamar nuestra solidaridad con las respuestas espontáneas del proletariado a las violencias del adversario, ello bastaría para probar la seria diferencia que existe entre nosotros y los socialistas que han cobardemente desaprobado estas reacciones. Además, hemos dado a los comunistas la consigna de estar preparados de antemano a replicar en el caso probable de que los fascistas ataquen en ciertas zonas.

«Permanecemos fieles a esta línea de acción. En lo que concierne al mantenimiento de la moral de las masas y su encuadramiento por parte del partido, son los hechos los que demostrarán su eficacia. Pero este encuadramiento implica que ellas tengan confianza en el mismo, y esta confianza es por lo tanto el primer aspecto de la «preparación revolucionaria».

«Hoy más que nunca, está comprobado que los socialistas del viejo partido se han prestado, como buenos socialdemócratas, al juego de la burguesía repitiendo a las masas que había que repudiar los medios violentos. Y está probado lo grotesco que significa pretender justificar tal actitud pretextando que solo se trata de aplazar la acción revolucionaria para el momento oportuno. Todos los contrarrevolucionarios hacen siempre estas declaraciones; llevan el sello característico del centrismo que en todos los países se hace cómplice del reformismo, cómplice a su vez de la burguesía, ya que una política de esta índole es excelente para desarmar a las masas, para al final abandonarlas desorientadas e impotentes a los golpes de la contra-revolución».

De esta vieja polémica emerge claramente el hecho de que en el desarrollo de la lucha, los maximalistas se han situado deliberadamente del otro lado de la barricada, tal como el centrismo ha hecho y hará siempre. Los bolcheviques tenían razón al considerar que en todos los países este último era el enemigo n° 1, por ser el más insidioso y encarnizado. Por tanto, jamás hemos debido admitir - como ellos desgraciada-

mente lo harán más tarde - que hasta un acuerdo objetivo con los maximalistas fuera viable, o, peor todavía, que fuera posible admitirlos en la sección italiana de la I.C. Fuera de toda consideración teórica, los hechos gritaban exactamente lo contrario.

De las elecciones al cambio de gobierno

Paralelamente a la ofensiva fascista que continúa durante el mes de abril, se desarrolla la ofensiva patronal contra las condiciones de vida de la clase obrera, y no es por azar.

Mientras que en febrero Giolitti suprimía el precio político del pan, el patronato atacaba despidiendo y reduciendo los salarios. En marzo, algunas «conquistas» obreras que para algunos estaban consolidadas, fueron anuladas, sobre todo en Turín: en Michelin, luego de un mes de negociaciones, no sólo los primeros despidos son ratificados, sino que en este lote iban los miembros de las comisiones internas y los representantes de talleres, supuestamente protegidos. En la Fiat, luego de un mes de lucha, la reanudación del trabajo se efectúa bajo la amenaza «de la disciplina y la autoridad dentro de la fábrica» cuya dirección exige que sean «exclusivamente ejercidas por ella, sin intervenciones extranjeras arbitrarias». Durante un año, la C.G.T. perderá su tiempo esperando en vano que, primero Giolitti y luego Bonomi, instauraran el famoso «control de la Industria», conforme a sus promesas de septiembre de 1920.

El veinticinco de abril, en Turín, los fascistas tratan de tomar por asalto la Casa del Pueblo, centro de la Bolsa del Trabajo de la F.I.O.M (8) y sede de diversos partidos y círculos obreros. Los fascistas no «logran sus propósitos» de romper la resistencia encarnizada de los obreros, sino sólo después de que abandonan el terreno a la policía regular que desarma a los últimos, detiene a los «agitadores», y devuelve a los primeros la cortesía dejándoles el campo libre para ocupar e incendiar el edificio. ¡A pesar de esta amarga experiencia, juzgando más prudente asegurar primero la retaguardia, los camisas negras esperarán un año para renovar la tentativa!

Con respecto a la lucha proletaria contra los camisas negras, el derrotismo de los socialistas se combinaba con el derrotismo en las luchas económicas. Al contrario, el esfuerzo hecho por el Partido Comunista para arrancar a las masas de esta influencia funesta, para unir las en sus acciones defensivas y ofensivas, bajo una misma bandera, con una consig-

(8) F.I.O.M.: Federación Italiana de Obreros Metalúrgicos.

(9) En el cuadro del presente artículo no podemos desarrollar este punto capital, pero la revista «Programme Communiste» ha publicado una serie de textos relativos a la lucha sindical del P.C. de Italia cuando estuvo dirigida por la Izquierda. Estos son ricos en enseñanzas de candente actualidad.

na clara y bajo la dirección centralizada, es inseparable de su esfuerzo para dar a todas las luchas sindicales una estrategia única que los grupos sindicales de comunistas trataban de hacer triunfar en toda la C.G.T. Eran en los hechos los dos aspectos de la lucha de clase: la Izquierda, templada durante más de diez años en el fuego de la guerra a las mil encarnaciones del reformismo, libra las dos batallas con una energía que solo ella poseía y pudo comunicar al proletariado del campo y la ciudad (9).

En mayo de 1921 tienen lugar las elecciones. ¿Qué mejor medio para agotar las energías revolucionarias, para adormecer a los militantes socialistas con la esperanza de un retorno a la normalidad, y para abrir la vía de honorabilidad parlamentaria y democrática a los fascistas, que hasta ese momento no eran sino un atajo de pandilleros? En efecto, es Giolitti en persona el que, lanzando el llamado a un «bloque nacional», tiende a los fascistas el puente que les permitirá jugar en el más puro estilo giolittiano sobre los dos tableros, por un lado, el de la «legalidad constitucional» y, por el otro, el de la «ilegalidad de hecho». Los reformistas de hoy, es decir, el Partido Comunista italiano oficial, comentan el hecho de la siguiente manera:

«La integración de los candidatos fascistas en las listas del bloque nacional sin duda ha destacado la operación política más grave y desconsiderada del viejo hombre de Estado piamontés. En los hechos, constituyó una legalización de la violencia de los camisas negras que había ensangrentado el país, y ha sido la primera abdicación oficial del Estado frente a la subversión de derecha» (Cf. «I comunista nella storia d'Italia», fasc. n° 4, Ed «Calendario dei Popolo», publicado bajo los auspicios del PC italiano oficial).

Vemos que los reformistas de hoy valen tanto como los de ayer, ¡poco capaces de comprender que la «subversión de derecha» no era sino la otra cara de la violencia conservadora del Estado, que la una no hubiese sido posible sin la existencia de la otra, y que ambas eran inseparables!

No vamos a entrar en detalle sobre las elecciones de mayo, las segundas realizadas luego de la guerra. Pese a la resistencia de muchos de sus miembros, e incluso de secciones enteras no necesariamente provenientes de la fracción abstencionista, usando todos sus recursos en esta batalla electoral que hubiesen sido más útiles empleándolos en proseguir su trabajo de encuadramiento político, sindical y militar, el Partido Comunista de Italia participó en ellas por la disciplina debida a la Internacional (10). En cambio es interesante notar que el fascismo aprovechó el perio-

do electoral para vendar sus heridas, preparándose para reanudar en julio la ofensiva armada comenzando con algunos ejercicios de entrenamiento: 5 de mayo, asalto a la redacción del «Soviet»; manifestación en Emilia contra la detención de Italo Balbo, puesto rápidamente en libertad; el 13 de junio, agresión contra Francesco Misiano, e incendio de la Bolsa del Trabajo de Grosseto, el 28 de junio. En este nuevo «clima democrático», los socialistas habían encontrado razones suplementarias para practicar el derrotismo con respecto a las luchas obreras. El 27 de junio, cuando Giolitti renuncia, la dirección del grupo parlamentario vota, aprobado por el centro maximalista, el siguiente orden del día:

«La dirección del grupo parlamentario socialista, respetando totalmente las directivas tácticas y programáticas, fijadas por este último luego de su constitución, ha decidido proponer no abandonar su interés por el desarrollo de la crisis y su solución. Juzgando unánimemente que por razones, teóricas según algunos, prácticas según otros, no es oportuno hablar de una participación de los socialistas en el gobierno, el grupo parlamentario socialista retiene sin embargo que los diputados socialistas no deben rechazar a priori las eventuales tentativas de otros partidos presentes, de terminar durable y verdaderamente con la política de violencia contra el movimiento proletario. Los representantes de la dirección del partido aprueban esta resolución».

He aquí, pues, la gran receta maximalista: tan pronto se asome la posibilidad de un gobierno «verdadera y duraderamente» dispuesto a hacer lo que no hacemos nosotros mismos, es decir, defender al movimiento proletario contra las violencias «ilegales», nosotros, «los intransigentes parlamentarios», estamos dispuestos a cualquier transacción. ¡Si semejante gobierno no se llega a formar, volveremos a nuestra intransigencia parlamentaria, pero, lejos de llamar a los proletarios a defenderse por sí mismos y de dirigirlos en sus luchas, **nosotros mismos** tomaremos la iniciativa de hacer pactos sinceros y durables con los partidos burgueses para que cese la violencia!

Cuando la montaña de la crisis ministerial pare al ratón Bonomi, la dirección maximalista recupera su virginidad momentáneamente perdida, declarando no estar satisfecha con las «promesas» y «garantías» dadas por el nuevo gobierno en lo que concierne al «restablecimiento de la legalidad» (¡la legalidad, alfa y omega del breviario socialista!) y por consiguiente no tener ninguna razón para renunciar a la oposición parlamentaria formal, decidida por los Congresos. Poco más de un mes después, gracias a los buenos oficios del presidente de la Cámara, Enrico de Nicola, futuro presidente de la República, pero siempre en el cuadro de la «intransigente oposición parlamentaria», la virginidad será de nuevo sacrificada alegremente bajo un nuevo altar: el pacto de pacificación.

(10) «En tanto que comunista» declaraba el representante de la Izquierda, «primero soy centralista, y sólo después abstencionista». Y agregaba luego que si el parlamentarismo revolucionario tuviese algún sentido, era precisamente en aquella situación reaccionaria de 1921.

Lucha del Partido Comunista por el encuadramiento militar de las masas

Antes de pasar al pacto de pacificación, hecho central del período que se inicia con las elecciones de mayo y la formación del nuevo gobierno, es necesario volver atrás y examinar la acción llevada a cabo por el Partido Comunista de Italia en el período precedente. A través del llamado del 4 de marzo, el Partido Comunista había mostrado al proletariado que para responder a la violencia burguesa, la única vía era la violencia proletaria, y había sido el único en hacerlo. Denunciando el fatal derrotismo de los reformistas y maximalistas, estaba naturalmente obligado a aceptar que la suerte de la contra-ofensiva obrera estaba ligada a su propia capacidad como partido de apoyarla, sostenerla, animarla y, sobre todo, dirigirla. Había aprovechado la campaña electoral y la fiesta del 1° de mayo para recordar estas directivas, denunciando con constancia y tenacidad a los partidos políticos con base obrera, pero con ideología pacifista y democrática y con táctica parlamentaria y legalitaria que, preservando la dominación burguesa, desviaban a la clase obrera todavía combativa pese a dos años de derrotas de sus luchas sin cuartel contra todas las instituciones, legales e ilegales.

Sin embargo, no era suficiente con limpiar el terreno de las ideologías pacifistas, plañideras y capitulacionistas del reformismo y el maximalismo. No bastaba con inculcar a las masas y a los militantes comunistas el sentimiento de la necesidad de defenderse en el mismo terreno que propone el adversario e incluso, de que la situación se torne favorable, o cada vez que la ocasión se presentase, en el curso de la misma lucha «defensiva», pasar a la contra-ofensiva. No bastaba con penetrar en el espíritu de los jóvenes militantes de la clase obrera la convicción de que sólo el Partido Comunista podía dar a la defensa y al ataque el encuadramiento necesario, fuera de todas las combinaciones electorales equívocas y de la falsa «unidad» con el reformismo. Todo esto no era sino una premisa (indispensable, además) a la preparación de un enfrentamiento general y disciplinado de las fuerzas obreras y de la contrarrevolución burguesa. A tal efecto, no era suficiente la creación de una red de organización ilegal del Partido, exigida en las 21 condiciones para la admisión en la Internacional, no menos que la propaganda derrotista de las juventudes comunistas en el seno del ejército burgués, ni el reforzamiento de los grupos comunistas en las ligas proletarias de veteranos de la guerra. Tampoco era suficiente, como siempre lo fue, ligar la acción económica y reivindicativa a las exigencias primordiales de la resistencia proletaria: **era necesario construir metódicamente un «aparato» (ese fue el término empleado) militar que obedeciese a una estricta disciplina de partido y se inspirase, en todas sus acciones, de**

una directiva de partido único.

El problema militar del ataque y la defensa es inseparable del problema **político** del cual depende: es la política la que determina las vías y los fines de la lucha militar. No se defiende (y con mucha más razón, no se ataca) de la misma manera, cuando se defiende a la democracia violada que cuando se busca eliminarla para instaurar la dictadura del proletariado. Es imposible oponer a las fuerzas enemigas una fuerza disciplinada y eficaz sin saber de antemano cuál de los dos objetivos hay que atacar y si en el curso de la lucha se manifiestan indecisiones, dudas y prejuicios que limiten sus posibilidades de desarrollo. La claridad política o, para emplear un término adaptado a este caso, la estrategia, es una condición de la potencia, continuidad y homogeneidad de la acción **práctica**, o, si se prefiere, de la **táctica**, y esta potencia, continuidad y homogeneidad son a su vez la condición de la eficacia y solidez de la **organización**.

En este campo también, el Partido Comunista debía ir a contra-corriente y construir **ex novo** la centralización, la disciplina y la organicidad del movimiento, barriendo con las tradiciones más negativas del viejo Partido Socialista, que no podían sino perjudicarlas. Al comienzo, sobre todo, no se podía ni se debía desalentar las iniciativas individuales, incluso periféricas, puesto que eran las **sanas** manifestaciones de combatividad de los militantes y simples obreros, cuyo encuadramiento en una organización unitaria, disciplinada y, por lo tanto, centralizada había que preparar.

Dado que apremiaba la acción defensiva, la Federación de Juventudes comunistas había sido encargada de organizar localmente los primeros núcleos de la organización militar del Partido y de llamar a los proletarios que deseaban dar sus fuerzas, capacidades técnicas y su espíritu de lucha al servicio de la guerra santa de la clase obrera contra los burgueses y pequeños burgueses desatados contra ella. El viejo Partido Socialista era orgánicamente incapaz de darse ese mínimo de organización; por naturaleza, no podía hacerlo, ni había que esperar a que algún día lo hiciese. La joven sección de la Internacional Comunista debía por tanto mostrar a los proletarios que, incluso en este campo, era la única verdadera organización de lucha de clase.

Cuando ojeamos la prensa provincial del partido en esta época, caemos continuamente en las manifestaciones públicas de esta voluntad de cristalizar alrededor del partido las mejores energías de la juventud obrera; voluntad que respondía a una evidente necesidad objetiva. Daremos como ejemplo el llamado de la Federación de las Juventudes de la sección de Milán que, como todas las otras, fue lanzado siguiendo las directivas del centro del partido, y que fueron difundidas en miles de ejemplares bajo la responsabilidad del Comité Central de las Juventudes. Este llamado lo encontramos publicado en el órgano de la Federación comunista de Como, «La Comuna» del 17/06/21:

«¡Jóvenes obreros, participen en los grupos de acción de la Juventud Comunista!

«Jóvenes trabajadores,

«Mientras que la reacción burguesa desencadenada contra vosotros parece aflojarse, imaginándose haber repelido los ataques de los mercenarios del capitalismo mediante la victoria electoral del 15 de mayo, la Juventud Comunista siente una vez más la necesidad de hablarles francamente.

«Siente la necesidad de recordarles que todas las victorias proletarias obtenidas pacíficamente y sobre el terreno legal han sido efímeras; el triunfo electoral de noviembre de 1919 no ha significado en absoluto el preludio de la toma del poder por parte del proletariado, pero sí de la contra-ofensiva burguesa en un terreno mucho más realista y eficaz: el de la violencia de clase.

«No pueden haber olvidado ya que un mes de violencia capitalista ha bastado para arrancar al proletariado posiciones que este creía definitivamente conquistadas a través de largos años de lucha legal. Podría ser fatal para la clase trabajadora seguir alimentando hoy ilusiones semejantes.

«La clase obrera debe comprender que, si hoy la reacción fascista da la impresión de haber disminuido, es porque piensa haber debilitado lo suficiente a las organizaciones obreras como para que no puedan desarrollar la verdadera y única lucha, la lucha revolucionaria. ¡De ningún modo hay que pensar que las bandas armadas de la reacción temerían no poder tratar a estacazos a los 123 diputados de la presente legislatura, como ya lo han hecho con los 156 diputados de la legislatura anterior!

«¡Jóvenes obreros!

«¡Deben convencerse de que la avalancha de votos que entusiasmo tanto al Partido «socialista» no es más que una avalancha de papel! No es ella quien aplastará la fuerza armada organizada de la clase dominante. Esta no puede ser aplastada más que por la fuerza armada y organizada del proletariado, infinitamente más numerosa y, por consiguiente, más fuerte.

«¡Jóvenes obreros!

«¡La Federación de las juventudes comunistas los llama a reunirse en torno a su bandera, que es la de la juventud obrera del mundo entero, la de la Internacional Comunista!

«¡Los llama a concentrarse para organizar la vanguardia de la ofensiva revolucionaria del proletariado que comenzará con una contra-ofensiva contra el fascismo!

«¡Con nosotros, joven guardia del Comunismo y la Revolución mundial!»

Pero el partido estaba lejos de limitar su ambición a estas acciones forzosamente intermitentes de de-

fensa inmediata y local. Los meses que siguieron después de la escisión de Livorno fueron empleados en un trabajo febril de encuadramiento político que la intervención en la batalla electoral no había interrumpido; sobre todo que este inmenso esfuerzo no logró desviar a los comunistas.

Es precisamente gracias a la solidez de su encuadramiento político y de su centralización que el Partido había logrado desarrollar exteriormente toda la gama de actividades que le corresponden como partido, sin que jamás ninguna, a los ojos de los proletarios, estuviese desprovista de relaciones con el programa de la Internacional de Moscú y del Congreso de Livorno; la muy intensa actividad sindical es un ejemplo típico (11). El carácter unitario o, como decimos, orgánico del partido se expresaba en forma neta y directa en el hecho de que cada una de sus manifestaciones particulares reflejaba el programa de conjunto, y se relacionaba rigurosamente con todas las otras, como un simple engranaje de un instrumento político que obedece a una sola directiva y tiende hacia un solo objetivo. Además, estas actividades se realizaban todas en perfecta armonía con la central del partido; de esta manera, las directivas sindicales (u otras) no perdían la ocasión de colocar en primer plano las tareas y objetivos políticos del partido y las necesidades de la acción directa violenta.

El Partido había llegado a esa conclusión de importancia capital gracias a su lucha contra todos las prácticas de «autonomía» heredadas del viejo Partido Socialista, difíciles de extirpar de la cabeza de los militantes de esa organización que habían pasado al Partido Comunista en Livorno, pero también contra las impacencias generosas, pero negativas, provocadas por la dura ofensiva del enemigo y por la seducción de los llamados interesados a la «unidad» lanzados por organizaciones de origen y tradición proletarias. Al respecto, basta recordar la forma en que fueron arreglados los casos, raros por cierto, de indisciplina en la campaña electoral y el rigor con el cual, desde el 20 de marzo, el C.E. del partido prohíbe a sus federaciones y secciones locales de:

«cerrar acuerdos con otros partidos o corrientes políticas (republicanos, socialistas, sindicalistas, anarquistas) con el fin de realizar acciones permanentes o momentáneas», no porque los acuerdos de este género sean inadmisibles, sino porque el partido debía asegurarse que «para evitar acciones incoherentes y dispersas, estos acuerdos no se debían firmar fuera de ciertos límites, y solo bajo las modalidades definidas por el centro del partido y que serían comu-

(11) Esta actividad ha sido evocada en una serie de artículos publicados en «Il Programma Comunista», órgano del Partido Comunista Internacional en Italia bajo el título «La acción del Partido Comunista de Italia, sección de la III^o Internacional, dentro del movimiento sindical y la clase obrera». Como ya lo hemos indicado, estos textos han sido publicados en dicha revista.

(12) Ver página siguiente

nicadas en cada caso»

Conforme a las 21 condiciones de admisión [a la Internacional Comunista; NdR], **ninguna** autonomía fue acordada al grupo parlamentario del partido; los grupos sindicales emanaban directamente del partido y funcionaban como sus instrumentos dentro de los sindicatos y fábricas; por el mismo hecho de su carácter y sus finalidades, la organización militar debía con más razón aún constituir **una red de partido**; debía actuar como polo de atracción de todos los obreros decididos a batirse, y dirigirlos precisamente por el hecho de que sus fines no podían ser confundidos con los de ningún otro partido, que su acción práctica era unitaria, y que su organización era disciplinada y, por lo tanto, eficaz. Podemos encontrar estos criterios de encuadramiento del partido perfectamente establecidos en «Il Comunista» del 14 de julio, que evidentemente toma en cuenta las iniciativas de los otros partidos o grupos de los que hablaremos en la segunda parte (12):

«Por el encuadramiento del partido

«Sobre la base del trabajo ya cumplido en numerosas localidades para encuadrar militarmente a los miembros y simpatizantes del Partido Comunista y de la Federación de las Juventudes, y tomando en cuenta las lecciones que hemos aprendido, el Centro del Partido y el de la Federación de las Juventudes preparan un comunicado que establecerá las reglas a seguir en este trabajo indispensable de organización y preparación revolucionarias.

«Dado que los elementos exteriores al Partido Comunista toman iniciativas del mismo género en los diversos centros de Italia, fuera de la participación y responsabilidad oficiales de este último, los camaradas deben esperar este comunicado antes de actuar, de manera que las directivas generales adoptadas por el Partido no se encuentren delante del hecho consumado.

«Esto significa que el trabajo de entrenamiento de los grupos comunistas de acción debe continuar allí donde exista y de organizarlo allí donde no exista, obedeciendo estrictamente al siguiente criterio: el encuadramiento militar del proletariado debe hacerse dentro de una organización de partido estrechamente ligada a sus organizaciones políticas. Por lo tanto, los comunistas no pueden ni deben participar en ninguna iniciativa militar que provenga de otros partidos o tomadas fuera de su partido.

«La preparación y la acción militares exigen una disciplina idéntica a la disciplina política del

Partido Comunista. No se pueden seguir dos disciplinas a la vez. Por consiguiente el comunista o simpatizante que se sienta realmente ligado al Partido (y no merecería ya este título, si tiene reservas en cuanto a la disciplina) no pueden ni deben pertenecer a ninguna otra organización militar que no sea la del partido.

«Esperando las directivas más precisas que la experiencia práctica permitirá dar, la consigna del partido a sus adherentes y a los obreros que lo siguen es la siguiente: formación de grupos de acción dirigidos por el Partido Comunista, con el fin de preparar y entrenar al proletariado a la acción militar revolucionaria defensiva y ofensiva».

En el mismo órgano, en su número de julio, vemos el mismo esfuerzo, colmado plenamente de éxitos, que se manifiesta y que aspira a dar disciplina y unidad a las energías proletarias sanas e impedir que estas se diluyan en iniciativas desordenadas e intempestivas como casi siempre ha ocurrido en la historia del movimiento obrero italiano:

«Encuadramiento

«(En respuesta a una abundante correspondencia), recordamos a los camaradas que se encuentran en la directiva de Federaciones y secciones que... los comunistas no pueden participar en iniciativas extrañas al partido. Recordando en esta ocasión los criterios de disciplina a los que todo adherente de un partido comunista debe obedecer, recordamos a los camaradas que el partido no puede disponer de un encuadramiento militar que responda a sus fines si los miembros del partido no renuncian a sus propios puntos de vista tácticos, los cuales no pueden ser defendidos sino en asambleas y congresos.

«La orden al partido de dotarse de una organización militar ha sido dada por el Comité Ejecutivo, en acuerdo con el de la Federación de Juventudes y no únicamente por esta última, como algunos han creído equivocadamente.

«El encuadramiento militar no ha sido «inventado» por nosotros con el fin de imitar a las otras organizaciones similares que existen hoy en día. Este responde a los criterios de organización revolucionaria de todos los partidos comunistas que se han adherido a la Tercera Internacional. Si en ello no hemos tomado antes la iniciativa, es porque la organización militar debe ser precedida por la organización política, siendo esta última a la que hemos consagrado toda nuestra atención desde el Congreso de Livorno. Las dos formas de encuadramiento no se pueden reemplazar una por otra, la una no impide a la otra; ambas se complementan».

Ese comunicado anunciaba decisiones que apare-

(12) Cf. octubre - noviembre - diciembre de 1969. Estas iniciativas pertenecían a los «Arditi dei Popolo», organización militar de inspiración antifascista banal. («Programme Communiste», n° 45, julio de 1969).

cerán públicamente en «Il comunista» bajo el título «Encuadramiento de las fuerzas comunistas» y que encajaban en la clarificación y delimitación general de las tareas ejecutivas del Partido y en el trabajo de reforzamiento de la organización destinada a facilitar su cumplimiento. El artículo recordaba:

«Por el mismo desarrollo de la lucha proletaria, cuando se pasa de la época de la crítica teórica a la propaganda y proselitismo, y luego a la acción y el combate, los criterios organizativos de disciplina y jerarquía deben reiterarse mucho más»

El artículo subraya igualmente que:

«la concepción burguesa según la cual el militante de un partido se limita a su adhesión ideológica, a votar por su partido y a pagar regularmente su cotización» es incompatible con la concepción comunista, a saber que «aquel que se adhiere al Partido está obligado a realizar una actividad práctica continua según las exigencias de este».

En el dominio específicamente militar anunciaba la decisión de formar grupos de acción en todas las secciones:

«compuestos por todos los camaradas, adultos y jóvenes, físicamente aptos a cumplir con esta función, tanto candidatos como militantes inscritos, así como los simpatizantes no inscritos a otros partidos políticos, habiendo probado su fidelidad al Partido Comunista y habiéndose comprometido formalmente a respetar la disciplina más estricta».

Posteriormente, mediante una red de responsables provinciales, estos grupos de acción debían unirse en compañías ligadas directamente al centro del partido. Aquí no nos interesan las particularidades técnicas de esta organización, sin embargo hay que notar la insistencia con la cual el Partido recordaba el hecho de que:

«ningún miembro del Partido o de la Federación de Juventudes puede formar parte de otra organización militar que no sea la que el Partido haya constituido y dirigido».

Desde entonces, algunos verán en estas disposiciones rígidas, paralelas a las directivas sobre la actividad sindical igualmente rígidas (que no demuestran sino el carácter orgánico de toda la actividad del joven partido), una demostración de «esquematismo», «sectarismo» y «dogmatismo», sobre todo en lo que concierne a las relaciones **políticas** con los otros partidos y corrientes y la actitud a tomar delante de sus filiales militares «anti-fascistas». Con esto no hacían más que prevenir los pataleos y alaridos de los futuros teóricos del «partido de nuevo tipo» del oportunismo estaliniano, contra la Izquierda. Sin embargo, no menos cierto era que el Partido (que en ese tiempo marchaba integralmente bajo la dirección de la Izquierda) defendía **una posición de principio abso-**

lutamente vital, la de la autonomía del Partido.

Pero una autonomía puramente ideológica no es ninguna autonomía; la autonomía es teórica y práctica a la vez, o no es. En la situación de entonces, las consideraciones teóricas coincidían como nunca con las consideraciones prácticas, ambas excluyendo cualquier alianza con fuerzas que con toda la razón el realismo marxista veía como cómplices de la conservación capitalista.

Haciendo alusión a «otras organizaciones militares, el texto apuntaba ante todo a los «Arditi dei Popolo», de los que hablaremos más adelante. Pero precisamente en ese mismo momento (entre el 22 de junio y el 12 de julio) se tiene en Moscú el IIIº Congreso de la Internacional Comunista, quien recibió la visita de una delegación del P.S.I (se trataba de los tres «peregrinos» Lazzari, Maffi y Riboldi) que, pese a la escisión de Livorno, defendían en vano su admisión a la Internacional. Estos delegados serán mal recibidos, pero, en el curso del próximo año, la Internacional da marcha atrás, admitiendo, pese a la resistencia del Partido Comunista de Italia, la posibilidad, una vez que el viejo partido se haya zafado de la derecha, de una futura fusión entre los comunistas y los socialistas (o al menos una parte de ellos). Hasta qué punto era falsa y peligrosa una posición semejante, es lo que muestra el **pacto de pacificación** que, bajo el nuevo gobierno, los socialistas van a concluir con el fascismo, justo en el momento en que el proletariado y sus organizaciones sufrían una ofensiva más furiosa que nunca por parte de los camisas negras.

Reanudación de la ofensiva fascista y pacto de pacificación

Dentro de su incurable ceguera (¡que es lo menos que se puede decir!) los socialistas se habían imaginado que las elecciones de mayo de 1921 provocarían un retroceso de la violencia fascista. Del «bloqueo nacional» imaginado por Giolitti, salieron elegidos treinta y cinco candidatos fascistas, incluyendo al Duce; los socialistas, tan optimistas como siempre (¡!), creen que Mussolini va a enmendarse y que, bajo la égida del Estado paternal, con el ex-socialista Bonomi a la cabeza del gobierno, se produciría una pacificación general. En realidad, desde el mes de julio una nueva ofensiva fascista habrá de desencadenarse contra el proletariado, de esta citaremos los hechos más significativos: el 9 de julio, ocupación de Viterbo perpetrada por los fascistas; el 13, ataque contra Treviso, cinco asesinatos en Fossola di Carrara, y tres en Livorno; el 21, refriegas sangrientas en Sarzana; el 25, una masacre en Roccastrada que deja 13 muertos. Según un balance optimista, 17 periódicos obreros habrían sido destruidos durante el primer semestre del año, 59 Casas del Pueblo, 110 Bolsas del Trabajo, 83 sedes de Ligas campesinas y 151 círculos o sedes de partidos proletarios fueron asaltados y quemados.

¿Y qué hacen los socialistas entre tanto? **Nego-**

cian con los fascistas, y mientras los ataques de las bandas negras se vuelvan más feroces, más prisa tendrán en hacerlo. El hecho puede parecer inaudito, pero su explicación es simple: los socialistas son **parlamentarios**, y, puesto que a partir de allí el fascismo también estará representado en la Cámara, ellos se imaginan que mediante conversaciones «de diputado a diputado», se les puede llevar a la razón. En resumen, los socialistas se imaginan que entre dos cafés, mediante maniobras en los pasillos de Montecitorio, podrán lograr parar a la contra-revolución burguesa preventiva y hacer que entre en el cuadro de «peleas entre caballeros»! En cuanto al fascismo, si este se preparaba para realizar una metamorfosis, esta no fue la que los socialistas esperaban. Formando hasta hace poco una red bastante blanda de grupos armados mal organizados y disciplinados que operaban a escala local y regional, frecuentemente imbuidos por pretensiones innovadoras o incluso «revolucionarias», hoy está a punto de transformarse en un partido **centralizado**, tal como lo mostrará la constitución del Partido Nacional fascista (PNF) en noviembre de 1921; este partido no sólo es parlamentario y legalitario como todos los otros, sino también ilegal y pendenciero. Compuesto a la vez por diputados y hombres de armas tomar, de caballeros de sombrero alto y de granujas en camisa negra, presenta un doble aspecto que corresponde al doble aspecto del Estado burgués mismo, con su fachada de democracia política y su real función de represión de clase. Como tal, constituye el partido **unitario** de la burguesía, y, siendo el único partido capaz de proveer al Estado de un aparato represivo y burocrático suplementario, ahora propone su propia candidatura al gobierno. Para llegar a conquistarlo, tal como lo demostrará su marcha completamente legal sobre Roma en 1922, no tiene necesidad de «una revolución», y sabe que, una vez en el poder, podrá contar con el apoyo de la **aplastante** mayoría de los partidos democráticos tradicionales, gubernamentales o extra-gubernamentales. Esta metamorfosis hubo de provocar algunas resistencias de las bases que soñaban con preservar en el fascismo su «pureza» original, pero esto no era un real obstáculo para frenar su ineluctable evolución. Tampoco significaba en absoluto que el fascismo iba a renunciar a la violencia **contra el proletariado**; este simplemente había encontrado en el Parlamento una «cobertura» ideal para su acción armada, y una **coartada** para su respetabilidad democrática.

Aceptando «negociar» con los socialistas, no pretendía sino desarmar y desorientar a los proletarios, a sabiendas de que en nombre del respeto por el pacto sellado, al PSI y a la CGT iba a atarles las manos. Enceguecido por su pacifismo social, el PSI no ve nada, no prevé nada; y si frente al proletariado el rol

que juega es innoble y criminal debido a sus efectos paralizantes, frente al fascismo es deplorable, tanto así que, en el terreno de la negociación, es el fascismo quien sale ganando necesariamente.

A comienzos de julio, luego de un intercambio oratorio para sondear la atmósfera, en vistas a una conciliación, entre los muy «honorables» (13) Mussolini, Baldei y Turati, dos parejas de parlamentarios representando a los dos partidos en presencia (Acerbo y Giurati por los fascistas, Ellero y Aniboni por los socialistas) inician en Montecitorio otras negociaciones con vistas a un «desarme recíproco» (¡!). Del lado de los socialistas, estas son llevadas en el estilo típico del viejo partido: sólo los iniciados saben que la dirección está plenamente de acuerdo; para el público, la iniciativa es puramente oficiosa, pero la dirección no se priva de publicar «desmentidos» hasta de la existencia misma de conversaciones, no importa si después hubiese que «confirmar» o «rectificar». Esta hace incluso peor: propaga un rumor según el cual el Partido Comunista de Italia habría aprobado las negociaciones, y que los fascistas amenazaban con romper las negociaciones si este último era admitido en las discusiones. Es por esto por lo que «El Comunista» publica las siguientes declaraciones del Ejecutivo del P.C.:

Contra la paz fascista

«Coherente con los principios y la táctica comunistas, el Partido Comunista de Italia no necesita declarar que nada tiene en común con la concordia entre socialistas y fascistas, cuestión que los primeros han reconocido y desmentido solo en lo que concierne a los términos del acuerdo. Denuncia delante del proletariado la actitud de los socialistas cuya vergonzosa significación se reserva de ilustrar.»

«Puesto que, según rumores no desmentidos, la CGT se encargaría de representar a todos los sindicatos, incluyendo a los comunistas organizados en sus filas, en las negociaciones y los compromisos que estas significarán, el PC de Italia declara absurda la pretensión de los dirigentes confederales de representar a la minoría comunista que milita en el seno de los sindicatos y cuyo objetivo es destrozar, por medio de una acción clara y estrictamente política, su orientación oportunista y contra-revolucionaria.»

Contra la pacificación

«Aun cuando parezca insignificante para cualquiera que conozca, al menos un poco, las directivas y el programa comunistas, el Partido Comunista cumple con el deber de dar las siguientes breves declaraciones sobre la pretendida pacificación entre los partidos de los cuales habla la prensa.»

«Ni nacional ni localmente, los comunistas participan ni participarán en las iniciativas de «pa-

(13) Término en italiano que sirve para designar a los parlamentarios («onorevole»)

cificación» y de «desarme», provengan de las autoridades gubernamentales o del partido que sea. Rechazamos sin comentarios las infamantes afirmaciones del PSI. Es completamente ridículo lanzar el rumor de que una corriente política haya rechazado tratar con el Partido Comunista, puesto que los comunistas jamás han manifestado la absurda intención de entrar en conversaciones con ninguna de ellas.

«En caso de necesidad, esta circular servirá como norma a las organizaciones locales del Partido».

Sin embargo, la rueda torna en Montecitorio y el 3 de agosto los representantes de la dirección del PSI (con el secretario Giovanni Bacci a la cabeza), del grupo parlamentario y de la CGT firmaban con los representantes del Consejo Nacional de los «fasci» de combate y del grupo parlamentario fascista agrupados en torno a Mussolini, el célebre «Pacto de Pacificación» del que basta recordar que el presidente de la Cámara, de Nicola, lo encabezó y reffrendó su redacción. Sus puntos principales eran los siguientes:

«Los representantes arriba mencionados se comprometen a obrar para que, desde ya, cesen las amenazas, vías de hecho, represalias, puniciones, venganzas, violencias personales de toda índole.

«Ambas partes se comprometen a respetar sus organizaciones económicas respectivas (¡por lo tanto, la CGT y el PSI reconocían a los naciotes sindicatos fascistas!

«Las dos representaciones deploran y desaprueban de antemano toda acción o comportamiento que implique una violación del presente acuerdo y compromiso».

El mismo día, un comunicado hipócrita de la dirección del PSI hacía saber a los obreros desorientados que:

«de ninguna manera se trataba de desaprobar la propaganda y la acción emprendidas por el Partido desde hace años, en forma pública y abierta en una amable polémica (¡¡¡!!!) de ideas y posiciones, mucho menos aún de renunciar en lo más mínimo a la libertad de propaganda y organización, así como de ninguna manifestación escrita u oral, positiva o simbólica, de nuestros propios ideales».

¿Cómo sería posible renunciar a esta forma suprema de propaganda que es la lucha, sin renunciar a la «libertad de propaganda»? Pero para limar las asperezas, la dirección se comprometía a:

«obrar según los principios y tradiciones del PSI, incluso en este momento, a fin de favorecer el retorno a una vida normal que garantice el libre desarrollo de las luchas civiles».

Avalando el pacto de pacificación, la dirección maximalista del PSI explícitamente hacía suya la ideo-

logía del pacifismo social aceptando la violencia «pública» del Estado, pero condenando la violencia «privada» de los partidos y clases. **Ya nada distinguía el maximalismo del reformismo**, para el que desde siempre el Estado no es un órgano de represión de clase, sino una especie de identidad metafísica por encima de las clases, una autoridad social imparcial y paternal. Esta es la razón por la que Moscú jamás debió permitir la entrada del PSI a la Internacional, tal como se hizo en su III° Congreso, que se tuvo justo en el momento en que se desarrollaban los bochornosos acuerdos social-fascistas (22 de junio - 12 de julio de 1921). Es por esto por lo que Moscú jamás ha debido aceptar (como lo hizo **después** del Congreso) la admisión del PSI a la I.C. a condición de que «expulse los adherentes a la conferencia reformista de Reggio Emilia y los que la apoyan». ¡La traición en la lucha abierta valía mucho más que las peores declaraciones de conferencias, y jamás partido alguno tuvo tanta razón como el Partido Comunista de Italia en su resistencia contra la perspectiva de una **fusión con los maximalistas!**

El partido comunista y la «pacificación»

Comunicado del C.E.

El C.E. del P.C. d. I., para aclarar cualquier malentendido derivado de las noticias de los últimos días en la prensa sobre las iniciativas para la llamada «pacificación» y para definir bien todas las responsabilidades políticas, hace público el siguiente intercambio de telegramas:

«Dirección del Partido Socialista -Roma.

«Milán, 27 de julio de 1921 - Urgente.

«Para poner fin a la utilización arbitraria por su parte del nombre de nuestro Partido, le informamos directamente por confirmación telegráfica que no participaremos en ninguna reunión del partido con fines de pacificación o desarme.

«Partido Comunista Ejecutivo».

«Ejecutiva del Partido Comunista -Milán.

«Roma, 27-7-1921.

«No estamos acostumbrados a los trucos. Nuestra propuesta no implica el uso arbitrario del nombre de su partido, ni de ningún otro. Tomamos nota de su comunicación oficial, recibida hoy mismo, de que no participará en ninguna reunión de partidos con fines de pacificación. El Comité Ejecutivo del Partido Comunista añade que la Junta Directiva del Partido Socialista tuvo que ser informada de que nuestro Partido no participaría en las iniciativas en cuestión, tanto por las comunicaciones públicas oficiales como por la comunicación realizada hace varios días por el grupo parlamentario comunista al socialista que le había invitado formalmente a prácticas de este tipo. Esto es aparte de cualquier consideración sobre la rapidez con la que

los que estaban en la Internacional Comunista hace unos meses han olvidado sus directivas programáticas y tácticas elementales.

«El Comité Ejecutivo»

El problema (pero volveremos sobre este punto en otro lugar) era que, para la Internacional, seguían representando posibles hijos pródigos a los que, y tras el debido acto de contrición consistente en expulsar a los maestros sin dejar de ser... derechistas, se les podían abrir las puertas.

Pero ya es hora de que, tras este desagradable interludio, lleguemos al otro «tema» controvertido: el de los «Arditi del Popolo».

Los «Arditi dei Popolo»

En la polémica de entonces, y sobre todo en la literatura ultra-democrática de los «comunistas» de hoy en día, la cuestión de los «Arditi dei Popolo» ha sido tan machacada que es conveniente precisar a grandes rasgos los orígenes, el programa y el desarrollo de este heteróclito reagrupamiento, similar en esto a la mayor parte de los que florecieron dentro de la confusión italiana e internacional de la época.

Este movimiento nace en el período del «interregno parlamentario» de finales de junio de 1921, luego de la caída de Giolitti, en momentos en que la burguesía vacilaba todavía entre una nueva versión de la política pro-fascista, disimulada detrás de un programa de reabsorción del fascismo en la legalidad democrática (14), y una maniobra política que hoy en día se podría catalogar como de centro-izquierda, consistente en otorgar a Su Majestad el Estado la responsabilidad exclusiva de defender las sacrosantas instituciones democráticas y, por tanto, quitar este monopolio a los camisas negras.

Pese a su pomposo nombre, los «Arditi» nacieron no obstante como un movimiento popular: surge de una simple escisión de la dirección de los «Arditi» d'Italia (15), asociación que constituía una especie de conservatorio de «valores» del individualismo heroico y del patriotismo belicoso cuya perfecta encarnación era d'Annunzio. Como en aquellos bellos tiempos de la expedición del Fiume (16), los «Arditi» reunían in-

terventistas de diversos matices, pequeños burgueses desarraigados, mazzinianos y sindicalistas, capitanes de aventura y sin duda policías, o sea, toda una gama de hombres, jóvenes o no, que vivieron en el clima de exaltación de la guerra y de decepción de la posguerra.

Un grupo de derecha, luego un grupo de fascistas (con los cuales el primero dice no tener nada en común, a partir del momento en que comenzaron a destruir las Bolsas del Trabajo y otras asociaciones obreras) se alejarán de lo que podemos llamar convencionalmente el grupo de izquierda, los «Arditi dei Popolo», que se forman el 2 de julio bajo la dirección del ex-lugarteniente Argo Secondari. Un detalle interesante es que su sede provisional se establece en un pequeño apartamento de dos piezas, cedido por esta perla de progresismo que representa... la Asociación Nacional de Veteranos. Su primera manifestación pública tiene lugar el 10 de julio con un mitin y un desfile militar.

En una entrevista para el «Ordine Nuovo» (17) el 12 de julio de 1921, el principal interesado, Argo Secondari, cuenta cómo los «Arditi dei Popolo» se habían constituido en asociación inmediatamente después del armisticio, en reacción al decreto de disolución de los batallones de asalto (¡de los que los proletarios no guardaban precisamente buenos recuerdos!). Durante la guerra los «Arditi» habían dado:

«la más grande contribución a las operaciones militares» e «impedido gracias a su heroísmo un segundo Caporetto» (¡vaya diploma para un movimiento «popular»!); además, es a ellos a quienes corresponde el mérito de haber dado «el empuje inicial al ejército italiano que forzó a los austriacos a batirse en retirada, y la de ganar una gran batalla (la del Piave) donde se jugó la suerte de Italia». Argo Secondari prosigue diciendo que reivindicaba la expedición del Fiume en la que los «Arditi» d'Italia habían participado y de la que los «Arditi dei Popolo» se reclamaban *«en parte, por principio revolucionario, [sic!] y porque además tenían fe en Gabriel d'Annunzio, al que consideraban como su jefe espiritual».*

Invitado a definir el programa de los «Arditi», Argo Secondari forjará enseguida y repetirá varias veces la fórmula de la «defensa de los trabajadores manuales e intelectuales», tan vacía y pomposa como los artículos de la Carta danunzziana de Carnaro. Lo mejor de la entrevista viene después, cuando el verdadero propósito de la nueva organización antifascista aparece claramente:

«Los Arditi no podían permanecer indiferentes y pasivos ante la guerra civil desatada por los fascistas. Habiendo estado a la van-

(14) Es esta solución la que triunfó cuando Ivanoé Bonomi, padre de todas las «vías nuevas al socialismo», se transformó en presidente del Consejo.

(15) Como ya lo hemos indicado, los «Arditi» eran grupos de asalto de la armada regular pertrechados con puñales y granadas de mano.

(16) En septiembre de 1919, jugando a los Garibaldi, d'Annunzio ocupa Fiume con sus «Arditi»; pero como el tratado de Rapallo había declarado Fiume Estado independiente, el ejército italiano expulsa a d'Annunzio de la ciudad (27-29/12/1921).

(17) El grupo ordinovista de Gramsci, siempre inestable aunque rápido en disciplinarse al... primer latigazo, al comienzo coqueteó con los «Arditi dei Popolo», lo mismo

(n. 17 cont.):

en 1924, durante la crisis Mateotti, Gramsci no podrá abstenerse de ir a visitar a... Gabriel d'Annunzio, como posible opositor al fascismo.

*guardia del ejército italiano, esperaban serlo también del pueblo trabajador. Al inicio, el fascismo daba la impresión, al menos en su forma exterior, de estar inspirado por el patriotismo, teniendo como objetivo el de impedir la violencia roja. **Quienes buscamos esencialmente la paz en el país, dando la libertad a los trabajadores, no podríamos permanecer indiferentes a la lucha entre fascistas y subversivos. Pero hoy los fascistas detentan el triste monopolio del bandolerismo político.***

Es por ello que los «Arditi dei Popolo» se lanzan a combatir a los camisas negras. Secundari dirá luego que los objetivos de su movimiento eran «el restablecimiento del orden y de la vida social normal», lo que confirman sus declaraciones anteriores. Para ellos se trataba, pues, de combatir **a todo aquel** que utilizara la violencia: tanto a los proletarios, si llegaran a «detentar el monopolio del bandidaje político», como a los fascistas, si este monopolio pasara a sus manos. Y no hay que sorprenderse si para el jefe de los «Arditi» la cuestión esencial era la de restituir su fuerza al Estado, a la Nación. Lo que desea es el «civismo» en las relaciones entre los hombres y las clases, igual como pensaba una fracción de la burguesía, así como también los socialistas de derecha y del centro y, por supuesto, los enemigos acérrimos de la clase obrera, los republicanos. En la concepción de Secundari, la violencia de los «héroes de Piave, Monte San Miquel y la Bainsizza» era necesaria para terminar con la violencia «privada» de clases y partidos; del mismo modo en que estos «héroes» montaron guardia contra la violencia roja de los proletarios, y volverían a hacerlo contra la violencia de los fascistas, si estos llegaran a imponerse. Así, mientras que el PSI buscaba la paz social por la vía de acuerdos negociados, los «Arditi dei Popolo» ponían su experiencia de héroes de la primera guerra mundial al servicio del mismo fin: el retorno a la legalidad.

¿Cuáles eran las relaciones que los «Arditi» esperaban establecer con los partidos, obreros en particular? En la entrevista ya citada, Secundari explica que:

«para formar parte de nuestros grupos armados, es necesario haber pertenecido a los batallones de asalto o de ser veterano de guerra. Estos últimos junto con aquellos que no han ido a la guerra son considerados como voluntarios».

Por el contrario, los antiguos miembros de los batallones de asalto, cuyas bayonetas habían destripado a más de un soldado indisciplinado y a más de un desertor durante la guerra sobre el Carso o los Altipiani, debían proveer los jefes e integrar las formaciones regulares; ¡es decir que los **voluntarios** debían servir de carne de cañón a los técnicos en «arditismo»! Poco después, el Directorio redactará un comunicado donde no sólo alaba la independencia del movimiento de los «Arditi» frente a todos los partidos

políticos sin excepción, sino que tratará de disuadirlos de ocuparse «del encuadramiento militar técnico del pueblo trabajador», pretendiendo que debido a sus méritos de guerra, esto sólo les incumbía a ellos. Es sobre esta base patriótica que Secundari espera instaurar una organización con una disciplina extremadamente rígida, comprometida formalmente a no salir de su apoliticismo. El 27 de julio, en otro comunicado ya no se limita sólo a excluir a los partidos como órganos oficiales, sino que precisa:

«El Directorio de los Arditi dei Popolo hace un llamado a todos los partidos para que contribuyan material y moralmente al desarrollo de la asociación de los Arditi dei Popolo. Igualmente, desaconseja a todos sus miembros de crear grupos políticos en el seno de los Arditi, ya que debilitarían su disciplina militar».

Estamos completamente de acuerdo en que una organización militar no puede tolerar la heterogeneidad política; y es por esto por lo que había que rechazar la adhesión del Partido Comunista de Italia a los «Arditi» y, con mucha más razón, el sometimiento de su organización al Directorio de los «Arditi».

Pocos meses después de su fundación, los «Arditi» se rebelarán contra la centralización que deseaba el autoritario Secundari; cosa que fue fatal, dada su heterogeneidad política y social y su individualismo heroico. La dirección del movimiento nacional pasó entonces a manos de un republicano y de un miembro del PSI, el diputado Migrino, quien firmó el pacto de pacificación en agosto de 1921. Eso fue el comienzo de su fin como movimiento centralizado. Lo que quedó fue una red invertida de grupos locales, heterogéneos en todos sus aspectos, sobre todo desde el punto de vista político. A menudo los grupos de raíz proletaria, pese a su etiqueta de «Arditi», se mostrarán bastante combativos e incluso heroicos, como en Parma. Casi siempre prestarán mano a los comunistas, llegando a veces a engrosar sus filas. Pero, ya en estos casos no obedecían a otra disciplina que la del Partido, mientras que en cambio por razones políticas inversas, el encuadramiento político de este último se consolidaba y se volvía más homogéneo y centralizado y, pese a su carácter forzosamente embrionario, mostraba una extraordinaria capacidad de resistencia; raras eran las deserciones, la infiltración de agentes provocadores era casi inexistente, las detenciones locales no hacían mella para nada en la red clandestina central, y los grupos armados comunistas eran de extrema movilidad. Si todavía es necesario, esto prueba una vez más la precisión del método del partido o, para emplear una expresión provocadora utilizada en una serie de artículos publicados por este, «el valor del aislamiento», que era el aislamiento de los elementos negativos y patógenos del sano organismo del partido proletario.

Sin duda que al comienzo, mientras que la ofensiva fascista se amplificaba y que el Partido Socialista caía en la falsa maniobra del pacto de pacificación, el

movimiento de los «Arditi» despertaba simpatías hasta en el medio obrero; igualmente en el Partido Comunista, en que las secciones sugestionadas por este primer ejemplo de «defensa armada» y de organización militar abierta y pública pensaron que era bueno acercarse a los «Arditi», y las ofertas de asistencia y solidaridad no faltaban. Los comunicados que arriba transcribimos hacían ya una alusión velada a este hecho, pero, el 7 de agosto, la Central del Partido publica un nuevo artículo en la primera página de «El Comunista», mucho más explícito:

«La política del Partido Comunista tiene un fin preciso: la Revolución»

«Las disposiciones claras y precisas que el Partido ha tomado en torno al encuadramiento militar no han sido el producto de una improvisación deportiva: corresponden más bien a un trabajo comenzado hace muchos meses en las filas de la juventud comunista. Pese a estas disposiciones, varios camaradas y algunas organizaciones del Partido insisten en proponer (y algunas veces llevar a la práctica) la participación de los comunistas, jóvenes o adultos, en otras formaciones militares ajenas a nuestro Partido, como los Arditi dei Popolo; en lugar de desarrollar su trabajo en el sentido indicado, toman la iniciativa de constituir grupos locales de Arditi dei Popolo.

«Llamamos a todos estos camaradas a mantener la disciplina y deploramos que militantes comunistas, que en todo momento deben mantener la sangre fría y la firmeza, así como el espíritu de decisión revolucionaria, se dejen llevar por consideraciones románticas y sentimentales que no pueden sino conducir a errores graves y a peligrosas consecuencias.

«Y, para acentuar este urgente llamado, recordamos una vez más a estos camaradas las evidentes razones de las directivas adoptadas por los órganos centrales, responsables de la línea de conducta a adoptar en situaciones que tengan una importancia nacional, independientemente de hechos particulares.

«Siendo la forma más extrema y sensible de la organización proletaria, la organización militar debe ser extremadamente disciplinada y reposar sobre la base del Partido. Su organización debe depender estrictamente de la organización política del Partido de clase. La organización de los Arditi dei Popolo, en cambio depende de órganos directivos mal definidos. Hace poco en un comunicado, su central nacional, cuyos orígenes son difíciles de ubicar, pretendía estar por encima de los partidos, pidiéndoles no intervenir en el «encuadramiento militar del pueblo trabajador en el plano técnico». El control y la dirección de este quedaría en manos de poderes mal definidos y sustraídos de la influencia de nuestro Partido. Pero el Partido Comunista por definición se propone encuadrar y dirigir la acción revoluciona-

ria de las masas: aquí hay, pues, una clara y patente incompatibilidad.

«Además de la cuestión organizativa y disciplinaria, hay una cuestión de programa. Los Arditi dei Popolo insisten mucho más sobre la necesidad de constituir una organización que sobre los objetivos y las finalidades de sus ambiciones, y esto implica riesgos fáciles de comprender. Por otra parte, ayudando a la reacción proletaria contra los excesos del fascismo, al parecer lo que buscan es restablecer «el orden y la vida social normal». El objetivo de los comunistas es muy diferente: se plantean llevar la lucha proletaria hacia la victoria revolucionaria; niegan que pueda existir una vida normal y pacífica antes que el conflicto de clase, que hoy ha llegado a su fase extrema y decisiva, llegue a su desenlace revolucionario. En fin, apuestan por la antítesis irreductible entre dictadura de la reacción burguesa y dictadura de la revolución proletaria. Ello excluye toda distinción entre defensiva y ofensiva de los trabajadores y muestra el carácter insidioso y derrotista de esta distinción. Efectivamente, los trabajadores son golpeados no solamente por la violencia material del fascismo, sino también por las consecuencias de la exasperación extrema del régimen de explotación y opresión, en la que la brutalidad de los camisas negras no es más que una manifestación inseparable de las otras.

«Es inútil recordarle estas consideraciones a un comunista, ya que la práctica confirma y confirmará cada vez más su exactitud. Es sobre estas bases que los órganos del Partido Comunista han tomado la iniciativa de constituir una organización militar proletaria y comunista independiente, para evitar dejarse llevar por otras iniciativas que no podrán ser consideradas como hostiles hasta tanto no choquen con las nuestras, y que por mucha popularidad que gocen no podrán desviarnos de las tareas específicas que debemos asumir contra una serie de enemigos – y de falsos amigos de hoy y de mañana. No podemos más que deplorar que algunos camaradas se hayan puesto en contacto con los organizadores de los Arditi dei Popolo en Roma, para ofrecerles su ayuda y pedirles instrucciones. Si esto volviera a suceder, las medidas más severas serán tomadas.

«El Comité Ejecutivo del Partido Comunista de Italia y el de la Federación de Juventudes Comunistas de Italia advierten a todos los camaradas y organizaciones comunistas que no se debe tener ninguna confianza en todo aquel que proponga directa o indirectamente la constitución de grupos de Arditi dei Popolo, o que todavía preconice las iniciativas militares de esta organización, pretendiendo haber sido enviado por los órganos del PC, o invocando supuestos acuerdos en contradicción con las disposiciones precisas ya publicadas. Los camaradas y las organizaciones no reciben directivas sino por vía interna; toda otra vía será rechazada y eliminada.»

(Comités Ejecutivos del Partido y de la Federación de las Juventudes Comunistas).

Problema práctico o lujo teórico

En este comunicado aparecen claramente los criterios a los que obedecía la central en la delicada cuestión de la táctica del Partido, en el que las relaciones con otras formaciones políticas (y más si son de carácter militar), no es más que un aspecto.

El Partido había nacido en Livorno con una doctrina definida claramente sobre las bases marxistas y revolucionarias que la revolución rusa y la constitución de la Tercera Internacional restauraron. Su organización de lucha, que se distinguía por sus sólidos lazos con la Internacional, sentía confianza al cumplir con su tarea de ampliar la influencia del Partido en las masas. A los ojos de ésta, su seriedad, su fría ponderación y la infinita abnegación de todos sus militantes por la causa común, la distinguirán netamente del viejo partido tradicional en el que reinaban la superficialidad, el desorden y el arribismo. En una situación a la que precisamente estas peligrosas taras habían comprometido, a corto plazo una ofensiva revolucionaria no parecía posible, pero, como la Izquierda lo escribirá en 1924 en las «Notas» sobre sus tesis:

«La acción del Partido podía y debía fijarse como fin, dar a la resistencia del proletariado contra la ofensiva desencadenada de la burguesía la eficacia más grande posible y, gracias a esta resistencia, concentrar la fuerza de la clase obrera en torno al Partido, el único que con su método permite preparar la respuesta proletaria. Los comunistas italianos han visto el problema de la siguiente manera: asegurar el máximo de unidad en la defensa del proletariado contra la ofensiva patronal, evitando que las masas vuelvan a caer en el error de creer que esta unidad podría asegurarse con una mezcla de orientaciones opuestas, ilusión que ya una dolorosa experiencia nos permite hoy denunciar como fuente de impotencia».

Los dos aspectos del problema se condicionaban recíprocamente y eran de orden netamente práctico, aun cuando coincidieran (y **debían** coincidir) con la teoría marxista. En efecto, ¿qué es lo que después de la guerra había paralizado la indudable acción combativa de las masas proletarias, si no la coexistencia de tendencias opuestas en el seno mismo del partido que debía dirigirla? ¿Qué es lo que había paralizado a la Izquierda del viejo Partido, si no el tener que dirigir a los movimientos del proletariado en común con la derecha y el centro? Así pues, la escisión internacional entre comunistas y socialistas no fue el fruto de un «capricho» sino de una experiencia internacional mil veces invocada por Lenin cuando instaba a los revolucionarios a romper no sólo con sus enemigos frontales - los reformistas - sino sobre todo con las múltiples corrientes del centro confusionista, supues-

tamente «cercano» al comunismo. Esta escisión era irrevocable y debía seguir siéndolo, puesto que la sola vía por la que el proletariado podía (y podrá) ver triunfar su causa, pasaba por la destrucción violenta del aparato del Estado burgués y la instauración de su propia dictadura. Pero esta constatación no hubiese tenido más que un valor abstracto si la misma no hubiese significado que:

«para que el proletariado triunfe es necesario que, incluso en los períodos que preceden a la lucha suprema en que esta necesidad se volverá tangible, exista un Partido que fundamente su programa y su organización sobre esta victoria, y que este partido se convierta en la fuerza primordial... y pueda garantizar la preparación del proletariado para las exigencias que esta conlleva» (La tarea de nuestro partido, *Il Comunista*, 21/03/1922).

Puesto que los dos fundamentos de la autonomía del partido son su conciencia programática y su disciplina organizativa, toda solución que, por un lado, hubiese pretendido mantener y asegurar la existencia independiente del Partido, pero que del otro comprometiese esta independencia, proponiendo a las masas una vía no violenta al socialismo, y olvidando que esta independencia está garantizada sólo por la oposición práctica al gobierno burgués y a los partidos gubernamentales, estaría condenada a restablecer el dilema del cual sólo la escisión hubiese permitido salir. De esta manera, mérito es constatar que esta era una solución prácticamente derrotista, y por lo tanto pernicioso, aun cuando la misma estuviese defendida de buena fe y con las mejores intenciones del mundo.

Son estas consideraciones - que por ser prácticas no eran menos coherentes con la integralidad de nuestra doctrina - las que guiarán la actitud del Partido frente a los «Arditi dei Popolo», enésima encarnación de la falsa y engañosa «unidad» por la que tantas veces el generoso proletariado italiano (y no sólo italiano) había tenido que pagar los vidrios rotos. Los «Arditi» tenían un dudoso carácter no sólo a causa de sus orígenes, sino de sus fines, de su composición, como de sus múltiples lazos con la sociedad burguesa y democrática; lo que bastaba para suscitar las peores sospechas y la mayor prudencia contra ellos, tanto más si se trataba de una organización militar, ilegal, centralizada y secreta. Habían nacido con un programa de **restablecimiento del orden**, opuesto en todos sus puntos al que regía toda la acción del Partido Comunista y del partido mismo, aunque su realización no fuese posible en lo inmediato; y pretendían, como es normal en una organización militar, imponer una disciplina a sus miembros sin otra influencia que no fuese la del Directorio. Pero entrar y someterse a esa disciplina hubiese sido de hecho renunciar a los fines no sólo de **largo alcance**, sino **inmediatos** del comunismo. En cuanto a conformar una dirección mixta, compuesta por comunistas y «Arditi», ello estaba excluido, no sólo por las mismas declaraciones de estos últimos, sino porque hubiera significado exacta-

mente la misma parálisis que condujo a la inevitable escisión entre comunistas y socialistas. Esto hubiese significado renunciar a la «independencia» no sólo organizativa sino programática, presentándose entonces ya no como el partido de la revolución, sino como un partido revolucionario más, o más bien como tantos otros partidos: revolucionarios de palabra, pero gradualistas, reformistas, democráticos de hecho y, por encima de todo, **defensores del orden**. En pocas palabras, ello hubiese significado arrojar a la basura todo el trabajo hecho, antes y después de Livorno, para sacar a las masas del equívoco, la confusión y el marasmo.

No obstante, hoy todavía mucha gente lamenta que el Partido Comunista no se haya fusionado con los «Arditi», olvidando que en la época bastaron unos meses para que los «Arditi» cayeran en la parálisis y la desorganización. Es lógico que las personas que no se orienten hacia la Revolución sino hacia la democracia, lamenten retrospectivamente que no se haya formado un Comité de Liberación por adelantado, al cual el partido se subyugaría, dejando de ser el partido de la revolución. ¡Pero es igualmente lógico que el Partido, que había declarado una guerra a muerte a todos los defensores de posiciones semejantes, no haya querido rodar por semejante pendiente!

Nada nos impedía - y de hecho, nada nos impidió - coincidir en la calle combatiendo con los «Arditi», pero **todo** nos prohibía subordinar nuestra disciplina organizativa, prenda de nuestra independencia programática y táctica, a las órdenes de una organización no sólo ajena sino opuesta a la nuestra. Una vez alcanzado su objetivo, el «restablecimiento del orden» (programa de Nitti y los socialistas), ¿qué otra cosa podían hacer los «Arditi» **que no fuera tornar sus armas contra nosotros, enemigos jurados del orden**? E incluso antes de llegar a ello, ¿qué hubiesen podido hacer de nosotros, a partir del momento en que, no reconociendo fronteras entre defensiva y ofensiva, legalidad e ilegalidad, medios lícitos e ilícitos, bandas fascistas extra-legales y órganos estatales super-legales, desbordáramos el cuadro de su acción y, a cada retroceso frente a una fuerza adversa superior, anunciáramos que volveríamos al ataque en la primera ocasión?

Más aún, ¿qué sería de **nosotros**, si hubiésemos tomado por desgracia esta vía de la unidad con los «Arditi»? Esta es la primera pregunta que hay que hacerse, ya que el partido no es «una simple máquina, sino factor y producto a la vez del proceso histórico», de modo que una táctica errónea puede ejercer una influencia desfavorable sobre su contenido y su orientación programática. Los Señores del Partido Comunista oficial actual, elevando la vista al cielo responderán Dios lo quiera nos hubiésemos ya convertido en lo que ellos son hoy en día: ¡demócratas curtidos, patriotas de tomo y lomo, variedad de cristianos que lloran de emoción delante de la imagen de Juan Veintitrés! ¡Pero esta respuesta es la mejor prueba de que **hemos tenido razón**!

La lucha de la Izquierda contra la «unidad a cual-

quier precio» había comenzado en 1913, prosigue en 1919 y 1920, llega a 1921, y todavía es actual. Analizando para entonces una por una las mil corrientes que se agitaban en la escena con consignas más o menos «de izquierda», escribíamos en el artículo citado más arriba:

« El valor del aislamiento

«Creemos que a la raíz debe haber el criterio siguiente: ningún acuerdo de organización, ningún frente único con los elementos que no tengan por meta la lucha revolucionaria armada del proletariado contra el Estado constituido, es decir la lucha comprendida como una ofensiva, una iniciativa revolucionaria - la lucha que apunta hacia la abolición de la democracia parlamentaria y el aparato ejecutivo del Estado actual y la instauración de la dictadura política del proletariado que ponga fuera de la ley a todos los adversarios de la revolución.

«Si consideramos que estos principios son la base de toda nueva alianza táctica, no es por vano placer que decimos: no colaboraremos sino con aquellos que comparten nuestras concepciones teóricas comunistas con respecto a la preparación práctica de la revolución. No, no se trata de un lujo doctrinal, aun cuando las consideraciones que nos guían confirmen que nuestra doctrina marxista es una magnífica guía para la acción. Se trata más bien de utilizar racionalmente las enseñanzas prácticas de la experiencia.

«Pero, ¿qué pasaría, si los comunistas llegan a paralizar al fascismo por medio de una acción de «defensa proletaria» llevada a cabo en acuerdo con otros movimientos políticos? Pues, una vez coronada la acción, aprovecharíamos el debilitamiento del enemigo para poner a la orden del día nuestros propios objetivos: el derrocamiento del poder burgués. Nuestros aliados, promotores del restablecimiento de la vida normal, naturalmente nos acusarían de perturbadores y se convertirían en nuestros peores enemigos. Se puede objetar que si, hasta ahora, hemos podido utilizar sus fuerzas sin renunciar a nuestra propia propaganda, nos da la capacidad para saltar por encima, tomar solos las riendas del movimiento de masas y continuar nuestra acción comunista. Quien razone de esta manera no traiciona sino la versión literaria y teatral que él se hace de la revolución. Demuestra que no comprende que las condiciones de éxito residen ante todo en la preparación organizativa de las fuerzas que luchan por ella. So pena de desastre, esta preparación debe, en su última fase, tomar el carácter técnico de una organización militar disciplinada. Ahora bien, aunque sea fácil cambiar de táctica mientras se luce a golpe de discursos, agendas y declaraciones políticas, un brusco cambio de frente es imposible desde el punto de vista organizativo. La escisión política es una realidad y una exigen-

cia histórica, **pero la escisión de un ejército en medio de la lucha conduce inevitablemente a la ruina** ya que no desemboca en la formación de dos ejércitos sino en la ausencia de todo ejército. En realidad, la organización militar está fundada sobre la unidad de mando y la indisolubilidad de los servicios anexos. La parte del ejército que pase al enemigo, incluso derrotado, encontrará en ella un punto de apoyo seguro y una posibilidad de acción. Pero, la otra parte, que ahora pretendiera actuar sola, ya no tendrá ninguna consistencia, ninguna red de organización capaz de funcionar, privada pues de toda capacidad de lucha.

«Esta es la razón por la que estamos contra toda alianza defensiva, puesto que es cuestión de oponerse a la reacción mediante la violencia – real - y no mediante jeremiadas liberales, que deforman la finalidad verdadera; ya que si las jeremiadas son inútiles, las alianzas defensivas deforman el verdadero objetivo, que es la preparación revolucionaria.

«Estas consideraciones meramente tácticas nos conducen al criterio arriba mencionado: no concluir acuerdos con aquellos que nieguen por principio la acción proletaria en tanto que ofensiva contra el régimen y contra el Estado, pero que están dispuestos a admitirla cuando se esgrime en defensa de lo que ellos llaman erróneamente los «excesos» de la burguesía. Hoy en día, el único exceso que comete la burguesía es el de estar en el poder. Y lo estará hasta que deje de existir el sistema democrático parlamentario. Un ejemplo de estos aliados falsamente revolucionarios que ya hemos mencionado nos lo dan el teniente Secundari o el diputado Mingrino que desean una organización armada para restablecer el orden, y con ello se termina el problema. Para nosotros, esto es un derrotismo tal vez todavía peor que el de los socialdemócratas cuya consigna es: pacificación y renuncia, desaprobando tanto la defensa como el asalto violento de las masas. **Efectivamente, en la terrible situación actual no hay ninguna diferencia entre la defensiva y la ofensiva de clase; es por esto por lo que precisamente (y el fascismo es un excelente maestro, fue quien nos lo enseñó) la lucha de clase se ha transformado en una guerra en sentido estricto; ahora bien, como todo especialista en cuestiones militares puede corroborar, la defensa es el ataque, y el ataque es la defensa. El general o el soldado que pretendiera que el ejército debe sólo defenderse y jamás tomar la ofensiva, sería fusilado por derrotista respecto a la defensiva misma.**

«En conclusión, decimos: mil experiencias de la fase política compleja que estamos viviendo nos confirman que es justo plantear el problema de la preparación revolucionaria sobre esta base: agrupar, encuadrar, organizar no sólo políticamente, sino militarmente a las fuerzas que aspiran a poner al Estado sobre nuevas bases, siempre y cuando

entiendan que ello significa instaurar la dictadura del proletariado.

«Las otras soluciones agitadas por mil pequeños grupos que alimentan peligrosamente el confusiónismo revolucionario de hoy, pueden ser clasificadas en dos grandes categorías: la del engaño y la del error. Pero los organismos políticos que se sitúan en uno u otro lado no deben, bajo ninguna circunstancia, ser apoyados por nosotros planteándoles acuerdos organizativos, aunque los segundos nos parezcan más simpáticos y cercanos que los primeros.

«En conclusión, en nuestra opinión, **la tarea específica del Partido Comunista sigue siendo, hoy como ayer, la de actuar como factor de orientación, rectificación, continuidad tanto teóricas como prácticas en el caos de las mil corrientes «revolucionarias», tarea cual más necesaria cuando algunos grupos de la clase obrera aceptan sus programas y métodos, o de productos curiosos de cruces que surgen de estas mezclas, o incluso de resultados de fórmulas universales, tipo «frente único».**

«Otros podrán imaginarse que la vía que siguen es la más rápida. ¡Pero la vía que parece más fácil no es siempre la más rápida, y para bien merecer la revolución, no hay nada más miserable que darse prisa por «hacerla»!»

El mes de la vergüenza

Agosto de 1921 fue para el Partido Socialista el mes de la vergüenza. En 1912, Bonomi, el precursor de todos los que preconizan «nuevas vías al socialismo», fue expulsado por la fracción revolucionaria intransigente de Mussolini y Bacci, debido a su adhesión a la guerra de Libia. En 1914, Mussolini a su vez era expulsado por Bacci, quien le reprocha haber repetido a una escala mayor la traición de Bonomi. En 1921, por evolución lógica, los dos primeros se encuentran a la cabeza de las fuerzas legales y extralegales de la conservación burguesa; en cuanto a Bacci, este estrechaba la mano a Mussolini en nombre del desarme de la lucha de clase y llamaba a ejercer el rol de árbitro imparcial de la pacificación (¡verdadero pacto de Judas) a... Bonomi en persona. ¡Pareciera mentira que tarde o temprano los renegados terminan por reunirse! Veinticuatro años más tarde, en 1945, vamos a descubrir en el vértice de la «democracia renovada» a dos de los protagonistas directos de la pacificación, Bonomi y De Nicola; Nenni tomará la plaza de Bacci y, vergüenza suprema, ¡el trío se convertirá en cuarteto, cuando se suma Togliatti! ¿Accidente fortuito e imprevisible? No, determinación objetiva. Haciendo uso de la dialéctica marxista, la Izquierda había hartado prevenido que a fuerza de «suavizar la táctica», con el pretexto de recuperar para la causa revolucionaria a los socialistas que le habían dado la espalda definitivamente, ¡terminaríamos por **caer mucho más bajo que ellos!**

¿Qué significaba en realidad la firma del pacto de pacificación con respecto a la naturaleza del Partido Socialista? Significaba que a pesar de todas sus declaraciones programáticas, ese partido rechazaba las tesis fundamentales de la Internacional Comunista en el seno de la cual contaban ganar un escaño, aunque fuese de barrenderos, después de haber sido expulsados por la escisión de Livorno. Demostraba que, para este, la violencia desatada no era la expresión física del conflicto de clases que la guerra y la crisis consecuente había llevado a la exasperación, sino un hecho «accidental» imputable sólo a personas privadas; que entre capital y trabajo una tregua no solo era posible, sino deseable y que el instrumento para lograrla era el Estado, ¡entidad que flota por encima de las clases y árbitro neutro en los conflictos que estallan entre los partidos! En resumen, el Bacci de 1921 se situaba en el mismo terreno que el Bonomi de 1912 en adelante. Ciertamente es (¡y en esto reside el gran equívoco!) que Bacci seguía practicando la «intransigencia parlamentaria», votando (mientras podía) contra el gobierno, máxime si en este gobierno participaban los socialistas, pero hacía suya y practicaba la **tolerancia hacia el Estado**, bastante peor que la tolerancia de un Turati o de un D'Aragona hacia tal o cual gobierno. Pedir a un partido semejante que expulsara a la derecha, como lo exigió precisamente en ese mismo período la Internacional Comunista en Moscú, «depurarse» pues, para poder ser admitido en la organización internacional y fusionarse con el Partido Comunista, era admitir que bajo el pretexto de cumplir con una condición puramente formal, era posible violar todas las condiciones substanciales de admisión a la I.C., algo que la Izquierda recusaba. En Livorno, la ruptura con la derecha podía aún servir, como se decía, de «termómetro» para la adhesión efectiva a la I.C.; seis meses más tarde, ya no había dudas: el pacto de pacificación demostraba definitivamente la incompatibilidad entre maximalismo y comunismo.

Ninguna tregua

Este pacto implicaba algo más siniestro todavía que un compromiso para desarmar a las fuerzas proletarias: ¡el compromiso de abandonarlos a la violencia represiva del Estado, considerada «legítima»! Esto no significaba solamente: **¡arrojemos las armas!** sino: **¡Estado, impide con las armas toda lucha armada!** Puesto que un solo partido, el Partido Comunista, rechaza la invitación a la tregua, tu deber, Estado bien amado, es obligarle a respetarla. Bonomi atrapa al vuelo esta invitación e inmediatamente después del pacto envía a los prefectos la siguiente circular:

«No debéis olvidar que el hecho de no haber participado en el pacto, o no haber querido hacerlo localmente, no os exime de nada, por el con-

trario os obliga como ciudadanos a obedecer la ley sin rechistar».

Si el PSI, Mussolini y Bonomi o los «Arditi del Popolo», deseosos de restablecer a través de la violencia un régimen de no-violencia, esperaban no obstante que el Partido Comunista de Italia abandonara las armas o implorara el derecho a no ser puesto fuera de la ley, ¡estaban tremendamente equivocados! El Partido Comunista había **previsto** esta confluencia de fuerzas adversas, y hasta la había deseado, porque constituía un factor de clarificación para las masas, así como también para su propia consolidación en tanto que partido. Jamás consideró que la vía que había tomado sería «fácil», al contrario. Y no esperó el 7 de agosto de 1921 para arrojar a la cara de los socialistas:

«la lección verdaderamente gloriosa de los últimos años de lucha social en Italia: no harás distinción entre tus adversarios, no perdonarás a los renegados».

Sabía de antemano que, en el terreno de la lucha revolucionaria, se volvería a encontrar **solo**, con todos los riesgos, pero también con todas las posibilidades que se abrían ante el hecho de mantenerse a distancia del oportunismo, por la disciplina de su organización, la claridad de sus directivas y la valiente franqueza de su propaganda; ¡medios más idóneos para ganar a su causa a los obreros inscritos en el PSI, no podía haber! Del Estado jamás reclamó impunidad alguna que, por definición, este no podía darle; solo se limitó a aceptar el desafío de la reacción burguesa. De la misma manera, el 14 de agosto de 1921, «El Comunista» publicaba una respuesta a la circular de Bonomi a los prefectos:

«La circular Bonomi: ¡los socialistas satisfechos!

«Un partido revolucionario que sabe lo que quiere, que sabe cuál es su objetivo y está dispuesto a alcanzarlo, centralizado y disciplinado, que no actúa según el principio de la libertad de sus miembros, sino que asume la responsabilidad de los actos que el organismo central acata o manda a acatar, es un partido que hay que temer, que los revolucionarios de palabra deben abandonar, que sus adversarios deben odiar y que debe ser puesto fuera de la ley.

«Todo esto es natural. El proletariado observa que los mismos que, ayer todavía, afirmaban que la revolución era inevitable, que la violencia era necesaria para derrocar al Estado, hablan hoy en día de la revolución como un «sueño de locos» y se llenan de sutilezas sobre el problema de la violencia, por miedo a que la violencia proletaria llame a la violencia burguesa: en la medida en que se vuelve sinceramente revolucionario, consciente y preparado, el proletariado no puede menos que maldecir y abandonar a estos malos pastores. Este proceso de clarificación, en las

masas, no se realiza sino lentamente, no se improvisa, pero es inevitable. Debemos favorecerlo y acelerarlo pues demuestra con claridad meridiana la verdad de nuestra crítica a la socialdemocracia, y no por especulación política sino porque queremos integrar a amplias capas del proletariado. Dicho proceso se cumplirá **cualquiera sea la suerte que las acciones del gobierno y la reacción de los órganos del Estado nos reserve**. Los daños infligidos a nuestros militantes y a nuestras organizaciones no harán más que sacar inevitablemente al proletariado atormentado por el capitalismo y desorientado por la estúpida política de emancipación «gradual» de su medrosa mentalidad.

«Si los socialistas han querido dirigir contra nosotros la autoridad estatal y la guardia real, lo han logrado magníficamente. Pero si pensaban y piensan aplastarnos con tiros de escopeta o metiéndonos en prisión, se han equivocado burdamente.

«No se aplasta al Partido Comunista. Que el gobierno y los socialistas lo sepan: toda represión contra nuestro partido provocará una resistencia sin precedentes en los últimos cincuenta años de vida política en Italia».

Si el Partido Comunista no participó en el innoble pacto de pacificación entre los partidos, es porque abstenerse era una **cuestión de vida o muerte**, sin importarle las consecuencias prácticas de esta abstención a medio plazo, o la pérdida de popularidad que esto haya significado en lo inmediato. Este rechazo no representaba un factor de debilidad, sino de fuerza, un adelanto en la afirmación del Partido como única guía del proletariado revolucionario tanto en la defensa como en la ofensiva. ¿Acaso la gran fuerza de los bolcheviques no era la de **saber estar solos** para no dejarse paralizar por los falsos amigos al servicio del enemigo? Orgullosamente, el 14 de agosto, «El Comunista» comentaba los llamados a la tregua de los partidos que apoyaban el pacto de pacificación:

«El ausente»

«La idea en la que se inspira el llamado a las masas o a las autoridades políticas es la siguiente: el pacto firmado en Roma exhorta a los partidos a comprometerse en la pacificación y el desarme. Allí está... el error. Lo lamentamos por el señor Bonomi y sus prefectos, pero nosotros, comunistas, no hemos acudido a Roma, no por evitar los inconvenientes o los gastos del viaje, sino porque sabemos suficientemente que ni hoy, ni mañana, las clases podrán conciliarse y pacificarse y que **la ilusión de una tregua en la guerra de clase, despoja al partido político del proletariado del derecho a conducirlo hacia la revolución**.

«Nos hemos abstenidos porque los principios

y la táctica comunistas no toleran ni tregua ni acomodados en la lucha de clase, porque debemos interpretar históricamente el conjunto de las aspiraciones políticas y económicas de las clases trabajadoras, aunque ello implique una pérdida momentánea de popularidad. Es natural que el Estado vea con simpatía una campaña como la de los socialistas en pro del retorno a la legalidad y el respeto a la ley. Pero quienes estamos contra la ley sabemos que en el régimen burgués, **la normalidad equivale a la reafirmación de la autoridad de la clase dominante por encima de las conquistas obreras y de la preparación revolucionaria del proletariado**, debemos ser desterrados de la sociedad burguesa como enemigos de sus instituciones y de todos aquellos que son sus cómplices.

«Con su reciente circular, el presidente del Consejo nos ha rendido un excelente servicio, puesto que nos ha indicado de forma precisa la manera en que hay que golpear, luego de la firma del acuerdo entre «pacificadores», al partido ausente de los tratados por el retorno a la paz social.

«Pero el ausente dice a los socialistas y a los fascistas, al gobierno y a todos los partidos de la burguesía, lo siguiente:

«El programa comunista y la táctica de los comunistas, frente a la burguesía y frente a los social-traidores siguen siendo los mismos.

«El Partido Comunista continúa legal e ilegalmente su propaganda por la preparación revolucionaria y la organización del proletariado.

«La acción del Partido Comunista aspira al derrocamiento del Estado burgués a través de la insurrección de la clase obrera.

«Nada prueba que la supresión de los jefes comunistas perjudique gravemente el porvenir de la revolución.

«Que hagan lo que quieran los socialistas y el gobierno, los fascistas y la policía por despojarnos de nuestra libertad de propaganda y acción. Tienen el derecho, y, desde su punto de vista, tienen el deber de hacerlo. Sería curioso que dejen a un partido la libertad de atentar impunemente contra la vida del Estado burgués. Pero advertimos claramente a aquellos que, ayer y hoy, han traicionado y siguen traicionando a la clase obrera, a los Bonomi, a los Mussolini y a los Bacci, que nos burlamos superlativamente de sus sanciones y puniciones imbéciles.

«Nos burlamos de las leyes que ellos respetan o dictan. Estamos contra sus leyes. Es por ello que hemos permanecido ausentes de su vergonzoso convenio. Por eso estamos solos y somos poco numerosos, pero fuertes, muy fuertes, invencibles: porque no queremos una tregua de vencidos, ni pedimos tregua a los cobardes.

«Así habla el ausente. Que espere tranquilamente a que los espías socialdemócratas lo denuncien a los mercenarios y a los policías».

Lucha en todos los frentes

No eran palabras dichas a la ligera, simples frases efectistas. Si para los socialistas, o para los fascistas, el mes de agosto fue el mes de la renuncia; para el Partido Comunista de Italia, por el contrario, marcó no el comienzo, sino el desarrollo acelerado de una intensa actividad, una verdadera ofensiva contra el pacifismo cobarde de los conciliadores y una organización política y militar de las fuerzas proletarias.

En el campo burgués, la ofensiva armada contra el proletariado fue acompañada de una ofensiva patronal contra los salarios y los contratos de trabajo, y contra las organizaciones de defensa económica de los trabajadores. De la misma manera, la actividad militar del Partido Comunista acompañó una vigorosa campaña de «frente único sindical» con el que los proletarios de diversos orígenes políticos debían contrarrestar al frente patronal para defender su pan y resistir a la prolongación de la jornada de trabajo. Era necesario que los «jefes obreros», les gustara o no, permitieran que las Bolsas del Trabajo se transformen en centros de resistencia, y de contra-ataque proletario si fuese posible. Era preciso que todos los obreros estuvieran unidos en la defensa de sus condiciones de vida **presentes** para que pudieran estar unidos en el **asalto futuro** al régimen capitalista mismo (18). Estas dos acciones, una de ataque militar, y otra de defensa y contra-ataque en el campo reivindicativo, se completaban uniendo dos aspectos en una sola y misma acción que se desprendía de **la iniciativa revolucionaria del Partido**, y apuntando hacia **la preparación revolucionaria de la clase**. Si la independencia política era necesaria para el Partido, la unidad en la lucha era necesaria para la clase; no había contradicción, **sino condicionamiento recíproco**. Negándose a participar en ententes políticas y menos todavía en ententes militares bastardas, los comunistas de Italia no esperaban en absoluto encerrarse en un «espléndido aislamiento» y en un arrogante desdén por las vicisitudes de la guerra social abierta y sus protagonistas. Explicaban claramente que era imposible ignorar la independencia política como medio, si el fin era la unión de toda la clase obrera en la acción. Las razones organizativas y de dirección política del Partido, así como las posibilidades de encuentro en la acción eran claras y no disimuladas.

« El valor del aislamiento »

«Afirmamos que, en general, el movimiento comunista debe rechazar toda entente organizacional con los elementos que no estén dispuestos a afrontar las exigencias de la lucha decisiva... Explicamos muy claramente lo que entendemos por «entente organizacional». Toda acción debe prepararse, debe tener organización y, por lo tanto, disciplina. Declaramos que los comunistas no pueden respetar la disciplina de su partido y compro-

meterse a la vez en ejecutar las directivas de un «comando único» constituido por delegados de diferentes partidos.

*«Sin embargo, hay que notar que el hecho de excluir las ententes organizativas no significa excluir también toda acción paralela de los comunistas y de otras fuerzas políticas en la misma dirección; lo que sí tenemos que hacer es conservar el control integral de nuestras fuerzas, para el momento en que las alianzas transitorias puedan y deban ser denunciadas, es decir, cuando el problema revolucionario se plantee en toda su profundidad. No vamos a discutir aquí la hipótesis según la cual, nosotros, comunistas, podríamos concluir acuerdos organizativos con la intención de traicionarlos posteriormente o explotarlos a nuestro favor en la primera oportunidad que se presente. No es por escrúpulos morales que recusamos esta táctica, sino porque debido precisamente al «confusionismo revolucionario» que reina incluso en el seno de las masas que siguen a nuestro partido, semejante juego sería demasiado peligroso y porque la maniobra de ruptura no podría sino tornarse contra nosotros. **Para preparar a las masas a la severa disciplina de la acción es preciso una extrema claridad en las actitudes y movimientos y es por lo tanto necesario situarnos desde el inicio sobre una plataforma segura: la nuestra.** Si no, estaríamos fabricando plataformas para los demás, es decir, o bien para movimientos conscientemente reaccionarios pese a sus posiciones «innovadoras», o bien para movimientos revolucionarios, pero privados de la exacta visión del proceso real de la Revolución».*

Hubiese sido nefasto tratar de alcanzar por la vía de «ententes organizativas» con otros partidos (aunque muchas veces estas se hayan realizado **de hecho**, bajo el fuego de la acción) esta unidad y dirección de la lucha que avanzaba de manera natural y fecunda en el seno de las organizaciones económicas; en ellas, el Partido promovía la reunión de todos los conflictos parciales y la unificación de todos los sindicatos. Allí, donde los obreros con diferentes opiniones políticas se reunían en la misma mesa, unidos por su condición común de proletarios, el Partido podía ejercer una función unificadora; y es allí que el partido, lejos del confusionismo venenoso de los «¡abracémonos!» y del efecto corruptor de las maniobras y acuerdos entre bastidores, podía lógicamente ejercer una influencia creciente. En la candente atmósfera de la época, los sindicatos, sobre todo periféricos y bajo la influencia de grupos revolucionarios, habrían podido recobrar su función de «escuelas de guerra» del proletariado, como decía Engels. En cuanto al Partido, este habría aparecido como el verdadero **centro motor** de la lucha proletaria, mientras que los otros partidos se habrían descompuesto y demostrado su dificultad de ponerse a la cabeza de la clase obrera. Para que esto sucediera, había que seguir la ruta hasta el final, sin titubear ni dar marcha atrás,

había que comprender que aunque fuera posible la eventual recuperación de sus fragmentos, o en el peor de los casos, de sus «personalidades», el antiguo partido pesaba muy poco al lado de la conquista de obreros anónimos, pero combativos y políticamente sanos, y que bajo ningún aspecto hubiese compensado el desconcierto y desagrado de los proletarios que, al acercarse al Partido Comunista con la esperanza de deshacerse para siempre de los social-traidores (¡vestigios redorados de un pasado sin gloria!), los encontrarán de nuevo en sus filas. No se debía seguir puliendo el blasón del maximalismo, al contrario, había que favorecer su pasaje hacia la derecha, descartando que terminara con menos vergüenza que esta. Esto está claramente indicado en el siguiente comunicado del Ejecutivo del Partido Comunista:

«Relación con los otros partidos y organizaciones sindicales

«Ante las situaciones locales diversas que surgen del agitado período que atravesamos, los camaradas no aplican siempre correctamente las directivas tácticas del Ejecutivo. Consideramos, pues, necesario dar las siguientes explicaciones:

«No se debe, sin previa autorización del Ejecutivo, participar en comités ni sostener iniciativas en las que participen diversos partidos políticos, como aquellas que aparecen con frecuencia en manifiestos firmados en común con la lista de participantes.

Para ciertas iniciativas que no tienen un carácter estricto desde el punto de vista partidista, el Ejecutivo comunicó y comunicará eventualmente llamados a la acción, dirigidos a los sindicatos frecuentados por obreros de todas las tendencias. En tal caso, los Comités deben estar integrados por representantes sea por la CGT, sea, en ciertos casos, por la Unión sindical (centro anarquista) y donde el Partido no debe figurar, ni enviar representantes políticos, participando sólo de manera indirecta, a través de sus miembros militantes en los sindicatos. En consecuencia, las secciones comunistas no enviarán representantes a tales comités, ni firmarán manifiestos, ni aparecerán como organizadoras de comités, dejando todo esto a las organizaciones sindicales, sean o no dirigidas por nuestro Partido. Esto lo hacemos con el mismo criterio que ha sido adoptado, por ejemplo, para las víctimas políticas y la ayuda a la Rusia comunista.

«En los ámbitos donde se ejerce la función directamente política del Partido, no se deben ni constituir comités mixtos, ni llamar a las organizaciones sindicales a la acción; esto vale, por ejemplo, para el encuadramiento militar.

«Toda derogación a estas normas (que no tienen para nosotros un carácter de principio absoluto) pertenecen exclusivamente al Ejecutivo. Esperamos que de ahora en adelante los camaradas se sujeten estrictamente a lo precedente».

(«Il Comunista», 21 de agosto de 1921)

En los meses que siguen, veremos al Partido ponerse constante y enérgicamente a la cabeza, no sólo de la resistencia armada de los obreros contra los ataques de los camisas negras, sino de las descomunales huelgas que vendrán. Sus directivas penetraban ampliamente en las organizaciones económicas, recogiendo en su seno la plena adhesión de las masas. Por no citar más que dos ejemplos, la CGT no respondió a la invitación hecha por el Partido a conformar un frente único sindical, pero la base la **obligó** a convocar el Consejo Nacional de Verona; igualmente el Sindicato de Ferroviarios fue forzado a tomar la iniciativa de la «Alianza del Trabajo» (19). Es lícito preguntarse si los frutos de la enérgica intervención del Partido en todos los frentes de la lucha proletaria no hubieran sido aún mayores, si la Internacional no hubiese escogido la vía **aparentemente** más rápida del frente único político con el viejo Partido Socialista, cuyo fin era conquistar a capas cada vez más amplias de la clase obrera, y si tampoco hubiera seguido al PSI en su precipicio, con el pretexto de impedir que cayera en él.

Crear que era útil expulsar del PSI a la derecha reformista, imaginarse que si él se zafara de su reformismo así como de los reformistas declarados, eso era ilusionarse, y, por el efecto que iba a tener en las masas, esta ilusión era altamente **perniciosa**. Diariamente les enardecía la cobardía y la duplicidad de los maximalistas, tanto jefes sindicales como políticos. A cada hora la experiencia les obligaba a identificarlos con los fascistas, si no a considerarlos como agentes conscientes o inconscientes de la reacción patronal. Fue con estupor que estas mismas masas vieron, en los vomitivos Congresos del viejo PSI, arribar a las... **¡delegaciones de la Internacional Comunista!** Todo ocurría como si, a los ojos de Moscú, no hubiera un solo y único partido de la clase obrera, sino un abanico de partidos candidatos propuestos para ese rol, ¡como si se tratara de negociar por vía diplomática el pasaje de la candidatura a la investidura oficial! Por las intenciones del Komintern, sin duda sinceras, se trataba de una gran maniobra política, pero, para los proletarios que diariamente arriesgaban el pellejo en todos los frentes, eso fue una trágica burla al Partido Comunista de Italia, en fin, un sabotaje puro y simple de los resultados conquistados a un precio exorbitante y al calor de la lucha de clase.

La segunda ola

Como ya hemos visto más arriba, en su incurable estupidez los maximalistas juzgaban que el tratado de pacificación, firmado por Bacci... «con el corazón encogido» (¡sic!), marcaría «el comienzo de la disolución de las fuerzas fascistas («Avanti!», 9/8/1921). No pasó un mes hasta que los camisas negras volvieron a tomar la ofensiva, apoyados ahora más que nunca por el Estado y aprovechando el desconcierto de una

parte de la clase obrera.

En agosto, los pequeños episodios de violencia se multiplicarán y no terminarán enseguida sino para dar paso, a comienzos de septiembre, a una ofensiva brillante. El 10 de septiembre, durante la «Marcha sobre Ravena», tres mil camisas negras perfectamente equipados, armados y encuadrados ponen a fuego y a sangre los campos de la Romaña; el gobierno dejó hacer, y es solo el 27, después de la muerte de siete fascistas en Modena durante un enfrentamiento con la guardia real, cuando lanza un decreto prohibiendo el porte de armas y las idas y venidas en autobús de provincia a provincia, cuyo **único** efecto fue el de desarmar a los obreros y campesinos. Curioso, pero lo cierto es que los héroes de la cachiporra tardarán 10 meses en conquistar Ravena, y bajo circunstancias que pondrán una vez más a la luz el rol derrotista del PSI y de la CGT. El 26 de septiembre, en Mola di Bari, muere baleado el diputado Giuseppe di Vagno. El inefable grupo parlamentario socialista se opondrá:

«a la proposición emanada de diversas organizaciones para desencadenar una protesta nacional, permaneciendo fiel a su intención de hacer todo lo posible, sin omitir nada que sea susceptible de detener la orgía de violencia que enluta al país, es decir, no una protesta que abra las puertas a nuevas violencias, sino una acción consciente y tenaz, a fin de preparar la movilización civil de los trabajadores».

Probablemente, la intención del PSI era enviar una enésima petición al gobierno Bonomi. El 20 de octubre, el gobierno que los socialistas juzgaban no muy «fuerte», lanzaba una circular ordenando el envío de unos 60 mil oficiales desmovilizados a los centros de entrenamiento más importantes, con una paga equivalente a 4/5 partes de la que percibían hasta ese momento, y bajo la obligación de inscribirse en los grupos de asalto fascistas cuyo mando ellos debían garantizar. ¡No hacía falta mucha plata para favorecer y acelerar el proceso de centralización y formación disciplinada ya iniciado por los grupos fascistas de asalto! Con sus diputados de frac, sus oficiales regulares al mando de grupos de asalto irregulares y, dentro de poco, su organización de Partido, el fascismo presenta todas las características de la honorabilidad, ya no es un movimiento ilegal, sino un instrumento de la ley, paralelo al Estado mismo. ¡A esto es a lo que llevan las «nuevas vías al socialismo» beatificadas por Ivanoé Bonomi!

Pero esto fue sólo el comienzo. Mientras que el fascismo se afianza, que los grupos de asalto esperan que la putrefacción del PSI y la CGT haya destruido toda capacidad de resistencia de los centros obreros o incluso les haya abierto la puerta (para esto, habrá que esperar un año más), el ataque patronal se propaga de manera sistemática. Los cuatro últimos meses de 1921 estarán marcados por una multitud de agitaciones que el oportunismo de la CGT se las arregló para encerrar en el cuadro regional (¡no se había lle-

gado todavía a la ignominia actual de declarar huelgas por empresas o incluso por talleres!). En agosto y septiembre, los obreros del textil y de la madera se declaran en huelga a nivel nacional, a estos les siguen los metalúrgicos de la región lombarda. Cuando estas huelgas terminan, les toca el turno a los metalúrgicos de Liguria y Venecia julia. La huelga de categoría de los primeros coincide con una huelga general, pero allí también la agitación es suspendida, mientras que en Venecia julia, se reaviva y generaliza. La huelga metalúrgica en esta última provincia apenas termina cuando un tipógrafo es asesinado en Trieste, provocando un huelga general de esta categoría que, por lo demás, los esquiroleros logran liquidar en el intervalo de 24 horas; paralelo a estos movimientos potentes pero desarticulados, los ferroviarios del Midi italiano continúan a lo suyo, mientras que, en Roma, la CGT pone fin a la huelga general anti-fascista desatada en noviembre. Se pueden también citar la huelga de Turín contra las condenas por hechos ocurridos durante la ocupación de las fábricas en 1920, la huelga general de Nápoles en solidaridad con los estibadores y metalúrgicos de la ciudad, en fin, el grave conflicto de los trabajadores del mar y muchas otras más. Son estos episodios los que otorgan todo su valor a la campaña por el frente único sindical conducida por el Partido Comunista de Italia, paralela a su tarea de encuadramiento militar de los obreros. El PSI que ha firmado el pacto de pacificación acepta sin aspaviento que su apéndice confederal no responda a los vigorosos llamados de los comunistas a la unidad sindical y a la reunión de todos los conflictos sobre una plataforma reivindicativa única elevando a nivel de principio la defensa del salario, la jornada de ocho horas, los contratos y acuerdos en vigor, la organización económica y los parados. Contra los ataques de la patronal, la CGT no se le ocurre otra idea que la de hacer un... estudio sobre el estado de la industria, ¡origen de mil reivindicaciones bastardas del oportunismo actual!

Según los criterios arriba señalados, el vínculo entre la lucha económica y la lucha militar conducidas por el partido, aparecen luminosamente en el manifiesto que sigue:

«¡Contra la ofensiva de la reacción!

«¡Trabajadores, camaradas!

La persistencia de graves incidentes demuestra que «la ofensiva de las bandas armadas reaccionarias de la burguesía está lejos de terminar. La violencia del fascismo, la reacción disimulada o abierta de la autoridad estatal no son más que un aspecto del movimiento anti-proletario general que, en el campo económico, se manifiesta por la tentativa de reducir los salarios a los obreros y de agravar las condiciones de trabajo a través de despidos y sanciones, acompañada de toda una campaña de mentiras y violencias contra las organizaciones laborales.

«Más de una vez, nuestro partido ha declara-

do que todo esto confirma la profundidad de la crisis de la sociedad actual, crisis que empuja a la misma clase dominante a provocar al proletariado y conminarlo a lanzarse a la lucha final.

«Ante la multiplicación de episodios de agresión burguesa, el Partido Comunista reafirma esta visión general de la situación, así como la táctica aplicada por sus militantes. La orden es de responder golpe por golpe, con los mismos medios que utiliza el adversario, de combatir la funesta ilusión según la cual sería imposible retornar a la paz social en el cuadro de las instituciones actuales y denunciar los supuestos esfuerzos de pacificación como actos de complicidad con el agresor y la clase dominante. Asimismo, el Partido Comunista indica al proletariado la sola vía a seguir para salir de una situación que se agrava cada día en detrimento suyo, debiendo ser afrontada en su conjunto, a su vez en el plano social, político y económico, es decir, a través de una acción del proletariado en su totalidad, que culmine con la creación del frente único de todas las categorías y de todos los organismos locales de clases trabajadoras.

«Con este fin, hemos definido en términos precisos, por medio del Comité sindical comunista, los objetivos que deberá plantearse una movilización de todo el proletariado italiano, con la proclamación de una huelga general común a todos los grandes sindicatos nacionales, remitiéndonos totalmente a nuestro programa (el derrocamiento del Estado burgués y la instauración de la dictadura del proletariado). La precisa invitación que hemos enviado a la CGT, a la Unión sindical y al sindicato ferroviario, a que convoquen a sus Consejos nacionales con el fin de discutir la posición comunista y organizar de común acuerdo la acción general del proletariado, ha suscitado gran entusiasmo en las masas, pero los dirigentes todavía no se deciden a actuar.

«Nuestro partido concreta en esta proposición el programa de acción inmediata del proletariado. Los acontecimientos que se precipitan demuestran su rigor y su eficacia. Los otros partidos que se reclaman del proletariado, en especial el Partido Socialista que, pese a sus peticiones de desarme moral y material, hoy ha sido golpeado de manera atroz en la persona de uno de sus diputados, hace silencio sobre nuestra posición, y no hace nada por proponer otros programas de acción proletaria.

«¡Trabajadores!

«Las sangrientas hazañas de las bandas fascistas que sublevan olas de indignación en vosotros, más la amenaza del hambre que pende sobre vosotros y vuestras familias, deben incitaros a mirar la situación cara a cara.

«Reúnanse con sus organizaciones para discutir y aceptar la proposición del Comité sindical comunista.

Reclamen a los grandes sindicatos la convocatoria de Consejos nacionales para discutir su aplicación.

«Exijan a los partidos y hombres políticos que les hablen de los intereses de los trabajadores explotados, vejados y reprimidos, que se pronuncien claramente en torno a este encendido problema, que digan lo que piensan de la acción a tomar por parte de los obreros.

«No hay salvación sin la acción general y directa de las masas, sin la lucha a fondo contra la burguesía, lucha que debe remplazar los absurdos esfuerzos por conciliar sus intereses y los nuestros. En lugar de restaurarlo, hay que derribar el orden burgués.

«Sólo de esta manera podréis salvaros del hambre, la reacción, la agresión que hoy se desencadena sobre vuestras vidas.

«¡Viva la acción general de todo el proletariado contra la ofensiva capitalista, hacia la victoria revolucionaria final!

«El comité ejecutivo»

Durante la segunda mitad de 1921, pese al derrotismo del PSI y la CGT, asistimos a un endurecimiento y reorganización de la defensa obrera en todos los frentes. La acción del joven Partido Comunista de Italia no sólo reanima y enciende la combatividad proletaria, sino que además le da un sólido armazón. Es el vigor de la respuesta obrera, mucho más fuerte de lo que se esperaba, y que era incluso invencible en los grandes centros urbanos, lo que obliga al enemigo a concentrar y disciplinar sus propias fuerzas. Sin embargo, como ya hemos visto, hasta agosto de 1922 y después, este último quedará confinado a la provincia y a las zonas agrarias, y no logrará salir de allí más que a precio de oro, y con la ayuda del Estado y los reformistas y maximalistas traidores.

En fin que mientras los Bacci & Cia esperaban una descomposición de la organización militar fascista como consecuencia del pacto de pacificación, vemos de un lado, a los «descompuestos» recuperar fuerzas gracias a este pacto y, del otro, al proletariado no sólo apoderarse de las armas - en vez de abandonarlas -, sino también pasar a la ofensiva muy a menudo, gracias a la tonificante influencia de la acción **anti-pacifista** de los comunistas. Por ejemplo, en Roma, a comienzos de noviembre de 1921, el mismo día en que se tiene el Congreso del PNF, los proletarios, apoyados y dirigidos por el Partido, asestaban un golpe sublime a los insolentes pandilleros fascistas cuya contrarrevolución aprenderá... «valientemente» la lección, evitando de ahora en adelante atacar de frente a los centros obreros.

¿Qué es pues el fascismo?

El episodio de Roma tiene gran importancia, ya que la agitación contra los camisas negras, que con motivo del Congreso habían acudido a Roma, bien decididos a «dejar un recuerdo de ellos», comienza

en el tono popular y pequeño burgués característico de la capital (legalidad contra ilegalidad, orden y civilización contra desorden y barbarie, etc.) para ir tomando lentamente un carácter virilmente proletario. El nueve de noviembre, tan pronto llega a la estación de trenes, un grupo de asalto fascista abre fuego contra los ferroviarios, con el pretexto de haber hecho silbar la locomotora, el Comité de defensa proletaria formado por las dos Bolsas del Trabajo decide llamar finalmente a la huelga general tanto en Roma como en la provincia, dándole el carácter de protesta contra ese exabrupto. Por ejemplo, los «*Arditi dei Popolo*» declaran «*estar desgraciadamente obligados a declinar toda responsabilidad, porque no pueden frenar la protesta justa y sagrada de la masa proletaria de Roma*». Es sólo bajo la presión exterior, y muy vigorosa, de los comunistas que el Comité de defensa se decide a declarar la huelga indefinida hasta tanto los camisas negras no hayan abandonado la ciudad. Esta huelga continúa sin interrupción ni desertión durante cinco días. En vano, el gobierno amenaza a los ferroviarios con sanciones draconianas. Esto más bien provocó que el personal de ferrocarriles de todo el Midi y del sector de Ancona paralizaran el trabajo en solidaridad con sus camaradas romanos. La guardia real tratará inútilmente de poner a funcionar algunos trenes, así como inútil fue el ultimátum de los congresistas fascistas (que jamás ejecutaron) lanzado a los huelguistas. La capital estuvo completamente paralizada, y los fascistas pronto debieron renunciar a sus primeras tentativas de invadir los barrios obreros, a causa de las plumas que habían dejado intentándolo. Finalmente, el 14 de noviembre, casi en estampida tuvieron que dejar la ciudad convertida en campo atrincherado. Cuatro obreros muertos y 115 heridos, 44 comunistas entre ellos, fue el precio de la victoria, obtenida gracias a la enérgica batalla ofrecida contra las fuerzas legales e ilegales del orden. Al año siguiente, el 24 de mayo de 1922, cuando los pandilleros tratan de hacerse dueños de Roma, y es nuevamente del barrio proletario de San Lorenzo que partirá la chispa de una contraofensiva que los arrojará de la ciudad, oprobiosamente apaleados, en medio de la furia popular. Esta es la mejor prueba de lo que pueden llegar a hacer los proletarios, cuando la lucha es seguida hasta el final, sin límites ni vacilaciones, como lo preconizaba el Partido Comunista.

Nada mejor para hacer el balance teórico de un año de lucha encarnizada y sangrientos enfrentamientos de clase, el año 1921, que citar una serie de artículos aparecidos en la prensa del Partido durante los días del congreso mussoliniano, dando nuestra interpretación de Partido acerca de los orígenes del fascismo en el marco de la evolución del régimen burgués:

« *El fascismo* »

«*El movimiento fascista ha traído a su Congreso el bagaje de una potente organización, y,*

proponiéndose un espectacular despliegue de sus fuerzas en la capital, ha querido igualmente sentar las bases de su ideología y de su programa en presencia de la gente; sus dirigentes se imaginaron que tenían el deber de dar a una organización tan desarrollada la justificación de una doctrina y de una política «nuevas». El fracaso que el fascismo ha sufrido con la huelga romana no es nada comparado con la bancarrota que ha surgido de los resultados del Congreso en lo que concierne a esta última pretensión. Es evidente que la explicación y, si se quiere, la justificación del fascismo no se encuentran en esas construcciones programáticas que pretenden ser nuevas, sino que se reduce a cero, tanto como obra colectiva como tentativa personal de un jefe que se siente destinado infaliblemente a la carrera de «hombre político», en el sentido tan tristemente conocido del término, pero que jamás será un «maestro». Futurismo de la política, el fascismo no se ha elevado un milímetro por encima de la mediocridad política burguesa. ¿Por qué?

* * *

«*Se ha dicho que el Congreso se redujo a un discurso de Mussolini. Y ese discurso es un engendro. Comenzando por el análisis de los otros partidos, este no llegó a una síntesis que hubiese hecho aparecer la originalidad del partido fascista con respecto a los otros. Si ha conseguido destacarse por su violenta hostilidad contra el socialismo y el movimiento obrero, no se observa por ninguna parte lo que tiene de novedosa su posición con respecto a las ideologías políticas de los partidos burgueses tradicionales.*

«*La tentativa de exponer la ideología fascista aplicando una crítica destructiva a los viejos esquemas, bajo la forma de brillantes paradojas, se redujo a una serie de afirmaciones que ni eran nuevas, ni tenían relación unas con otras en la nueva síntesis que se hizo, ya que se examinaron sin ninguna eficacia los argumentos fuera de lugar de una polémica política, y puestos a la orden del día por el afán de novedad que atormenta a los políticos de la decadente burguesía. Hemos podido asistir no sólo a la solemne revelación de una nueva verdad [lo que vale para el discurso de Mussolini, vale igualmente para toda la literatura fascista], sino también a un desfile de toda la flora intestinal que prospera sobre la cultura y la ideología burguesa en una época de crisis suprema, y a las variaciones sobre fórmulas arrancadas al sindicalismo, al anarquismo, a los residuos de la metafísica espiritual y religiosa, con la excepción afortunadamente, de nuestro horrible y brutal marxismo bolchevique.*

«*¿Qué conclusión se puede sacar de esta mezcla informe de anticlericalismo franc-masón y de religiosidad militante, de liberalismo económico y antiliberalismo político, merced al cual el fascis-*

mo pretende distinguirse a la vez del partido popular y del colectivismo comunista? ¿Qué sentido tiene el afirmar que comparte con el comunismo la noción antidemocrática de dictadura, cuando esta dictadura no se concibe más que como la composición de la «libre» economía sobre el proletariado, y que se declare que esta economía «libre» es hoy más necesaria que nunca? ¿Qué sentido tiene alabar la república en un momento en que se vislumbra la perspectiva de un régimen pre-parlamentario y dictatorial, y en consecuencia ultra-dinástico? ¿Qué sentido tiene oponer a la doctrina del partido liberal la de la derecha histórica que ha sido seria e íntimamente más liberal que la de dicho partido, tanto teórica como prácticamente? Si el orador hubiese extraído de todas estas enunciaciones una conclusión que las ordenase armoniosamente, sus contradicciones no habrían desaparecido, pero por lo menos hubiesen prestado al conjunto esa fuerza propia de las paradojas, de la cual hace gala cualquier nueva ideología. Pero como en este caso la síntesis final falta, no queda más que un amasijo de viejas historias, por lo que el balance es un balance de quiebra.

«El punto sensible era el de definir la posición del fascismo de cara a los partidos burgueses del centro. Bien que mal se podía presentar como adversario del Partido Socialista y del partido popular; pero la negación del partido liberal y la necesidad de librarse y, en cierto modo, de sustituirle, no han sido teorizados en forma al menos un poco decente ni traducidos en programa político. No queremos afirmar, precisémoslo de una vez, que el fascismo no puede ser un partido, pero entonces será un partido que concilie perfectamente sus extravagantes aversiones contra la monarquía, contra la democracia parlamentaria y contra el... socialismo de Estado. Constatamos simplemente que el movimiento fascista dispone de una organización real y sólida que puede ser tanto política y electoral como militar, pero que carece de una ideología y de un programa propios. El Congreso y el discurso de Mussolini, que ha hecho todo lo posible para definir su movimiento, prueban que el fascismo es impotente para definirse a sí mismo. Este es un hecho sobre el cual volveremos en nuestro análisis crítico y que prueba la superioridad del marxismo, que sí es perfectamente capaz de definir el fascismo.

* * *

«El término «ideología» tiene cierto sabor metafísico, no obstante lo emplearemos para denominar el bagaje programático de un movimiento, la conciencia que tiene de los fines que debe necesariamente alcanzar mediante su acción. Esto implica naturalmente un método de interpretación y una concepción de los hechos a nivel social e histórico. En la época actual, precisamente por-

que se trata de una clase en su ocaso, la burguesía posee una ideología desdoblada. Los programas que pregona exteriormente no corresponden a la conciencia interior que se tiene de sus intereses y de la acción necesaria para protegerlos. Cuando la burguesía era todavía una clase revolucionaria, la ideología social y política que le es propia, ese liberalismo que el fascismo se cree llamado a suplantar, estaba en su máximo apogeo. La burguesía «creía» y «quería» según los postulados del programa liberal o democrático: su interés vital consistía en liberar su sistema económico de las trabas que el antiguo régimen oponía a su desarrollo. Estaba convencida de que la realización de un máximo de libertad política y la concesión de todos los derechos posibles e imaginables a todos los ciudadanos sin excepción, coincidían no solamente con la universalidad humanitaria de su filosofía, sino con el máximo desarrollo de la vida económica.

«De hecho, el liberalismo burgués no fue sólo una excelente arma política mediante la cual el Estado abolió la economía feudal y los privilegios de los dos primeros «estados», el clero y la nobleza. Fue también un medio nada desdeñable para que el Estado parlamentario pudiese cumplir su función de clase no solamente contra las fuerzas del pasado y su restauración, sino también contra el «cuarto estado» y los ataques del movimiento proletario. En la primera fase de su historia, la burguesía no tenía todavía conciencia de esta segunda función de la democracia, es decir, del hecho de que estaba condenada a transformarse de factor revolucionario en factor conservador, a medida que el enemigo principal dejase de ser el antiguo régimen para convertirse en el proletariado. La derecha histórica italiana, por ejemplo, no tuvo conciencia de esto. Los ideólogos liberales no se contentaban con decir que el método democrático de formación del aparato de Estado se hacía en interés de todo «el pueblo» y aseguraba una igualdad de derechos a todos los miembros de la sociedad: también se lo «creían». No comprendían todavía que, para salvar las instituciones burguesas que ellos representaban, pudiese ser necesario abolir las garantías liberales inscritas en la doctrina política y en la Constitución de la burguesía. Para ellos, el enemigo del Estado tenía que ser el enemigo de todos, un delincuente culpable de violar el contrato social.

«Por consiguiente, para la clase dominante resultó evidente que el régimen democrático podía servir igualmente contra el proletariado y que era una excelente válvula de seguridad contra el descontento económico de este último; la convicción de que el mecanismo liberal servía estupendamente a sus intereses se aferra cada vez más en la conciencia de la burguesía. Lo considera ya como un medio y no como un fin abstracto, dándose cuenta de que el uso de estos medios no es incom-

patible con la función integradora del Estado burgués, ni con su función de represión, incluso violenta contra el movimiento proletario. Pero un Estado liberal que para defenderse debe abolir las garantías de la libertad, aporta la prueba histórica de la falsedad de la doctrina liberal como interpretación de la misión histórica de la burguesía y de la naturaleza de su aparato de gobierno. Sus verdaderos fines son absolutamente todo lo contrario: defender a toda costa los intereses del capitalismo, es decir, utilizando por un lado, la democracia con todo tipo de maniobra política de distracción, y por el otro, la represión armada, cuando la primera ha fracasado tratando de contener los movimientos que amenazan al Estado.

«Sin embargo, esta doctrina no es una doctrina «revolucionaria» de la función del Estado burgués y liberal. Mejor dicho, lo revolucionario de ella es su formulación, y es por este motivo que en la fase histórica actual, **la burguesía debe realizarla en la práctica y negarla en la teoría.** Para que el Estado burgués cumpla la función represiva que es naturalmente la suya, es preciso que las presuntas verdades de la doctrina liberal hayan sido reconocidas implícitamente como falsas, pero sin ser del todo necesario volver atrás y revisar la constitución del aparato de Estado. Así la burguesía no tiene por qué arrepentirse de haber sido liberal, ni tampoco abjurar del liberalismo: es por un desarrollo «biológico» por así decir, que su órgano de dominación ha sido armado y preparado para defender la causa de la «libertad» mediante prisiones y ametralladoras.

* * *

«Mientras que formule programas y permanezca dentro del terreno político, un movimiento burgués no puede reconocer claramente esta necesidad de la clase dominante de defenderse por todos los medios, comprendidos los que están excluidos teóricamente por la Constitución. Esto sería una falsa maniobra desde el punto de vista de la conservación burguesa. Por otra parte es indiscutible que el 99% de la clase dominante presiente cuan falso sería, desde ese mismo punto de vista, repudiar hasta la forma de la democracia parlamentaria y reclamar una modificación en el aparato de Estado, tanto en sentido aristocrático como autocrático. Así como ningún Estado prenapoleónico estaría mejor preparado que los Estados democráticos modernos para los horrores de la guerra (y no solamente desde el punto de vista de los medios técnicos), tampoco ninguno le llegaría a los tobillos en materia de represión interna y de defensa de su existencia. Por lo tanto, es lógico que en el período actual de represión contra el movimiento revolucionario del proletariado, la participación de los ciudadanos pertenecientes a la clase burguesa (o a su clientela) en

la vida política revista nuevos aspectos. Los partidos constitucionales organizados de forma que hagan salir de las consultas electorales al pueblo una respuesta favorable al régimen capitalista sancionada por la mayoría no son suficientes. Es necesario que la clase sobre la cual reposa el Estado los asista en sus funciones según las nuevas exigencias. El movimiento político conservador y contrarrevolucionario debe organizarse militarmente y llevar a cabo una función militar en previsión de la guerra civil.

«Conviene al Estado que esta organización se constituya «en el país», en la masa de los ciudadanos, porque de esta forma la función de represión se puede combinar mejor con la defensa desesperada de la ilusión que pretende que el Estado sea el padre de todos los ciudadanos, de todos los partidos, y de todas las clases.

A medida que el método revolucionario gana terreno dentro de la clase obrera, y que la prepara para la lucha encuadrándola militarmente, y que la esperanza de una emancipación por las vías legales, es decir, permitida por el Estado, disminuye en las masas, el Partido del orden está obligado a organizarse y a armarse para defenderse. Paralelo al Estado, pero expuesto a sus protestas totalmente lógicas, este partido logra armarse «más rápido» que el proletariado, y se arma mejor, y toma la ofensiva contra ciertas posiciones ocupadas por su enemigo y que el régimen liberal había consentido; ¡pero no hay que tomar este fenómeno como el nacimiento de un partido adversario que quiere apoderarse del Estado para llevarlo a formas pre-liberales!

«Tal es para nosotros la explicación del nacimiento del fascismo. El fascismo integra el liberalismo burgués en lugar de destruirlo. Gracias a la organización con la cual rodea la máquina de Estado, realiza la doble función defensiva que necesita la burguesía. Si la presión revolucionaria del proletariado se acentúa, la burguesía tendrá probablemente que intensificar al máximo estas dos funciones defensivas que no son incompatibles, sino paralelas. Hará alarde de una política democrática e incluso social-demócrata bastante audaz, mientras suelta a los grupos de asalto de la contrarrevolución contra el proletariado para aterrorizarlo. Pero este es otro aspecto de la cuestión que únicamente sirve para demostrar cómo la antítesis entre fascismo y democracia parlamentaria está desprovista de todo sentido, tal como la actividad electoral del fascismo lo ha podido demostrar.

«No es necesario ser un lince para convertirse en partido electoral y parlamentario. Tampoco es necesario resolver el difícil problema de cómo elaborar un programa «nuevo». Jamás el fascismo podrá justificar su razón de ser en tablas programáticas, ni tomar consciencia de ello, puesto que él es a su vez el producto **del desdoblamiento del programa y de la consciencia de toda una cla-**

se y puesto que, si le tocara hablar en nombre de una doctrina, debería regresar el cuadro histórico del liberalismo tradicional que hoy le confía la carga de violar su doctrina «para uso externo», a la vez que se reserva la de predicarla como en el pasado.

«El fascismo no ha sabido, pues, definirse en el Congreso de Roma y jamás lo logrará (sin que por esto tenga que renunciar a vivir y cumplir su misión) ya que el secreto de su constitución se resume en la fórmula: **la organización lo es todo**, la ideología no es nada, la cual responde dialécticamente a la fórmula liberal: la ideología lo es todo, **la organización no es nada**.

«Después de haber demostrado en forma somera que la separación entre doctrina y organización caracteriza a los partidos de una clase decadente, sería muy interesante probar que la síntesis de la teoría y de la acción es propia de los movimientos **revolucionarios ascendentes**, proposición que se desprende de un criterio rigurosamente realista e histórico. Porque si hacemos acto de fe, esto nos conduce a la conclusión de que cuando se conoce al adversario y las razones de su fuerza, más de lo que él se conoce a sí mismo, y que se saque la propia fuerza de una conciencia clara de los fines que se esperan, ¡no se puede fracasar!»

(«Ordine nuovo», 17/11/1921)

Una vez más sobre el «programa fascista»

Los argumentos arriba desarrollados son retomados de nuevo en un artículo del 30 de noviembre de 1921 en la prensa del partido y que merece ser citado integralmente, igual que el precedente:

«El programa fascista»

«Aparte del manifiesto, el periódico fascista ha publicado también un artículo dedicado (al igual que toda una serie) a defender el movimiento contra la acusación venida de todas partes de que este no tiene ni programa, ni ideología, ni doctrina. El líder fascista responde a este coro de reproches con cierta irritación: **¿Nos reclamáis un programa? ¿Me lo reclamáis a mí? ¿No os parece que he logrado formularlo en mi discurso de Roma?** ... y encuentra una salida no desprovista de valor polémico: los movimientos políticos que dicen haber sido defraudados tras la espera, ¿cómo es que no tenían ellos un programa? A partir de allí deduce dos cosas: primero, precisamente porque los partidos burgueses y pequeño-burgueses no tienen un programa, esperaban que el fascismo se lo aportara; segundo, su falta de programa no debe achacarse al fascismo, pues este más bien constituye un elemento importante para comprender y defi-

nir la naturaleza de este programa.

«El director del diario fascista pretende demostrar que si el fascismo no tiene tablas programáticas ni cánones doctrinales, es debido a que revela la tendencia más moderna del pensamiento filosófico, las teorías de la relatividad que, según él, habrían hecho tabla rasa del historicismo para afirmar el valor del activismo absoluto. Este descubrimiento del Duce se presta de sobra para la burla: después de numerosos años, él no ha hecho otra cosa que relativismo por intuición, pero, preguntémosnos ¿cuál es el político que no dice lo mismo y no se reivindica del «**relativismo práctico**»? Hay que señalar más bien que esta aplicación del relativismo, del escepticismo y del activismo en la política no es nada nueva. Es por el contrario un repliegue ideológico muy corriente, el cual se explica objetivamente por las exigencias de la defensa de la clase dominante como nos lo enseña el materialismo histórico. En la época de su decadencia, la burguesía es incapaz de trazarse una vía [es decir, no sólo un esquema de la historia, sino también un conjunto de fórmulas de acción]; es por esto por lo que, para cerrar la vía que otras clases se aprestan a tomar, en su agresividad revolucionaria no encuentra nada mejor que recurrir al escepticismo universal, filosofía característica de épocas de decadencia. Dejemos de lado la doctrina de la relatividad de Einstein, que concierne a la física... Su aplicación a la política y a la historia de nuestro malogrado planeta no podría tener efecto sensible alguno: si se piensa que esta doctrina corrige la evaluación del tiempo en función de la velocidad de la luz y que el tiempo empleado por un rayo luminoso en recorrer las distancias más largas en nuestro globo es inferior a la vigésima parte de un segundo, se comprende que la cronología de los sucesos terrestres no se vería afectada de ninguna manera. Entonces ¿qué nos importa saber si Mussolini hace relativismo hace diez años, o bien desde hace diez años más la vigésima parte de un segundo?

«Pero las aplicaciones del relativismo y del activismo filosófico a la política y a la praxis social son una vieja historia, y constituyen un síntoma de impotencia funcional, simplemente. La sola aplicación lógica de estas doctrinas reside en el indiferentismo de los individuos; sin programas de reforma y de revolución de la sociedad es imposible la existencia de grandes organizaciones colectivas; no queda más que la acción de particulares y, a lo sumo, de pequeños grupos independientes y dotados de un máximo de iniciativa.

«Dos de las formas más conocidas de revisión del marxismo, el reformismo y el sindicalismo, han sido escépticas y relativistas, en perfecta lógica consigo mismas. Bernstein dijo ya mucho antes que Mussolini, que el fin no es nada y que la acción, el movimiento, lo es todo. Se intentaba despojar al proletariado de la visión de un objetivo final, quitándole a la vez la concepción unitaria

de clase que implica la lucha en función de una sola orientación. Se reducía así el socialismo a la lucha de grupos discordantes, por fines contingentes, con un abanico infinito de métodos, es decir, a ese «movilismo» que el Duce invoca hoy. Es la misma actitud que dio nacimiento al sindicalismo. La crítica relativista parece considerar que el sistema que habla a la clase obrera de la unidad de su movimiento en el tiempo y en el espacio, no es más que una antigualla mil veces refutada y enterrada. Pero esta crítica que se presenta día tras día como «nueva» no es más que una repetición machacona y pesada de pequeños burgueses; se asemeja al elegante escepticismo religioso de los últimos aristócratas, los cuales, en la víspera de la gran revolución burguesa, no tenían ya la fuerza necesaria para luchar por la conservación de su propia clase; tanto en un caso como en otro, estos son síntomas de la agonía.

«Por su naturaleza, el fascismo no tiene ningún derecho a reclamarse del relativismo. Todo lo contrario, se podría decir que él representa los últimos esfuerzos de la clase dominante actual para darse líneas de defensa seguras y para sostener su derecho a la vida frente a los ataques revolucionarios. Es un historicismo negativo, pero historicismo a fin de cuentas. El fascismo posee una organización unitaria de indiscutible solidez, la organización de todas las fuerzas decididas a defender desesperadamente en la práctica un conjunto de posiciones teorizadas desde hace mucho tiempo; y esta es la razón por la cual aparece no como un partido que aporta un programa nuevo, sino como una organización que lucha por un programa establecido desde hace lustros, el programa del liberalismo burgués.

«El agnosticismo en lo que atañe al Estado burgués, del cual el manifiesto del partido fascista parece dar fe, no debe ni puede inducir al error. Deducir de esto que para el pensamiento y el método fascista, la noción de Estado misma no es una «**categoría fija**» sería un juego de palabras sin sentido. De hecho el fascismo coloca al Estado y su función en relación con una nueva categoría rica de un absolutismo tan dogmático como no hay otro: la **Nación**. La mayúscula que le quita a la palabra Estado, el fascismo se la pone a la palabra nación. Cómo es que ahora la voluntad y la solidaridad nacionales no podrían ser expresiones «**historicistas**» y «**democráticas**», ¡he aquí la cuestión que los filósofos del fascismo deberían explicarnos!

«En realidad el término «**Nación**» equivale simplemente a la expresión burguesa y democrática de soberanía popular, soberanía que el liberalismo pretende que se manifieste en el Estado. El fascismo, en fin, no ha hecho sino heredar las nociones liberales, y su recurso al imperativo categóricamente nacional no es más que otra manifestación del embuste clásico que consiste en disimular la coincidencia entre Estado y clase capi-

talista dominante. Basta una crítica superficial para demostrar, primero, que la **Nación** del manifiesto fascista es indiscutiblemente una «categoría» que tiene ideológicamente un valor tan absoluto que quien se atreva a blasfemar contra ella es condenado al sacrificio expiatorio... de una tunda de palos; y segundo, que esta **Nación** no es otra cosa que la burguesía y el régimen que ella defiende, es decir, la anti-categoría de la revolución proletaria. Muchos movimientos pequeño-burgueses que toman actitudes pseudo-revolucionarias - y que hoy, por muy paradójico que pueda parecer, convergen todos hacia el fascismo - se valen también del epíteto «nacional». Sería imposible comprender cómo la **Nación** reside en el movimiento de los voluntarios fascistas más que en la masa desorganizada (u organizada en otras minorías) que es su enemigo natural, si el concepto de **Nación** no estuviese disimulado por los mismos elementos que nos conducen a nosotros marxistas, a establecer que el Estado burgués que dice hablar en nombre de todos, es una organización minoritaria para la acción de una minoría: la burguesía. La indecisión de la potente organización de los voluntarios fascistas frente a la organización estatal no denota una independencia de movimiento por su parte, sino únicamente la existencia de una división conforme a las exigencias de la conservación burguesa. Es precisamente por la necesidad de que el Estado guarde el derecho de presentarse como la expresión democrática de los intereses de todos, por lo que esta milicia de clase debe necesariamente formarse fuera de él; pero demuestra ser tan poco coherente con las filosofías de las que hace gala que, en lugar de presentarse como la expresión de una elite, reduce su programa a un vago «nominalismo», el cual tiene entre otras la propiedad de ser democrático en el sentido tradicional y vulgar: la **Nación**.

«El relativismo domina en todas las capas burguesas debilitadas y resignadas a la derrota, cuya propia desorganización prueba que el pensamiento y la dominación burguesa han naufragado. Pero la organización que agrupa y encuadra las últimas capacidades de lucha de la burguesía muestra que las fuerzas del pasado capaces aún de unirse no lo hacen sobre la base de un programa que ofrecer a la historia del mañana [ninguna corriente burguesa, ni siquiera el fascismo, puede elaborar nada semejante] y que sólo obedecen a la decisión instintiva de impedir la victoria del programa revolucionario. Si este hubiese sido batido en el campo teórico, si no hubiese podido refutar las nuevas y atrayentes tesis que brillan en los artículos del líder fascista, y si la burguesía no presintiera en él un peligro, es decir, la realidad del mañana, ¡bien podría el Duce despedir a sus camisas negras y, en nombre de la filosofía relativista y activista, abolir la disciplina inmovilista a la cual pretende someterlas cada vez más!»

¡Viva el «gobierno fuerte» de la Revolución!

Frente a la amenaza de un nuevo y potente rival parlamentario, los partidos de la democracia, socialistas a la cabeza, reanimarán la campaña por un «bloque de izquierda» apuntando a... reforzar al Estado y su autoridad contra los pérfidos ataques del «ilegalismo» fascista. El Partido Comunista, para proclamar con más vigor la posición comunista clásica contra tales maniobras de diversión, contraponiendo la vía única e inamovible del comunismo, publicó el siguiente artículo:

«Sobre el gobierno

«En lo que toca a la cantidad de idioteces que sueltan en la Cámara los demócratas, social-demócratas y socialistas que piensan volver a la vieja farsa del bloque de izquierda, la posición de los comunistas es muy simple.

*«Es completamente falso que el fascismo existe porque no hay un gobierno capaz de reprimirlo. Es engañarse a sí mismo pensar que la formación de un gobierno de esta naturaleza y, más allá, el contrapeso entre la acción del Estado y la acción del fascismo pueda depender de las decisiones que se tomen en el Parlamento. Si un gobierno fuerte - es decir, un gobierno capaz de imponer la ley actual - se llegara a crear, el fascismo puede muy bien irse a dormir, ya que **ha perdido su razón de ser que es la de hacer respetar de manera efectiva la ley burguesa, ley que el proletariado tiende a demoler y que seguirá demoliendo si las resistencias conservadoras no se lo impidieran.** Para el proletariado, los efectos de un gobierno así son iguales a los del fascismo: un montón de engaños.*

Hagamos algunas aclaraciones sobre estas tres afirmaciones que contraponemos al nauseabundo juego de esta «izquierda» política que se forma durante los contactos y regateos obscenos en el Parlamento, aprovechando la ocasión para renovar la expresión de asco que sinceramente nos inspira y que es mil veces superior a la que merecen todos los reaccionarios, clericalismos y nacional-fascismos de ayer y de hoy.

«El Estado burgués, cuya potencia efectiva no reside en el parlamento, sino en la burocracia, la policía, el ejército, la magistratura, en nada le mortifica ser suplantado por la acción salvaje de las bandas fascistas. No se puede estar contra algo que uno mismo ha preparado y ahora defiende. No importa el grupo de payasos instalado en el poder; pues, la burocracia, la policía, el ejército y la magistratura están con el fascismo que es su aliado natural.

Para eliminar el fascismo no hace falta un gobierno más fuerte, bastaría con que el gobierno actual cesara de apoyarlo con su fuerza. Son

razones más profundas las que llevan al Estado a emplear contra el proletariado no la fuerza directa, sino la del fascismo que él sostiene indirectamente.

«Nosotros, comunistas, no somos tan estúpidos como para reclamar un «gobierno fuerte». Si creyésemos que es suficiente pedir para obtener, reclamaríamos por el contrario un gobierno verdaderamente débil, que nos garantice la ausencia del Estado y su formidable organización en el duelo entre blancos y rojos. Entonces se le demostraría a los demócratas tipo Labriola que se trata de una guerra civil, y al Duce del fascismo que no es verdad que sus victorias vienen del «bajo materialismo» de los trabajadores. Somos nosotros quienes les daremos, tanto a unos como al otro, el «gobierno fuerte». Pero la hipótesis es absurda.»

«El fascismo nació de la situación revolucionaria. Revolucionaria porque la barraca burguesa no funcionaba más, revolucionaria porque el proletariado ha comenzado a dar los primeros golpes. La demagogia vulgar y la bajeza sin nombre de los falsos jefes proletarios de diversos matices que se hospedan en el partido socialista han saboteado el avance del proletariado. Pero esto no cambia nada al hecho de que la clase obrera revolucionaria de Italia con orgullo haya tomado la iniciativa del ataque contra el Estado burgués, el gobierno, el orden capitalista, el imperio cuya ley es el baluarte de la explotación de los trabajadores.

«La situación puede cambiar, la crisis capitalista puede empeorar o aliviarse momentáneamente, el proletariado puede volverse más agresivo o sucumbir a los golpes de la contra-ofensiva y dispersarse por las infames maniobras de los socialistas, en fin, tantas hipótesis que aquí no vamos a decir cuál es la más probable. En todo caso, el cambio de función del fascismo con respecto a la organización estatal dependerá de la variación de la situación. Si el proletariado es derrotado, cualquier gobierno hará las veces de «gobierno fuerte», y los escuadrones fascistas podrán dedicarse a jugar al fútbol o al homenaje de los codigos secretos del derecho en vigor. Si el proletariado vuelve al ataque, puede ser que el juego-cito de la alianza secreta entre liberales del gobierno y las formaciones fascistas, con un ministerio Nitti o Modigliani, siga tal vez durante un tiempo; pero no tardará en llegar el momento en que fascistas y demócratas del bloque de izquierda se pongan de acuerdo sobre el hecho - perfectamente cierto - de que el único enemigo actual es el proletariado revolucionario, y entonces actuarán concertadamente y sin máscaras para hacer triunfar la contra-revolución.

«La evolución de estos fenómenos sociales e históricos no tiene nada que ver con el desfile actual de idiotas y bribones en el Parlamento. La constitución de la «izquierda burguesa» que so-

bre 150 diputados cuenta con 145 candidatos a puestos ministeriales, no tendrá ninguna influencia sobre esta evolución; es ella, por el contrario, quien podría conducir al poder a cualquier Dugoni, Vavirca o a otros personajes de la misma calaña, y que los trabajadores cometen el error de elegir y tomar en serio cuando lloriquean contra las violencias fascistas.

«Para pretender, como lo hace el inefable Labriola, que se puede llegar a un gobierno capaz de desarmar al fascismo y devolver al Estado su función de único defensor del orden, por medio de simples maniobras parlamentarias, hay que estar bien excitado por el carrerismo político más vulgar para hacer una afirmación tan estúpida. Admitamos, aunque sea un instante, que sea cierto, ¿qué significado tendría para el proletariado? Repitámoslo: una mentira. La más solemne de las mentiras.

«Hubo un tiempo en el que el juego de la izquierda se oponía al de la derecha burguesa porque esta última utilizaba métodos coercitivos para mantener el orden, mientras que la primera se valía de medios liberales para hacer lo mismo. Hoy, la época de los medios liberales ha llegado a su fin y el programa de la izquierda consiste en mantener el orden con más «energía» que la derecha. Se quiere hacer tragar esta píldora a los trabajadores con el pretexto de que son los «reaccionarios» quienes perturban el orden y que son las bandas armadas de Mussolini las que sufren la «energía» del gobierno.

«Pero, como el proletariado tiene por misión la de destruir vuestro maldito orden para instaurar el suyo, no hay peor enemigo que aquellos que se proponen defenderlo con extrema energía.

«Si se pudiese creer en lo que dice el liberalismo, el proletariado bien pudiera exigir de la burguesía un gobierno liberal que le permitiera instaurar tranquilamente su dictadura. Pero sería culpable de ofrecer a las masas tal ilusión. Los comunistas denuncian el programa de la «izquierda» como un fraude, igual cuando gimen por la violación de las libertades públicas o se lamentan de que el gobierno no es suficientemente enérgico. Lo único que pudiera alegrarnos es que a medida que este fraude descorre su velo, el liberal aparecerá claramente como un gendarme; aunque se ponga el uniforme para arrestar a Mussolini, siempre será un gendarme. Es verdad que no detendrá a Mussolini, pero montará guardia para proteger al enemigo de la clase obrera: el Estado actual.

«Por lo tanto, no estamos ni por un gobierno débil, ni por un gobierno fuerte; ni de derecha, ni de izquierda. No nos van a hacer tragar esas distinciones a efecto puramente parlamentario. Sabemos que la fuerza del Estado burgués no depende de maniobras de corrillo entre «honorables». Estamos por un único gobierno: el gobierno revolucionario del proletariado. Y no se lo exigimos a nadie, lo preparamos contra todos, en las filas del proletariado.

«¡Viva el gobierno fuerte del proletariado!»

Es con estas vigorosas palabras que se cierra el estudio de los acontecimientos de 1921, y en las cuales se condensa nuestra «alternativa» al esfuerzo desesperado de la sociedad burguesa por organizarse centralmente para resistir al ataque proletario. En los próximos artículos de esta serie, volveremos a detallar los principales episodios de los años 1922, 1923 y 1924, y de la lucha que, hasta el final, el Partido Comunista de Italia siguió llevando a contra-corriente.

Segunda Parte

Del otoño de 1921 al verano de 1922

La grave derrota sufrida por las bandas negras en el terreno de la lucha abierta contra los obreros de un centro industrial, de importancia bastante secundaria en Italia - Roma -, en momentos en que se efectuaba el congreso constituyente del Partido Nacional Fascista, planteó un problema al fascismo, que ahora se presentaba con todas sus tendencias reconciliadas: en un sentido, volver a comenzar la escalada a los centros vitales de la economía, verdaderas fortalezas de la clase obrera organizada, partiendo como de costumbre de la periferia agraria del bajo valle del Po y sobre todo de Emilia, para converger poco a poco en el triángulo industrial Milán - Génova - Turín. Esta ofensiva no tendrá lugar inmediatamente, sino después de una larga preparación militar y un prudente sondeo del adversario. Cuando por fin esta se desencadena, tendrá por característica la de una **extrema concentración, de abundantes medios, y de voluntad para ir hasta sus últimas consecuencias**. Esta alcanzará su paroxismo después de la huelga del 1º de agosto de 1922. Es de este mes - y no de octubre - que data verdaderamente la ascensión del fascismo al poder.

El cálculo fue rápidamente hecho, y ningún gran cerebro - ni ningún «duce» - fue necesario para ver las decisiones que esto implicaba. Por una parte, el PNF [Partido Nacional Fascista, NdR] sería reconocido y ungido por las bendiciones de la legalidad democrática y parlamentaria, así como pudo gozar de todos los apoyos del aparato de Estado, y de todos los partidos de estricta obediencia burguesa; por otra parte, no era difícil prever que una violenta ofensiva patronal se iba a desencadenar en otoño de 1921, comenzando por la **reducción de los salarios**, en tiempos en que aumentaba vertiginosamente el paro (608.819 parados, en enero de 1922; contra 512.260, en diciembre de 1921), la acción desmovilizadora de los reformistas que dirigía la CGT debía desmoralizar aún más profundamente a una clase obrera que resistía hacia ya dos años y que, bien que decidida a «aguantar», tarde o temprano debía ceder bajo la presión de la reducción de salarios y de la rarefacción del empleo.

Bajo la presión de los obreros, y como consecuencia de la vigorosa acción de los comunistas, la CGT se vio obligada a convocar un consejo confederal en Verona. En previsión de este evento, el 25 de octubre el Comité sindical comunista había renovado su proposición a las grandes organizaciones proletarias italianas,

«por un movimiento único que culmine en la huelga general nacional, para defender las reivindicaciones fundamentales concernientes a las condiciones de existencia de los trabajadores».

Estas reivindicaciones debían ser elevadas al rango de principios a los cuales nadie debía suscribirse. En cuanto al movimiento, se debía prever y organizarle

«desde los primeros síntomas de la ofensiva patronal, y no minimizarlo desviando a las masas del empleo de la fuerza organizada».

El plan de la CGT era otro: esta tendía al contrario, **precisamente ahora**, a fragmentar las luchas obreras introduciendo la maldita política llamada de «**la articulación**» (de la compartimentación, en realidad) o, peor todavía, aceptando la tesis según la cual el nivel de los salarios debía estar subordinado a un examen y un control preventivo de la situación económico-financiero de las empresas: el «control de la producción» se volvería contra los obreros pues serviría para justificar la reducción de los salarios, mientras que, en septiembre de 1920, los dirigentes confederados aceptarían poner fin a la ocupación de las fábricas, a cambio de la simple promesa de este «control» que, según ellos, ¡debía permitir reducir las superganancias que generaba la guerra! Eludían, además, el problema de una acción general y única de la clase obrera por la defensa del salario, del puesto de trabajo y de la organización sindical. La moción reformista del Congreso de Verona pedía al... parlamento elaborar

«un proyecto orgánico (!) de cambios (!!) profundos y sustanciales en la orientación política de la administración estatal a fin de consagrar a los intereses vitales de la colectividad los recursos que hoy se desperdician en gastos improductivos de la guerra, de la marina, de las colonias, etc... y por último, financiar largamente los trabajos públicos de verdadera utilidad colectiva que la burguesía ni siquiera ha emprendido».

El plan era entonces triple: acción **no** unitaria del proletariado, ficción del «control sobre las industrias», iniciativa parlamentaria en favor de medidas «sociales» aplicadas por un gobierno tan de «izquierda» como fuera posible.

En la moción más arriba citada, el comité central sindical comunista respondió que:

«en la situación social presente, el proletariado debía, por el contrario, oponerse con su acción de clase y su fuerza organizada a las exigencias de los capitalistas, rechazando descen-

der al insidioso terreno del examen de la situación de las empresas burguesas que era posible disimular con mil artimañas, sobre todo si las encuestas fueran confiadas a los árbitros delegados por el estado capitalista (el control debía, en efecto, ser ejercido por comisiones paritarias comprendiendo un árbitro designado por el gobierno)... La retribución del trabajo se determina en el terreno de las luchas de clase hasta el momento en que, dado que el equilibrio es imposible, la lucha del proletariado tenderá a ir más allá de los límites impuestos por el sistema político y económico».

El 2 de noviembre, en un artículo publicado por «El Comunista», el problema fue planteado en términos claramente expresados desde el título mismo: «Cómo se presenta hoy la lucha para los obreros: el combate o la muerte». En él leíamos especialmente:

*«El problema del Estado ha sido puesto sobre el tapete: las fuerzas de la evolución de la producción abandonan por un momento el primer plano, esperando la sentencia pronunciada por la salida de la guerra civil. Si, frente a la ofensiva patronal el sindicato capitula, esto desbrozará el camino a la tenebrosa solución que impondrá la feroz dominación de un monopolio capitalista invencible a un proletariado vaciado y disperso. Si, frente al ataque el sindicato espera la intervención del poder burgués, colocándose en este peligroso punto de vista que consiste en decir que la lucha es inútil, ya que mantener el nivel de los salarios es incompatible con la vida de las empresas productivas, el resultado no sería diferente. **El Estado no puede intervenir sino en nombre del monopolio patronal.** La vacilación frente a las pretendidas necesidades de la máquina productiva actual - es decir, la necesidad de perpetuar la explotación y las ganancias patronales - y la inercia de las masas garantizan una sola cosa: la descomposición y la derrota».*

Dos días más tarde, en el artículo «El control burgués», se podía leer igualmente:

*«Que el proletariado se cuide del engaño criminal de aquellos que quieren hacer creer que la intervención del gobierno puede conducir a un control indiferenciado de la crisis económica y persuadirlo de renunciar no solo al ataque, sino también a la defensa. El control de un organismo formado por delegados obreros, patronales y gubernamentales que no representan, ni siquiera de lejos, un camino hacia el control proletario de la producción: eso sería un control burgués. Control burgués, pero no en el sentido de que la mayoría patronal y estatal pudiera encontrar nuevos métodos para disciplinar el desarrollo de las fuerzas productivas, ya que régimen burgués e indisciplina económica siendo históricamente inseparables. Control burgués porque en **el seno de un organismo así, la clase obrera pide al adver-***

sario controlar su propia táctica de clase, multiplicando por esta abdicación las posibilidades que tiene el Estado de asumir la defensa contra-revolucionaria del capitalismo».

*«A todos aquellos que dicen querer ofrecer los medios que permitan esclarecer el mundo misterioso de la economía y ejercer su influencia y que son los agentes **directos o indirectos de la burguesía, el proletariado debe responder: el control de la producción, nosotros deseamos conquistarlo sin vosotros y contra vosotros, no por medio del Estado actual, sino después de haberlo destruido por medio de nuestra lucha revolucionaria, base de nuestra victoria política y de la única posibilidad de disciplinar las fuerzas productivas».***

Nadie podía frenar en la rampa de la traición a una CGT que, precisamente en ese momento, rechazaba adherirse una vez más a la Internacional Sindical Roja bajo el pretexto de que ella no estaba ligada al PSI por el célebre «pacto de alianza», y que bajo el peso de este pacto, el PSI le dejaría estar y no intervendría jamás para denunciar sus actividades. El patronato que durante un año permaneció a la defensiva, dejando a los energúmenos fascistas la tarea de atacar, comenzó su ofensiva a escala nacional procediendo primero a los despidos y a reducciones salariales. Sin embargo, ya en octubre, la FIOM había tolerado que la huelga de los metalúrgicos lombardos se agotase en el aislamiento; la FIOM había «aceptado» discutir las reducciones de salario y, colmo de la infamia, se habían extendido con los industriales para suspender durante dos meses (es decir hasta el 1º de enero de 1922) el examen paralelo de las reducciones salariales y de la «situación de las empresas», estudiando todos los casos, uno por uno. Esta pretendió que la obtención de este aplazamiento y la fragmentación de la discusión habían creado un precedente favorable a los... obreros. Sin embargo, a comienzos de noviembre, la industria ligur, estimulada por el fin de las huelgas en Lombardía, aprieta más las tuercas: la agitación completamente aislada dura hasta el 17, pese a los llamados urgentes del P.C. de Italia en favor de la huelga general nacional.

«Con el fin de favorecer la pacificación de los espíritus (¡!) y confiando en la posibilidad de un periodo de entendimiento estable (¡¡!!) entre los industriales y su personal», el patronato y la CGT le ponen fin así a la huelga, peor que en Lombardía: las fábricas fueron reabiertas y la apertura de las negociaciones había sido fijada para el 27, pero la fecha en la que debe establecerse el «statu quo» de los salarios no lo ha sido. El «precedente» ha sido explotado inmediatamente por los industriales de la Venecia julia, razón que empujó a los metalúrgicos de esta provincia a una huelga monstruosa que durará del 18 al 28 de noviembre, pero que, ellos también, realizaban de forma aislada: esta fue jalonada de violencias, asesinatos y arrestos, mientras que los ferroviarios de la región de Nápoles sufren las sanciones disciplinarias del gobierno Bonomi en razón de su huelga de solida-

ridad con sus colegas de Roma, y es en vano que los comunistas llaman a **toda** la categoría a la huelga general en una serie de proposiciones y manifiestos. El 29, a su vez, los tipógrafos de Trieste paran de trabajar para protestar contra el asesinato de dos de ellos: el sindicato declara la huelga general, pero solo por una jornada. El 8 de diciembre, todo el proletariado de Turín abandona el trabajo para marchar contra las feroces sentencias pronunciadas por los tribunales contra los supuestos asesinos de un guardia real: los social-demócratas aportan una demostración pública de su «sentido cívico» absteniéndose de votar por esta huelga. Los hechos mismos indicaban a los proletarios la vía de una acción única y exigían ampliar la base de los conflictos haciéndoles convergir con otras categorías para unirlos en torno a reivindicaciones políticas y económicas, como por ejemplo aquellas que concernían al régimen disciplinario al cual los ferroviarios estaban sometidos. Pero el reformismo tenía **otras** lecciones que aportar a la historia; en efecto, en el curso de aquel mes, multiplica los contactos con el gobierno y promete la meta del «control de la industria». Toda referencia al principio de la independencia de la lucha proletaria molesta por tanto sus perspectivas de «progreso pacífico» con vistas a una colaboración abierta: la mano insoportable de los magistrados puede bien ahora abatirse sobre los agua-fiestas extremistas sin el más ligero remordimiento, puesto que este juzga el extremismo como periclitado!

En estas condiciones, no podríamos sorprendernos de que el fascismo haya juzgado que tenía que «ganar tiempo» manteniéndose como estatuas y dejando al reformismo confederal y parlamentario preparar el terreno antes de asestar el golpe **decisivo**. Las bandas fascistas podían esperar, siempre y cuando los industriales lograran fatigar la resistencia obrera mediante despidos y reducciones salariales. Las raras manifestaciones de jóvenes en camisas negras en las calles de Roma, en enero, bajo los gritos de «Abajo el parlamento! ¡Viva la dictadura!», una vez más darán el pretexto al PSI de precipitarse para defender, ya no, lamentablemente, las Bolsas del Trabajo y las organizaciones proletarias, sino ¡las instituciones de la Patria! Es en esta situación que la obra nefasta e indudablemente derrotista del PSI con respecto a las luchas obreras aparece con su cara más cínica, confirmando una vez más el hecho de que el fascismo vence únicamente allí donde la clase obrera ha sido ya neutralizada por la traición reformista y democrática. El 6 de diciembre, después de un año de inercia, de capitulación, de aceptación pasiva de los *diktats* de la CGT y de la derecha, de rechazo de la mano tendida demasiado generosa de la Internacional Comunista, la dirección «intransigente» del P.S.I se despierta bruscamente y... lanza un manifiesto «contra la reacción». Esta, afirma, ha tomado «por sorpresa» al partido:

«si era previsible y estaba previsto que la burguesía lo atacaría porque estaba asustada por nuestra fuerza [en realidad atacaba al proletariado

porque estaba segura de la debilidad de sus dirigentes mayoritarios], no era previsible (!) que, renunciando a la reacción gubernamental, recurriría a la violencia salvaje y extralegal, anulando sus propias leyes (!!!) y demostrando prematuramente, [¡cuando los maximalistas habían proclamado además que la revolución era inminente!] cuán ilusoria era la esperanza de los espíritus más humanitarios creyendo que, en un país de civilización milenaria, [¡como si la civilización milenaria fuese una garantía contra la... violencia!] el régimen capitalista pudiera extinguirse en el curso de una transformación pacífica».

Excusándose de no haber hecho más («El Partido ha lanzado la consigna: resistir como y donde se pueda» - es decir, nunca -), y proclamando no poder «dejar sin eco el grito de dolor de los trabajadores oprimidos», la dirección del P.S.I declaraba:

«Todas nuestras fuerzas deben asociarse sin tardar, sin reserva, con la certeza de obrar por los mismos objetivos. El sistema inaugurado por la burguesía no marca la apertura de una nueva era, sino que traiciona su confusión (!) en vísperas de una catástrofe inevitable. A vosotros, camaradas, os pedimos vuestra confianza, la confianza más fraternal en nuestra obra de coordinación de acciones y voluntades. Os decimos: confianza y solidaridad en nuestras filas! Pero también disciplina, que es nuestra fuerza más maravillosa, contra la que se quebrarán las más monstruosas tentativas de aplastamiento».

¡Sobre las directrices a seguir, sobre la obra demoralizadora de la CGT en las últimas huelgas, ni una palabra! Una oposición puramente retórica al cinismo de los actos de la reacción. Sea lo que sea, ¿qué es lo que había revelado a la consciencia adormecida del P.S.I que estábamos en la víspera de una catástrofe? El hecho de que en el seno del equipo gubernamental, el crac del Banco de Descuento y una serie de otras cuestiones políticas, económicas y financieras habían generado una cierta tensión; una crisis ministerial se anunciaba: como sabemos, la dirección del P.S.I era «intransigente» en su rechazo de entrar al gobierno, pero, tomando en cuenta la existencia de «una fisura en la expresión política de la clase burguesa», proyecta explotar «este estado de hecho **en el cuadro parlamentario** para acentuar estas disensiones fundamentales en el seno del campo adverso a fin de paralizar la acción delictiva».

El misterio se desvela: nos encontramos en la víspera de una catástrofe parlamentaria; como socialistas «acentuaremos las disensiones» a fin de que ¡¡¡la acción extra-parlamentaria «delictiva» cese!!!

Más sensibles, como siempre, a los humores del Parlamento, la derecha reformista olfatea nuevas posibilidades; además, sabe que no es la dirección del Partido, sino la C.G.T quien dicta la ley. El comité director de la C.G.T, reunido el 11 de enero, veinte días antes de estallar la crisis gubernamental «da

mandato a sus representantes ante la dirección del Partido Socialista y del Consejo nacional [es esta quien comanda!!] de defender que el Grupo parlamentario socialista tenga toda libertad de apoyar al gobierno quien daría garantías de restauración de las libertades elementales y de aplicación de un programa que contenga las reivindicaciones proletarias más inmediatas».

Preocupado no tanto por el contenido como del tono de esta resolución, el Consejo Nacional del P.S.I se reúne de urgencia del 17 al 20 de enero. Rechaza el orden del día, después de haber reconocido, *«que toda tentativa para llevar la competencia entre clases a los límites de la civilización [notemos que era una moción de «extrema-izquierda»!] era inútil»*, solicitaba *«la resistencia más firme y enérgica posible, utilizando todos los medios contra la criminalidad fascista siempre manos a la obra».*

Por el contrario, la dirección invita a *«preparar y coordinar una acción enérgica en todo el país para hacer frente a la violencia burguesa, sin excluir ningún medio colectivo, adhiriéndose a un frente defensivo de todas las fuerzas proletarias que actúan sobre el terreno de la lucha de clase»* y a disciplinar el comportamiento del grupo parlamentario de manera que *«se traduzca por una actitud concreta, resuelta, independiente de toda tratativa y de todo acuerdo con otro Grupo, cualquiera que sea, tenga como meta hacerle la vida imposible a todo gobierno que tolere los actos de violencia y de opresión contra el movimiento proletario»*

Decide por fin mantener las relaciones más estrechas e íntimas posibles con la C.G.T *«de manera que prevalezcan las razones políticas sobre las razones económicas y contingentes».*

Por último, prometía *«establecer en consenso con todos los partidos socialistas y comunistas de Europa y América un plan de lucha internacional contra la reacción burguesa»* encargando de inmediato una comisión para *«informar directamente a los diversos partidos europeos sobre la situación italiana reclamando que sea denunciada e ilustrada en la tribuna de los diferentes Parlamentos nacionales».*

A parte del grotesco trazo final, la decisión es importante en razón de las consecuencias que tendrá después: se prevé una acción «sin exclusión de ningún medio» para defender al proletariado contra la violencia enemiga, pero tenemos el esmero de precisar que se trata solo de **defensa** y no de **ataque**; esta defensa deberá usar medios **colectivos**, no a partir de iniciativas **propias** (si te mueves, me muevo!); se acepta un «frente único» eventual después de haberlo rechazado en el momento más favorable; todo apoyo de los gobiernos que apoyan la violencia es re-

chazado, lo que viene a decir implícitamente a los gobiernos que tengan otra política; se le da el espaldarazo a la C.G.T pidiéndole someterse a las «razones» superiores de la política, como si la misma C.G.T no tuviera su política bien precisa, por último se reclama a gritos una «acción internacional» contra el fascismo pero ¡se le encierra en la arena de los «diferentes Parlamentos nacionales»!

La crisis ministerial abierta el 2 de enero de 1922 con la dimisión de Bonomi viene como un guante para comprobar la consistencia «belicosa» del Partido Socialista.

El mismo día de esta dimisión, el grupo parlamentario vota con la mayoría una moción diciendo:

«En relación con las aspiraciones del proletariado expresadas en el orden del día de la Conferencia [a pesar de las decisiones del Consejo Nacional, el Grupo parlamentario deja pues a la C.G.T dar el «la»] e interpretando el espíritu de las decisiones del Partido, el Grupo parlamentario encarga al directorio, en unión estrecha con la Dirección del Partido, seguir el desarrollo de la crisis e influir sobre ella en un sentido favorable a los intereses proletarios».

Al día siguiente, el Grupo y la Dirección se reúnen y hacen votos por *«un gobierno de libertad e imparcialidad (¡sic!) administrativa al interior; de paz, desarme y colaboración europea al exterior».*

Se ponen en marcha para obtener la constitución de un nuevo gobierno... Bonomi con la intención, tal como él mismo lo dirá al presentarse de nuevo delante de la Cámara el 16 de enero, *«de restituir al país las condiciones indispensables de una coexistencia pacífica de las clases, de poner a las clases laboriosas en capacidad de participar más ampliamente y de asumir responsabilidades más importantes en el mercado de empresas y de colaborar por medio de sus representantes en la elaboración de una legislación del trabajo».*

La tentativa fracasa porque si bien la derecha y la izquierda estaban de acuerdo sobre este programa, la derecha no quería a... Bonomi, por una serie de razones que no tiene lugar analizar aquí.

De estos hechos resulta que la belicosa «intransigencia» de la dirección maximalista del P.S.I se reducía a obrar por la *«designación de un gobierno de izquierda que tenga por misión respetar las libertades, practicar una política de paz al exterior, garantizar los derechos del trabajo y el desarrollo de las organizaciones obreras... con el fin de hacer frente si es necesario (...) a las tentativas de continuar e intensificar la ofensiva anti-proletaria, objetivo manifiesto de las corrientes más reaccionarias del país».*

El «intransigente» Serrati en persona escribía poco después en su revista «Comunismo»: *«Cualquiera*

que sea la salida a la embrollada situación de hoy, el Grupo parlamentario no podrá atenuar su oposición, **a menos que ascienda al poder un nuevo hombre**, que dé serias garantías de **restauración de las libertades** y decida proteger la vida y los derechos elementales de los ciudadanos, así como practicar una política extranjera contraria a todos los imperialismos».

Serrati se confiaba pues tanto al Parlamento como a un eventual «nuevo hombre», para la solución de todos los problemas que, para él, se reducían a la «libertad», al «derecho» e incluso a la «vida» de la persona humana, ¡mientras que la segunda oleada de la ofensiva fascista se preparaba!

Este episodio se termina al final del mes con la formación de un gobierno dirigido por el giolitiano Facta [partidario de Giolitti, NdR]. Si nos detenemos aquí es porque este personaje demuestra bien la inconsistencia del maximalismo y de su pretendida «intransigencia» y porque aclara bajo una luz particular otro episodio mucho más importante que la crisis gubernamental: la constitución de la Alianza del Trabajo.

En lo que concierne al primer punto, el Partido Comunista de Italia había denunciado desde hacía tiempo el filisteísmo de una pretendida «intransigencia» que se limitaba a un rechazo a participar al gobierno e incluso, salvo garantías especiales, de apoyar a un gobierno burgués, al mismo tiempo que quería hacerse ver como el escudo del Parlamento y de las «garantías democráticas», lo que llevaba a desviar sobre este terreno las luchas obreras, fingiendo «conservar limpias las manos» en el parlamento. Una vez más, el maximalismo revelaba su función de pantalla protectora del reformismo clásico. Para ilustrar la posición del Partido Comunista de Italia sobre esta pretendida «intransigencia» de la dirección del P.S.I (dialécticamente dirigida contra la propensión de la Internacional a recuperar las Magdalenas arrepentidas del maximalismo), no citaremos sino un sólo un artículo aparecido el 14 de octubre de 1921 en «El comunista»:

«Para la acción proletaria, no es suficiente decir: no marchamos con los partidos de la burguesía. Hay que decir: no contamos con el mecanismo de las instituciones burguesas, ni con la democracia parlamentaria. Debemos condenar no sólo a aquellos que desean avalar el parlamento burgués. Si sobrentendemos [como lo hacía la tesis «intransigente»] que es posible conducir el proletariado al poder por medio del mecanismo parlamentario gracias a una acción sin los partidos burgueses, y si vacilamos en decir que la única vía al poder es la violencia revolucionaria, que la sola vía para defenderla es la dictadura del proletariado que disolverá el parlamento, esto significa que no hemos cruzado todavía el Rubicón, que somos social-demócratas en pleno y que en realidad proponemos un método de «colaboración» con la burguesía

que se diferencia del método ministerialista únicamente por el hecho de que es más peligrosa para el proletariado debido a sus apariencias «clasistas». Esta «intransigencia» que se indigna de un eventual acceso al poder, pero que no marchita ni la pacificación con el fascismo, ni la exaltación del electoralismo y de la acción parlamentaria como medio supremo de lucha obrera, ni la adhesión a la táctica corporativa y a los métodos de Amsterdam en el campo sindical, es mucho peor que la abierta colaboración».

Hoy, bien podemos decir que el P.S.I merecía que le dejásemos acceder al poder, solo o con partidos burgueses, en lugar de esforzarse por retenerlo sobre la bajada que lógicamente debía descender, porque esto significaba contribuir a mantener el equívoco creado por una intransigencia verbal que disimulaba el oportunismo más cobarde y más criminal en el preciso momento en que los duros hechos de la lucha social abrían los ojos a los proletarios sobre la realidad de la política socialdemócrata y sobre la estafa de la legalidad democrática, empujándoles a reivindicar formas de acción unitaria contra el desmoronamiento de las energías proletarias provocado por la táctica infame del «caso por caso».

Es aquí que se plantea la cuestión de la Alianza del Trabajo que tuvo gran eco incluso en el seno de la Internacional Comunista. Siempre el 2 de febrero (la coincidencia de fechas es notable), la dirección del P.S.I anunciaba que había recibido una comisión formada por representantes del Sindicato de Ferroviarios y de Trabajadores del Mar quienes le habían expuesto «la situación de sus respectivas organizaciones en sus relaciones con el gobierno que está practicando una política de opresión dirigida a ellas».

La dirección se había «interesado vivamente en esta grave cuestión» y había llegado a acuerdos con la comisión en cuestión para que «la acción defensiva de las organizaciones se desarrolle en completo acuerdo con los órganos del partido y de la C.G.T»

«Desde esta reunión, la unión de todas las fuerzas proletarias ha tomado una forma concreta; la dirección precisará las condiciones en las cuales el frente único deberá acatarse». Se decidió que «los contactos con los representantes de los Trabajadores del Mar y de los Ferroviarios se harán con más frecuencia, especialmente en este período de crisis gubernamental».

La última frase es característica de la actitud de los socialistas (y con más razón aún de los republicanos que también habían sido consultados por la organización de los ferroviarios). En efecto, la proposición llega como pedrada en ojo de boticario para poder influir sobre las consecuencias de la crisis gubernamental de un lado y, del otro, para devolver a la C.G.T y al partido socialista sus virginidades respectivas. Habiendo perdido el 17 de febrero la esperan-

za de ver formarse «un gobierno de izquierda», el partido se conforma, el 18-19 de febrero, con la constitución de un órgano de acción sindical unitario. Pero incluso aparte de las intenciones de tal o cual partido, la iniciativa es reveladora: seis meses antes, el P.C. de Italia había lanzado una proposición de frente único sindical que fue enérgicamente rechazada; sin embargo, bajo la presión de un proletariado que seguía instintivamente la vía del Partido revolucionario, es precisamente esta proposición que fue retomada en principio, y el primero en aceptarla es justamente el Sindicato de Ferroviarios que, pocos meses antes se negaba a adherirse a la Internacional Sindical Roja, y que, en noviembre, rechazaba la apelación comunista a una huelga general de solidaridad con los ferroviarios golpeados por medidas represivas de estilo abiertamente fascista. Por su parte, los anarquistas y sindicalistas se adaptan a la «nueva realidad», pero, significativamente, luego de discusiones con vistas a la reunión del 18-19 de febrero para la constitución de una Alianza del Trabajo, no apoyan a los comunistas que reclaman la participación de las **corrientes minoritarias** (y no solamente «cumbres» y «aparato sindical») cuya influencia sobre las masas se manifestó claramente en el congreso de la C.G.T. en Verona en noviembre. Los «anti-políticos, los «anti-partido» quienes, antes de negociar con los sindicatos lo han hecho con ciertos partidos bien definidos y terminan, como veremos, por aceptar una moción demasiado equívoca.

La actitud del P.C de Italia es bien diferente: coherente con sus posiciones y sus orientaciones públicas, no participa en ningún conciliábulo entre partidos, pero apoya la iniciativa desde el exterior a fin de que su polémica no impida surgir este primer germen de acción común. En caso de formación del nuevo organismo, el Partido se da la tarea de darle, a través de sus grupos sindicales, una dirección clara y verdaderamente unitaria. Desde el comienzo reclama además que las corrientes **sindicales** minoritarias sean representadas no sólo en la reunión, sino en los órganos constituyentes, cosa que, por supuesto, rechazan los promotores de la iniciativa - con la C.G.T a la cabeza. En todo esto no hay ninguna huella de ese «purismo» que la Internacional Comunista reprochará más tarde a la Izquierda; al contrario, la acción del Partido se inspira de un sano «realismo» de clase ajeno a todo espíritu de «camarilla». El partido, bien decidido a ganar para sus posiciones al «frente sindical», en caso de que este se constituya, jamás ha pretendido someter esta constitución ni siquiera a sus propias condiciones políticas. Veamos cómo «El Comunista» del 10/02 políticamente presenta los hechos pocos días antes de la constitución oficial de la Alianza del Trabajo:

«Hemos anunciado, que el P.C de Italia no pensaba que fuera bueno participar en su constitución [de la Alianza del Trabajo, NdR], al mismo tiempo que respondía en su carta que estaba preparado para consagrar todas sus fuerzas a una acción unitaria del proletariado italiano. Es ne-

cesario explicar la actitud del Partido y la significación de las negociaciones en curso.

«El Sindicato de ferroviarios, por su propia situación en las luchas actuales, ha sido empujado a tomar la iniciativa de una acción única del proletariado y de la reunión en congreso de todas las organizaciones sindicales «ubicadas sobre el terreno de la lucha de clase» en vista a formar un solo comité. Este congreso ha sido convocado en Génova para el 15 de febrero [en realidad, este debía realizarse, del 18 al 20 de febrero, en Roma, NdR]. Para facilitar su preparación, los dirigentes del Sindicato de ferroviarios han considerado oportuno, proponer la reunión de partidos políticos de «vanguardia» en Roma con vistas a un acuerdo preliminar que permita a estos partidos hacer presión juntos sobre los sindicatos en los cuales están representados.

«El Sindicato de ferroviarios ha propuesto igualmente un conjunto de reivindicaciones concretas que interesan a todo el proletariado, pero que, según parece, y si nos atenemos al comunicado final, la conferencia de partidos no tuvo en cuenta.

«El P.C de Italia no ha juzgado oportuno participar en esta conferencia de partidos políticos y no piensa que la vía escogida por el Sindicato de ferroviarios para la preparación de un frente único sindical sea la más segura.

«Inútil recordar que nuestro partido ha propuesto desde el mes pasado un acuerdo entre las grandes organizaciones sindicales y que ha enérgicamente defendido su posición contra la desconfianza y las insinuaciones lanzadas en su contra. Es, por lo tanto, una gran satisfacción ver convocar a los sindicatos un congreso en Génova. El Partido Comunista no necesita intervenir en reuniones políticas preparatorias para movilizar a sus adherentes que participan en los sindicatos a hacer todo lo posible por el éxito de este congreso. Sin embargo, para bien clarificar lo que debe ser la plataforma del frente único proletario, hay que aclarar varias cosas, antes de que este logre convertirse en una realidad y una fuerza.

«La necesidad del frente único se impone al proletariado expuesto a la ofensiva patronal, en la medida en que este ha sido empujado a constatar que para defenderse, la acción aislada, los movimientos locales o categoriales no bastan. Que esto sea la plataforma inicial de toda acción defensiva eficaz del proletariado, el origen de la iniciativa del Sindicato de ferroviarios basta para probarlo. En efecto, esta organización se ha visto obligada a constatar que, a pesar de su fortaleza, no podía defenderse contra la reacción sin asociar su acción a la de todo el proletariado de otras categorías y profesiones. Por lo tanto, debemos establecer que toda declaración común, de alianza entre las diferentes organizaciones obreras, debe reconocer como una necesidad la fu-

sión de todos los conflictos parciales suscitados por la ofensiva burguesa en una sola acción.

«Si los dirigentes de las diversas organizaciones debían acercarse sin ponerse de acuerdo sobre este punto, tendremos una caricatura de frente único y no la unidad proletaria. No se trata de que la C.G.T, la Unión sindical y los ferroviarios actúen de acuerdo a un vago programa destinado a quedarse en el papel, sino que se pongan de acuerdo para desplazar la acción proletaria del ámbito local y categorial al plano de una acción general, nacional e internacional.

«El contenido preciso de reivindicaciones a presentar debe ser fijado igualmente. En la proposición de los ferroviarios, hallamos - cosa característica - reivindicaciones ya propuestas por el Comité Sindical comunista y que los comunistas apoyan con todas sus fuerzas, y en primer lugar la de la **defensa del salario y de todas las conquistas proletarias**. Ningún acuerdo sería posible sin esta base. Inútil recordar que, no obstante, los socialistas y sindicalistas de la C.G.T habían rechazado esta plataforma.

«La proposición de los ferroviarios necesita igualmente que a la reacción se le responda con todos los medios. Tal vez sea demasiado pretender que esta fórmula sea adoptada previo a todo acuerdo, pero hay que subrayar que los socialistas y confederados hacen una incesante campaña en su contra.

«Si el empleo de la violencia es un postulado que no conviene proponer como una condición prealable, para no dar así una coartada cómoda a los oportunistas, no obstante se debe establecer claramente, como base de los acuerdos de Génova, que cada partido sea libre de emplear sus medios de acción específicos (el parlamentarismo para los social-demócratas; la acción ilegal para los comunistas), las organizaciones sindicales están de acuerdo con **el empleo de las fuerzas sindicales sobre el terreno de la acción de clase**. Los sindicatos deben declarar que la aceptación de exigencias burguesas sería su muerte, y que la única respuesta posible es el empleo de las fuerzas de la organización proletaria en su terreno específico: la huelga general. Génova debe desatar la huelga general, pero, como lo proponía la moción de los comunistas en Verona, encargar al Comité proletario de preparar a la clase obrera para emplear este medio de acción capital cuando la situación lo requiera.

«El frente único pierde toda su importancia, sin la siguiente plataforma precisa propuesta por los comunistas: unificación de todos los conflictos parciales, defensa integral del modo de vida del proletariado, empleo de la acción sindical directa hasta la huelga general.

«En la reunión de partido de la cual habla el comunicado, nada de esto se ha dicho. ¿A qué se comprometen socialistas, republicanos y anarquistas? ¿A mantener en los sindicatos una alianza

artificial que cada uno interpreta a su manera? Los resultados no podían ser más que estériles, pero hubiese sido distinto... si cada partido hubiera lanzado consignas claras a sus miembros sindicalistas; para esto, ninguna reunión política común, con vistas a un compromiso entre diversos programas irreconciliables, era necesaria.

«El Partido Comunista nunca ha pedido nada a los otros movimientos y organizaciones que dicen estar por el frente único; jamás ha pedido una condición prejudicial a su propia representación en el Comité director, pero ha invitado a sus adherentes desde hace tiempo a defender las posiciones fundamentales que son la única base posible del frente único. Los otros partidos políticos... no tienen más que comportarse de esta manera.

«No podemos decir que el Partido Comunista, actuando así, quiera imponer su programa y eliminar el de los otros partidos. Bien entendido, no renuncia a este resultado...; pero en lo que concierne a la constitución del frente único proletario, el Partido Comunista no les exige ni utilizar la violencia como medio para abatir el régimen burgués, ni proponer instaurar la dictadura proletaria; hace sólo proposiciones fuera de las cuales el frente único no sería más que una farsa, pero que puede aceptar al mismo tiempo el que se adhiera al programa socialista o libertario.

«No se debe confundir el frente único con una alianza de pura forma entre diversos partidos a escala local o nacional, cada uno de ellos con el mismo fin con sus propios medios, tanto así que el órgano constituido en común se serviría de socialistas (hasta de ministros socialistas) en el terreno parlamentario, y de anarquistas para lanzar bombas! Esta no es una unidad, sino un vano juego demagógico. Pero sobre el terreno práctico concretamente definido por el Partido Comunista, puede haber una verdadera unidad de acción proletaria... en la medida en que existan medios y fines a oponer a la ofensiva burguesa que puedan ser aceptados por todos los trabajadores organizados, independientemente de su pertenencia política.

«Si la reunión de Génova llega a un convenio de este tipo, se puede contar con las fuerzas del Partido Comunista y de todos sus órganos de propaganda y lucha. Para concluir, pondremos no dos condiciones sino dos cuestiones sobre la organización de la reunión de Génova. La vieja fórmula «sobre el terreno de la lucha de clase» no significa nada. Desde el punto de vista político, es muy dudoso que los jefes de la C.G.T se coloquen en terreno semejante; pero desde el punto de vista sindical, debemos reconocer como organización de clase toda unión de trabajadores que tenga finalidades económicas independientemente del color político de sus dirigentes. Por lo tanto, proponemos que todas las organizaciones sindicales que piensan participar sin reservas al fren-

te único sean invitadas a la reunión de Génova.

«Solicitamos además si es conveniente que los grandes sindicatos sean representados en una asamblea de esta importancia sólo por consejos ejecutivos o directivos mayoritarios, y si no será mejor que todas las fracciones políticas existan en el seno de cada uno de ellos sean representados proporcionalmente. Ello permitiría tener una representación de todas las tendencias del movimiento proletario, sin pasar por una convocatoria de partidos políticos que no va a hacer más que molestar.

«Si las minorías comunistas pueden hablar al congreso, lo harán solamente para afirmar que la unión del proletariado sólo es posible sobre la base de su programa. Lo harán para plantear los tres puntos arriba establecidos y para pedir que el contenido y el método de acción del frente único sean claramente definidos. Nuestro Partido no podría tener una actitud más simple y franca. Está presto a hacer todo lo posible por que la unidad se realice y porque el proletariado de Italia, frenado muy frecuentemente por jefes incapaces, no lo pague con nuevas y crueles desilusiones».

El juicio del Partido acerca del carácter políticamente equívoco de la alianza se vio confirmado por el comunicado que las organizaciones que habían participado en el Congreso de Génova el 18 y 19 de febrero publicarán al día siguiente, y que revela claramente la heterogeneidad de estas fuerzas reunidas precipitadamente, puesto que al lado de la reivindicación de la huelga general, encontramos la fórmula típica social-demócrata de la «restauración de las libertades públicas y del derecho común (!!!)». En un tono estrictamente defensivo, el comunicado traiciona su preocupación burocrática al limitar la representación proletaria por medio de arreglos en la cumbre, pero presenta también una sustancial novedad, puesto que reconoce la necesidad y la urgencia de una acción **común, coordinada y concertada a todos los niveles** bajo la dirección de un órgano central dotado de poderes vinculantes para todas las organizaciones miembros.

«Constitución de la alianza del trabajo (comunicado del 20/02/1922)

«Los representantes de las organizaciones obreras que actúan en el terreno de la lucha de clase (Confederación General del Trabajo, Unión Sindical italiana, Unión Italiana del Trabajo, sindicato de Ferroviarios y Federación Nacional de los Trabajadores Portuarios),

«- consideran que la unión de las fuerzas del trabajo en la lucha contra el capitalismo es una condición esencial para la emancipación del proletariado; considerando que esta unión se impone particularmente en los momentos en que, como hoy, la violencia organizada de las fuerzas reaccionarias se abate ciegamente sobre las organi-

zaciones laborales con el fin de destruirlas, privando así al proletariado de su instrumento de defensa y de conquista;

«- decide oponer a las fuerzas coaligadas de la reacción la alianza de las fuerzas proletarias, y que tiene por finalidad **la restauración de las libertades públicas y de derecho común**, así como la defensa de conquistas de carácter general de la clase obrera tanto en el terreno **moral** como económico.

«Para alcanzar estos objetivos, los participantes juzgan oportuno proceder a la constitución de un Comité Nacional compuesto por representantes de todas las organizaciones **con mandato preciso de asegurar la coordinación y la disciplina de las acciones defensivas de la clase trabajadora**.

«El comité nacional comenzará su actividad elaborando un programa práctico de acción [sin exclusión de ningún medio de lucha sindical, huelga general comprendida] susceptible de reavivar las energías proletarias y convencerlas de la posibilidad de una restauración del libre ejercicio de sus funciones sindicales y políticas gracias a una acción unida de todas sus fuerzas.

«El comité nacional estará compuesto por dos representantes de cada organización miembro - a excepción de la CGT quien designara cinco en razón de su importancia numérica y por la necesidad de darle espacio en el Comité a representaciones categoriales más importantes organizadas en su seno. Estos representantes serán nombrados por sus organizaciones respectivas. Cuando las decisiones hayan sido tomadas por unanimidad, estas serán acatadas obligatoriamente por todas las organizaciones miembros. Las organizaciones comunicarán los nombres de sus propios representantes al Sindicato Ferroviario... quien fijará la primera reunión del Comité Nacional ».

A continuación tenemos el comunicado del Partido Comunista de Italia después de la constitución del organismo sindical unitario:

«Por la alianza del trabajo

«El Partido Comunista debe hacer inmediatamente declaraciones sobre la constitución reciente en Roma de la «Alianza del Trabajo» entre las organizaciones sindicales italianas.

« El Partido Comunista se siente feliz de que este encuentro haya tenido lugar, pero mantiene todas sus observaciones sobre las modalidades y el contenido de la mencionada alianza. Los órganos dirigentes del Partido darán posteriormente otras precisiones a los militantes comunistas y a los obreros que siguen las directivas del partido a fin de que en el curso de su actividad sindical, defiendan los criterios susceptibles de dar a la unión de las fuerzas proletarias **un contenido efectivo de acción decisiva para el contra-ataque pro-**

letario contra la ofensiva burguesa y evitar la degeneración de esta acción en un sentido oportunista y colaboracionista.

« Por el momento, una cosa debemos constatar: si bien las minorías sindicales comunistas de la C.G.T y del Sindicato Ferroviario han pedido formalmente a sus centrales sindicales respectivas poder ser representadas al Congreso con el fin de aportar la voz de las vigorosas corrientes sindicales proletarias que siguen sus postulados, este derecho no les ha sido concedido y es solo por esta razón que la voz de los comunistas no ha podido hacerse oír en la reunión. Este hecho permitirá a los trabajadores juzgar donde están los verdaderos artífices de la unidad proletaria.

« El Consejo Nacional de la Alianza del Trabajo que ya debe estar constituida con las representaciones de las diferentes organizaciones que forman parte, el Comité sindical comunista y el Comité comunista de los Ferroviarios renuevan su demanda de **que la representación de cada organismo sea nombrada proporcionalmente con el fin de que allí estén comprendidos los elementos de las diversas fracciones existentes en los sindicatos.** Incluso en caso de que esta demanda sea rechazada, el Partido Comunista garantiza «la disciplina sindical incondicional» de todas las fuerzas involucradas a las decisiones del Comité Nacional de la Alianza del Trabajo, y continuará defendiendo las directivas en favor de un frente único efectivo de acción, manteniendo sus críticas contra todas las tentativas que se alejen de esta... En respuesta a una declaración de la Unión sindical que acusa al Partido Comunista de tener una línea de conducta contradictoria, el C.E. declara que, como toda persona de buena fe puede constatar, el Partido Comunista jamás ha exigido para actuar en favor del frente único que este sea sometido a su dirección; el P.C no exige del frente único ni que se someta a su influencia, ni que acepte tampoco los principios programáticos y tácticos propios a los comunistas. Solamente pide **que el frente único sea efectivo y fundado sobre la acción masiva de todo el proletariado,** que la defensa del tenor de vida de los obreros cuente entre sus objetivos y que sus medios de acción sean los medios de acción sindicales, incluyendo la huelga general.

Hasta qué punto su campaña precisa ha influido sobre el tenor de los acuerdos de Roma..., el P.C se reserva mostrarlo objetivamente a las masas por medio de una crítica independiente, pero esto no cambia nada el hecho de que considera el acuerdo en sí como un paso adelante. El Comité que surja de allí puede contar con la adhesión de las fuerzas comunistas que, además de esta tarea, velarán por que el esfuerzo del proletariado no sea utilizado para fines engañosos, y que la acción de clase no termine en colaboración con la burguesía, o que sirva como un elemento de la competencia parlamentaria que se

hacen los diversos grupos que pelean por formar el gobierno».

Independientemente de las intenciones de la derecha socialista y de las ventajas que esta esperaba de la nueva situación, la Alianza del Trabajo se había constituido porque el proletariado se encontraba en un crecimiento de su lucha por la existencia y para este la alternativa era clara: o ceder las armas sin combatir, o combatir a cara descubierta. Es sobre esta constatación que se fundaba la táctica de adhesión «incondicional» del Partido Comunista a la Alianza del Trabajo, se trataba para él de desplegar una intensa actividad entre las masas, en los sindicatos, en los puestos de trabajo para que el proletariado adoptase el programa comunista frente a la ofensiva capitalista y que exigiese de la Alianza una acción frontal contra el enemigo. En la concepción del Partido, «*todos los sindicatos locales y de categoría debían comprometerse solemne y efectivamente a apoyarse y defenderse mutuamente contra la ofensiva patronal*»; el fin de la lucha debía ser «*la defensa de las reivindicaciones correspondientes al derecho del proletariado y sus organizaciones a la existencia, en primer lugar la defensa de los parados y el mantenimiento de todos los acuerdos de trabajo y del nivel de los salarios*»; en cuanto a su método de acción, este reside para el Partido en la «*fusión en una sola acción de todos los conflictos parciales provocados por la ofensiva burguesa*».

Puesto en condición de inferioridad formal por los órganos dirigentes de la Alianza, la red sindical del Partido puso todos sus esfuerzos en los comités locales más cercanos a las masas... por lo tanto, más susceptibles de hacer presión sobre las instancias superiores y sobre todo de aportar núcleos decididos a la lucha física y armada contra los fascistas. Siendo el resultado de la correlación de fuerzas y no de una decisión del Partido, esta posición no respondía a una idealización de la... democracia local y, durante la acción centralmente coordinada y dirigida por el Partido, la misma debía permitir orientar a las masas cuando ocurriesen conferencias periódicas de la Alianza o, sobre todo, cuando estallasen manifestaciones y huelgas.

Subrayar esta acción sindical del Partido no es salir de nuestro objeto que es la lucha contra el fascismo. En efecto, al mismo tiempo que persigue metódicamente su tarea de organización - en particular, sobre el plano militar -, el Partido tendía a apoyarse sobre las diversos órganos sindicales (Bolsas de Trabajo, comités de alianza, comités de huelga, consejos de ligas campesinas, etc..) todos órganos de la defensa del proletariado sobre el terreno de **la lucha física.** Las dos acciones se desarrollaban vinculadas una con la otra, conforme al doble criterio de la autonomía de Partido y de su relación con la lucha de masas. Esto prueba el «realismo» de clase del Partido y es importante señalarlo en razón de la incompreensión de la Internacional, debido al hecho de que

mientras apoya totalmente a la Alianza del Trabajo, siempre tuvo el cuidado de guardar sus «distancias» en el plano político.

En el congreso de Roma que se tuvo a finales de abril, el Partido vota una moción sobre los «criterios prácticos para la aplicación de las tesis sindicales», de las cuales reproducimos varios puntos:

«1. Es necesario que el Partido y sus órganos centrales y periféricos velen muy especialmente porque **se cumplan las tareas sindicales destinadas a los comunistas**, debido principalmente a la importancia de la acción sindical como terreno de realización del frente único.

«2. El Comité Central sindical deberá iniciar una campaña nacional por que los estatutos de las Bolsas de Trabajo sean modificados de tal manera que los órganos responsables del movimiento sean elegidos por sufragio universal y dirigidos por sus propios miembros según el sistema por mayoría; que las elecciones sean precedidas siempre de un periodo suficiente de **discusiones preparatorias**.

«3. Oímos decir que las insuficiencias del «frente único» podrán ser corregidas con la creación de Comités locales **que, una vez superada la situación actual, deberán ser elegidos directamente por las masas organizadas y podrán así realizar de manera concreta y eficaz la fusión de las fuerzas de las clases laboriosas**.

«4. El Comité Central sindical deberá proponer a los Comités locales de la «Alianza del Trabajo» oportunas formas de consulta, de toda la masa trabajadora de cada localidad, así como todo el personal de cada fábrica por intermedio de las comisiones internas concernientes.

«5. En la perspectiva de que la «Alianza del Trabajo» sirva al menos a crear la unidad organizativa del sindicato en Italia, es conveniente esperar el desarrollo sucesivo de los organismos adherentes para decidir la salida de los comunistas de las organizaciones no confederales.

«6. El Comité Central sindical deberá organizar encuestas comunistas en el seno de los sindicatos y Bolsas del Trabajo, **para pedir la convocatoria de las masas organizadas a fin de que se pronuncien sobre la actitud de los dirigentes confederales que se han erigido en intérpretes de todos los trabajadores sindicalizados al tomar posiciones políticas que la mayoría de sus adherentes jamás les han autorizado tomar**.

«7. Los comunistas que dirigen las organizaciones o que constituyen la mayoría de las Comisiones internas deben convocar frecuentemente a los obreros organizados, en cada lugar donde sea posible, y explicarles la situación real y las actitudes a tomar; justamente por estar convencidos de sus límites, **estos no deben emprender ninguna acción parcial sin antes haber consultado a las masas interesadas y sin haberles mostrado de**

forma precisa los límites de esta acción, sin que esto pueda servir jamás de pretexto para sustraerse de la lucha.

«8. El Comité Central sindical debe lanzar una campaña a fin de que las Bolsas del Trabajo conserven la autonomía necesaria que permita una efectiva asistencia a los movimientos locales. Señala que esto no es contrario a la disciplina y a la coordinación de la acción, y representa incluso su propia base, ni una ni otra son concebibles si la estructura confederal no responde a las exigencias prácticas y vitales del movimiento sindical.

«9. Para uso de sus miembros, el Congreso del Partido subraya la urgencia de tomar la iniciativa de la defensa y asistencia a los parados, no sin antes proponerles que continúen participando de la vida organizativa; el Comité Central comunista debe desarrollar una enérgica acción para lograr que los parados, **que por el hecho de haber perdido sus puestos de trabajo se encuentran fuera de la organización, guarden su carta sindical y todos sus derechos sindicales**».

Se trataba, como vemos, de una táctica de iniciativa y ofensiva que, apoyándose sobre los órganos locales tradicionales de los sindicatos e impregnándolos del espíritu combativo del Partido, tendía a convertirse en murallas de defensa proletaria, además de transformarse en puntos de apoyo para la lucha contra las direcciones burocratizadas y esclerotizadas y contra sus maniobras no menos oscuras.

El 20 de mayo, mientras se reabría la serie de grandes huelgas de la metalurgia en toda la Italia del Norte, el comité central sindical del partido dictaminaba las siguientes directivas:

«Por el fortalecimiento de la alianza del trabajo (El sindicato rojo, 20/05/1922).

«El Comité sindical comunista y los comités nacionales profesionales comunistas constatan:

«1. La ofensiva económica del patronato se ha reanudado en estos últimos tiempos y amenaza las posiciones sobre las cuales debían replegarse las fuerzas del proletariado batidas por las fuerzas de la reacción.

«El temor a una contra-ofensiva de la clase obrera y campesina empuja a los capitalistas a librar la batalla al proletariado organizado para ponerlo en condiciones tales que no pueda levantarse durante mucho tiempo.

«2. El desempleo se desarrolla de manera inquietante. Los lapsos acordados por el gobierno para el otorgamiento de subsidios mezquinos a los parados han sido superados y el éxito de las demandas para su prolongación no están aseguradas de ninguna manera. Las masas obreras que por la crisis han sido empujadas a organizarse

en los «sindicatos económicos» aplican los métodos de la acción de clase contra el patronato y el Estado.

«3. La ofensiva económica del capitalismo se acompaña de una reincidencia sangrienta de la reacción estatal. Entre las fuerzas de la reacción y los proletarios, se producen a diario choques sangrientos y se adueñan de vastas regiones y controlan a miles y miles de trabajadores.

El gobierno, que conoce el punto de vista de los jefes confederales y la triste situación de los sindicatos, se aprovecha para golpear a los huelguistas de los servicios públicos **sin provocar ninguna defensa real contra esta política de la reacción.**

«4. Muchas agitaciones obreras y campesinas están en curso o a punto de comenzar por la defensa del salario en continua disminución, por la revisión de los acuerdos y la renovación de los pactos agrarios que han sido impuestos por la fuerza, el año pasado, a los campesinos y trabajadores agrícolas y que día a día tienden a endurecerse aún más.

«5. En la situación trágica en que se encuentran las masas obreras, es claro que la promesa de la C.G.T que pretende que la encuesta sobre la industria frenaría la disminución de los salarios... no es más que una impostura, tal como los comunistas lo habían previsto. La hipócrita maniobra de los reformistas no ha servido sino para retardar las luchas obreras contra los patronos; estas tienden a estallar con más virulencia, pero la resistencia de las masas trabajadoras se ha vuelto más difícil.

«6. Pese a ello, pese a más de dieciocho meses de reacción armada, pese a las derrotas sufridas, se constata en todas las categorías una tendencia a entrar en lucha por la defensa de los derechos morales y económicos de los trabajadores. La razón de este despertar se encuentra primero en la unión de todas las grandes organizaciones favorecida por la Alianza del Trabajo, primera tentativa imperfecta todavía de frente único de las masas obreras organizadas.

«7. El Partido Comunista debe revelar que la tentativa que ha llevado a la constitución de la Alianza del Trabajo debe ser mejorada y ampliada. La misma no ha tenido lugar en todas las ciudades donde existían organizaciones que lo hubieran permitido. Las grandes organizaciones sindicales no verifican si sus órganos periféricos respetan las disposiciones de los Comités ejecutivos sindicales nacionales. Para que el frente único sea verdaderamente sólido, es preciso que en cada ciudad se formen comités locales de la Alianza del Trabajo elegidos directamente por los sindi-

calizados. Las secciones locales de la Alianza deben ser convocadas en Congreso nacional, este último será el único que podrá designar una representación proporcional a cada fracción política que participa en la dirección del sindicato.

«8. Dada la situación social y política crítica de Italia y tomando en cuenta la tendencia al contra-ataque que las masas proletarias han manifestado en diferentes ocasiones la Alianza del Trabajo tiene el deber de cumplir la tarea para la cual ha sido encomendada.

En este momento, la alianza no explota el impulso que ha recibido de las masas **en razón de la cual ninguna defección podría quedar impune**, cualesquiera sean la organización o el jefe de los culpables.

«Los comunistas reafirman la necesidad y la urgencia de plantear ciertas reivindicaciones, tarea inmediata de la Alianza, y precisamente:

a) **Ocho horas de trabajo para todos los trabajadores;**

b) **Terminar con la disminución del salario, para que el proletariado no retroceda en sus conquistas y no caiga en el hambre y porque sea posible reconquistar el terreno perdido.**

c) **Restablecimiento y respeto de los acuerdos y renta de alquileres;**

d) **Defensa de la organización.**

e) **Seguridad para los parados, su existencia y sus familias, sus cargas deberán ser soportadas por la clase patronal y su estado**

«9. La necesidad de iniciar lo **más rápido posible la lucha, partiendo de los puntos arriba mencionados, confirma con precisión matemática las previsiones comunistas, además de la urgencia de obtener un plebiscito para desatar una huelga general nacional inmediata de todas las categorías por la Central de la alianza del Trabajo, en base a la plataforma defensiva arriba indicada, huelga general nacional a organizar no sin antes una preparación adecuada, como único medio de defensa de las condiciones elementales de vida de la clase obrera, y que el Comité Central Sindical Comunista y los Comités nacionales profesionales comunistas proponen oficialmente al Comité Central de la Alianza Del Trabajo»**

La reivindicación era de dramática urgencia. En efecto, después de meses de estancamiento aparente pero de preparación efectiva, las bandas negras volvían vigorosamente al ataque. EL 12 de mayo, ocupan Ferrara durante dos días; el 20 acampan en Rovigo; entre el 27 y el 1° de junio, se apoderan prácticamente de Boloña, y no la dejarán sino después de la firma de una... tregua con el prefecto y habiendo obtenido la suspensión de un decreto que prohiba el desplazamiento de mano de obra (en realidad fascistas disfrazados de esquirols) de una provincia a otra.

El 24, en Roma, durante el aniversario de la entrada de Italia en guerra estallan violentos conflictos entre milicianos y obreros, sobre todo en el barrio popular de San Lorenzo: la Alianza proclama inmediatamente la huelga general, pero fue suspendida el 26 a raíz de la intervención del gobierno; una vez más, la fragilidad de la coalición sobre la cual la Alianza fue fundada, y la ausencia de un plan orgánico de acción, salta a los ojos.

El 24, el Comité Nacional Comunista de la Federación de Metalúrgicos cuya sede estaba en Milán lanzaría el manifiesto siguiente:

«¡A las camaradas comunistas de la metalurgia!

« En casi todas las regiones de Italia, los metalúrgicos están a punto de entrar en lucha como consecuencia de las nuevas tentativas de los industriales por agravar las condiciones económicas de la masa trabajadora y por debilitar la fuerza de la organización. Para permitir a los camaradas llevar a todas partes una acción común y coordinada, reproducimos a continuación el orden del día votado por el Congreso de las secciones de metalúrgicos del Piamonte, justamente el que formula la posición comunista en la materia:

« La conferencia de los metalúrgicos, tomando en cuenta el hecho de que la acción desplegada en el dominio económico por la organización de metales y sus adherentes siempre ha determinado nuevas condiciones de existencia y de trabajo para muchas otras categorías obreras,

que aún actualmente la situación de estas categorías está íntimamente ligada a los cambios de orden económico y moral que pueden producirse en los metalúrgicos para que esto repercutiera inmediatamente sobre estas,

que las repetidas ofensivas patronales de estos últimos meses, aunque de carácter esporádico y momentáneas, responden a un plan preciso y bien coordinado de la organización de los industriales que tiende a hacer soportar sobre la clase obrera el peso de la crisis actual,

que frente a esta situación, cualquier acción defensiva obrera será ineficaz y agotará su combatividad si se deja a iniciativas aisladas...

que la finalidad de la organización escaparía a las masas si no logra reunir, coordinar y disciplinar las fuerzas vivas del proletariado, función específica... que no puede ni debe ser desvirtuada con una política de repliegues y compromisos,

que es en razón de todas estas consideraciones, y en particular para revalorizar la organización misma, que la Alianza del Trabajo ha sido constituida y que debe representar una unión cada vez más estrecha con las masas por la defensa contra los ataques del capital y por la emancipación proletaria,

rechaza toda proposición de reducción de sa-

lario y sostiene que se debe convocar un congreso nacional de la Metalurgia para dar a la lucha una dirección única, invita al CC de la FIOM y los comités locales de la Alianza del Trabajo a hacer presión sobre el Comité de la Alianza mismo para que esta tome rápida y seriamente la iniciativa de una acción general y simultánea de todo el proletariado.

Que los camaradas actúen en consecuencia y que frente a situaciones nuevas se entiendan directamente con este comité antes de tomar decisiones en nombre del Partido Comunista.»

Los sucesos de Boloña y de Roma hicieron todavía más urgente el llamado del partido. En esta ocasión el manifiesto lanzado da un buen ejemplo de la forma en que comprendemos la lucha contra los patronos en general y los fascistas en particular, y con ella, ligándose a las masas en lucha, el Partido volvía a estrechar sus filas y adquirir la capacidad de dirigir la guerra de clase en su fase más aguda:

«¡Proletarios! ¡organizad el frente único y la acción general para la defensa y el contra-ataque contra el enemigo común!

«¡Trabajadores, obreros y campesinos de Italia!

«Vuestras posiciones y las organizaciones que vuestra tenacidad y resistencia han mantenido en pie gracias a meses de lucha confusa y desesperada están siendo atacadas por la reacción con una violencia redoblada.

«Los obreros de Boloña, los granjeros y obreros agrícolas de su región son una vez más los primeros en resistir el ataque del adversario. Quieren destruir las organizaciones que han creado y duramente defendido, quieren borrar hasta el recuerdo de las conquistas y derechos del proletariado.

«Los cachiporrazos, heridas, asesinatos, incendios, saqueos, el terror se propaga por provincias enteras; tales son las armas empleadas contra el desgraciado y heroico proletariado boloñés.

«Pero de Boloña, la oleada de la guerra anti-proletaria abierta se prepara para invadir otras provincias. Se quiere hacer caer una a una todas las posiciones que resisten todavía y que representan para ustedes una posibilidad y una esperanza de contra-ataque.

«Entre tanto los industriales lanzan el ataque contra los metalúrgicos para, una vez más, someterlos a su voluntad, imaginándose poder anular los acuerdos y pactos que garantizaban las conquistas de las otras categorías obreras una vez que hayan aplastado la vanguardia de los metalúrgicos.

«¡Obreros y campesinos!

Inconsistencia y traición socialistas

«¡Sus camaradas, sus hermanos de Boloña, piden su ayuda! Ustedes saben que la lucha de Boloña concierne a todos. Hay que detener desde el comienzo la ofensiva del enemigo común, organizar una acción general en su contra, llamando en su ayuda a todas las categorías del proletariado de Italia. No se debe permitir que el enemigo desmantele una a una las posiciones defensivas del proletariado, mientras que las masas obreras asisten al espectáculo con rabia impotente e inútil.

«Seréis más fuerte aún si, a la ofensiva de los grupos armados e industriales, sabéis oponer vuestras fuerzas unidas y organizadas como un solo hombre en un frente único de contraataque proletario.

«¡El frente único de defensa y contraataque debe convertirse en realidad!

«Esto es lo que se debe exigir a los jefes de las organizaciones sindicales en las cuales se reúnen todas las fuerzas de la clase trabajadora; es esto lo que deben exigir a la Alianza, constituida precisamente con el fin de preparar y dirigir la lucha por la defensa y la revancha.

«El enemigo concentra todas sus fuerzas sobre un punto del frente proletario para hundirlo y aplastar todo el resto del ejército proletario: es preciso, pues, responder con una acción general.

«Las vacilaciones, las dudas, las maniobras dilatorias de tipo parlamentario no favorecen sino al enemigo. El enemigo sólo puede ser frenado lanzando en su contra todo el peso de la masa obrera decidida a la lucha.

«¡Trabajadores, Obreros y Campesinos de Italia!

«Hagan sentir a los organismos dirigentes que esta es su voluntad. En sus asambleas, en sus reuniones, en sus mítines pongan a los jefes frente a sus responsabilidades y exijan que la Alianza cumpla con su misión.

«No permitan que, una vez más, el ataque enemigo se desarrolle gracias a la inercia y dispersión de sus filas. **Firmen entre ustedes un nuevo pacto de alianza para la lucha suprema; hagan que surja de la base, de todas sus voluntades y energías, y se imponga irresistiblemente, el frente único.**

«Estas consignas se las da el P.C de Italia quien se encuentra preparado para luchar en primera fila entre ustedes con todas sus fuerzas.

«¡Viva la solidaridad con el proletariado boloñés y con los metalúrgicos, vanguardia de todos los obreros y campesinos de Italia!

«¡Viva la acción general por el contraataque del proletariado de los campos y fábricas!

«¡Viva el frente único de acción y de lucha de toda la clase trabajadora!

«El Comité Ejecutivo del Partido Comunista de Italia.»

Debemos volver un poco hacia atrás para comprender cómo durante estos agitados meses los socialistas se disponían a traicionar al proletariado de la manera más innoble.

Hemos visto cómo, después del fracaso de las tentativas por constituir un gobierno de izquierda, el 23 de febrero (el «gobierno mejor» de los socialistas), el giolitiano Facta llegaba al poder. Absteniéndose de votar, el grupo socialista ha hecho posible la nueva experiencia de «gobierno liberal», al arrojar por la borda su famosa «intransigencia». El partido socialista está obligado a luchar en dos frentes; frenando por un lado las veleidades de colaboración abierta de su ala derecha y esforzándose por el otro en calmar la cólera de elementos de base que sienten todo lo que tiene de vergonzosa la maniobra de «apoyo condicional» a un ministerio burgués en ejercicio, que proclama por la lucha por el «frente único proletario» por medio de la Alianza del Trabajo. Un comunicado incómodo de la dirección sobre la «táctica parlamentaria» se esfuerza por responder tanto a las críticas de derecha como a las de izquierda, dando en sustancia, una vez más, el aval de la dirección del PSI al colaboracionismo confederal y turatiano. Vale la pena publicar la eterna vergüenza del maximalismo:

«Algunos camaradas y secciones critican la experiencia vivida en la Cámara durante la última crisis ministerial, la declaran fallida y la desaprueban después de los hechos, por razones opuestas, pero igualmente abstractas y superficiales.

«Unos juzgan ilegítima y abusiva la autorización que ha permitido al grupo parlamentario de jugar un rol en la crisis no votando con los reaccionarios para hacer obstáculo a la formación de un gobierno decidido a restablecer las libertades constitucionales, los derechos conquistados por los trabajadores y la política de paz. Actuando así, olvidan tomar en cuenta las condiciones particulares en las que se encuentran el partido y las organizaciones obreras, las condiciones generales del momento histórico que vivimos y pone a la clase obrera en una posición puramente defensiva. Olvidan igualmente que, sin empujar al Partido a renunciar a su programa ni modificar la línea definida por el Congreso, la Dirección tenía el deber de responder a las repetidas invitaciones de las regiones martirizadas (por la ofensiva fascista) y de probarles que el partido no había desdeñado ningún medio para venir en su ayuda... cosa que el Congreso de Milán había admitido **excepcionalmente**.

«Otros dicen que la experiencia ha fracasado por una razón distinta, a saber que habríamos dejado muy poca libertad al grupo parlamentario. Invitan a la dirección a pasar por encima de las decisiones de los congresos como si un nuevo

congreso (que se guardan bien de reclamar) no fuera el único habilitado para autorizarlo. No quieren considerar ni el hecho de que nada prueba que el apoyo al grupo parlamentario hubiese asegurado el éxito de un gobierno más liberal en lugar de precipitar su caída, ni la absurdidad de apoyar **duraderamente** un gobierno que exprese la mayoría parlamentaria actual sin decidirse a compartir con este las responsabilidades del poder, ni el hecho de que semejante actitud del partido conduciría inevitablemente allí donde la burguesía deseaba empujarla, es decir, a asumir las funciones de un partido democrático... abandonando su propia función y sus propios fines socialistas (!!).

«A unos y otros, respondemos que la experiencia ha fracasado únicamente en el sentido en que no hubo «gobierno mejor», pero que ha dado todos los resultados que debía y podía dar en las condiciones en que se encuentran actualmente el parlamento y el país. En efecto, ha constreñido (!!)

a los partidos burgueses a afirmar la necesidad moral (!!)

y política de un gobierno liberal, y también, ha profundizado la crisis parlamentaria de la burguesía poniéndola frente a sus contradicciones, probando que no podía ni debía ya realizar estos valores que, no obstante, **está obligada a reconocer como históricamente necesarios y urgentes**. El partido ha cumplido así con su sola función verdaderamente útil y posible políticamente en las circunstancias presentes ».

Habiendo puesto de esta manera en paz... su conciencia moral, la Dirección llama al orden al grupo parlamentario; pero el 1° de junio (después de los sucesos arriba mencionados y el fortalecimiento de la Alianza bajo la presión comunista), este último vuelve a la carga: la abstención, la «neutralidad condescendiente» no le basta ya; desea un gobierno por el que pueda **votar** sin decirlo, desea (y esta será la clave de las consecuencias posteriores) un gobierno en el que los socialistas sean representados. El orden del día Ziradini, votado por mayoría, proclama en efecto: «El grupo parlamentario socialista recuerda su deseo de desarrollar su acción parlamentaria para defender las libertades y las organizaciones proletarias; votará por todo gobierno que garantice la restauración de las leyes y la libertad».

Dominado por la derecha, el grupo parlamentario al menos tiene el mérito de ser coherente, mientras que la dirección es la contradicción encarnada. El 4 de junio, se reúne el Consejo nacional del partido que condena abiertamente al grupo parlamentario y publica una enésima proclama de «intransigencia»; pero el 14, el Grupo se reúne de nuevo, y «confirma la orientación ya aprobada [la suya, se sobrentiende, NdR], decide asumir hasta el Congreso nacional [que no tendrá lugar sino en octubre, NdR] la responsabilidad de la

actitud que imponen las circunstancias».

Prácticamente arreglará sus relaciones con el gobierno «**exclusivamente en función de las necesidades de defensa (!!)** del proletariado... e invita a los trabajadores italianos a sostener su acción, con la certeza de no haber olvidado nada, ni haber hecho nada que no sea en el interés de la clase trabajadora».

Como se ve, no solamente el grupo parlamentario socialista se rebela abiertamente contra la dirección que se resigna a esto, sino que llama por encima de su autoridad «a los trabajadores italianos» a sostenerlo. ¡Este es el partido con el que el Ejecutivo de febrero-marzo de la Internacional demandaba a los comunistas hacer un **frente único político!**

En lugar de la «restauración de las libertades constitucionales», se obtuvo, como hemos visto más arriba, la nueva «escalada» fascista del bajo valle del Po. En Roma, Venecia, Vercelli, Boloña, Florencia, Alejandría, los tribunales absolvían a los camisas negras acusados de asesinatos premeditados - y condenaban como delincuentes comunes a los proletarios que se defendían.

Es así como comienza un nuevo y decisivo «mes de la vergüenza». El 3 de julio, los fascistas ocupan Andira en las Puillas; el 12, Viterbo en el Lacio; entre el 12 y el 17, Cremona en Baja Lombardía y Tolentino en las Marcas. Desde el comienzo del mes, los metalúrgicos se declaran de nuevo en huelga; la C.G.T obliga a reunir de urgencia un Congreso nacional que se tiene del 3 al 5 de julio en Génova. Sus intenciones son claras: liquidar la huelga lo mejor posible y favorecer la solución gubernamental que el grupo parlamentario propone desde hace tiempo, en perfecto acuerdo con los esquirols sindicales. Los comunistas deben desenmascarar la maniobra; para ellos, la huelga de los metalúrgicos debe ser el punto de partida de una acción general que desemboque en una huelga de todas las categorías, que se desencadene al calor de los choques más violentos con los camisas negras, vinculando las reivindicaciones económicas a todo un plan de contraofensiva proletaria en todos los frentes. En este espíritu, el Comité sindical comunista, el 22 de junio, publicaba una moción que debía ser presentada en la reunión de Florencia y que, observando por un lado, el agravamiento de la ofensiva económica del patronato y de otro, la voluntad manifestada por los obreros de oponer el frente único del proletariado al frente único de la clase capitalista, aspiración de la cual había nacido la Alianza del Trabajo, invitaba al Consejo nacional de la C.G.T a «**condenar toda acción que no tome en cuenta esta situación general que surge de la táctica que busca encerrar la defensa de la clase trabajadora en los límites de los acuerdos parlamentarios con grupos políticos burgueses, ignorando así las fuerzas reales encuadradas en las organizaciones obreras y campesinas y desdeñando la política de lucha de clase**». La moción condenaba tanto

«la inercia y la pasividad... que no hacen sino inmovilizar al proletariado en la espera paciente del fin de la borrasca reaccionaria» en cuyo caso *«el período actual sólo podría terminarse con la rendición de los trabajadores ante la voluntad de la clase patronal entonces dueña de su vida y su porvenir»*. En conclusión, la moción invitaba al Consejo nacional de la C.G.T a afirmar que *«la reactivación proletaria actual debe apuntar a la preparación inmediata de una acción general»* y, una vez más, proponía como plataforma las seis reivindicaciones que el lector encontrará más arriba en el artículo *«Por el fortalecimiento de la Alianza del Trabajo»* del *«Sindicato Rojo»* del 20 de mayo de 1922.

Sin embargo, en la reunión de Florencia, es la siguiente moción confederal la que se impone por 537.351 votos:

«Moción confederal»

«El consejo nacional de la C.G.T aprueba el informe moral de su Consejo director. Examinando la situación de las organizaciones proletarias violentadas en su libertad de movimiento y de asociación por la reacción legal e ilegal creciente, declara aprobar plenamente las directivas aplicadas por el Comité director confederal luego del orden del día Ziradini votado en enero pasado y que invitaba a la Dirección del Partido a dar al grupo parlamentario socialista la posibilidad de apoyar todo gobierno que garantice la restauración de las libertades elementales y la realización de un programa que contenga las reivindicaciones del programa inmediato del proletariado.»

«El C.N afirma su voluntad de mantener el pacto de alianza y expresa una vez más el deseo de que el partido socialista comprenda la gravedad del momento por el que el proletariado atraviesa y preste oídos a los ruegos de la clase trabajadora que, al mismo tiempo que se prepara a actuar en el país para defender su existencia, espera que el Congreso del PSI permita que el Grupo parlamentario emprenda una acción que, vinculada a la de las masas, sirva para valorizar la acción del movimiento sindical.»

A continuación, la moción comunista que suscita la mayor parte de las adhesiones con 249.519 votos:

«Moción comunista»

«Considerando que la orientación seguida por los dirigentes confederales frente a la ofensiva patronal y que consiste en la táctica del «caso por caso», en la no-resistencia a la reacción y el fraude de la Comisión de encuesta de las industrias, así como su hábil desvalorización de la Alianza del Trabajo, han paralizado la acción de defensa y contraataque del proletariado;

«Considerando igualmente que, en el plano in-

ternacional, los dirigentes confederales, que lograron arrancar a los obreros su adhesión a Ámsterdam, bajo el pretexto de que ellos realizarían allí un trabajo de crítica, se han hecho solidarios de la política contrarrevolucionaria de la Internacional amarilla;

El Comité Nacional sindical comunista considera la orientación de los dirigentes confederales como contraria a los principios y exigencias de la lucha de clase y la condena.

Juzgando que la obra de la Internacional sindical de Ámsterdam está en contra de los intereses e ideales del proletariado y tiene el carácter de complicidad con la política reaccionaria de la burguesía mundial y con los esfuerzos que hace para reconstituir su régimen profundamente minado por la crisis;

el Comité saluda a la gloriosa República revolucionaria del proletariado ruso en lucha contra los múltiples ataques de la reacción mundial y decide consultar a las masas organizadas por el instrumento de un congreso confederal inmediato sobre una proposición de ruptura con la Internacional sindical de Ámsterdam y de adhesión a la Internacional sindical roja de Moscú.

Afirmando que los vínculos entre sindicatos y partidos políticos se establecen en la medida en que estos últimos logren crear una red de organización de sus adherentes dentro de los primeros, comprometiéndose a seguir las directivas conformes al programa de su Partido;

Juzgando que el pacto de alianza actual entre el Partido socialista y la CGT crea una situación ambigua en el seno de la más importante organización de clase del proletariado italiano y si continuamos respetándola, la Confederación se ligará a una orientación susceptible de oscilar ya de manera imprevisible en los sentidos más diversos y que puede entrar en contradicción con la que será adoptada por la mayoría del presente Consejo confederal, el Comité sindical nacional comunista denuncia el pacto de alianza entre la CGT y el PSI.

Considerando, por último, que la ofensiva patronal y reaccionaria constituye en todas sus manifestaciones económicas y políticas la realización de un plan de liquidación del movimiento proletario en el que la burguesía ve la única salida posible a la actual situación y el único medio para consolidar su dominación económica y política;

Que la situación en Italia se caracteriza por una crisis profunda de las instituciones capitalistas a pesar de toda la violencia del contraataque por medio del cual tratan de defenderse, y por los esfuerzos del proletariado para salir de la intolerable situación en la que ha sido sumido por la reducción de los salarios, el paro, la violencia fascista y todas las otras formas de vejación y persecuciones que toma la política de clase de la burguesía y el Estado;

*Reteniendo que la proposición de emplear la fuerza política de las organizaciones proletarias sobre el terreno de las componendas parlamentarias y por la constitución de un gobierno con compromisos entre ciertas fracciones políticas burguesas y los representantes del proletariado que suponemos capaz de restaurar los derechos elementales de las masas, constituye una **ilusión y un engaño** y que no podrá tener, como resultado, sino el desarme del proletariado y una infalible y trágica desilusión a favor exclusivo de las fuerzas conservadoras;*

El Comité nacional sindical comunista declara que frente a la perspectiva desastrosa de triunfo del plan burgués y del aplastamiento de todo movimiento y toda organización de clase del proletariado no existe otra salida que la formación y empleo de todas las fuerzas proletarias sobre el terreno de la acción común que, pasando de la táctica insuficiente de acciones aisladas a la de una lucha general, una todos los conflictos provocados por la ofensiva patronal ».

Después de haber planteado una vez más las reivindicaciones más arriba mencionadas en el comunicado «Por el fortalecimiento de la Alianza del Trabajo», la moción comunista concluía:

«El valor y alcance de esta lucha consiste en transferir a las organizaciones proletarias toda su capacidad de acción dándoles una plataforma unitaria, y en empujar a las clases laboriosas a redoblar su preparación y eficacia revolucionarias en el plano moral y material en víspera de luchas y conquistas supremas y, por lo tanto, a practicar una política revolucionaria de clase, remplazando la colaboración legalista engañosa con la lucha directa por las reivindicaciones obreras y campesinas y contra las bandadas reaccionarias.

*«Esto es, el C.N juzga que la acción debe ser proclamada y dirigida por la **Alianza del Trabajo**, y desea que todos los partidos y grupos políticos obtengan de sus miembros la adhesión a sus iniciativas, así como la necesaria disciplina; la lucha debe responder a la situación creada por un momento crucial de la ofensiva burguesa como hoy es el caso con la lucha nacional de obreros y metalúrgicos;*

«Decide que el C.N convoque inmediatamente a la Alianza del Trabajo en el plazo más breve posible en el curso del presente Consejo, y que proponga el desencadenamiento de la huelga general nacional de todas las categorías con el carácter arriba definido;

«Por último que pase a la denominación de una Delegación confederal en la Alianza del Trabajo representando proporcionalmente las tendencias que se han manifestado en esta conferencia».

Inmediatamente después del Consejo federal de Génova, el Partido Comunista, en una declaración pu-

blicada por el «Sindicato Rojo», mostraba la fuerza de nuestra corriente en el seno de la C.G.T, pero añadía las siguientes observaciones:

«La situación creada en el seno del Consejo confederal es ambigua porque se ha querido presentar la táctica parlamentaria de un partido hoy descrito como un problema central, mientras que, según nosotros, comunistas, la denuncia del pacto de alianza entre confederación y partido socialista, es lo más importante. Paralelamente se han subestimado en forma voluntaria los problemas concernientes a la incorporación de las fuerzas sindicales a la lucha general del proletariado...

«Los comunistas han hecho su deber sosteniendo que una acción general para defender a todo el proletariado y a los huelguistas de la metalurgia era necesaria. El Partido Comunista denuncia el comportamiento de todas las fracciones adversas quien (a excepción de los partidarios de la Tercera Internacional y anarquistas) son cómplices del sabotaje de la proposición varias veces presentada por este en favor de la lucha general y por el fortalecimiento de la Alianza del Trabajo, y que han olvidado la gravedad de la situación en la cual se encuentra todo el proletariado italiano. Puesto que se ha decidido convocar un Congreso de la C.G.T [este no tuvo lugar, NdR], los comunistas deben prepararse hoy más que nunca a la lucha por reforzarse en el seno de esta. Deberán preparar una propaganda con nuestras orientaciones que se resumen en los siguientes puntos: 1) desconfianza con respecto a los dirigentes confederados; 2) ruptura con Amsterdam y adhesión a Moscú; 3) denuncia del pacto de alianza de la C.G.T con el P.S.I; 4) unidad organizativa sindical en Italia; 5) reprobación de la política colaboracionista; 6) frente único del proletariado por la acción general contra la reacción; 7) lucha contra el fascismo y reivindicación del gobierno obrero (1).

«Esta campaña no posee un valor que se limita a la perspectiva de un congreso, constituye el desarrollo natural de la organización y acción de nuestro partido que debe continuar sin interrupción hacia sus objetivos revolucionarios alentando, encuadrando y empujando a la lucha a capas más amplias del proletariado».

(1) En junio tiene lugar en Moscú una reunión del Ejecutivo ampliado de la I.C que había lanzado la consigna de «gobierno obrero». En respuesta a las demandas de clarificación del Partido Comunista de Italia, precisó que este gobierno era un «sinónimo de dictadura del proletariado» que se debía utilizar para atraer al Partido a amplias masas obreras, un poco como los bolcheviques cuando lanzaron la consigna «todo el poder a los soviets» entre abril y julio de 1917. El partido italiano formuló serias reservas sobre esta interpretación, pero aplicó con disciplina las orientaciones de la organización mundial.

Para esa misma ocasión, el partido lanza un manifiesto en el cual, luego de haber examinado el desarrollo de las luchas obreras, notaba que la Alianza del Trabajo obstaculizaba la unificación indispensable de los conflictos y fuerzas del proletariado en lucha debido a la indecisión, traición y sabotaje de ciertos jefes sindicales. En otros casos, renunciaba al programa reivindicativo aceptando reducciones de salario, capitulando en las huelgas, poniendo término a la agitación. A pesar de la alta combatividad de las masas, la Alianza del Trabajo permanecía «inerte y pasiva; además de no tomar iniciativas de lucha, tampoco ha dicho claramente estar lista para hacerlo, ni ha demostrado querer prepararla». Por último, en su llamado al proletariado, el partido denunciaba públicamente «la táctica criminal de los jefes sindicales inspirados por el P.S.I...»

«A la proposición y a la campaña de los comunistas se opone el trabajo insidioso de los jefes que rebajan la preparación de la lucha directa contra la burguesía y les proponen como salida a la trágica situación de hoy la colaboración parlamentaria y gubernamental con una parte de la burguesía. Por un lado, han... sostenido y siguen sosteniendo la táctica del «caso por caso», de la renuncia y de dar marcha atrás frente a las exigencias de los capitalistas quienes fomentan esa táctica. Por otro lado, ante la violencia fascista, han hecho una propaganda que incita a los trabajadores acosados, ultrajados, a no responder; tendiendo a hacer creer que es posible ponerle término al régimen esclavista (del Capital) ... mediante una maniobra puramente parlamentaria... con miras a la constitución de un ministerio que use las fuerzas policiales legales para reprimir al fascismo. Quieren imponer esta táctica a las grandes organizaciones de clase del proletariado y disuadirlos de luchar contra el patronato, único medio para defender su vida... El Partido Comunista denuncia la traición que constituye semejante táctica».

Esta denuncia estaba más que justificada. El Consejo nacional de la C.G.T apenas había tomado la decisión de proclamar la huelga general en solidaridad con los huelguistas de la metalurgia lombarda y piamentesa y de confiar la dirección a un Comité que, el 10 de julio, después de negociaciones entre los jefes de la FIOM y el patronato con mediación del gobierno y los dirigentes metalúrgicos, cancela la huelga. Así violaban las reglas elementales de una verdadera lucha ya que renunciaban a todo acuerdo a escala nacional, a la lucha a ultranza contra toda reducción de salario y a la movilización de todas las categorías en una lucha general. Sin vergüenza, aceptan el retorno «a los conflictos locales que se espera sean resueltos de manera que el trabajo se reinicie en todas partes». Así, cuando los conflictos en las obras de Livorno y las acerías de Terni no habían terminado, estos aceptaban «las condiciones que ofrece la empresa» en la Fiat, y, para los metalúrgicos lombar-

dos, las reducciones de salario que estos habían solemnemente rechazado y que, en la Venecia julia, fueron fijadas a 1,20 Liras por día. Esto es lo que los socialistas llamarán una «honorable transacción». El Comité de agitación fue puesto delante del hecho consumado después del referéndum habitual entre los obreros «en presencia de representantes de la empresa». Extremadamente satisfecho, el Ministro del Trabajo señalaba en un comunicado de la agencia Stefani «la importancia especial de esta huelga que ha terminado con una disminución de salarios aceptada por los representantes obreros que han probado tener una perfecta comprensión de las necesidades de las industrias nacionales y de lo inoportuno de una demanda de protección, concesiones y ayudas del gobierno, lo que hubiese constituido para el país un sacrificio que no estaba en capacidad de soportar ».

Es significativo que sea precisamente en ese momento en que la ofensiva fascista cruzaba por primera vez la línea del Po para propagarse en dirección de los grandes centros industriales. El cálculo de la reacción seguía siendo el mismo: no penetrar en los grandes centros proletarios del Piamonte y la Lombardía antes de que el proletariado haya sido completamente desmoralizado y desarmado por la traición socialdemócrata y por la derrota en el terreno de la lucha económica inmediata.

El 18 de julio, las bandas fascistas ocupan Navarra y desatan una oleada de terror en toda su provincia que durará hasta el 23. La elección de la localidad no fue hecha por azar. Navarra se encuentra poco más o menos a mitad de camino entre Turín y Milán y si no es un gran centro industrial, se encuentra en el centro de una región de cultivo del arroz de viejas y profundas tradiciones de lucha de clase, particularmente en las «mondinas (2)» sobreexplotadas. Inmediatamente, los obreros piamenteses se declaran en huelga y pese a la voluntad expresa de la C.G.T, el Consejo General de las Ligas Campesinas en Milán decide hacer lo mismo. El comunista Repossi, que fue invitado a formar parte, plantea como condición que los reformistas sean excluidos, que la huelga no cese antes de la evacuación de Navarra, que no haya ningún encuentro, ni transacciones con los fascistas, que la huelga sea extendida a todos los servicios públicos, y que, con este fin, se tome contacto con las otras organizaciones sindicales ajenas a la Bolsa del Trabajo, como los sindicalistas y ferroviarios. Nueva traición socialista: la Comisión ejecutiva de la Bolsa del Trabajo ordena al día siguiente, la suspensión de la huelga en acuerdo con la sección local del P.S.I. A pesar de la violenta oposición del comunista Repossi, la huelga se frena cobardemente sobre el ultimátum fascista. Es entonces, el 22 de julio de 1922, que «Il sindacato rosso» publica el siguiente artículo:

(2) Las «mondinas» eran las obreras que cultivaban el arroz.

«Declaración de guerra»

«Esta no se dirige a los treinta mil camisas negras movilizados por el Duce fascista por haber faroleado a los obreros lanzados en una huelga general que ha triunfado magníficamente. Con ellos estamos ya abiertamente en guerra, son nuestros enemigos declarados y los tratamos como tales. ¡Nuestra declaración de guerra a muerte, con todos los medios, con todas las armas, la dirigimos a aquellos que traicionan al proletariado, a los lobos disfrazados de ovejas, a los mandarines socialdemócratas, a los dirigentes que sin escrúpulos han traicionado! De ahora en adelante, haremos la guerra en dos frentes, contra la reacción legal y extra-legal del Estado y el fascismo y contra los traidores del proletariado, sus enemigos más infames y peligrosos puesto que se camuflan como dirigentes de la acción y la lucha proletaria para mejor traicionarles.»

Toda la significación de la lucha del Partido Comunista de Italia en 1921 y 1922 se encuentra resumida en esta lapidaria declaración.

Hacia la huelga de agosto

Ante la vigorosa resistencia del proletariado industrial del triángulo Milán-Turín-Génova, solo Sestri Ponente fue objeto de una momentánea ocupación por parte de las milicias fascistas -la ofensiva fascista se reanuda en la periferia, en Romaña; iniciada en Rímíni, el 28 llega a la ciudad de Rávena, «destruyendo a su paso todas las casas rojas y sedes de asociaciones obreras», tal como dirá ufano el fascista Italo Balbo, completando la ocupación de toda la Baja Romaña. Y es en este momento que la socialdemocracia viene, por enésima vez, en ayuda del poder constituido y las organizaciones extra-legales.

El 19 de julio, inmediatamente después de la ocupación de Navarra, el gobierno Facta dimite. La carrera de los socialistas en pos del gobierno, en alianza con las sedicentes izquierdas democráticas, comienza. En nombre del grupo parlamentario, Modigliani afirma la necesidad de «no detenerse ante ninguna acción capaz de hacer respetar, por cualquiera que tenga el deber de hacerlo, la voluntad unánime de la Asamblea Nacional de defender las libertades y el derecho de organización». Se realizan tratos laboriosos y, el 28 de julio, Turati sube la escalera del Quirinal con miras a una consulta que debe terminar por la formación de un gobierno llamado de izquierda.

En sus tesis de Roma, el Partido Comunista de Italia había previsto la maniobra como la solución más probable en la coyuntura de entonces y en la perspectiva general de la posguerra. Sin las habituales resistencias de los maximalistas, probablemente hubiera triunfado, aun cuando estos acarreasen la grave responsabilidad de haber impedido que, con su lle-

gada al gobierno, los socialdemócratas se hubieran desenmascarado delante de las masas. En la base de todos los errores sucesivos de la Internacional Comunista que, del frente único político, se desliza hacia el apoyo de pretendidos gobiernos obreros, incluyendo la participación en estos, está el hecho de que (la Internacional) no había comprendido que la falsa intransigencia maximalista disimulaba una «transigencia» muy socialdemócrata. Cuando Thalheimer justificaba, delante del Ejecutivo Ampliado de febrero-marzo de 1922, el apoyo del KPD a los gobiernos socialistas de Saxe y Turingia diciendo que, sin ello, la Socialdemocracia se habría aliado abiertamente con los partidos burgueses, tomaba la misma actitud que los maximalistas italianos que consistía en impedir que los proletarios reconocieran en los socialdemócratas a enemigos tan despiadados como los liberales burgueses y los fascistas.

La huelga general decidida por la Alianza del Trabajo para el 1° de agosto y cuyo fracaso es la verdadera causa de la toma del poder por los fascistas, nació, como varias veces hemos señalado, de la indigna conjunción entre las veleidades ministeriales de los socialdemócratas y el vigoroso empuje de las masas proletarias por una última tentativa de defensa contra la ofensiva capitalista, que fue conducida por la CGT por una vía que convergía perfectamente con la de los socialistas y en particular de su derecha. Entre los que se encontraban en la dirección de la CGT algunos de ellos captarán al vuelo el hecho de que desde hace tiempo los obreros reclamaban la huelga general, y se servirán de esto como medio de presión con miras a desenmarañar la crisis gubernamental en el sentido deseado por ellos. Después de haber consultado a las organizaciones nacionales, el Comité central de la Alianza del Trabajo es convocado de urgencia, y nombra «un Comité de acción secreto con plenos poderes», habiendo «retenido que no había poderes suficientes para ordenar y dirigir la acción defensiva del proletariado, frente a la decisión evidente de las fuerzas reaccionarias de dar el asalto a los órganos del Estado, asalto ya en curso de ejecución y que es importante hacer que fracase sin tardar».

Este «Comité secreto» decide lanzar la huelga general para el 1° de agosto y lanza un manifiesto que abajo reproducimos. Lo importante es que revela bien el carácter equívoco y contradictorio de las fuerzas reunidas en la Alianza del Trabajo.

«Manifiesto del comité de acción secreto»

«Los trabajadores de todas las categorías deberán inmediatamente abandonar su trabajo a partir del momento en que tomen conocimiento del presente comunicado. La orden de iniciar la huelga les será transmitida por intermedio de hombres de confianza de las Organizaciones responsables.

«Con la proclamación de la huelga general, el Comité se propone defender las libertades políti-

cas y sindicales amenazadas por las facciones reaccionarias insurgentes quienes, por medio de la supresión de toda garantía social, proyectan aplastar a las organizaciones obreras a fin de reducir a los trabajadores de un estado de libertad relativa a la esclavitud total. La dictadura de facto, si no formal, que los locos fanáticos de la reacción quieren instaurar, provocaría no sólo la asfixia de toda libre manifestación del pensamiento y la acción, sino también la ruina del país.

«Es un deber **de todo espíritu libre** desmantelar, mediante la unión de todas las resistencias, el asalto reaccionario, y, a partir de allí, desarrollar las conquistas democráticas, así como la de salvar la Nación del abismo a la que la locura dictatorial quiere arrastrar si, por desgracia, logra coronar su victoria.

«La huelga general, compacta y decidida, debe constituir una solemne advertencia al gobierno del país, para que ponga fin, de una vez por todas, a toda acción que viole las libertades constitucionales que la ley debe garantizar.

«Durante esta huelga, salvo en caso de legítima defensa de personas o instituciones, y a menos que, por desgracia, el adversario deba desencadenar su furor contra estas, los trabajadores deben abstenerse absolutamente de cometer actos violentos que perjudiquen la solemnidad de la manifestación, y sobre los que los adversarios seguramente querrán sacar provecho.

« Toda orientación que no provenga de las Organizaciones responsables debe ser descartada.

« Arriba los trabajadores por la defensa de lo más sagrado que posee el hombre: ¡la LIBERTAD!
«Comité de Acción secreto.»

Esta proclamación y las directrices dadas a escala nacional han debido permanecer secretas; las organizaciones sindicales que no disponen de ningún código secreto, fueron obligadas a recurrir a la red ilegal de defensa del Partido Comunista para comunicar rápidamente la orden de huelga. Pero la proclamación y orden de huelga general aparecerá antes del comienzo del movimiento en «Il lavoro» de Génova dirigido por el diputado ultra-reformista Canepa, permitiendo al gobierno y a las fuerzas fascistas tomar oportunas medidas para evitar que la gigantesca manifestación salga de los límites de la legalidad y eventualmente se transforme en contraataque. El Partido Comunista de Italia publicó inmediatamente las orientaciones que se encuentran en el número del 1° de agosto de todos sus órganos:

«El momento de la acción ha llegado. Es por esto que no discutiremos ahora la orientación dada por sus dirigentes a la huelga general.

«Que los camaradas sigan a sus líderes locales, quienes tienen órdenes precisas de la Central. Que observen una disciplina absoluta hacia los órganos de la Alianza del Trabajo que representan el frente único de los trabajadores de todos los partidos. Que los comunistas den el ejem-

plo de su disciplina, así como de su espíritu de decisión y sacrificio. La lucha que comienza debe llevar al proletariado a posiciones de fuerza frente a la clase burguesa y a los instrumentos de la reacción.

«No se debe renunciar a asestar golpes al enemigo.

«Toda transacción con este debe ser considerada como una infamia y una ruptura con el frente único proletario.

«¡Es así como los trabajadores de Italia lograrán la victoria!»

Hay que notar que la huelga general fue total. De todas partes, de Norte a Sur, el trabajo fue interrumpido inmediatamente, pero, a raíz de la prematura publicación de la orden de huelga en la prensa socialdemócrata más conocida, las fuerzas del Estado y las del fascismo estaban ya preparadas.

La respuesta del Partido Nacional Fascista no se hace esperar y lanza el siguiente manifiesto:

«Damos cuarenta y ocho horas al Estado para que demuestre su autoridad sobre todos los ciudadanos y contra aquellos que atentan contra la existencia de la nación. Una vez que este plazo se haya vencido, el fascismo reivindicará la plena libertad de acción y reemplazara al Estado que, una vez más, habrá demostrado su impotencia».

En realidad, se trataba de una simple fanfarronada, puesto que el Estado tenía fuerzas suficientes, y había tomado ya las medidas necesarias para impedir un eventual desarrollo de la agitación; además, tenía la certeza de que la C.G.T y el P.S.I renunciarían a la lucha rápidamente. Tanto fue así que las milicias fascistas no entrarán en acción sino solamente después de que la Alianza del Trabajo anunció oficialmente el fin de la huelga general en el comunicado del 3 de agosto:

«Satisfecho del desarrollo y desenvolvimiento de la huelga general, que demuestra que el proletariado italiano había alcanzado su objetivo, manifestando su voluntad y su fuerza de clase, el Comité Nacional de la Alianza del Trabajo declara terminada la huelga e invita a las organizaciones miembros a organizar la vuelta al trabajo ».

Pero, las masas en lucha no obedecerán, ya que en la mayor parte de las ciudades la orden de vuelta al trabajo había creado desconcierto y confusión: Milán, Génova, Ancona, Parma, Gorizia, Civitavecchia, Bari y otros centros industriales, continúan la huelga, ya acompañada de episodios heroicos de lucha armada contra las fuerzas concertadas del Estado y los camisas negras. En Bari, fue incluso necesaria la intervención de la Marina militar para desalojar a los obreros de la vieja ciudad; en Parma, los obreros detrás de las barricadas del barrio proletario del Oltretorrente lograron repeler durante varios días los furiosos ataques fascistas. En Génova y Ancona, la resistencia fue igualmente muy violenta, obligando al

gobierno a salir de su tradicional «neutralidad» giolittiana y a lanzar un manifiesto que muestra bien la verdadera naturaleza de la democracia. Si Facta era acusado frecuentemente de debilidad, no obstante fue él quien supo defender enérgicamente «los valores supremos» del Estado y de la Patria, como a continuación podremos juzgar:

«¡Italianos!

«A esta hora en que la paz en la tierra se encuentra gravemente perturbada, el Gobierno se dirige al País, a todo el País, sin distinción de partidos, para llamar directamente a sus ciudadanos a ponerle fin a los sangrientos combates y elevar su espíritu dentro de un sentimiento de cooperación patriótica y humana. Italia pide a sus hijos cesar las luchas que la afligen. Su voz llegará sin duda al alma generosa de los italianos; no puede ser que los corazones, que antes estaban unidos en la magnífica defensa y en la victoria de la Patria, no sientan el desgarramiento que causa un trastorno tan profundo de la vida pública y permanezcan indiferentes ante ello. El gobierno tiene el supremo deber de defender al precio que sea, por todos los medios y contra cualquiera que ose atentar contra el Estado, sus instituciones, los intereses generales y los derechos individuales. Toma las medidas impuestas por la situación para hacer respetar la ley, la vida y la propiedad de los ciudadanos; pero, confiando que será escuchado, desea una última vez transmitirle al País un mensaje de concordia y orden. ¡Que las facciones en lucha comprendan la magnitud de los peligros, amenazas y ruinas puestas en juego, y que llamen a la disciplina!

«Que la voluntad del pueblo italiano contribuya a evitar que los frutos de la victoria ganada al precio de tantos sacrificios sean destruidos por disensiones internas estériles y sangrientas, que el equilibrio económico y financiero del País se encuentre comprometido, y retardada la reanudación de la actividad laboriosa de la que Italia espera su retorno al bienestar y de la que depende su dignidad y la defensa de sus intereses en el mundo mientras que las graves negociaciones internacionales no hayan terminado. Que las almas de todos los ciudadanos se eleven en un solo aliento de amor por la Patria y que el orden puesto duramente a prueba retorne al País».

La huelga general había durado exactamente tres días y medio. Un día después de la orden de vuelta al trabajo, el Partido Comunista publicó en todos sus órganos el siguiente artículo:

«PRIMERAS CONSTATAACIONES

«A breve distancia de la orden de suspen-

sión de la huelga general nacional, escribimos estas pocas notas. Durante la lucha, había que abstenerse de toda polémica. La manera en que esta se desarrolló, hoy, merece estar en el orden del día de las discusiones entre los proletarios. Lejos de marcar una suspensión de la actividad de clase del proletariado, como lo afirma la prensa de una burguesía desamparada y del fascismo que no tardará en desinflarse, la nueva experiencia será útil y preciosa al proletariado italiano en su marcha hacia otras etapas más duras.

«Sobre la base de los elementos de información que poseemos sobre el movimiento y la obra de sus dirigentes de los cuales no tenemos todavía ninguna declaración llamando a la huelga, se puede, desde ahora, fijar algunos puntos sobre los que ya volveremos ampliamente.

«La huelga no ha fracasado

«Si la forma de proclamarla hubiese sido más adecuada - que es lo menos que se puede decir - las masas hubieran respondido a la unanimidad desde un comienzo. A medida que la noticia llegaba a los trabajadores, estos cesaban el trabajo y se paralizaban los servicios públicos. Con documentos irrefutables, demostraremos que aquellos que hablan de la desertión de ciertas ciudades y categorías mienten. El proletariado y las organizaciones rojas deben ser mejor encuadradas y guiadas. El fascismo y la reacción no han logrado abrir brechas en el bando obrero; han vivido horas de oscilación y flaqueo frente a la acción del proletariado contra todo el frente nacional. Si las fuerzas movilizadas por la clase trabajadora hubiesen estado mejor dirigidas y utilizadas, hubiésemos asistido a una contra-ofensiva proletaria, que ya se había dejado sentir. La crónica de los eventos puede confirmarlo. Que para otras ocasiones los trabajadores aprendan a juzgar las noticias derrotistas propagadas por los órganos burgueses, comparándolas con lo que ha ocurrido efectivamente.

«La huelga ha sido mal preparada

«Los trabajadores de toda Italia sabían bien que los socialistas de toda tendencia, de la CGIL a la Alianza del Trabajo, en principio eran hostiles a la huelga general nacional propuesta por los comunistas. Sin hacer abiertamente propaganda contra esta arma de la lucha proletaria, ciertas fracciones de estos organismos evitaron realzarla como había que hacer para darle más eficacia; la mayor parte de ellas irán incluso a burlarse abiertamente de la idea de una huelga general nacional. Para que el proletariado no permanezca indeciso ante la proclamación de la huelga general por parte de aquellos que la habían denunciado como un medio desastroso e in-

sensato, había que decirles que al menos la mayoría de la Alianza del Trabajo se había pronunciado en su favor. En lugar de esto, y a causa de su precoz publicación por el Lavoro de Génova, la decisión se transformó en secreto de polichinela. La huelga debió coincidir con la repercusión de un acontecimiento de la lucha de clase que despertó el interés de los trabajadores de todo el país, hubiese explicado el cambio de actitud de la Alianza del Trabajo. En lugar de esto, el llamado de los comunistas a desatar la huelga de los metalúrgicos, la huelga del Piamonte y Lombardía, y por los sucesos de Romaña, quedará sin respuesta, mientras que la huelga general era proclamada con fecha fija y... secreta. El Partido comunista ha respetado la consigna del secreto, pero ha formulado a su debido tiempo todas sus reservas. Recordamos la frase de Colombino: «Lanzaremos la huelga de los metalúrgicos para demostrar que no puede haber otro resultado que el que esperan los que la han propuesto». Volveremos a este punto.

«La huelga carecía de directrices

«En la proposición hecha de manera incesante por los comunistas a las grandes organizaciones y a la Alianza del Trabajo, los fines y medios del movimiento estaban fijados en forma clara y precisa. En el otro bando, por el contrario, comenzaron pretendiendo que no había que precipitarse en la huelga insurreccional y política, si no se estaba matemáticamente seguro de arribar a la revolución social, luego se pusieron a preparar entre bastidores una huelga - la huelga legalista de Turati - tendente a influir sobre la crisis ministerial y así promover a los socialistas al cargo de gobierno. A pesar de las declaraciones formales hechas anteriormente, el manifiesto de la Alianza se inclinaba por esta segunda tesis; sin asignar ningún objetivo claro en la lucha, ni indicar los medios a emplear, pero sí difundiendo un espíritu pacifista extremadamente peligroso a la hora de la acción. Ahora bien, esta huelga debía servir para clarificar con el proletariado las ideas fundamentales de la lucha de clase. Nada de huelga pacífica y legalista con la ilusión de que el proletariado pueda escapar a la reacción gracias a una distracción parlamentaria. Nada de huelga revolucionaria en el sentido de los revolucionarios de opereta cuya divisa insensata sería «todo o nada», pero incapaz de liberarse de la práctica del... «nada». Pero si huelga que marque un paso adelante sobre posiciones ulteriores de lucha y batalla por un encuadramiento y armamento político y militar de las masas mucho mejores, y por la consolidación de la unidad del frente único, vehículo de una potente y muy vasta unidad de organización en el Partido revolucionario, arma irremplazable de la revolución proletaria.

«La huelga fue truncada por los que la dirigían

«Una vez más, como en Milán, la incapacidad de los dirigentes obreros ha favorecido la fanfarronada fascista. No se debía suspender la huelga, menos aún cuando los fascistas habían ordenado hacerlo. Y demostrar la ineptitud de los fascistas para detener la movilización general del proletariado, esto sí hubiera podido galvanizar las energías morales y materiales de las masas. ¿No es verdad que el gobierno trató con los fascistas y socialistas para que los primeros prorrogasen su ultimátum (cuya ejecución hubiera sido interesante ver) y para que los segundos terminasen rápidamente con el movimiento? «A pesar de la bravuconada fascista y la cobardía socialista, el proletariado está de pie; no ha sido derrotado; sabrá demasiado tarde el valor de la prueba por la cual ha pasado; pero continúa la lucha en dos frentes en pos de su victoria indiscutible».

Comentando los orígenes, desarrollo y lecciones de la huelga general, «El comunista» escribía al día siguiente que, al lado de su apoyo sin reservas al movimiento, el Partido Comunista, desde su mismo comienzo, había criticado la forma en que el momento había sido escogido y en el que la preparación había sido hecha, tanto desde el punto de vista de la organización como el de la propaganda, esta última orientada a reivindicar con más razón aún el derecho a denunciarla después. En efecto, el Partido había insistido en el hecho de que la huelga general no debió ser proclamada en frío, sino en relación con un episodio destacado - tal como sucedió con uno durante los meses anteriores - de la lucha contra el fascismo y contra el Estado: «No estuvimos en contra [del momento escogido, NdR] porque era demasiado temprano, sino porque fue demasiado tarde».

La Alianza del Trabajo había proclamado la huelga bajo la presión de los socialistas; para hacerla coincidir no con un episodio resaltante de la lucha proletaria, sino con una innoble maniobra parlamentaria. El Partido comunista había pedido que la oportunidad y la necesidad de la huelga general fuese proclamada de antemano, aunque después tuviera que dar la orden en forma secreta, de manera que esta no constituya una sorpresa para el proletariado, que en cambio se encontraba material y moralmente preparado; la Alianza del Trabajo no había hecho nada de eso, y, en cuanto al secreto, ya hemos visto cómo había sido respetado. Las lecciones eran claras: las dos vías, la de la colaboración y la de la acción de masa eran irreconciliables. La ilusión creada por la primera había desorientado y paralizado la lucha abierta del proletariado. Su movilización por parte de los legalistas bastó para profundizar el abismo existente entre las dos clases, entre los obreros en lucha y las instituciones estatales de la burguesía... El proletariado tenía, en cambio, los elementos a escoger: o bien la acción legalista que entraña el desarme y disgregación de

sus fuerzas o la acción de masas. Pero esto último no podía ser preparado sin condenar toda ilusión democrática y todo pacifismo, y sin organizar la guerra de clase. No podía haber en esto ningún equívoco en el camino a seguir que de otra forma habría sido cortado definitivamente. Lo que los comunistas proponían era rudo y difícil, pero era la única vía en que se podía lograr algo.

En un manifiesto aparecido el 6 de agosto, el Partido recordaba que la lucha que se había comenzado con la huelga general seguía todavía a través de episodios sangrientos, y que la táctica errónea de los dirigentes facilitó el juego del fascismo. Observando que el proletariado había respondido con una formidable combatividad y que la estrategia de la huelga general se había revelado excelente como plataforma de lucha contra la reacción, decía:

«Basta que estén a la cabeza de las masas, partidos y hombres que no tengan miedo a la lucha revolucionaria y que no busquen ni canalizar la acción de masas por vías equívocas, ni desviarla a través de una táctica que ya los acontecimientos han condenado para siempre: la de la colaboración y del legalismo, la cual había demostrado que provocaba estúpidamente la contra-ofensiva armada del enemigo contra una masa privada por sus jefes de verdadera preparación revolucionaria.

«Independientemente de la actitud de cada organismo, el Partido Comunista, que ha obedecido la orden de suspensión de la huelga, repite la consigna que debe indicar al proletariado la táctica que debe aplicar permanentemente en el período y situación presentes: arma contra arma, violencia contra violencia. Reivindica satisfecho su posición de lucha en medio de las masas tan espléndidamente en notables e inferiores condiciones frente a un enemigo más fuerte y mejor equipado.

«Las fuerzas del Partido Comunista reciben aún la orientación, que además resulta superflua, de organizar la guerrilla defensiva de los trabajadores esforzándose en dar a las masas los elementos de dirección y técnica de acción de que

todavía carecían y fraternizando con los proletarios de todos los partidos.

«Hoy, cuando la gran masa se ha retirado de la lucha, no se podrá decir que los trabajadores de los centros que todavía luchan y las víctimas de represalias reaccionarias, los huelguistas de estos últimos días, serán abandonados a los golpes del enemigo en una posición de evidente inferioridad, y que pueda golpear impunemente a la prensa proletaria.

«El Comité Nacional de la Alianza del Trabajo, aun sin tener la intención de tomar otras iniciativas, debe preguntar a las masas si dejarán que la batalla comenzada se termine de esta forma. Debe convocar inmediatamente una conferencia de delegados de todas las organizaciones locales de la Alianza del Trabajo, para examinar la situación y organizar una nueva ola de acción proletaria. Un proletariado que se ha comportado como el proletariado de Italia en estos días de pasión, que ha comprendido lo que significaba el triunfo de los esclavistas... y que derrama su sangre con rabia y sin pesar por la lucha emancipadora, merece que no se hable de su cansancio y desconcierto, a pesar de los errores de quienes lo han dirigido.

«Se debe organizar rápidamente una consulta fidedigna para saber con cuales medio debe ser conducida la próxima acción. Es preciso que el Comité nacional de la Alianza del Trabajo responda a nuestra proposición de conferencia de todas sus organizaciones locales y que dichas organizaciones locales insistan por que el Comité acepte esta proposición, derecho que le otorga el hecho de representar a las masas generosas y resueltas a defenderse y vencer.

«¡La bandera roja de la lucha de clase jamás ha sido ni será arriada!

«¡Trabajadores de Italia, de pie, todavía y siempre en esta guerra sin cuartel contra la reacción y el régimen burgués!

«¡Viva el Comunismo!

Tercera Parte

Hacia el «poder»

Si nos hemos detenido largamente en la huelga de agosto de 1922 y en las luchas proletarias que le habían precedido, es porque confirman tres tesis comunistas capitales:

1) El rol invariablemente contrarrevolucionario de la socialdemocracia

Durante el tiempo que existió y actuó la Alianza del Trabajo, la socialdemocracia, opuesta a la huelga general durante los grandes movimientos obreros de otoño de 1921 y de la primavera de 1922, rechazó constantemente las proposiciones de los comunistas que deseaban ver desencadenarse la huelga aprovechando algún episodio relevante de la lucha contra el fascismo o de ofensiva de las camisas negras contra los centros obreros. Sin embargo, después que la dirección de derecha de la CGT se decidió al final por la huelga general, lo hizo «en frío», sin preparación apropiada, ligada a una vulgar maniobra parlamentaria, o más bien gubernamental. Además, divulgó por medio de uno de sus cotidianos la orden de huelga que debía permanecer en secreto, permitiendo así que las fuerzas del orden fueran advertidas a tiempo; cedió al chantaje fascista, mientras que, de manera manifiesta, ninguna sección de camisas negras habría aplicado el ultimátum «de cuarenta y ocho horas al Estado para que hiciese prueba de autoridad», si el Estado mismo no hubiese entrado en acción; por último, ordenó parar la huelga que, gracias a la adhesión total de los trabajadores, estaba en pleno auge, solamente para después desacreditarla, declarando como bien antes lo hicieran los partidarios de Turati: «¡Esta huelga ha sido nuestro Caporeto!».

2) El rol no menos contrarrevolucionario del ala maximalista del P.S.I.

Durante todo este periodo crucial, el maximalismo cubrió el ala derecha refugiándose detrás de una «intransigencia» parlamentaria y anti-ministerial equívocas e impidiéndole entrar en el gobierno, lo que hubiese sido mil veces conveniente para demostrar definitivamente a los obreros que la única función de los «socialistas» era la de sabotear la lucha proletaria.

3) La alianza entre la Socialdemocracia, el Estado democrático y el fascismo

La primera preparó la intervención del segundo como «órgano de defensa de la legalidad», e intervi-

niendo con sus propias fuerzas allanó la vía al tercero, quien solamente entonces y solo gracias a estas circunstancias preliminares, logró «conquistar» las ciudadelas proletarias. Ello aparece límpidamente en el informe del C.C. del P.C. de Italia en el periodo comprendido entre el III° y IV° Congreso de la I.C; es decir, entre marzo y octubre de 1922:

«Desde el centro de las ciudades donde se habían concentrado, los fascistas marcharon hacia los barrios obreros donde serán recibidos a tiros de fusil que silbaban desde todas partes: desde las esquinas, casas, barricadas y trincheras improvisadas. Los fascistas se retiraron, pidiendo ayuda a la fuerza pública – que entrará en escena con ametralladoras y carros blindados. Las casas fueron barridas con ráfagas de proyectiles, para luego ser allanadas por cientos de hombres armados, y todos los habitantes sospechosos de haberse defendido fueron arrestados. Es solo después de esta operación policial que los fascistas retornaron para destruir, incendiar y saquear, gozando del apoyo de la policía que hubiera debido obligarles a dar marcha atrás, por el contrario había recibido órdenes de... disparar al aire y dejarlos pasar. No fueron, pues, los fascistas, sino más bien la policía quien tomara Ancona y Livorno. En cuanto a Milano y Bari, Roma y Génova, estas resistirán».

Más tarde, en Milán, la municipalidad socialista fue expulsada por los camisas negras. Las de Cremona y Treviso fueron disueltas. A comienzos de septiembre, será el turno de Terni y Civitavecchia, en la ruta hacia Roma. En Udina y Novarra, Plaisance y Cremona tendrán lugar grandes reuniones fascistas que cerrarán paso a paso el cerco a los centros obreros.

En su segundo Congreso Nacional de Roma, el P.C. de Italia contraatacaría con todas sus fuerzas las tesis defendidas por el representante del Partido Comunista Alemán (el gran inspirador de los giros tácticos de la Internacional) a favor no solo del frente único, sino también y sobre todo del apoyo, incluso la participación de los comunistas a un gobierno «obrero», es decir, socialdemócrata, como «transición» a la toma revolucionaria del poder. Para este, efectivamente, no podía haber duda alguna sobre el hecho de que el rol permanente e invariable de la socialdemocracia era el de traicionar:

«El partido comunista es a la revolución lo que el partido socialista es a la contrarrevolución. Si en este terreno político nos oponemos a cerrar la mano a los Noske y Scheidemann, no es porque está empapadas con la sangre de Rosa

Luxemburgo y Karl Liebknecht, sino porque sabemos bien una cosa: si los comunistas se hubiesen abstenido de cerrar estas manos al finalizar la guerra, el movimiento revolucionario del proletariado probablemente hubiera ya vencido en Alemania. ¿Por qué se desea la alianza con la socialdemocracia? ¿Para hacer lo único que saben hacer? O bien para pedirles que hagan lo que no saben, ni pueden, ni quieren hacer? ¿Se exigiría de nosotros que vayamos y digamos a los socialdemócratas que estamos dispuestos a colaborar con ellos, incluso en el Parlamento y en el gobierno que se ha definido como «obrero»? Si es esto lo que se nos pide, es decir, si se nos pide en nombre del P.C. un proyecto de gobierno en el cual deberían participar socialistas y comunistas y presentarlo a las masas como un gobierno «anti-burgués», responderemos, asumiendo toda la responsabilidad de lo que decimos, que una actitud como esta se opondría a los principios fundamentales del Comunismo. Aceptar esta fórmula política sería sin duda alguna desgarrar nuestra bandera, en la cual está escrito que no existe gobierno proletario que no esté constituido sino a partir de la victoria revolucionaria del proletariado».

O bien reconocemos que la socialdemocracia será siempre una fuerza contrarrevolucionaria, aunque esté en el gobierno y emplee el método de la fuerza o que permanezca en la oposición y pretenda actuar con nosotros para defender posiciones «comunes»; o bien se admite que la socialdemocracia **puede** dejar a un lado su esencia y devenir una fuerza aliada, pero entonces toda nuestra construcción teórica, toda nuestra acción y vida prácticas se derrumbarían, y nos haríamos cómplices de una fuerza de conservación del régimen. La huelga de agosto - por un lado, la maniobra parlamentaria y gubernamental, y por el otro, el sabotaje de la acción de clase - es una prueba demoledora en su contra. Las habituales cotorras siguen repitiendo que en nuestras Tesis de Roma, hemos previsto un gobierno social-liberal y no el asalto al poder de los fascistas. Esto es cierto, **y todo demuestra** que efectivamente sería un gobierno de coalición lo que se habría formado a finales de julio, luego de la crisis ministerial provocada por la caída del gobierno Facta si los maximalistas por un lado y la Internacional por el otro no hubiesen retenido con todas sus fuerzas a Turati por la camisa e impidiéndole entrar en el gobierno, mientras que Buozzi y Dugoni, habrían declarado que el P.S.I. estaba dispuesto a hacerlo. Hemos no solamente previsto, sino deseado en cierto sentido esta solución en vista de que la misma hubiese desenmascarado a los socialdemócratas. Sin embargo, no hemos de ninguna manera excluido la hipótesis de un gobierno fascista apoyado por todos los partidos democráticos (**todos**, de hecho, votarían por el primer ministro Mussolini, luego de la «marcha sobre Roma») e incluso, como D'Aragona, el Júpiter atronador de la C.G.T. lo deseaba para los

socialdemócratas. Para nosotros, en Italia como en Alemania, la función histórica de la socialdemocracia no podía ser otra que la de Noske en persona, o bien la de un cómplice indirecto de las bandas fascistas, **y es esto lo que ha sido**. Dar la mano a los socialdemócratas - aunque solo fuera desearlo o pedirlo - era abrir las puertas al fascismo.

Pretenden que nuestro «sectarismo» en la lucha contra los Turati, Serrati, D'Aragona, Ribaldi ha desbrozado el camino a las bandas fascistas, ¡cuando **son ellos justamente** los que han paralizado a los proletarios y su magnífica batalla en las calles contra el terror blanco! Se pretende que si hubiésemos concertado un «frente único» con los reformistas la historia hubiese seguido un curso distinto. ¡Es verdad! Los que luchamos por defender las condiciones de vida y trabajo, las organizaciones de clase y la vida misma de los proletarios, en este caso hubiésemos renunciado en pro de una política de defensa de las instituciones democráticas, ¡que son las mismas de las clases dominantes! ¡De esta manera, nos hubiésemos impedido no solo toda defensa de clase, sino toda posibilidad de contraofensiva, dos formas de lucha necesariamente anti-legalistas, tanto en los principios como en los hechos!

Es perfectamente normal que la historiografía actual, unánimemente democrática en todos sus matices, lllore por la «desunión» de la clase obrera y se nos atribuya a nosotros, comunistas, la responsabilidad, como si la Historia misma no fuera la que había abierto irrevocablemente dos vías opuestas. Para ella, el ideal habría sido alcanzar entonces el punto al que habíamos llegado demasiado tarde; a saber, la gestión mancomunada del régimen burgués por los social-comunistas tal como después de la Liberación, y su defensa en una oposición parlamentaria común. Esto no era lo que deseábamos, y era lo que solo los anticomunistas querían. En fin, se nos ha reprochado haber previsto, ante todo después de la huelga de agosto, una confluencia entre la socialdemocracia y el fascismo la cual no se verificó, aun cuando, una vez más hubiésemos sido los malos profetas. Dejemos de lado el hecho de que las tentativas personales de contactos que más de una vez hubiesen podido realizarse entre los dos partidos hubiesen podido llevarse a cabo sin el asesinato de Matteoti, así como por el hecho de que numerosos reformistas hayan pasado con armas y bagajes al lado del fascismo luego de su victoria. El problema no se encuentra aquí. Pues, en los hechos ¿qué ha sido el fascismo, sino una tentativa de síntesis entre la manera fuerte y los métodos suaves, entre el mazo y la zanahoria, la fuerza de la represión y la flexibilidad de las reformas, qué importa si nos comemos las uñas en caso de necesidad, favoreciendo los intereses de capas burguesas particulares, otorgando a los obreros menudas concesiones en materia de prevención social? ¿Acaso el fascismo no fue una colaboración de clases en nombre del interés supuestamente superior de la nación, tal como lo habían soñado los socialdemócratas? El error de la Internacional (que no fue la única en co-

meterlo) fue ver a Mussolini como un nuevo Kornilov, y sacar de esta falsa visión la idea de que había que adoptar la táctica bolchevique de agosto de 1917, es decir, marchar con los socialdemócratas contra la «reacción», y conservar su esencia. Por desgracia, la analogía era falsa, puesto que desde sus orígenes, en sus intenciones y en todo su desarrollo, el fascismo nunca tuvo la intención de restaurar un régimen precapitalista. Expresa al contrario el esfuerzo que hace el **gran** capital por movilizar a la pequeña burguesía, e incluso una parte del proletariado (la aristocracia obrera o subproletariado) en su defensa. Una prueba banal pero convincente la aporta el hecho de que el fascismo fue y será un fenómeno que tiene su epicentro en la gran industria mecanizada, que no invadió el Sur de Italia sino con un enorme retardo, gracias, por una parte, a «clientelas» colmadas bajo el sol de la democracia, y, por la otra, al atraso económico. El fascismo era la enésima potencia; y no podía ser derrotado sino por un movimiento proletario arribado a su máxima potencia y guiado por el partido de clase, el partido revolucionario y comunista.

Después de este necesario paréntesis, volvamos a los hechos.

Tan pronto como las sedes de las organizaciones y periódicos obreros fueron incendiadas por los fascistas y que todavía se consumían, los camisas negras y los guardias de la monarquía asediaban aún a los centros proletarios del Norte y del Sur, contando con cuantiosos recursos militares, aprovechando la suspensión de la huelga decidida por los traidores del oportunismo, el Partido Comunista de Italia invitaba a los comités de la Alianza del Trabajo a reunirse de urgencia y a «tomar una decisión con respecto a una nueva ola de acción roja» y a rechazar simple y llanamente el llamado a la «paz entre facciones» lanzada por el gobierno Facta, agregando además que si ese empalagoso llamado a la paz escondía en realidad una amenaza generalizada de movilización nacional contra los proletarios y los «rojos», este respondería al desafío con un «aceptamos» («El Comunista», 8/08/1922). En un manifiesto lanzado el 6 de agosto, luego de criticar la manera infame en que la huelga había sido conducida, el partido escribía:

«Independientemente de la actitud de otros organismos, no importa quiénes son, el Partido Comunista reafirma que la táctica que el proletariado, en el periodo y la situación actual, debe aplicar de manera permanente es: golpe por golpe, violencia contra violencia. El Partido Comunista reivindica sin ninguna modestia su lucha en medio de las masas que tan espléndidamente han combatido pese a su notable inferioridad frente a un enemigo mejor equipado y poderoso.»

«El Partido Comunista de nuevo lanza a sus miembros la consigna, superflua por demás, de apoyar mediante su acción el tremendo combate defensivo de los trabajadores, aportando los elementos de estrategia y táctica que todavía les faltan, fraternizando con los proletarios de los

otros partidos.»

«Pero el Partido Comunista también tiene que lanzar necesariamente un llamado a las otras organizaciones que ejercen su influencia sobre una gran parte de la masa proletaria y que deberían comprender que es preciso abandonar toda visión pacifista y legalista. Hoy, cuando la gran masa se ha retirado de la lucha, no podríamos decir que los trabajadores de los centros que aún luchan y las víctimas de la represión contra los huelguistas de estos últimos días serán abandonados a los golpes del enemigo en una posición de inferioridad evidente y que se permita que estos puedan golpear impunemente a la prensa proletaria.»

Inútil decir que la invitación del Partido no obtuvo ninguna respuesta por parte de los dirigentes de la Alianza del Trabajo (de paso, el 19 de agosto, el sindicato de ferroviarios, que había sido uno de los principales promotores de la huelga se separó de esta), mucho menos aún por la C.G.T. Durante ese tiempo, los «partidos obreros» hacían el balance de la huelga. El órgano de la derecha socialdemócrata, «La Justicia», el 12 de agosto, proclamaba:

«Tenemos que tener el coraje de confesarlo: la huelga general proclamada y ordenada por la Alianza del Trabajo ha sido nuestro Caporeto. Salimos de ella claramente humillados.»

En cuanto a la dirección maximalista del P.S.I., esta utiliza la experiencia de la huelga para decir, en un manifiesto del 8 de agosto, la única enseñanza:

«Recogimiento para todos, que sirva para corregir los errores, rectificar el frente, perfeccionar el instrumento de la lucha. Este recogimiento no implica ni capitulación ni impaciencia.»

Como si la orden de cese de la huelga no hubiera sido la suprema «capitulación», como si la áspera lucha todavía en curso en las grandes ciudades fuese compatible con cualquier «paciencia». Como es habitual, la dirección del P.S.I. se agazapaba detrás de la necesidad previa de una «organización» que ella misma había sido la primera en rechazar: el ataque estatal y fascista, proclamaba efectivamente el manifiesto:

*«se rechaza con una fuerte organización y la organización no permite impacencias individuales; esta busca la disciplina en la acción. Tal disciplina se impone a todo el proletariado que ha encontrado el solo medio, el único, para poner a prueba su fuerza... El P.S.I. necesita de todos sus adherentes para continuar esta batalla que tal vez se encuentra en su periodo más agudo. Las demostraciones de abnegación individual que vosotros habéis dado son admirables, pero ellas no bastan. El furor del enemigo impone otras, y en primer lugar, **la resistencia sobre las posiciones conquistadas en las administraciones públicas.**»*

¡Ni una sola palabra para condenar a los dirigentes de la C.G.T., ni una sola queja dirigida a Turati que

corre hacia el Quirinal, ni una sola alusión a las batallas armadas en pleno curso! No, ya que la gran preocupación de los maximalistas de la dirección del P.S.I. es ¡¡¡conservar el control de las administraciones comunales!!! Dos días más tarde, en un artículo titulado: «Ha hablado el maximalismo», el órgano del P.C. de Italia, «Il Comunista», escribía:

«En dos oportunidades parecía que una ruptura iba a producirse entre las dos corrientes oportunistas, puesto que los reformistas estaban decididos a colaborar con el gobierno, mientras que el maximalismo no podía renunciar a su intransigencia imbécil si quería continuar con la demagógica especulación que servía para disimular su exasperante incapacidad para la acción de masa. En realidad el grupo de Serrati ha criticado al reformismo solo en lo que concierne a su táctica parlamentaria. Para este basta con observar en la Cámara una posición de intransigencia, y practicar el pacifismo y el derrotismo de la lucha de clase, denigrar en la propaganda todos los valores revolucionarios e incluso firmar acuerdos con los representantes del fascismo... Si los reformistas hubiesen declarado que renunciaban por disciplina a colaborar, el maximalismo les hubiese perdonado. Pero han ido más lejos. Los reformistas no solo han renunciado a su propia táctica, sino que para aplicarla han consumado el más grande de sus crímenes contra la causa proletaria; y si han recibido una buena bofetada no fue por haber querido participar en los ministerios de Su Majestad, sino a causa de su inepticia; es esto que ha hecho de ellos los soldados intransigentes del glorioso P.S.I. Sin embargo, el manifiesto socialista no dice nada de las graves responsabilidades que han asumido durante el último movimiento, ni de lo que debía haberse hecho para expurgar la acción proletaria de las terribles deficiencias que ha revelado de la Alianza del Trabajo - abandonada por la mayoría maximalista a la influencia predominante de los socialistas colaboracionistas. Sobre estos problemas, no ha habido debates, ni congresos. El hecho de que no haya habido gobierno Modigliani o Turati es suficiente para satisfacer a los maximalistas.

*«Es en esto que piensan los mismos trabajadores socialistas. Si no abren los ojos y no se tornan hacia el programa y los métodos del Partido Comunista, si no aprenden a reconocer todas las formas del engaño oportunista, **donde los más demagógicos son los peores**, la reanudación de clase hacia la cual tienden todos nuestros esfuerzos será imposible».*

Era urgente dar a los proletarios, todavía dispuestos al combate, o que ardían por retomarlos por solidaridad con sus hermanos, consignas que sin ninguna demagogia les ayuden a resarcirse de la ola de desconcierto y desmoralización luego de la brusca interrupción de la huelga, indicándoles la vía de una recu-

peración segura en mejores condiciones y sobre una posición política bien delimitada. El «recogimiento» al cual invitaba la dirección del P.S.I. a los obreros bajo el pretexto de «reorganización del movimiento» y de balance, indicando las razones de la derrota, no era sino una nueva dosis de opio. La vía a seguir era muy diferente. No solo había que apoyar a los proletarios todavía en lucha, sino también evitar a todo precio que se extendiese la inevitable desmoralización provocada por la contraofensiva del Estado y el Fascismo consecutiva a la sofocación de la huelga nacional, era preciso que los proletarios se sintieran respaldados no solo «moralmente», sino materialmente sobre todo, por una fuerza que los guiase; había que proteger a las organizaciones económicas y, en particular, las Bolsas del Trabajo, ciudadelas tradicionales de la defensa armada; protegidas tanto del ataque por las fuerzas del orden, legales o «ilegales», en lugar de las maniobras confederales las cuales, bajo el pretexto de... subir de nuevo la pendiente, orientaban a los sindicatos hacia el camino y los métodos que no podían sino desvirtuar su carácter de clase, y, conforme a la común ideología cara a reformistas y fascistas, transformarlas en órganos de colaboración nacional y de apoyo al Estado. Luego del fracaso de la «ascensión al gobierno»; que era, además, lo que buscaban los maximalistas de la C.G.T., y sobre esta pendiente, estos pudieron muy bien encontrarse con los «enemigos» en camisa negra.

En ese sentido, el 19 de agosto, «Sindicato Rosso», órgano del Comité Central sindical del P.C. de Italia, publicaba el siguiente manifiesto:

«A pesar de todo, la lucha no ha sido en vano. El proletariado ha sabido combatir. Y sin la intervención de las fuerzas legales del Estado, las victorias del fascismo lo más probable es que se hubiesen transformado en derrotas...» [el partido] «ha demostrado» que tenía una organización preparada para el combate, la resistencia y la contraofensiva, y entre las masas en lucha, todos sus militantes «han cumplido con su deber» [en particular los jóvenes, quienes se habían distinguido por su maravilloso espíritu de lucha].

«¿Cuál es la situación que ha impuesto la huelga general? La burguesía y el fascismo se vanaglorian de una victoria definitiva; eso es mentira, todas las informaciones que seguimos procesando [una investigación impulsada por el partido sobre las responsabilidades del fracaso de la huelga actual] revelan que el proletariado se encuentra todavía en pie, respondiendo como un solo hombre a nuestro llamado. Lejos de extinguirse, la lucha de clase se transformará cada vez más en guerra abierta. El proletariado ha superado una nueva etapa con su preparación en los métodos de lucha revolucionaria que la situación actual le impone, diferentes a los métodos tradicionales.»

Mientras que los burócratas sindicales confederados y los socialistas se aprovechaban de la situación para desmoralizar a los proletarios desviándoles

de la lucha violenta, los comunistas lanzaban la consigna de «*unidad sindical del proletariado italiano fuera de toda influencia patronal y estatal*», llamando a respaldar a la Alianza del Trabajo «*pese y contra aquellos que la han desvirtuado*», concluyen:

«El proletariado debe prepararse para utilizar de nuevo el arma de la movilización simultánea de todas sus fuerzas, unir todas las tendencias que la ofensiva burguesa implacablemente seguirá suscitando sobre el terreno de las luchas sindicales como en la lucha cotidiana contra el fascismo... En esta guerra el arma esencial es la huelga general, que en sí no tiene un valor milagroso, pero que es eficaz si la misma es organizada y dirigida convenientemente. Una vez eliminadas todas las trabas del pacifismo social, toda tentativa de utilizar al movimiento con fines parlamentarios, el próximo conflicto general no será otro que la revolución política, o por lo menos el fin de la ofensiva económica y militar del enemigo y la conquista de sólidas posiciones de presión.

«Es por ello que, al mismo tiempo que indican a los proletarios los peligros de la táctica aplicada por jefes cuya bajeza se ha vuelto evidente, los comunistas defienden aún la consigna de la acción general proletaria contra la reacción, es decir, el empleo directo de la fuerza de clase en lugar de las habituales súplicas al Estado para que defienda a las masas. El gobierno obrero se conquista con la movilización revolucionaria de la clase trabajadora, con la guerra de clase, que comporta batallas y etapas, pero a la cual no se puede renunciar, si no se quiere que el proletariado baje la cabeza para siempre, bajo el yugo que busca imponer la violencia bestial de la esclavitud, fiel pretoriana del Capital.»

El P.C. de Italia organizaba el 6 de septiembre un congreso de las «izquierdas sindicales» («tercinternacionalistas», maximalistas, sindicalistas, anarquistas, etc.) para concertarse sobre los puntos siguientes que deberían ser proclamados y defendidos en cada reunión y congreso, mientras que los confederados lanzaban una campaña de difamación, calumnias y falsos rumores - por ejemplo, que los comunistas (¡precisamente ellos!) querían dividir al sindicato y crear uno nuevo - y expulsaban a los más combativos, para mostrar en primer plano a los más dispuestos a seguirles por la vía de la traición:

«Las organizaciones sindicales deben ser independientes de toda influencia del Estado burgués y de los partidos de la clase patronal, y su bandera debe ser la de la liberación de los trabajadores de la explotación patronal.

«El frente único proletario de defensa contra la ofensiva patronal debe ser mantenido y renovado en la Alianza del Trabajo, donde solo estarán las organizaciones que la han fundado y constituido de manera que refleje las fuerzas de la

voluntad de las masas».

Estos puntos fueron aceptados por todos los participantes el 8 de octubre siguiente, a los que se añadió los del P.C. de Italia que organizaba el 6 de septiembre un congreso de las «izquierdas sindicales» («tercinternacionalistas», maximalistas, sindicalistas, anarquistas, etc.) para concertarse sobre los puntos siguientes que deberían ser proclamados y defendidos en cada reunión y congreso, en una cláusula que estipulaba que la Alianza del Trabajo debía «deliberar por mayoría» y «asegurar a cada sindicato, y a otras fracciones que militan en su seno, una consultación fiel y una representación proporcional».

La iniciativa fue entonces aprobada en tanto que «preparación necesaria a la fusión requerida y definitiva de todas las organizaciones de clase de los trabajadores italianos en una sola».

Inútil decir que la respuesta de la C.G.T. y sus burócratas fue negativa: mostraron estar muy dispuestos a convocar un congreso, pero ya el fascismo golpeaba las puertas del Quirinal y este congreso jamás fue realizado. Sin embargo, la iniciativa tuvo por efecto mantener unidas las filas de los proletarios en desbandada y desmoralizados por los eventos de agosto, y permitir una intensa propaganda de nuestros principios y métodos comunistas consagrando esfuerzos para acercarse a las organizaciones sindicales o a trabajadores desorganizados y a los parados. Si, después de la «Marcha de Roma», las organizaciones económicas siguen siendo un hueso difícil de roer para los teóricos del aceite de ricino y la cachiporra, en gran parte se debe a esta iniciativa. Quedaba por resolver el problema militar. En este dominio, la línea del partido estaba trazada desde hacía un año, y no había ninguna razón para modificarla. Después de agosto, comenzarán a alzar la cabeza, algunos grupos llamados de «defensa antifascista» y hasta de «defensa proletaria» que sirven de parachoques a las maniobras parlamentarias en vistas de un enésimo gobierno de coalición que «restablecería la legalidad y el orden», pero no tenían ya el vago perfume popular de los «Arditi del Popolo», no obstante lo bien equivocado que estaban desde un comienzo. Para ser coherente consigo mismo, el P.C. de Italia debió entonces recorrer su ruta **solo** y, como luego dirá claramente:

«Sin pretender por lo tanto derrocar el gobierno burgués o echar abajo militarmente el fascismo, ni dejarse arrastrar en acciones que comprometerían a toda la organización, [el Partido] vigilará la preparación y el armamento necesarios para aportar el apoyo técnico adecuado a la lucha proletaria de hostigamiento a un adversario aventajado en número y posición estratégica».

Al mismo tiempo que se esfuerza en poner fin a la desmoralización engendrada por la leyenda de invencibilidad propagada por los fascistas y por los llama-

dos de los reformistas a favor del desarme moral y práctico, «oponer la fuerza a la fuerza, la organización a la organización, el armamento al armamento, no como una vaga consigna que deba aplicarse en un lejano futuro, sino como una actividad práctica no solo posible, sino la única apropiada a la preparación de una respuesta armada proletaria».

Para conquistar este objetivo, era esencial constituir un encuadramiento centralizado que obedeciese a una disciplina única a fin de evitar acciones no previstas por el Partido, pero esto habría sido imposible si hubiese aceptado comités mixtos de acción militar inspirados por fines políticos divergentes. Actuando «hacia la burguesía como lo hace el movimiento fascista hacia el proletariado», dando «la más grande relevancia a los actos de violencia cometidos tanto por las fuerzas proletarias espontáneamente organizadas, como de sus propios militantes en respuesta a los golpes del enemigo», el Partido Comunista de Italia hubiese podido convertirse en el polo natural de las masas «que tienden hacia la lucha antifascista y que han visto lo que ocurre cuando el Estado y el fascismo se solidarizan»; han aprendido de esta experiencia que solo la dictadura del proletariado, dirigida por el Partido de clase y surgido del desarrollo de la lucha abierta y violenta, podrá destruir definitivamente el yugo del Capital (1).

Debemos notar que, desde el mes de agosto, el Partido consideraba «alejada» la perspectiva de un «gobierno de izquierda nacido de la colaboración de los socialistas de derecha y de ciertos miembros del burgués partido popular [los futuros demócrata-cristianos]», puesto que «la burguesía ya no creía deber hacer hoy concesiones importantes para frenar al movimiento revolucionario».

Ahora, si bien es falso decir que el Partido Comunista no preveía una salida al estilo «Marcha de Roma», verdad es que de su parte tal perspectiva hacía todavía más válida la táctica y la estrategia de una acción **independiente**, a partir del momento en que toda la situación evolucionaba hacia una «solución» de fuerza. Ciertamente es que el P.S.I., durante su Congreso de Roma del 1 al 5 de octubre, bajo la presión del ala derecha que estaba decidida a arrojar hasta su última máscara y a presentarse tal cual era realmente, había expulsado a los turatistas y socialistas en general (constituídos en Partido Socialista Unitario), y había decidido por enésima vez adherirse a la III^o Internacional; pero, lo poco serio de una decisión de tal envergadura, y la ingenuidad de Moscú quien, en lugar de denunciarla como un nuevo engaño, la cree a pies juntillas, son demostrados por el hecho que una vez la delegación se-

rratista parte para el IV^o Congreso de la I.C., la nueva dirección hizo todo cuanto pudo por impedir «malbaratar al P.S.I.» y reivindicar por lo menos el derecho a decidir su destino por sí misma, en plena independencia, (en el siguiente congreso realizado del 15 al 17 de abril de 1923, las «condiciones» fijadas por Moscú fueron rechazadas como «inaceptables» por la mayoría). Esta era la maniobra clásica de recuperación que utilizaba el maximalismo, maniobra tan vieja como la socialdemocracia de guerra y posguerra, que habría sido necesario prever antes que engendrara nuevas confusiones en la clase obrera, en lugar de favorecerla, con lo hizo Moscú **a pesar de todo**, con la ilusión de conseguir una preciosa ayuda en la batalla internacional cada vez más difícil y sangrienta del proletariado. Mientras que la derecha socialdemócrata ofrecía sus servicios para un eventual partido gubernamental, el «centrismo» serratista cuidaba sus espaldas.

Durante ese tiempo, el fascismo tuvo el juego fácil. Hemos reído y seguiremos riendo por largo tiempo de lo que habíamos calificado como «**comedia**» de la Marcha sobre Roma, que se veía nada menos que como una... revolución. Pero, ¿cómo caracterizar sino como **comedia** las intrigas del gobierno Facta con los fascistas y su proclamación tardía del Estado de sitio luego del fracaso de sus tratativas? ¿El voto de todos los partidos «antifascistas» por Mussolini, después que el rey le había confiado el gobierno, y el ofrecimiento que estos le hacen de sus «mejores hombres»? ¿El patrocinio del ministerio... revolucionario de las camisas negras por Giolitti y Salandra? Y por último, ¿el desfile de estos mismos camisas negras en todas las ciudades de la península mientras que su «duce» administraba en Roma, al descender de su Vagón-cama, todos los honores debidos a un ministro de Su Majestad, el mismo que había pretendido instaurar una república «social»?.

Durante todo el año 1921 nos esforzamos por hacer comprender a los proletarios que no solo no había oposición real entre democracia y fascismo, sino que además, para preservar la dominación burguesa, estos dos métodos **debían necesariamente converger**, dándose la mano a la hora de reprimir y oprimir a los obreros, rivalizando en la mejor manera de mantenerlos sometidos. Estos dos años hubiesen bastado a estos dos métodos para probar la connivencia entre Estado democrático y fuerzas «ilegales». Luego de agosto de 1922, cae el último velo: la resistencia proletaria que había sido desorientada y vencida; gracias a la traición socialdemócrata, por el momento y salvo casos aislados, no hay ya ningún enemigo a vencer. Durante los pocos meses precedentes a la farsa de la Marcha de Roma, todos los partidos burgueses y los principales representantes del liberalismo y parlamentarismo se esforzaron desesperadamente por acercarse al fascismo, que no es ni siquiera un partido, puesto que no tiene ningún programa (o más bien se fabrica uno sobre la marcha), sino un simple **aparato** al servicio del orden constituido y del Capital. En ese sentido, los historiadores demócratas de hoy deplo-

(1) Todas las notas son tomadas del «Proyecto de programa de acción del P.C. de Italia» presentado en vista del IV^o Congreso de la Internacional Comunista y redactado en los primeros días de octubre de 1922.

ran «la ceguera» de los Giolittis, Facta o Reda, pero entonces todos contribuyeron por inercia de clase al «traspaso de poderes» y es precisamente su compli- cidad voluntaria que hace superfluo el «golpe de Es- tado». La marcha de los camisas negras sobre la ca- pital necesitaba una puesta en escena teatral, y en la realidad el poder cambió de manos sin sacudidas; el hecho de que Facta decretara el Estado de sitio (que el rey mandó anular inmediatamente) no fue sino una comedia más.

Por lo demás, muy lejos de dispersar el Parlamen- to, Mussolini le pidió ratificar la «revolución», lo cual, a excepción de socialistas y comunistas, el Parlamento se apresuró a hacer a partir del momento de su ascen- sión al poder. Con la caída de las plazas fuertes industriales, no quedaba otra cosa que ahogar los pe- queños focos que continuaban ardiendo con el fin de eliminar la posibilidad de un choque general con las fuerzas proletarias. Las mismas no tendrían el tiem- po de responder y su oposición no hubiese podido, a pesar de su certeza, ni impedir el cambio de gobierno (que en lo inmediato no afectaba en nada a la estruc- tura del Estado) ni influir en el nuevo régimen totali- tario que, en su esfuerzo de unificación, será consti- tuido después que la burguesía se vio obligada a liqui- dar el antiguo personal político.

Es solo después que una fracción de la burguesía consiguiera un antifascismo de su talla, y esta vez es el P.C. de Italia mismo el cual, no estando ya dirigido por la izquierda, empujará a sus brazos a un proleta- riado no obstante todavía indómito. Esto será el fin, no solo por el hecho de que la victoria fascista fue entonces total, sino porque – cosa mucho más grave por sus efectos históricos – la capitulación de las **so- las** fuerzas subversivas, las mismas que habían en- contrado su expresión en la III° Internacional, lo ha- bían sido igualmente.

Si hasta en Moscú nuestra caracterización de la Marcha de Roma generó un escándalo, fue que con su estúpida teoría sobre la «función revolucionaria» de la pequeña burguesía y del «nacional-bolchevis- mo», Moscú preparaba ya la derrota alemana de 1923; la izquierda no podía tratar una posición tan quimérica sino de forma «dogmática y sectaria». Peor aún, la tesis según la cual la democracia era un bien que había que salvaguardar con respecto a la reacción «feudal», comenzaba apenas a surgir, puesto que debía constituir la **segunda** etapa de la degeneración; pero, frente a esta enormidad, la re- acción de la izquierda no podía ser sino doblemen- te... «infantil».

Según Moscú, al contrario, hemos debido dejar- nos invadir, primero, por los cortesanos de la pequeña burguesía desilusionada, y luego, por los heraldos y abanderados de las libertades pisoteadas; en resu- men, debimos hacer anticipadamente, no solamente el frente popular, sino también el gobierno de coali- ción. Por supuesto que nada de ello estaba definido, pero la línea de desarrollo era inexorablemente esta. De esto se desprende que la febril caza al fantasma de «la alianza socialista», finalmente «atrapado» en

junio de 1924 (!) cuando al Partido se adhieren tres mil «terzini», altamente representativos de una capa social de empleados de oficina, ambigua e inconsis- tente, pero en ningún caso de capas proletarias; de allí también la acusación que se nos hizo de haber querido aislarnos como si no fuera la historia la que nos había «aislado», lanzándonos de esta forma un desafío fecundo puesto que no nos dejamos intimidar o desorientar, encontrando en ello más bien una ra- zón para resistir; de allí, en fin, el reproche de haber subestimado el peligro de una «destrucción de la de- mocracia», como si la eliminación del disfraz demo- crático de la dictadura del capital no estuviera inscri- ta en las leyes del imperialismo. Así como nos sentía- mos poco optimistas en lo que concierne al futuro inmediato (2), de la misma manera confiábamos en las posibilidades de removilización proletaria siempre y cuando la Internacional no perdiera la vía de clase y no se arrojara en el interclasismo. Nuestra actitud no podía ser derrotista sino a ojos de todos aquellos que creían en una solución **democrática** de la crisis estatal en Italia, y más tarde en Alemania y en otras partes. ¡Pero qué decir de su propio derrotismo con respecto a la Revolución, después que se deshacían en lamentos ante la comedia del 28 de octubre y se pusieran a soñar con subir la pendiente por cualquier otra vía que no fuera la acción revolucionaria inde- pendiente! Por habernos negado a tomar esa vía, fui- mos eliminados de la dirección del P.C. de Italia.

Poco después del retorno de nuestra delegación al IV° Congreso de la Internacional, tratamos estos puntos en el artículo «Roma y Moscú» y terminamos por reconocer que el esfuerzo del fascismo por supe- rar las contradicciones internas de la sociedad bur- guesa se enfrentaría a obstáculos insuperables. Es en esta perspectiva, y no en soluciones gubernamen- tales de recambio, que encontramos y en los que ha- bía que buscar los factores de la reanudación victo- riosa. El informe de A. Bordiga al IV° Congreso y su artículo sobre «Las fuerzas sociales y políticas de Ita- lia» completan el cuadro del fascismo, fenómeno con- tra el cual habíamos tratado de movilizar todas las energías proletarias, no porque esta marcaba el fin de la democracia, sino porque a un tal desafío que la historia le lanzaba el proletariado no tenía otra re- puesta posible que dar; ¡o bien la dictadura abierta de la burguesía o la nuestra!

El año 1924

El presente estudio lo hemos consagrado a la ac- ción práctica del P.C. de Italia frente al fascismo, bajo

(2) Éramos tan poco optimistas que, contrariamente a la Internacional gangrenada por el democratismo, pensá- bamos que las estructuras del Estado en lugar de debilitar- se, al contrario, se habían reforzado gracias a la complici- dad natural de todos los partidos, del fascismo a la social- democracia.

la dirección de su corriente dominante, la Izquierda; así como a los orígenes y al carácter del fascismo en sí mismo. Esta última parte que publicamos aquí puede parecer salir del cuadro, pero solo en apariencia. En 1924, año crucial, la Internacional Comunista había sacado ya a la Izquierda de la dirección del Partido, un año antes, remplazándola por una dirección «centrista» orientada cada vez más hacia la derecha, pero no podemos resaltar la importancia teórica y la eficacia práctica de las directivas del Partido en los años 1921-22 sino es comparando la actitud tomada por la nueva dirección durante la crisis Mateotti bajo la influencia conjugada de la Internacional y de Gramsci, inspirador de la «nueva línea» del P.C. de Italia.

Contrariamente a las afirmaciones de la historiografía oficial, ya hemos visto que la Izquierda había juzgado de manera poco optimista (y en todo caso más pesimista que la Internacional) el giro histórico marcado por la llegada del fascismo al poder. Pero, al mismo tiempo, la Izquierda se había negado a sacar de su opinión acerca de la probable duración del nuevo régimen la conclusión de que la partida estaba perdida y que, con más razón todavía, había que adaptarse a la situación, modificando los objetivos de la lucha y los métodos de acción. Para la Izquierda, el fascismo era un esfuerzo de toda la clase dominante con el fin de superar sus propios antagonismos y unificar sus fuerzas (tal como el proletariado unificaba las suyas, o estaba obligado a hacerlo en torno a su partido de clase), utilizando respecto a este y respecto incluso a sus propias facciones incontrolables, alternativamente el garrote totalitario y la zanahoria reformista. De este análisis se desprende que una vez llegado al poder, en medio de los aplausos de todos los partidos burgueses, contando con la impotente neutralidad del reformismo y el centrismo socialistas y la condescendiente neutralidad de la C.G.I., el fascismo debía inevitablemente sufrir la misma suerte que sus aduladores - como la que en efecto se producirá a finales de los años '30 - dejando a un lado las fricciones y desgarramientos internos que solo se manifestarán pocos meses después de la toma del poder. La Izquierda juzgaba además que la impotencia y complicidad manifiestas del P.S.I. y del reciente P.S.U. y, con más razón aún, la C.G.T. (3), unido al hecho de que todas las fuerzas burguesas se hubieran despojado claramente de sus máscaras, refugiándose en los camisas negras, debían contribuir cada vez más a orientar a un proletariado, que nunca aceptó «entrar en razón», hacia el único partido obrero fiel a una línea revolucionaria de conducta y en la cual la burguesía reconocía de manera unánime su enemigo.

Pese a los golpes recibidos por la reacción, la lucha constante de la Izquierda del P.C. de Italia tenía todas las oportunidades y todas las razones para reanudarse con más vigor y dureza que nunca. Es en vano que el fascismo en el poder ejercería su furiosa represión contra la organización del Partido; es un hecho reconocido incluso por la derecha, no obstante su gran hostilidad a Tasca y Graziadei, que la organización ilegal creada por el C.E. de Livorno y Roma

no solo resistió a la violenta ofensiva estatal y paraestatal de noviembre de 1922 - febrero de 1923, sino que «después de febrero, permitió una rápida reconstrucción del aparato de Partido y su funcionamiento normal en medio de las peores dificultades» (Tesis presentada por la minoría de derecha a la Conferencia nacional de 1924 y poniendo este resultado «completamente en el activo» de la Izquierda que esta detestaba y de la que además se burlaba).

La ofensiva, sin embargo, fue de una extrema violencia: las sedes de «Il Comunista» y el «Ordine Nuovo» fueron saqueadas y los diarios del Partido suprimidos, así como «Il Lavoratore» de Trieste, cuya publicación fue reiniciada a comienzos de 1923; centenares e incluso miles de militantes fueron arrestados; el último bastión proletario, Turín, que hasta ahora se encontraba indemne, fue asediado y devastado en diciembre. Los militantes comunistas, tanto de la base como de la dirección, fueron golpeados, las comunicaciones entre el centro y las secciones se hicieron extremadamente difíciles y se desencadenó una persecución de militantes (extrema cuando se trataba de escondites de armas). Pese a todo esto, en su carta al Comité Ejecutivo de la Internacional, luego de su retorno del IV° Congreso internacional, el 8 de febrero de 1923, Bordiga observaba que «*A pesar de todo, los sentimientos de la masa obrera permanecen vivos y la organización del Partido resiste: la Central permanece en relación constante con todo el país*». Estas primeras dificultades interiores del régimen, de uno y otro lado; la manera abierta con que el P.S.I. se desenmascaraba (4), ofrecerían al Partido temas para la polémica bastante eficaces y preciosas ocasiones para tocar a las masas y conquistar no solo su simpatía sino también su activa solidaridad.

Más tarde, en perfecta coherencia con la célebre frase de Gramsci: «*la escisión de Livorno fue sin duda alguna el triunfo más grande de la reacción*», se transformará en ley para los historiadores

(3) Un coloquio tuvo lugar entre Buozzi y Mussolini en diciembre de 1922. En previsión de la proclamación del estado de sitio, el partido comunista había lanzado la huelga general (Cfr. «Il Comunista» del 26 de octubre) pero la D.G.T. la había desautorizado en los términos siguientes: «En un momento cuando las pasiones políticas se exacerbaban y en que dos fuerzas extrañas a los sindicatos ásperamente se disputan el poder, la C.G.T. cree su deber poner en guardia a los trabajadores contra las especulaciones de partidos o grupos políticos que buscan arrastrar al proletariado en una lucha de la cual debe alejarse, si no quiere perder su independencia». Durante el verano de 1923, hubo un nuevo encuentro, esta vez entre D'Aragona y Mussolini. La atmósfera estaba cargada de intolerancia recíproca, en vista de que la secreta ambición de ambas partes era la de ir hasta la colaboración.

(4) La dirección del P.S.I. desautorizaba ya la intervención de la delegación que regresaba de Moscú y por la pluma de Nenni acusaba a este de querer «liquidar a precio vil» al partido, un partido que en realidad no era más que la sombra de sí mismo.

oficiales del Partido presentar el terrible «vacío» de 1923 como una funesta consecuencia del «esquematismo» pasado y persistente del P.C. de Italia y de su obstinación en dirigir sus baterías hacia los maximalistas así como contra los socialdemócratas puros y contra los fascistas. Tal como se desprende de nuestro estudio, la verdad es otra: es precisamente el equívoco maximalista, desgraciadamente respaldado por Moscú, lo que frenó la defensa y contraofensiva proletaria de 1922; y se puede demostrar fácilmente que se detuvo completamente en 1923, no tanto porque el maximalismo hubiera desarrollado una acción propia (5), sino porque Moscú escogió precisamente ese momento - en detrimento de toda lógica e incluso de todo «realismo concreto», para retomar términos que le eran tan caros - para arrojarse en cuerpo y alma en una laboriosa tentativa, sobre todo inútil, para «recuperar» a los maximalistas, a pesar de sus innobles chantajes, superponiendo su propia línea de conducta en Italia a la de ellos, es decir, sobre la... nada.

En realidad, el «punctum dolens» [punto que causa dolor, NdR] será la situación en la cual la I.C. puso al Partido Comunista, empujándolo a acosar al P.S.I. para que se fusionara. En la carta arriba citada, Bordiga escribía:

«Para mejor resistir al fascismo, sería necesario dar más señales de vida al proletariado y expresarse más claramente delante de ellos. Si fuera posible, el problema técnico de la resistencia a la represión policial del fascismo habría sido resuelto, incluso por un largo periodo. Se debería poder contar con una disciplina ciega y absoluta, la misma que nuestra Central había instaurado en el Partido. Desgraciadamente (y en esto no hago más que constatar los hechos), la política aplicada por el partido desde hace algunos meses nos priva cada día más de este recurso... No pudiendo continuar con esta línea que, en correspondencia con toda la preparación que este ha recibido desde hace dos años nuestro Partido debía adoptar, nos hemos callado, pero entonces el partido pierde parte de su prestigio. En fin, después de lo que ha pasado, y dado que nuestro silencio ante los ataques dirigidos contra nosotros, y que venían de todas partes, el sentido de la disciplina, la autoridad de los jefes del Partido, la confianza en ellos, se deteriora cada día más. Todo contribuye a acentuar los efectos de la reacción fascista contra el movimiento. A pesar de todo, el Partido podrá aún sufrir duras pruebas sin por esto abandonar la lucha y sin renunciar a cumplir con su deber».

La carta hace alusión a una ofensiva de los reformistas y centristas de la dirección y de «¡Avanti!» (Nenni, en primera línea) que se había desencadenado contra el Partido Comunista, demasiado alimenta-

da ya por las vacilaciones y zig-zags imprevisibles de la I.C. El chantaje socialista hacía ostensiblemente imposible la fusión, pero el partido estaba obligado a callar sobre las vergonzosas maniobras y la cobarde docilidad de los políticos y jefes sindicales para no enturbiar la obra (del resto, completamente vana e inútil) de la «comisión de fusión». Pocos meses más tarde, viendo desvanecerse toda esperanza de fusión, la I.C. sugerirá un «bloque» entre el P.S.I. y el P.C. de Italia sin siquiera consultar a este último, a fin de permitir a ambos... «ponerse de acuerdo»! La I.C. primero pedirá a los «terzini» (6) salir del viejo partido, y luego, bruscamente, de permanecer dentro para llevar a cabo un trabajo de infiltración, a lo cual estos serán muy felices de obedecer. La I.C. proseguirá su sueño de «recuperación», incluso después del congreso socialista del 15-17 de abril, en Milán, el cual había proclamado, no obstante y sin equívocos, su voluntad de rechazar toda intromisión del exterior en sus decisiones. Es por ello que las sesiones del Ejecutivo Ampliado de junio, consagradas a la cuestión italiana, serán empleadas en un interminable proceso donde había que establecer directivas firmes y coherentes contra la creciente ofensiva fascista (7) y contra la C.G.T. que nuevamente lanzaba puentes (congreso de agosto) hacia Mussolini. La I.C. modificará las condiciones de fusión que ella misma había propuesto, lo que no impedirá al P.S.I. rechazarlas regularmente. La I.C. mantendrá relaciones directas con la derecha de Tasca y Graziadei, privada de homogeneidad, pero dócil. La I.C. financiará al minúsculo y confuso grupo de los «terzini»; en pocas palabras, la I.C. dejará solo y desarmado al Partido Comunista de Italia que luchaba desesperadamente no solo por sobrevivir, sino por actuar.

El 3 de febrero de 1923, Mussolini rindió un gran servicio a la I.C. arrestando a Bordiga, Grieco y un importante número de dirigentes y militantes, reduciendo a la impotencia al C.E. Sin embargo, el partido se resiste y cierra filas en torno a su Ejecutivo que había escapado al arresto y sigue luchando porque la I.C. lo ponga finalmente en condición de escapar a la parálisis artificial provocada por su manía de la maniobra astuciosa y de la negociación. En sus cartas dirigidas a la Internacional, Terracini y Togliatti pedirán que el Partido tenga una línea de acción independiente y combativa, y lo harán con tan dolorosa insistencia, indignada y enérgica, como Bordiga lo había hecho precedentemente. Pero, seis meses más tarde, el desgaste de esta lucha en todos los frentes (incluyendo el frente de la I.C.) no podía dejar de influir sobre los hombres, más aún cuando se trataba de aquellos formados en el ordinovismo y maximalismo,

(6) Es decir, a los socialistas partidarios de la adhesión a la IIIª Internacional.

(7) 2.000 militantes estaban en prisión: «Il Lavoratore», único órgano que quedaba del P.C. de Italia, había sido suprimido el 3 de junio, y es solo en agosto que el semanario «Estado Obrero» comenzará a aparecer con mucho esfuerzo.

(5) El maximalismo del P.S.I. estaba prácticamente disuelto como fuerza política, no era más que un cadáver.

ya afectados por una batalla desigual. Durante la reunión del Ejecutivo de junio, la I.C. decidió reemplazar «provisionalmente» el Comité Ejecutivo del Partido Comunista de Italia, esperando los resultados del proceso que tendría lugar en octubre y que sería la ocasión para entablar una valiente batalla y de un triunfo de los acusados. Los miembros aún libres de la mayoría de izquierda defenderán en Moscú la línea del partido y exigirán que la derecha asuma la responsabilidad de modificarla según sus propias opiniones y las del Komintern; pero al final cederán y aceptarán sin discusión el enésimo giro de la I.C. - el del «gobierno obrero y campesino» - así como las nuevas ofertas de fusión del P.S., guardando silencio en torno a las extravagancias de la política alemana de Moscú, es decir, exaltación del «nacional-bolchevismo», orientación hacia un gobierno común con los social-demócratas, análisis de la ola nazi como manifestación del desplazamiento... de la pequeña burguesía hacia posiciones tendencialmente anti-capitalistas, etc... En octubre, la nueva dirección se mantendrá a la cabeza del Partido incluso después de la liberación de Bordiga, Grieco y otros dirigentes comunistas - por algo sería! Poco a poco, esa dirección se plegará a una disciplina que no había sufrido sino contra su voluntad, pero que ahora aceptaba con honor.

Estas son las raíces del «vacío» de 1923, y los frutos que aportará, en 1924, serán la desorientación y la decepción en las filas comunistas, una vez desvanecida la esperanza de crecimiento numérico, además de la incapacidad del Partido en la acción o, al contrario, las iniciativas contradictorias y desordenadas luego de la crisis Mateotti. Sin embargo, esta crisis precedida de disensiones en el partido supuestamente «monolítico» en el poder, así como los dos trozos del P.S.I. se encontraban en plena crisis, y que, a pesar de todo, el Partido Comunista seguía compartiendo en su mayoría las claras e inequívocas posiciones de la Izquierda; tal como en mayo de 1924, la Conferencia ilegal de Como debía pronto demostrar.

Así, a comienzos de 1924 - año de gran tensión social, tal como el delegado de la Izquierda lo había previsto en su informe al Vº Congreso de la I.C. - el Partido oscila entre su apego a un pasado de coherencia programática y práctica y las presiones cada vez más insistentes de la Internacional por una política «nueva» hacia el exterior, e interiormente a la de un «ala derecha» extremadamente confusa, pero con las espaldas bien protegidas. Es esta última vía la que el Partido deberá seguir, pese a estas oscilaciones no sin perder el prestigio y la influencia reales que había conquistado en el seno de las masas durante el periodo precedente; pero es precisamente después que las ha seguido que se arrojan las bases del «nuevo» partido, ya no comunista, sino nacional y democrático.

Sería estúpido atribuir a este fatal giro la intervención de un individuo - Gramsci, en este caso - como lo hace la historiografía ganada al anti-materialismo de hoy: el proceso tenía raíces mucho más profundas. Todo lo que se puede decir de Gramsci es que fue el instrumento de un curso **internacional** hacia

el cual lo llevaba su propia formación de «último ideólogo de la democracia italiana» y una concepción indudablemente ecléctica, destinada sin embargo a morir como toda otra forma de democratismo e idealismo. El ordinovismo resucitará por la buena razón de que el curso de la Internacional le volvía a abrir las puertas y le daba carta blanca, pero entonces será un ordinovismo... de nuevo tipo, modificado por las «experiencias» supuestamente leninistas acumuladas en Moscú, es decir, el ordinovismo más el mito del «partido fuerte», del «gran partido» con base proletaria, pero con misión nacional-popular, del partido centralista en su organización interna, pero federalista en su programa (8), «hegemónico», pero dado a los compromisos, en otras palabras, del partido encasillado bajo el signo de «La Unità», título del nuevo diario que este publicará a partir del 12 de febrero de 1924.

Sin embargo, esta fatal evolución no se realizará sin perturbaciones, por el mismo hecho de que las directivas de Moscú se cruzarán con otras orientaciones de un origen bien diferente y mucho más alejadas, como vamos a ver. De todas formas es en Italia donde, quiérase o no, la dirección vive, salvo error, la primera experiencia de la nueva política que no se limitaba ya a las «cartas públicas» a la socialdemocracia por esta o aquella reivindicación sindical, incluso políticas comunes, sino que va hasta la invitación a la formación de un bloque electoral. Es de esta forma que, luego de las elecciones políticas de 1924, año durante el cual los fascistas se aliarán a la enorme mayoría de liberales en lo que se llamó «la gran lista», la Central comunista (9) decide *«proponer a los partidos proletarios (¡!) de Italia una lista común de unidad proletaria en vista de una acción, en la cual la lucha electoral no será más que el comienzo»*. Se trata entonces según esta de llegar a un acuerdo electoral *«con carácter programático susceptible de constituir la base de un frente único permanente de acción»*, en la perspectiva de una lucha que, *«en el curso de desarrollos sucesivos deberá conducir al reemplazo de la dictadura burguesa por un gobierno obrero y campesino»*. El llamado está dirigido tanto al P.S.U. como al P.S.I. y, como de costumbre, a la espera de un rechazo que *«nos dará la ocasión de una campaña contra el partido reformista»* y por supuesto también contra los maximalistas. El rechazo será inmediato, pero los militantes todavía sólidamente apegados a la tradición de Livorno (¡que Gramsci condenaba como la más grande victoria de la reacción!) y las masas, que antes estuvieron favorablemente impresionadas por la

(8) La fórmula gramsciana de «República federal italiana de obreros y campesinos», receta para resolver lo que llamábamos la «cuestión meridional», data del otoño de 1923.

(9) Esta había decidido participar en la campaña electoral mientras que reformistas y maximalistas preconizaban la abstención para protestar contra una «ley electoral injusta», terminando además por decidir intervenir para no dejarse vencer en la competencia... por los comunistas.

firmeza con la que el Partido había decidido afrontar todos los riesgos de esta experiencia de «parlamentarismo revolucionario», no habrían visto sin estupor a la Central comunista tender la mano a aquellos con los cuales, para decirlo crudamente, había experimentado duramente la cobardía y la traición. La montaña parirá un ratón, la lista de Unidad proletaria no recibirá sino la adhesión del pequeño grupo de los «terzini», con todas las confusiones que comportaban el acercamiento a una pandilla tan ambigua de viejos zorros parlamentarios. Pero esta lista común corresponde a la «nueva» orientación de la Internacional por el frente único por la base y por el gobierno obrero, como casi sinónimo de dictadura del proletariado: *«La alianza por la unidad proletaria afirma que las fuerzas y capacidades necesarias para dirigir la lucha que abatirá la dictadura fascista estará formada exclusivamente por las clases obrera y campesina. Ella invita a los obreros y campesinos a unirse en el terreno revolucionario de clase para dar a esta lucha su base necesaria. Lanza la sola consigna que hoy históricamente es actual y eficaz: la de la unidad de todas las fuerzas revolucionarias que se encuentran en el terreno de clase».*

El valor de los resultados electorales es nulo, pero es significativo que, a pesar del clima de intimidación e incluso de terror, los votos por la lista comunista se diferenciaron muy poco de los de 1921, mientras que los reformistas y maximalistas perdían tres quintos de votos; en los grandes centros industriales del Norte hubo incluso un cambio en las posiciones de cada grupo, teniendo a los comunistas a la cabeza y por encima de otros partidos «obreros».

Sin embargo, no estamos sino a comienzos del gran viraje. En la conferencia de Como, en mayo, la Izquierda goza aún de una clara mayoría en el partido. Es verdad que la reunión era solo consultiva y que la Izquierda no pensaba exigir cambios de dirección a nivel nacional, estimando con razón que la cuestión concierne a la totalidad del movimiento internacional y que toda decisión «local» depende de su correcta solución. Entre la Central creada bajo los auspicios de Moscú y la Izquierda, la diferencia parece magra, y si decimos «parece» es porque en las intervenciones de Togliatti o de Scoccimarro, podemos fácilmente leer en filigrana, en la trastienda, una común hostilidad contra la derecha, el comienzo de una orientación hacia soluciones que serán igualmente ostensibles traiciones. La doctrina de la «revolución por etapas» con «consignas adaptadas a la situación» que había sido arrojada por la puerta, entrará por la ventana de los «eslabones sucesivos» de la cadena de la Historia que supuestamente habrá que forjar para llegar a la revolución y a la dictadura proletaria. Sin embargo, será necesario el asesinato de Matteotti para dar cuerpo al democratismo aún difuso del P.C. de Italia en virtual ruptura con las directivas de Livorno, bajo los auspicios de la Internacional, y a su manera de Gramsci.

No es el momento para alargarse sobre este trágico episodio. Basta con resaltar que ha marcado la cumbre del «descontento que se acrecentaba ya desde hacía un tiempo en el seno de las clases medias y de una valiente reanudación de la lucha de clase abierta de las masas obreras», como dirá la Izquierda en el «Programa de acción del P.C.I.», el mismo que fue presentado en el IV° Congreso de la I.C. Por contra, es interesante observar la reacción del partido ya bajo la dirección del centrismo en el curso histórico que ahora se abre. Tan alejado de todo derrotismo de clase como del fácil optimismo en cualquier situación, el representante de la Izquierda, Amadeo Bordiga, en su informe sobre el fascismo en el IV° Congreso hizo notar que en Italia existían posibilidades objetivas de vigorosa iniciativa proletaria, justamente debido al desconcierto que se había creado en el ámbito gubernamental por un lado, y por el otro en las violentas reacciones pasionales tanto en la clase obrera como en la pequeña burguesía. Por más que fuese acusado de... terrorismo, la Izquierda no pedía la organización de golpes de mano, tampoco pretendía de manera alguna que estuviéramos en vísperas de la revolución, pero insistía en que se abandonase toda posición derrotista con respecto a la preparación revolucionaria de las masas. La Izquierda reclamaba que el partido comunista se presentase claramente ante los proletarios, como única fuerza capaz de aportar tarde o temprano una salida a una situación gangrenada, con su propia fisonomía, su propio programa revolucionario, sus propias armas teóricas y prácticas, a la vez contra el fascismo como contra el antifascismo. Abstencionista por antonomasia, no obstante aprobaba la participación electoral, ya que si el «parlamentarismo revolucionario» tenía una razón de ser, este era el momento irremplazable para aplicarlo. Pero había que aplicar esta decisión táctica hasta el fin, y batallar porque las masas proletarias no cayan en la trampa de una «oposición constitucional» como las de los partidos que por «indignación moral» habían abandonado Montecitorio para retirarse en el Aventino.

La línea de la Central se situó en lo opuesto de la línea defendida por la Izquierda. El 14 de junio los «opositores», tanto del Partido Popular como de los maximalistas, decidirán no participar a los trabajos de la Cámara y, esperando que «se haga toda la luz sobre el asesinato» [de Matteotti], las mismas constituirán un comité de oposición; los comunistas no solo abandonarán la Cámara con estas, sino que se **aglutinarán** en torno al mismo comité al que el mismo Gramsci propuso la proclamación de la huelga general bajo la consigna: *«¡Abajo el gobierno de los asesinos! ¡Por el desmantelamiento de las bandas fascistas!»* La proposición era absurda puesto que se dirigía a los burgueses y reformistas; la misma, por supuesto, fue rechazada. Sin embargo, los comunistas esperarán hasta el 18 para salir del comité de oposiciones, lanzando un *«llamado a los obreros maximalistas y reformistas»* para que obliguen a «sus jefes oportunistas a romper con la burguesía y unirse al

proletariado revolucionario a fin de realizar la unidad de la clase obrera». Para la jornada del 27 de junio, la C.G.T. invitaba a las masas a realizar una huelga de diez minutos; el 23, el P.C.I. propondrá que la huelga durara toda la jornada; pero ante este laberinto de actitudes contradictorias, la masa no se movilizará más que parcialmente, habiendo superado su estupefacción inicial, el gobierno retomará en mano la situación que parecía escapársele.

Lo que aflige en la actitud de la Central del P.C. I. no es tanto su eclecticismo, como la teorización del conjunto de sus maniobras contradictorias (mano tendida - ruptura - y de nuevo mano tendida más espectacular aún) lo que poco a poco aparecería. Efectivamente, esta no había cesado de oscilar entre dos apreciaciones de la crisis, primero comprendida como un síntoma de la tendencia de la pequeña burguesía a separarse del fascismo y actuar con una relativa independencia política para luego asumir una posición opuesta al extremo, demostrando su impotencia cuando toca colocarse de manera autónoma en el terreno de la guerra civil; de allí la necesidad del proletariado y su partido de afirmar su completa independencia y de desenmascarar sin piedad a todos los partidos encerrados en el dilema fascismo - antifascismo. Esto se desprende claramente al menos en la reunión del C.C del 17 de julio y de la propuesta que disertaba de la lucha sin cuartel contra los reformistas y maximalistas, después que la Central le había salido mal su tentativa de salvarles la virginidad de clase, e incluso ganar el apoyo de liberales y populistas de la oposición... ¡a la huelga general!

En la reunión del C.C del 25 de agosto (cuyo texto fue publicado en la «Unità» del 26 de agosto) Gramsci no solo justifica la adhesión del P.C.I. al comité de la oposición en términos caros a la Internacional de los años 1924-25 que encontraba aún «perfectamente justa» cada maniobra táctica, no importa si inmediatamente después la condenaría como errónea... en su aplicación práctica, pero que teorizaba de la siguiente manera: la crisis Matteotti ha suscitado «un torrente democrático» en todo el país; las masas proletarias se han pronunciado en su gran mayoría por la oposición; la situación era y continua siendo «**democrática**»; era, pues, nuestro deber como comunistas, «no dejarnos arropar por este torrente», a merced de perder el contacto con las masas y «quedar aislados»; es por ello que nos hemos adherido al comité de la oposición. Más aún, «*la crisis que ha estallado en el país ha revestido un carácter claramente institucional; un Estado se ha creado dentro del Estado, un gobierno anti-fascista se ha alzado contra el gobierno fascista*». En momentos en que Gramsci habla, en agosto, de que, según él, «*en el país todavía existen dos gobiernos que luchan uno contra el otro por disputarse las fuerzas reales del aparato de Estado burgués*», el fascismo había logrado constituir una organización de masa de la pequeña burguesía; su originalidad consistía precisamente en el hecho de «*haber encontrado en la milicia fascista la forma organizativa adecuada a*

una clase social que siempre ha sido incapaz de conferirse una organización y una ideología unitarias». En el día de hoy esta organización no da pie con bola, a pesar de que son las masas pequeño-burguesas quienes **lleven la voz** cantante con respecto a la situación. ¿Es que acaso las capas pequeño-burguesas pueden apoderarse del Estado? La respuesta es típicamente ordinovista; no, porque «*en Italia, como en todos los países capitalistas, conquistar el Estado significa ante todo conquistar la fábrica, tener la capacidad de superar a los capitalistas en el gobierno de las fuerzas productivas del país. Pero esto no puede ser sino obra de la clase obrera y no de la pequeña burguesía que no posee ninguna función esencial en la producción, que ejerce como categoría industrial una función política y no productiva*»

¿Conclusión? La situación es democrática y ve en la pequeña burguesía una vanguardia; pero la solución no puede ser aportada sino por el proletariado: «*la pequeña burguesía solo puede conquistar el Estado aliándose a la clase obrera, y solo aceptando su programa: sistema soviético y no parlamentario en la organización estatal; comunismo y no capitalismo en la organización de la economía nacional e internacional*».

En otros términos, según Gramsci, la clase obrera debía gestionar el poder conquistado por la pequeña burguesía que habría adoptado el programa del proletariado – hay que resaltar que esta perspectiva es poco realista. Este debía a su vez haberse adherido en su mayoría al partido comunista, mientras que por el momento se encontraba «*desorganizado, disperso, pulverizado en la masa informe del pueblo*». Para conquistarlo, el Partido debía «*desarrollar un amplio movimiento en las fábricas, susceptible de lograr la organización de comités proletarios de la ciudad, elegidos directamente por las masas que, ante la crisis social que se anuncia, puedan presidir los intereses generales de todos los trabajadores*». Esta acción en la fábrica y el municipio debía igualmente «*revalorizar al sindicato aportando a esta su contenido y eficacia*». Conclusión general: «*la medida en que la totalidad del Partido... logrará cumplir con su tarea, es decir, conquistar a la mayoría de los trabajadores y realizar la transformación molecular de las bases del Estado democrático, será la medida de sus progresos en el camino de la revolución, y es de ella de que dependerá el paso a una fase ulterior de desarrollo*».

Tenemos aquí una nueva versión de la revolución por etapas, la cual consiste en mezclar directivas de la Internacional con tradición ordinovista: conquista molecular (¡!) del Estado democrático (¡!), organización de la mayoría y, de una cosa a otra, ¡victoria revolucionaria de la alianza del proletariado con los campesinos y la pequeña burguesía!

El carácter extremadamente nebuloso de tamaño programa (en el que no vamos a detenernos para su-

brayar sus desviaciones con respecto al marxismo) no escapó al conjunto del partido: por una parte, la derecha en perfecta armonía con la Internacional estimaban que arriesgábamos «quedar en la ventana» y que, de todas maneras, la sucesión de abrazos y rupturas con las fuerzas opositoras desorientaba a los militantes e introducía la confusión en las cabezas de las masas; por otra parte, la Izquierda se rebelaba contra toda la política dictada por la Central que consistía en criticar a la oposición después de haber coqueteado con ella, en abandonar el parlamento precisamente en momentos en que habría dado una aplicación concreta a la consigna del parlamentarismo revolucionario que ella misma había aprobado, en correr tras el sueño de una pequeña burguesía dispuesta a «conquistar el Estado» en alianza con el proletariado y, en definitiva, precisamente porque ella no tenía ninguna continuidad práctica, en concentrarse enteramente en los problemas de «organización». Nada extraño, pues, que cuando esta Central tomó por fin una iniciativa, esta fuera peor que las anteriores.

En agosto, Gramsci justificaba, como hemos visto, la presencia de comunistas en el comité del Aventino bajo el pretexto de que había que empujar a la oposición, considerada por él como un «Estado dentro del Estado», a cumplir con su deber (10) tal como las masas en movimiento prescribían (!), es decir, «dar una forma política definida al estado de cosas actual» lanzando «un llamado al proletariado, único capaz de dar forma a un régimen democrático» y con ello esforzarse en «profundizar el movimiento espontáneo de huelga en plena preparación». Más tarde nuestro insigne ordinovista justificaba igualmente la salida del comité bajo el pretexto de que «era imposible aceptar de su parte una desconfianza de principio con respecto a la acción proletaria». Pero para terminar, este hizo a esta misma oposición (que, entre tanto, esperaba soñadora y ardientemente una intervención del Rey o de la firma de cualquier compromiso) una proposición inesperada, perfectamente coherente, sin embargo, con todo el resto del análisis de todas las corrientes anti-fascistas, llamando a la acción directa del pueblo italiano, ¡mientras que el partido trabajaría por su parte en la constitución de comités obreros y campesinos!

Esta invitación tomará la forma siguiente: «*El P.C.I. considera que la reunión de los grupos parlamentarios de oposición en una asamblea, convocada sobre la base del reglamento parlamentario, como Parlamento opuesto al Parlamento fascista, tendría un valor completamente distinto que*

(10) Por supuesto que, luego de su pretendido viraje hacia la izquierda del V° Congreso, la Internacional animó al partido a que se apropiara de esta concepción. Todavía en septiembre, esta sugerirá «hacer presión sobre el bloque de oposición para empujarlo todavía más a realizar su programa por la vía revolucionaria» (carta del Ejecutivo del Komintern, republicada en *Rinascita* el 8 de septiembre de 1962).

el de la abstención pasiva, ya que la misma profundizaría la crisis y pondría a las masas en movimiento. Por tanto, el P.C.I. invita a los opositores a convocar a esta asamblea».

El texto agregaba que en el seno de estas, el P.C.I. continuaría agitando su propio programa de desarme de los camisas negras, por el derrocamiento del gobierno, de armamento del proletariado, de gobierno obrero y campesino y de huelga anti-fiscal.

Inútil decir que la respuesta parlamentaria fue clara e inmediatamente negativa. La central del P.C.I. no esperaba más, y cualquier otra respuesta no podía sino desorientar a las masas, que una proposición que buscara crear un doble aparato de Estado y un doble gobierno, incluyendo la posibilidad de victoria revolucionaria por medio del parlamento y... de sus reglas tenía que ser inevitablemente desastrosa para su educación revolucionaria. En efecto, se trataba de una versión empeorada del «gobierno obrero» de 1922 que tuvo su lamentable hora de gloria en Saxe y Turingia. ¿Qué se puede decir además del hecho de que en **el mismo momento**, el P.C.I. lanzaba la consigna de constituir comités obreros y campesinos «en cada ciudad», además de comisiones internas «en cada fábrica», así como bases para la creación de «Soviets», «células embrionarias del Estado obrero»? Del anti-parlamento a los Soviets, el P.C.I. daba el salto desde una perspectiva ultra-democrática hacia otra cosa completamente opuesta, por lo menos en apariencia, puesto que se trataba, como hemos visto, de realizar «una conquista molecular del Estado». En semejante confusión, las masas tan cortejadas por el Partido no podían comprender nada.

Luego del rechazo al Anti-parlamento por parte de los opositores y bajo la vigorosa presión de la Izquierda, el P.C.I. decidió volver a la Cámara para denunciar estrepitosamente al fascismo. Pero la Internacional vino para enredar todavía más la situación, decretando el 22 de octubre: «*En caso de que la oposición rechace la proposición comunista, el grupo comunista debe salir del Parlamento; según nosotros, un chantaje semejante no sería justo*».

Luego de un pesado intercambio de telegramas, Moscú cederá; se podía volver al Parlamento, pero para enviar **un solo camarada** que se retiraría luego de leer una declaración; lo mismo debía hacerse en el comité de la oposición. El 10 de noviembre, una delegación comunista demandó a este comité presentar de nuevo su proposición de Anti-parlamento pero, por supuesto, este se negará incluso a discutirla. Es solo entonces y después que los parlamentarios del Aventino tomaran una vez más una posición ultra-constitucional, que el P.C.I. decidirá volver al Parlamento, o por lo menos enviar un militante de izquierda, Luigi Repossi, que bajará solo a la fosa de los leones donde será insultado y cubierto de escupitajos.

Reproducimos su discurso, muchas veces interrumpido:

«...*Si hubiera participado a la sesión del 13*

de junio, hubiese notado... que una Cámara compuesta por fascistas y cómplices del fascismo... no puede conmemorar a Giacomo Matteotti sin profanarlo vergonzosamente... No puedo más que repetir lo mismo hoy. Lo que está en la mesa, no son las responsabilidades políticas del régimen que no tiene ningún apoyo fuera de los camisas negras que gritan «¡Viva Dumini!» (11); no son las responsabilidades morales de aquellos que consideran como legítimas las violencias cotidianas ejercidas contra los trabajadores. Son responsabilidades directas que no podemos eludir exigiendo la dimisión de un sub-secretario o pidiendo la renuncia del Ministerio del Interior... Desde que el mundo es mundo, el derecho de conmemorar a las víctimas jamás ha sido reivindicado a los asesinos ni a sus cómplices. Esta asamblea carga con el peso de su complicidad en el crimen. Si nosotros, comunistas, volvemos para ocupar una silla, es solo para acusarlos; nada nos impedirá volver sobre el asunto, cada vez que juzguemos útil servirnos de esta tribuna para indicar a los obreros y campesinos de Italia la vía que deberán seguir para liberarse del régimen de reacción capitalista que vosotros representáis. Si hubiésemos estado presentes aquí el 13 de junio, hubiéramos tenido que decir que el asesinato de Matteotti que parecía haber creado una situación, era precisamente porque en realidad el mismo era un espantoso índice. El asesinato de Matteotti ha sido un síntoma agudo de la bancarrota del fascismo... A partir de ese momento, no era difícil deducir que se puede quebrantar momentáneamente a una organización proletaria, pero que no se puede aniquilar permanentemente al proletariado, puesto que ello significaría reducir a todo el país a la esclavitud...

«Desde el 13 de junio, podíamos decir - y hoy todavía lo repetimos - que el proletariado no olvida por nada del mundo las responsabilidades que cada quien tomó en la preparación y apoyo del fascismo, que cada quien tomó favoreciendo su ascensión, este «cada quien» fue el Quirinal del cual tanto nos reclamamos (12). A partir de ese momento, preveíamos que no se podía llegar a ningún resultado positivo confinando la lucha contra el fascismo a un compromiso parlamentario que no podía sino dejar intacta la naturaleza reaccionaria del régimen soportado y maldecido por millones de obreros y campesinos en toda Italia. (Actuando de esta manera), aportábamos al contrario una ayuda al fascismo. Nosotros, comunistas, vivimos no a la espera de un compromiso por medio del cual la burguesía reclame hoy la intervención del rey, mientras que la socialdemocracia reformista y maximalista, dejando atrás la

lucha de clase, se pronuncia de manera vehemente por una «administración superior y externa a los intereses de cada parte», es decir, una dictadura militar destinada a impedir el advenimiento inexorable de la dictadura del proletariado.

«El centro de nuestra acción se sitúa fuera de esta Cámara; entre las masas trabajadoras cada vez más convencidas profundamente que solo su fuerza organizada puede poner fin a la vergonzosa situación en la cual vosotros mantenéis al país; ustedes, los pro-fascistas y los demócratas liberales que son sus aliados y auxiliares, entrando y saliendo de escena. En esta tribuna como en otras partes, nosotros indicamos a los trabajadores la vía a seguir: la vía de la resistencia, de la defensa física contra vuestra violencia, la lucha sin descanso por las conquistas sindicales, la intervención organizada contra el aumento del costo de la vida y la crisis económica, es decir, la vía de la constitución de Consejos Obreros y campesinos. Alrededor de estos Consejos deben agruparse todos aquellos que deseen luchar con las armas apropiadas contra vosotros. Los Consejos obreros deben convertirse en las únicas consignas para una solución radical a la situación presente: ¡Abajo el gobierno de asesinos y hambreadores del pueblo! ¡Desmantelamiento inmediato de los camisas negras! ¡Armamento del proletariado! ¡Instauración de un gobierno de obreros y campesinos! Los Consejos obreros y campesinos serán la base de este gobierno y de la dictadura de la clase trabajadora.

«Ahora pueden conmemorar como quieran a Giacomo Matteotti, pero recuerden que el grito de la madre del mártir se ha convertido en el grito de millones de trabajadores: «¡Asesinos! ¡Asesinos!»

(Declaración de Luigi Repossi en nombre del P.C. de Italia ante la Cámara de Diputados, el 12 de noviembre de 1924).

La «Unità» será el primero en lamentarse del descrédito que produjo esta declaración, además de la desconfianza que esta solución a medias valió al Partido, no obstante el 3 de enero de 1925 que todo el grupo parlamentario retornará a la Cámara, donde será un militante de la Izquierda, Grieco, el que hará el discurso de acusación contra los fascistas. Nada de esto impedirá a la Central hablar de su proposición de anti-parlamento como de un eslabón importante en la cadena de iniciativas sucesivas con vistas a la toma del poder en las tesis que esta presentará en Lyon, Francia (1926). Esta abundará incluso:

«El Partido puede, con el fin de facilitar su propio desarrollo, proponer soluciones intermedias a los problemas políticos generales y promover estas soluciones en las masas que forman parte todavía de partidos y formaciones contrarrevolucionarias. La presentación y agitación de estas soluciones intermedias... permiten reagrupar detrás del partido fuerzas más numerosas, mostrar

(11) Dumini fue el miliciano fascista acusado del asesinato de Matteotti.

(12) Es decir, el Rey.

la contradicción que existe entre las palabras de los dirigentes de los partidos de masas hacia soluciones revolucionarias y extender nuestra influencia (ejemplo: el anti-parlamentarismo). Estas soluciones intermedias no son del todo previsibles puesto que deben estar a tono con la realidad. Sin embargo las mismas deben convertirse en una fuerza que pueda constituir un puente que permita pasar de las consignas del partido». Además, en caso de «peligro reaccionario inminente y grave» (las tesis recuerdan que Kornilov denunciaba así al fascismo como una... reacción feudal), se supone que el P.C.I., según ellos, «obtiene los mejores resultados, planteando soluciones que son propias de los partidos sedicentemente democráticos quienes, puestos al pie del muro, se desenmascaran delante de las masas y pierden toda influencia en ellas».

Es así que de punto en punto, llegamos a los frentes populares, a las alianzas de guerra, a las coaliciones gubernamentales y, finalmente, a las vías nacionales y parlamentarias. Es por ello que decíamos más arriba que el año 1924, que hubiera sido marcado si no por la victoria revolucionaria, al menos por una reanudación proletaria consecutiva a las derrotas en la lucha armada; al contrario, fue el punto de partida de miles de vías nacionales hacia el... anti-socialismo, objetivo en el cual terminaron los partidos de la difunta Internacional de Lenin.

El juicio de la Izquierda sobre las múltiples tácticas adoptadas eclécticamente ese año por la central centrista, se encuentra ya en las *Tesis de Lyon* de enero de 1926, y es el siguiente:

«Desde 1923 hasta hoy, el trabajo del Centro del partido, aun teniendo presente la difícil situación en la cual debía desenvolverse, ha dado lugar a errores que se relacionan esencialmente con los ya indicados a propósito del problema internacional; pero, en parte, resultaron mucho más graves a causa de las desviaciones originales propias de la construcción ordinovista.

«La participación en las elecciones de 1924 fue un acto político muy acertado, pero no puede decirse lo mismo de la propuesta de acción común hecha anteriormente a los partidos socialistas, ni de la etiqueta de 'unidad proletaria' que ésta ha tomado, y también fue deplorable la tolerancia excesiva de ciertas maniobras electorales de los 'terzini'. Pero los problemas más graves se manifestaron a propósito de la crisis ocasionada por el asesinato de Matteotti.

«La política del Centro se basó en la interpretación absurda de que el debilitamiento del fascismo habría puesto en movimiento a las clases medias primero y al proletariado después. Esto significa desconfiar de la capacidad clasista del proletariado, que permanece vigilante incluso bajo el aparato sofocante del fascismo, y sobrestimar la iniciativa de las clases medias. Por el

contrario, aparte de la claridad de las posiciones teóricas marxistas al respecto, la enseñanza principal extraída de la experiencia italiana es la que demuestra cómo las capas intermedias se dejan arrastrar, siguiendo pasivamente al más fuerte: en 1919-20 al proletariado; en 1921-22-23 al fascismo; hoy, después de un período de ruidosa e importante emoción en 1924-25, nuevamente al fascismo.

«El Centro cometió un error al abandonar el parlamento y al participar en las primeras reuniones del Aventino, ya que debería haber permanecido en el parlamento para hacer una declaración de ataque político al Gobierno y para tomar una posición inmediata contra el prejuicio constitucional y moral del Aventino, lo que representó el factor determinante del desenlace de la crisis a favor del fascismo. No hay que excluir que a los comunistas les hubiera podido convenir abandonar el parlamento, pero con una fisonomía propia y sólo cuando la situación hubiera permitido llamar a las masas a la acción directa. El momento era de esos en los que se deciden los desarrollos de las situaciones posteriores. El error, por tanto, fue fundamental y decisivo para formarse un juicio acerca de las capacidades del grupo dirigente, y determinó una utilización muy desfavorable por parte de la clase obrera del debilitamiento del fascismo primero y del fracaso clamoroso del Aventino después.

«Tal como lo demostró la ola de entusiasmo proletario, el retorno al parlamento en noviembre de 1924 y la declaración de Repossi fueron benéficas, pero demasiado tardías. El Centro osciló mucho tiempo y sólo se decidió por la presión del partido y de la izquierda. Se preparó al partido sobre la base de instrucciones insignificantes y de una apreciación fantásticamente errónea de las perspectivas de la situación (relación de Gramsci al Comité Central, agosto de 1924). La preparación de las masas, que no estaba dirigida en la perspectiva de la caída del Aventino, sino en la de su victoria, a través de la propuesta que el partido hizo a la oposición de constituirse en Antiparlamento, fue en todo sentido la peor. Ante todo, esta táctica se apartaba de las decisiones de la Internacional, que jamás consideró su propuesta para partidos netamente burgueses; además, esta era una de las que conducen tanto fuera del campo de los principios y de la política comunista, como de la concepción marxista de la historia. Independientemente de toda explicación que el Centro pudiera intentar dar acerca de los fines e intenciones que inspiraban la propuesta, explicación que habría tenido de todos modos una repercusión muy limitada, este daba por cierto a las masas la ilusión de un Anti-Estado que se opone y lucha contra el aparato estatal tradicional, mientras que, según las perspectivas históricas de nuestro programa, la única base de un Anti-Estado podrá

ser la representación de la única clase productora, es decir, el Soviet.

«La consigna del antiparlamento, con el apoyo en el país de los comités obreros y campesinos, significaba confiar el Estado Mayor del proletariado a representantes de grupos sociales capitalistas, como Amendola, Agnelli, Albertini, etc.

«Fuera de la certeza de no llegar de hecho a semejante situación, que únicamente se podría tildar de traición, el solo hecho de presentarla como perspectiva de una propuesta comunista significaba violar los principios y debilitar la preparación proletaria.

«Los detalles del trabajo del Centro se prestan a otras críticas. Han sido demasiado frecuentes las consignas que ni corresponden a ninguna realización, ni tampoco a una agitación seriamente visible fuera del aparato del partido. La consigna central de los comités obreros y campesinos, con sus explicaciones contradictorias y confusas, no ha sido comprendida ni seguida».

Este juicio había sido ya formulado al calor de los acontecimientos, no solamente en el Vº Congreso de la I.C., sino en las reuniones de partido, tal como el congreso federal de Nápoles, el 14 de octubre de 1924, al cual asisten Gramsci y Bordiga; que puede resumirse en los siguientes puntos:

1) «frente a la oposición, el P.C.I. debía escoger entre dos tácticas: o entrar en el comité para quedarse, o no entrar; escogiendo la vía intermedia, hemos dado a las masas la impresión de que la táctica del partido era incierta»;

2) No es cierto que «las masas, e incluso las capas pequeño-burguesas, estuvieran a favor de la táctica de legalismo pacifista de los jefes opositores; es cierto que hay democracia **para los me-**

dios capitalistas, ella significa, al contrario, un derrumbe de las viejas relaciones para las más bajas capas obreras y campesinas»;

3) nuestra crítica a la oposición no debe limitarse a decir que ella no hace nada serio contra el fascismo, «y cuando haga algo serio, lo hará en el sentido de la conservación burguesa; lo mismo se asociará a las fuerzas fascistas a la menor tentativa revolucionaria del proletariado»;

4) «O haces la revolución, o haces bloques políticos: este dilema no existe; es un viejo cliché maximalista. El bloque tradicional de los distintos partidos es una coartada que permite a sus jefes disimular su insignificancia e incapacidad. Existe una tercera vía: conducir a las masas sobre posiciones de lucha que signifiquen un progreso sin convertirse obligatoriamente en la victoria final. Ha sido de esa manera que hemos orientado toda la campaña por la huelga general de agosto de 1922».

No comprender estas posiciones no solo significaba dejar escapar un momento precioso, sino tomar el camino que hará que el Partido Comunista se convierta en partido nacional, un heredero no solo de la democracia sino del... fascismo. En la vía trazada en 1922 por la Izquierda; clara y directa, aun cuando las resistencias de la Internacional la hayan hecho difícil, se podía, aún vencido, permanecer fiel a sí mismo. Por la vía oportunista, hemos perdido todo – no solo la batalla de 1924, así como la de 1925 y 1926, que aparecieron como su coronamiento–, sino algo más que el honor: el programa, la visión histórica y la fisonomía propias del Comunismo. Es así que los adversarios de la Izquierda de entonces no han terminado en el anti-parlamento, si no en el gobierno, en la oposición, o en el parlamento **a secas**.

EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la sustitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta

la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagonica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.